

se



CRISTINA RIVERA GARZA

Nadie me verá llorar

Joaquín Buitrago, ex fotógrafo de meretrices y retratista en el manicomio de La Castañeda en 1920, cree identificar en la interna Matilda Burgos a una prostituta que años antes conociera en La Modernidad.

Su obsesión por confirmar la identidad de Matilda lo lleva a apoderarse del expediente clínico. Joaquín sabrá que ella fue una campesina adoptada por un tío médico, con una vida apacible hasta que Cástulo, un joven revolucionario, se oculta en su habitación perseguido por las autoridades. Esto le abrirá los ojos a Matilda: las turbulencias sociales la llevarán a romper con su tío y a refugiarse con Diamantina Vicario, en cuya casa se urden conspiraciones políticas. La muerte de ésta trastornará de tal modo a Matilda que se verá orillada a vagar sin rumbo, fuera de sí, y ejerciendo todos los oficios, incluido el horizontal. Mientras el fotógrafo se va enterando de tantas visicitudes, se convence de que Matilda y él han de intentar una vida juntos. Desde la derrota de la moral y de la razón, fracturada la voluntad de ambos por una sociedad represora, buscan fundar entre escombros un porvenir incierto que restituya en alguna medida su libertad.



Cristina Rivera Garza

Nadie me verá llorar

ePub r1.0

Titivillus 09.11.2017

Título original: *Nadie me verá llorar*

Cristina Rivera Garza, 1999

Ilustración de la cubierta: *El suicidio de Dorothy Hale*, óleo sobre madera (1939), de Frida Kahlo

Fotografía de la autora: Ernesto Lehn

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



a lrg

Para Hilda Garza Bermea
y Antonio Rivera Peña

Esta enferma observa buena conducta. Le gusta trabajar, es dedicada y tiene buen carácter. La enferma habla mucho, ésta es su excitación.

«Estudio psico-patológico de la enferma Matilda Burgos del pabellón tranquilas, primera sección».

Profesora Magdalena O. viuda de Álvarez
Departamento de sarapes y de rebozos
Mixcoac, D.F., Manicomio General,
30 de junio, 1935

Beware of those who say we are the beautiful losers

Diane Di Prima, *Pieces of a Song*

Reflejos, gradaciones de luz, imágenes

Vemos por algo que nos ilumina;
por algo que no vemos.

Antonio Porchia

—¿Cómo se convierte uno en un fotógrafo de locos?

Dentro de la cabeza de Joaquín Buitrago hay un zumbido de abeja que no lo deja dormir ni descansar en paz. *Matilda*. Una palabra, un batir de alas. Despierto, con los músculos tensos y los ojos abiertos, enciende un cerillo. La luz anaranjada del fósforo alumbraba sus dedos manchados de nicotina y la carátula del reloj de bolsillo bajo la cual las dos manecillas doradas, encima la una sobre la otra, parecen haberse detenido para siempre a las doce en punto. Con la misma llama enciende la lámpara de petróleo, el quemador izquierdo de la estufa y un cigarrillo Monarca. Hay sobre su rostro una sombra casi violeta a punto de convertirse en sonrisa que, sin embargo, se queda congelada en una mueca sobre los labios. Aun sin verla, la expresión lo molesta, lo avergüenza, pero no puede hacer nada para borrarla. Está alegre. Pero no sabe qué hacer con la alegría.

Sin camisa, Joaquín se pasa de cuando en cuando el pañuelo por la frente y alrededor del cuello para eliminar el sudor. Al mismo tiempo pone a hervir agua en una olla de peltre azul. Está preparando la emulsión de almendras dulces, clorhidrato de morfina y jarabe de flor de naranjo que ya no mitiga su insomnio crónico pero cuyo olor de cualquier manera lo hace soñar, aun con los ojos

abiertos y los músculos tensos. Lo ha intentado todo, las tinturas de colombo, de cuasia, de genciana, de quina: treinta centímetros cúbicos de cada una mezclado con diez centigramos de morfina. Tres cucharadas al día. Veinte. Vasos enteros. También ha probado el opio en agua de almidón; el bromuro de potasio, perfecto para aquellos atacados por preocupaciones del espíritu, afecciones morales depresivas y esfuerzos intelectuales excesivos; el bromuro de sodio, recomendado en casos de constante irritación; el paraldehído en jarabe de laurel de cerezo o en agua de tilo. Su insomnio ha vencido todos los remedios. Al final, sólo la emulsión de almendras es capaz de apaciguarlo mientras aguarda el amanecer en el horizonte. Entonces, entre las seis y las ocho de la mañana, duerme sobre su catre justo cuando todos los demás despiertan y la ciudad vuelve a juntarse en su nudo de ruido y velocidad.

La luz lo distrae. No lo puede evitar. Apenas el ámbar cruza el límite movedizo entre la oscuridad y la falta de oscuridad, sus pupilas van detrás del color como por instinto. Son muchos años ya de perseguir la luz como se persigue a un animal. Años de esconder el rostro y el cuerpo detrás de lentes, esterópidos Gaumont comprados en París y cámaras Eastman o Graflex traídas directamente de Rochester. Son ya muchos años inútiles, años extendidos como un lienzo de muselina negra horadado a veces, muy pocas veces, por algunos agujeros luminosos, efímeros. Luciérnagas como mujeres y viceversa. Inmóvil, preso una vez más de su automatismo fototrópico, Joaquín observa las cuatro paredes de su cuarto. Aspira el humo del cigarrillo, se coloca las madejas de cabello grasoso detrás de las orejas, cruza los brazos sobre su pecho desnudo y observa. No hay nada que haga o recuerde con mayor placer. Joaquín es un hombre tenso, alguien que sólo se siente cómodo en los márgenes de los días, detrás de los espejos. Bajo la luz mortecina que produce el petróleo, las sobrepuestas capas de pintura crean paisajes umbrosos sobre los muros de adobe de su cuarto. Hay un bosque otoñal extendido sin orden ni dirección determinada. Al fondo emergen montañas de aguamarina

y cielos encapotados de púrpura. Aquí y allá aparecen los hocicos abiertos rojos de ira y melancolía de los perros y, en el fondo, en lo que fue tal vez la primera capa de pintura original, hay rizos de nieve blanca obligados a caer por los embates del salitre y la humedad de todas las temporadas de lluvia. La nieve. La nieve del tiempo, mansa y blanca, duradera. Por un momento, el deseo de sentir los copos de nieve es tan agudo que Joaquín tiene que cerrar los ojos. Entonces, refugiado en la penumbra de su cabeza, recuerda cuánto le disgusta el color blanco.

—Matilda —murmura mientras mueve la cabeza de izquierda a derecha y vierte un poco de la emulsión en un pocillo de barro. El líquido deja un escozor amargo en la punta de la lengua. Una vez en el estómago, los almendros y la flor de naranjo crean una tarde fresca en los labios.

—¿Cómo se convierte uno en fotógrafo de locos? —le había preguntado. Joaquín, desacostumbrado a oír la voz de los sujetos que fotografiaba, pensó que se trataba del murmullo de su propia conciencia. Ahí, frente a él, sentada sobre el banquillo de los locos, vistiendo un uniforme azul, la mujer que debería de haber estado inmóvil y asustada, con los ojos perdidos y una hilerilla de baba cayendo por la comisura de los labios, se comportaba en cambio con la socarronería y altivez de una señorita de alcurnia posando para su primera tarjeta de visita. Él había hecho tantas después de todo, cientos de ellas. Antes de llegar a las cárceles y, después, al manicomio, ya era un profesional de la fotografía. Un hombre de levita y zapatos boleados ante el cual las mujeres más diversas se abrían como puertas. Bastaba una frase, cierto tono sugerente en la voz, para propiciar la mejor coquetería y el más honesto exhibicionismo femenino. Lo que él buscaba era el azoro, el rasgamiento del pudor, su misma médula. Antes. No desde hacía muchos años. No hasta volver a encontrar a Matilda. En lugar de recargarse sobre la pared y mirar en silencio el vacío, ella se había inclinado hacia la cámara, y acomodándose el largo cabello de

caoba con gestos seductores, formuló la única pregunta que le recordaba la muerte. La suya.

El fotógrafo pudo haberle respondido lo que siempre se decía a sí mismo: la maldita morfina. O lo que nunca se decía a sí mismo pero que hoy, este 26 de julio a las tres treinta de la tarde, le llegó de repente a su cabeza: Roma, la imposibilidad de la luz romana. Por algunos instantes, todavía incapaz de creer que una loca le preguntara aquello, estuvo tentado a contarle el milagro de sus tres años en Italia. 1897. El ejercicio voraz de la fotografía. Roma fija para siempre en papeles albuminados, placas de plata sobre gelatina. Roma, hiriendo sus retinas de veintiséis años. Tres veranos muy largos. Un paisaje de lomas, nubes, ríos. Una mujer: Alberta. Roma que había partido su vida en dos: antes y después. Antes Alberta, y después la morfina.

—¿Cómo te llamas? —el sonido de su propia voz lo sorprendió.

—Matilda. Matilda Burgos.

Repitió el nombre un par de veces tratando de mantener la atención de la mujer en la lente. Luego, la tercera, la cuarta vez, empezó a degustarlo, a masticarlo, a exprimirlo. Ella cedió. Su sonrisa primero y después sus ojos. La mujer ya estaba posando. En ese momento la luz de julio se transformó y las aguas del Tíber llegaron a sus rodillas. Alberta estaba gritando su nombre y agitando sus manos como si él se encontrara en la otra orilla.

—Aquí estoy —le dijo.

—No, tú estás aquí —murmuró la mujer llevando la mano de él hacia sus piernas. Joaquín no supo qué hacer. Ella lo atrajo hacia sí, mesó sus cabellos y se burló de su torpeza.

—¿Entonces, cómo se convierte uno en un fotógrafo de locos? —la pregunta de Matilda lo sacó de las aguas del Tíber y lo regresó a Mixcoac.

En voz muy baja, totalmente inaudible, Joaquín se dijo a sí mismo: «Todo fracaso comienza con la luz, con el deseo de atrapar la luz para siempre». Luego, molesto, reaccionando con la hostilidad habitual, dijo algo en voz alta:

—Mejor dime cómo se convierte uno en una loca.

Por toda respuesta Matilda alzó los hombros y le hizo un guiño con el ojo izquierdo.

—¿De verdad quiere que le cuente?

Joaquín Buitrago, que había olvidado la risa, se asombró al sentir en sus labios el estruendo de una carcajada. El eco recorrió el manicomio y, como si no tuviera más lugar a donde ir, se le introdujo por las orejas. El sonido invadió su cabeza todo el día y toda la noche. No era el monótono zumbido de una abeja, sino el estrépito de un vaso de cristal rompiéndose en la sangre. Como siempre a las seis de la mañana, cayó rendido, engarrñado y todavía tenso sobre su camastro maltrecho.

A las ocho de la mañana del 27 de julio de 1920, Joaquín recordó con absoluta certeza dónde había visto antes a Matilda Burgos. Se levantó en el acto y se dirigió al baúl de latón que, junto con el catre, la silla y la mesa de madera, eran los únicos muebles del cuarto y todas sus pertenencias. Lo abrió ansioso. Luego, extrajo con sumo cuidado su tesoro más preciado: la colección de fotografías estereoscópicas colocadas sobre monturas de cartón que tomó justo después de su regreso de Italia. Cada placa contenía la imagen de una mujer desnuda, una mujer cubierta de deseo y expuesta. Mirando por los dos oculares del visor revisó los retratos uno por uno. Su rostro mostró satisfacción. Mientras intercambiaba las placas, su gesto huraño y descreído se tiñó por el vértigo. Recordó sus veintiocho años. Las cejas pobladas y todavía negras sombrearon sus ojos hundidos con el jugueteo de la juventud, y la nariz aguileña adquirió de nueva cuenta el ángulo de su voluntad. Volvió a creer en la posibilidad de fijar la singularidad de un cuerpo, un gesto. La posibilidad de detener el tiempo. Ahí estaban una vez más, imperecederas, las poses únicas de las mujeres de las casas de citas. *Mis mujeres*. En el centro de cuartos abigarrados, rodeadas de estatuillas y espejos, vistiendo ropas transparentes del lejano

oriente o completamente desnudas, las mujeres posaban como si estuvieran haciendo un pacto con la eternidad. No recordaba sus nombres ni el de los lugares. Difícilmente puso atención a las fechas. Raras veces tomó notas. Lo único que Joaquín fue capaz de recordar estaba almacenado en reflejos, gradaciones de luz, imágenes. Bajo ese poder todo era real y todo era posible. Fuera de éste sólo existía el blanco, la saturación de color que él asociaba con la muerte y el más allá. ¿De qué color sería el limbo?

La placa número diecisiete era de Matilda Burgos, y Joaquín, sin despegar los ojos de los cilindros del visor, sonrió. Ni siquiera se dio cuenta que lo estaba haciendo. Matilda había elegido la mesa de mármol y las falsas pieles de oso: se recostó sobre ellas. Luego, ya sin ropa, se recargó sobre su brazo derecho y sin más le ordenó que empezara la sesión.

—Después de todo tú eres el que quiere las fotografías, no yo —divertido, Joaquín obedeció en el acto.

Como todas las otras mujeres que había retratado en el mismo burdel, Matilda seleccionó el escenario y las poses. Algunas habían preferido permanecer en sus cuartos, recostadas sobre los mismos colchones donde realizaban su trabajo; otras, en cambio, le sugirieron la visita a un arroyuelo cercano. Algunas se desnudaron sin más, otras eligieron exóticos tocados chinescos, y las menos decidieron enfrentar la cámara con sus ropas cotidianas a medio vestir. Todas habían visto sin duda las postales eróticas de moda en el mercado y, aunque Joaquín les había explicado que sus fotografías no tenían interés comercial alguno, la mayoría hacía esfuerzos entre risibles y sinceros por imitar las poses de languidez o de provocación de las divas como Adela Eisenhower o Eduwiges Chateau. Después, conforme la sesión avanzaba y la actitud inerte de Joaquín lograba crear un tenue lazo de confianza algunas modelos, siempre las menos, empezaban a fluir. Cuando ocurría, el proceso era lento, casi subterráneo y hasta podía pasar inadvertido. En esos momentos Joaquín siempre pensaba en los movimientos de un girasol. A veces era solamente un gesto de asombro, cierto

dejo de timidez o de hastío, la interrogación apenas visible en el rostro: «¿Qué diablos estoy haciendo aquí?» y las mujeres se volvían hacia adentro, hacia donde se veían como ellas mismas querían verse. Y ése era precisamente el lugar que el fotógrafo anhelaba conocer y detener para siempre. El lugar en que una mujer se acepta a sí misma. Allí la seducción no iba hacia afuera ni era unidireccional; allí, en un gesto indivisible y único, la seducción no era un anzuelo sino un mapa. Joaquín estaba convencido de que era posible llegar a ese lugar. Joaquín Buitrago todavía creía en lo imposible cuando Matilda se quitó la ropa sin pena alguna y, buscando sus ojos tras la lente desde la mesa de mármol, le preguntó:

—¿Cómo se llega a ser fotógrafo de putas?

Pensó en Alberta, no tuvo alternativa, pero conservó la calma. Su desconcierto sólo fue evidente en el ligero temblor de sus dedos al manipular la retina del Gaumont. *¿Te atreverás a responder esta vez, Joaquín?* Ésa era la pregunta que nunca quiso contestarle a nadie y mucho menos a sí mismo. A veces, en las raras ocasiones en que tomaba cerveza con algunos conocidos de la Academia San Carlos, ensayaba el cinismo. «Todos somos hombres ¿no? ¿A poco tengo que explicártelo?» Sin embargo, para encontrar el tono exacto de la ironía, tenía que estar borracho o medio distraído. Fuera de sí. En otros días sobrios y tensos, la adrenalina lo llevaba directamente a la vaguedad. En lugar de responder con frases completas, recurría a las palabras *belleza, espíritu, eternidad*, las cuales pronunciaba con la fingida ligereza de un sabio. Con el tiempo, mientras intentaba por todos los medios evitar la curiosidad de los conocidos, Joaquín se volvió un experto fabricante de evasivas y, eventualmente, cansado ya del juego de las palabras, también le dio por evitar los encuentros. Un hombre rara vez puede confesar que toma fotografías de mujeres para volver al lugar de una sola mujer. Alberta. En esos casos, prefiere la soledad. Prefiere guardar el recuerdo de Alberta dando de vueltas, diciéndole: «Todo es posible, Joaquín, excepto la paz, ¿no te habías dado cuenta?» Joaquín

terminó de fotografiar a Matilda en el más absoluto silencio. La imagen de Alberta, abandonándolo, dejándolo varado para siempre a la orilla de un río, lo siguió de cerca todo el camino de regreso a su casa. El perro azul de la la memoria le mordió los tobillos.

Para imprimir las placas utilizó bromuro de plata y, con mucho cuidado durante el proceso fotográfico, logró vistosos colores. Después, cubierto por el sudor, el cansancio de varios días sin sueño y el sobresalto que le producían las imágenes, las observó una vez más antes de introducirlas con toda delicadeza en su baúl de latón. Se sentó sobre él. De pronto, la fragilidad de las fotografías estereoscópicas le provocó un ataque de ansiedad. ¿También la eternidad terminaría por quebrarse? ¿Habría algo dentro de él que pudiera permanecer a salvo de la lejanía de Alberta? Incapaz de responder, siempre incapaz de responder, Joaquín encendió otro Monarca y, tirando la ceniza sobre el piso de madera de la casa paterna, esperó pacientemente la luz del amanecer para poder descansar. Sin paz.

Soñó con Alberta. Con la apertura milagrosa que era Alberta. Dentro de su sexo había luz; dentro de su boca nacía la luz; dentro de sus ojos moría la luz. Como alguna vez sucedió en Roma, Alberta colocó su propia luminosidad sobre las manos de Joaquín en el sueño.

—Haz lo que quieras —le dijo. La sonrisa en su rostro era atroz. Lo sacudió por completo. Él aceptó el regalo sin dudar, sin medir las consecuencias.

—¿Y si me quiero morir? —preguntó con inocencia.

—También eso puedes hacerlo.

Una certeza punzante lo despertó. Eran las ocho de la mañana y el sol de mayo irrumpía ya a través de las cortinas. El dolor le impidió la respiración por un momento. El dolor se le incrustó como un alfiler bajo las uñas. El dolor no le permitía ver nada más. No pudo moverse. *¿Cómo se convierte uno en un fotógrafo de putas?* Por esto, esto que no podía expresar. Esto que se denominaba Alberta y quería decir la imposibilidad.

Poco después del mediodía un mensajero tocó a la puerta de su casa. Un niño moreno y andrajoso preguntó por don Joaquín Buitrago, y luego le entregó un sobre color violeta. Dentro, en una tarjeta del mismo color, encontró la siguiente frase: *Todas las mentes enfermas y carentes de buen gusto y arte juzgan al desnudo como inmoral*. La firma era de Matilda Burgos. El fotógrafo se deshizo de inmediato del sobre pero conservó la tarjeta dentro del bolsillo derecho de su chaleco por varios días. Cuando, semanas después, decidió visitar una vez más el burdel por Salto del Agua, donde trabajaba Matilda, una matrona de manos masculinas y cubierta apenas por una bata chinesca de seda roja le informó que la pupila había desaparecido con un dizque ingeniero de los Estados Unidos.

—No sé qué tienen estas indias que siempre vuelven locos a los gringos —exclamó con asombro sincero—, ¿quiere a otra de las muchachas?

Joaquín respondió que no y guardó silencio. La noticia no le causó mucha sorpresa. Después de todo no sabía si en realidad quería volver a ver a Matilda. La música del piano y el barullo del lugar lo abrumaron. Quiso quitarse la camisa y correr medio desnudo por los pasillos de la casa; quiso abofetear las mejillas regordetas de los burócratas, soldados y oficinistas que pululaban en el recinto con sus «mentes enfermas y carentes de buen gusto y arte»; quiso inclinarse frente al regazo de las mujeres que, tal vez, contenían toda la luz del mundo. En su lugar, Joaquín miró su reloj de bolsillo y partió con rumbo a la cantina más cercana. Eran apenas las once de la noche.

En El Templo del Amor, en una de las mesas del fondo, algunos miembros del gremio de fotógrafos estaban ya medio borrachos. Algo discutían entre copas de brandy, cervezas Moctezuma y largas bocanadas de pipa y cigarrillos. Cuando Joaquín cruzó la puerta de entrada, uno de ellos, Abraham Lupercio, se apartó del alboroto y lo llamó a gritos.

—¿Cómo ves, flaco Buitrago? ¿Somos fotógrafos o periodistas gráficos? —Joaquín no pudo esconder su disgusto al escuchar el segundo término. Y tampoco pudo deshacerse del brazo de Lupercio que se le enredaba alrededor del cuello. Joaquín sólo fue capaz de sentir la humillación en esos momentos.

—Vean. Acabo de encontrar a otro puro —anunció a la concurrencia.

Agustín Casasola, Jerónimo Hernández y hasta Luis Santamarina se volvieron a saludarlo. De entre todos ellos, sólo el segundo conocía su trabajo. Fue después de una borrachera. Jerónimo había declarado que las mujeres ya no tenían misterio y habría que inventarlas a todas de nuevo. Joaquín trató de aducir lo contrario pero, careciendo de palabras y argumentos, optó por dejarlo ver sus placas a través del visor estereoscópico.

—¿Ves? ¿Te das cuenta? —le preguntó varias veces, ansiosamente esperando la respuesta. Para Joaquín, el milagro de las mujeres tras la lente no sólo era obvio, sino además irreversible. No había que cambiar nada, lo que tenían que hacer era aprender a ver. Todas estaban ahí, suspendidas dentro de ellas mismas, tan contenidas que su fuerza amenazaba con destruir el ojo que las espiaba.

—¿Te das cuenta? —volvió a preguntar. Por toda respuesta Jerónimo guardó silencio sin despegar los ojos de las imágenes. Luego, encontrando su mirada, murmuró:

—¿Esto es lo que fuiste a aprender a Roma, flaco? Esto es un trabajo muy menor —el desaliento de Joaquín no se debió tanto a la crítica sobre su trabajo, sino a la imposibilidad de transmitir su visión. ¿Nadie se daría cuenta nunca?

—Pues yo sigo sosteniendo que los puros están destinados al fracaso —Víctor León alzó su botella de cerveza en El Templo del Amor—, de cualquier manera brindemos por ellos.

Incómodo, con una copa de whisky en la mano, Joaquín se regodeó en la idea del fracaso: era de color lavanda y olía a silencio. Mientras los otros enumeraban con desparpajo los nombres de sus

mejores herramientas, Graflex, Eastman, Dehel, Prontor II, Joaquín saludó al fracaso y lo invitó a sentarse junto a él. Contra toda expectativa, se sintió en paz a su lado y relajado. Joaquín se imaginó por primera vez que podría descansar, que tal vez en el fracaso encontraría finalmente la paz, el silencio, ir a contracorriente del progreso, del tiempo mismo, y él, como el país entero, no necesitaba nada más. Cuando Joaquín salió de El Templo del Amor, lo hizo para alejarse definitivamente de la historia. Fuera, el amanecer golpeaba a la ciudad hasta dejarla sin vida. Pocos recordaron su nombre. Con el tiempo, cuando alguien quería saber sobre su suerte lo hacía refiriéndose al «fotógrafo de putas». Las respuestas variaron con los años. Por algún tiempo y a intervalos desiguales trabajó haciendo placas de los presos en la cárcel de Belén y luego, cuando ya a nadie le interesaba, aceptó hacer retratos de locos para el registro del manicomio La Castañeda. Más tarde ya nadie preguntó por él.

—¿Cómo se llega a ser fotógrafo de locos? Basta con saber usar una cámara y vivir en este país después de haber visto la luz de Alberta. Eso es todo, Matilda.

Los días siguientes están cubiertos de lluvia.

Al caminar por las calles del centro, Joaquín observa la luz de su propia figura en los aparadores. Lo hace con duda, volviendo ligeramente el rostro a la derecha y luego a la izquierda, como si temiera que algún transeúnte se burlara de él. Tiene curiosidad. Su cabello es excesivamente largo para la época; las anchas solapas de su saco están ya pasadas de moda y su rostro enjuto hace pensar en desvelos, enfermedad. Si no fuera por la blancura de su piel y sus rasgos seguramente la gente lo evitaría en las banquetas. A pesar de todo y sin desearlo siquiera, Joaquín nunca pudo ocultar su porte aristocrático y la apariencia de poseer propiedades y dinero. Esa apariencia y una hostilidad desdeñosa acabaron protegiéndolo de los inoportunos acosos de los policías o los

médicos. A pesar de las similitudes, los ojos adiestrados de los policías no podían asociar su figura con la de los viciosos o criminales; siempre llegaban a la conclusión de que Joaquín era otro de esos porfiristas nostálgicos venidos a menos. Sus modales son, de tan delicados, casi ridículos. En la ciudad ya nadie camina bajo la llovizna sin paraguas o sin dirección aparente como él lo hace. La lentitud de sus movimientos tiene muy poco que ver con la velocidad y la tensión urgente de 1920.

—El señor Canalejas me está esperando —el tono bajo, medido de su voz no conmina al respeto sino a la confusión. Al escucharlo, la sirvienta que abre la puerta duda entre invitarlo a pasar o dejarlo esperando fuera, pero cuando se percata de que la lluvia arrecia, lo conduce con indecisión hacia la biblioteca. Mientras Joaquín aguarda en los sillones de piel, posa sus manos sobre la caja de madera que descansa sobre su regazo y que contiene la mitad de su serie de desnudos. Joaquín respira con alivio al observar las estatuillas prehispánicas que el coleccionista exhibe y guarda celosamente tras puertas de cristal. Tiene la esperanza de que después, cuando todo haya pasado, sus fotografías ocuparán un lugar parecido. Tal vez alguien las verá después de todo. Tal vez alguien mirará sus cuerpos y sonreirá con desconcierto. Tal vez alguien aprenderá a ver. Se está despidiendo de todas ellas. Les está diciendo adiós mientras observa sus propias manos inmóviles, tensas. La ausencia de callos o cicatrices, o de mugre bajo las uñas, termina por asombrarlo.

—¿Así que finalmente decidió venderme sus fotografías, amigo Buitrago? —Joaquín le contesta que sí y, en el acto, coloca la caja en el escritorio.

—Son todas tuyas.

—¿Y se puede saber a qué se debe el cambio de opinión?

—No, señor Canalejas, no se puede.

Matilda Burgos. El nombre desciende a la punta de la lengua. Sabe a sal. Con el dinero en su bolsillo, Joaquín se dirige a la joyería de Sebastián Blanco y, sin pensarlo mucho, compra una

esclava de plata sobre la cual manda grabar su nombre. El nombre: Matilda Burgos L. Luego va a una papelería y se hace de una libreta de gruesas pastas oscuras y un lápiz.

—Prometiste contarme cómo se convierte uno en una loca, ¿te acuerdas?

—Es una historia muy larga —le contesta la mujer, mientras se abrocha la esclava en la muñeca izquierda sin tener la cortesía de darle las gracias o de mirarlo siquiera.

—No te preocupes, tenemos todo el tiempo por delante.

Están en una habitación del manicomio, junto a una ventana, protegidos de la luz del sol por las ramas de los castaños en flor. Ninguno de los dos se da cuenta de que está lloviendo. La lluvia de julio.

Lo primero que Joaquín nota es que Matilda tiene la costumbre de tronarse los nudillos. Lo hace sin darse cuenta. Matilda es distraída. Luego, a medida que empieza a observarla de cerca, se aprecian las pequeñas cicatrices en las rodillas, las manos, los antebrazos. Matilda también suele chocar contra las ventanas, las sillas y el resto del mobiliario. Parece tener dificultad para fijar su atención en los objetos del mundo, pero por donde quiera que camina lleva toda la luz del manicomio sobre la cabeza. Una corona. En eso fija su mirada Joaquín Buitrago.

Agosto transcurre en silencio. Matilda se dirige a los médicos y enfermeras, raras veces a él. Se queja de la calidad de la comida, de la suciedad de los pabellones y de la falta de privacidad. Se queja del país. Tiene la costumbre de usar la palabra mierda. «Manicomio de mierda.» «Mierda de mundo.» «Todo esto no es sino una gran mierda.» La mayoría de las veces, sin embargo, sólo pide que la dejen en paz. De camino a los talleres de costura, donde pasa la mayor parte del día fabricando sarapes, Matilda repara a veces en la figura delgada de Joaquín espiándola de lejos. En ciertas ocasiones él se sienta frente a la entrada del comedor fingiendo leer un libro.

Otras, se esconde tras el rugoso tallado de los troncos. No se imagina lo que el fotógrafo puede buscar pero sabe que, sea lo que sea, ella lo posee. Le gusta pensar así, que ella, desposeída ya de todo, todavía conserva dentro, en algún lugar de sí misma, el imán que siempre termina por atraer al hierro.

—¿Alguna vez ha visto volar hombres como pájaros, Joaquín?
—le pregunta un día. El fotógrafo se imagina por un momento que Matilda está refiriéndose a su consabida adicción por la morfina. Teme que ella, la loca, se esté burlando en su cara como lo han hecho tantos otros. Está a punto de reaccionar con rabia, a la defensiva, pero repara en el eco de su propio nombre. Matilda ha utilizado su nombre de pila. Eso le basta por hoy. Joaquín.

Sus pocas charlas carecen de sentido. Matilda se escapa a mitad de la conversación y luego se confunde entre las otras internas. A veces le sonríe desde lejos, extiende una mano y lo saluda como si se encontrara a la entrada de un cine. Da la impresión de no saber dónde se encuentra. Tal vez Matilda está en otro lado de verdad. ¿Dónde? Los doctores hablan de ella y, al hacerlo, terminan irremediablemente sonriendo, a veces con sorna, otras con irritación. Matilda no tiene remedio. Habla demasiado. Cuenta historias desproporcionadas. Escribe. Escribe cartas. Escribe despachos diplomáticos. «Mierda de mundo.» Escribe un diario. Todos sus papeles van a parar al expediente 6353 y ahí se quedan en los márgenes de los días y del lenguaje, como Joaquín, como el manicomio mismo.

Otro día de agosto, Joaquín ve a Matilda cerca de la verja del jardín y se aproxima. Ella no debería estar ahí; ninguno de los dos debería estarlo. Los internos necesitan un permiso especial para cruzar los patios del plantel y los fotógrafos no tienen pretexto alguno para acercarse a ellos. De cualquier manera ocurre: la encuentra. Nunca había visto a una mujer tan sola, tan hermética, tan apartada. Los ojos no muestran nostalgia alguna ni deseos de escapar cuando miran hacia la avenida. Sería fácil si quisiera. Matilda, a pesar de las quejas y los gritos, no ha hecho ningún

esfuerzo por huir. Está ahí. Cuando él se acerca, el griterío incesante del manicomio se hace tan tenue como un murmullo y, luego, cuando Matilda vuelve el rostro y lo recibe con la sonrisa franca, los sonidos desaparecen por completo. El silencio. Matilda siempre creará silencio a su alrededor.

—Pobre Guadalupe —dice—, cree que rezando la *Magnificat* espantará al diablo de su celda.

—Y no va a pasar, ¿verdad?

—No. Rezar no sirve para nada, Joaquín. Usted lo sabe bien.

El fotógrafo no sabe lo que busca dentro de la cabeza coronada de luz de Matilda Burgos. Debe haber algo más en el silencio de su vida. Cada vez está más cerca. Está convencido. Puede sentirlo en el aire y en las voces dulces de la morfina. Esta vez no tiene miedo a morir. No importa. Esta vez no la dejará ir. Su objetivo es llegar a los expedientes y husmear entre los datos de Matilda. Joaquín tiene que conocer su vida. Hay al menos dos maneras de hacerlo. La primera consiste en ir directamente a la oficina de registro y pedirle el documento al comisario en turno. Aunque sencillo y posible, este camino tiene un problema insalvable: las habladurías, los chismes. Después de darle vueltas, Joaquín opta por una ruta más larga, pero más discreta, más de acuerdo con su temperamento y sus rutinas. Tiene que dejar a un lado sus espionajes infantiles y enfocar toda su atención en los doctores del plantel. Uno especialmente, el doctor Oligochea. Eduardo Oligochea, el médico internista que recibió a Matilda en La Castañeda un 26 de julio. El proceso es lento y, si no se observa con atención, puede pasar tan inadvertido como el movimiento de un girasol. Joaquín comienza por saludarlo respetuosamente en la mañana. «Buenos días, doctor.» Y continúa después con algunos comentarios dispersos hechos en el momento justo: los hermanos Lumière.

—No sabía que le interesara el cine, Buitrago.

—Muy poco en realidad, doctor, lo mío es la fotografía —Joaquín apenas puede ocultar la vergüenza de su voz, la pena de estar diciendo «lo mío es la fotografía», como si tomar placas de locos en

un cuarto olvidado del mundo fuera en realidad dedicarse a ella. Como si él no fuera en realidad el único fotógrafo de su generación que no hubiera tomado placas de generales, Adelitas, presidentes o masacres. Como si aquella noche de 1908 al salir de El Templo del Amor no hubiera abandonado para siempre la historia.

—Pero ya ve —añade—, uno tiene que vivir de algo.

El doctor le sonríe con automática condescendencia pero luego, en un instante de compasión, deja aflorar el brillo de la temprana complicidad en sus ojos. ¿A qué otra cosa habría podido apelar Joaquín sino a su condición compartida de profesionistas venidos a menos? A pesar de los bombos y platillos con los que don Porfirio había inaugurado la institución, todos sabían que diez años de descuido y una revolución de por medio habían transformado a La Castañeda en el bote de basura de los tiempos modernos y de todos los tiempos por venir. Éste era el lugar donde se acababa el futuro, los dos estaban conscientes de ese hecho.

—Tiene razón, Buitrago, uno tiene que vivir de algo.

En un principio fueron parcos durante sus pocas conversaciones. A pesar de que comenzaron a jugar ajedrez de cuando en cuando y a tomar café juntos por la tarde, el doctor Oligochea no perdía oportunidad para mostrarle la desconfianza y el mesurado rechazo de alguien que no desea relacionarse con un fracasado. Como todo el país, avizoraba un porvenir brillante y posible. La Castañeda era sólo una valla que tenía que saltar para llegar a mejores hospitales, la experiencia que necesitaba para conseguir una oportunidad en el extranjero que le permitiera convertirse en un verdadero psiquiatra, un profesional con prestigio. No quería ser su amigo; no quería echar raíces al interior de los muros del manicomio que cruzaba y maldecía cada mañana. Pero el fotógrafo no cejó en su empeño. Insistía. El expediente de Matilda lo aguardaba en alguno de los archiveros de la oficina de registro. Para vencer la reticencia de Eduardo Oligochea, Joaquín tendría que transformar su fracaso en algo más. Una seducción tal vez, una terca fascinación.

En el insomnio, el techo del cuarto de Joaquín se convirtió en su cartografía privada. El blanco imperial cedió su lugar poco a poco al cauce sinuoso de algunos ríos, la sombra de árboles frondosos, algunas montañas y uno que otro edificio. Después, mucho después, aparecieron los rostros. Más aún que los días, Joaquín siempre esperó con ansias las noches de verano. Cuando su madre ordenaba apagar las luces y los sirvientes se retiraban a sus cuartos en el jardín trasero, sólo quedaba aguardar a que su padre terminara de leer libros o de revisar recetas médicas en la biblioteca para que la casa se convirtiera en un universo desconocido. Descalzo, Joaquín recorría los pasillos de la planta alta y bajaba con todo cuidado los peldaños de las escaleras de madera. En noches de luna llena, los objetos de la cocina se cubrían de destellos. El peltre, el aluminio y los azulejos despedían fulgores matizados que manchaban las paredes blancas y los pisos de cantera. Joaquín podía observar esas luces durante horas, sin sentir cansancio alguno y sin imaginarse nada en absoluto. Vacío, regresaba después a su cuarto para observar la lluvia. La sala, el comedor y la biblioteca con sus tapices persas y candelabros de cristal cortado nunca le interesaron. Tampoco puso atención a la fachada que le daba a la casa el fingido aire de un chalet suizo.

La lluvia de verano. A través de la ventana la veía caer, mansa a veces, y otras con la violencia de las tormentas. Antes de que empezaran, cuando los truenos y las centellas cimbraban el cielo a lo lejos, Joaquín se desnudaba por completo y, sentado con las piernas cruzadas sobre la duela, recibía la bendición del aguacero. El placer del mundo humedecido y apenas alumbrado de reflejos lo mantenía despierto. No pensaba nada en realidad, no tenía deseos. Esas noches de verano eran la culminación de algo que, esperado, germinaba en su mente. Las imágenes de esas noches rara vez emergían durante el día. Bajo la luz del sol cualquier ojo podría delinear la lógica secreta de los objetos y sus sombras. De noche,

sin embargo, todo cambiaba. Los otros ojos se cerraban y los suyos, dispuestos a descubrir algo más, se abrían.

Las grietas del techo adquirieron nombres, sonidos exóticos que Joaquín paladeaba como si fueran dulces. Los pronunciaba en voz baja hasta que dejaban de tener significado. Justo sobre su almohada estaba el río de la Pasión rodeado de corozos llenos de almendras, sabinos de menudas hojas y campeches de troncos tan negros como el luto. A su lado, un grupo hambriento de gaviotas sobrevolaba las aguas oscuras del río Tagus que, generosamente, alimentaban las raíces de los olivos. En la esquina derecha, las telarañas delineaban los derroteros intrincados del Amazonas.

En las calles de Santa María la Ribera encontró ratas, tlacuaches, perros cojitranco, gatos ariscos y palomas amodorradas. Todos huían con miedo apenas escuchaban sus pasos en las banquetas. Las palomillas nocturnas, en cambio, hacían guardia alrededor de las lámparas de trementina. Los veladores en un principio sospecharon que se trataba de un asesino o de un ladrón cualquiera pero después de observar sus rondines acompasados sobre las calles llegaron a la conclusión de que no era peligroso. Solo, dándoles las buenas noches con ademanes educados y viendo hacia la oscuridad como si se tratara de una mujer, Joaquín parecía un joven sin objetivos concretos.

En la oscuridad, Joaquín descubrió el dolor. No fue una palabra ni una sensación, sino una imagen: el rostro de una mujer en *rigor mortis*. La descubrió tirada sobre la calle poco antes de que llegara la policía con sus linternas y sus gritos. Se detuvo frente a ella y, sin pensarlo, le pasó las manos por los cabellos humedecidos de lluvia y de sangre. Después se sentó a su lado, sobre el asfalto. La observó. Sus labios estaban reventados a golpes, y los brazos y piernas se doblaban en ángulos tortuosos. Trató de rezar pero no recordaba ninguna oración. El mundo era, tal como se lo había imaginado, un lugar sin piedad y sin solución. El rostro de la mujer se clavó en su memoria. Ésa fue su primera fotografía.

El dolor lo obsesionó. Ya con cámara en mano, Joaquín fue asiduo a la morgue. No era una actividad común, pero tampoco inaudita. Tanto estudiantes de medicina como simples curiosos con ínfulas de poeta habían encontrado la manera de saciar su morbo, su miedo a la vida o a la muerte, en los cadáveres abandonados de hombres y mujeres. En la fosa común ninguno tenía nombre, edad o historia; y todos yacían ahí, inertes y abiertos, liberados quizá, relajados frente a ojos ajenos. Con su caja vivamente barnizada y su tripié de metal, la cámara de Joaquín se enfocaba en los detalles. Nunca tomó fotografías de cuerpos enteros o panorámicas del recinto completo. En su lugar, se fijaba en las uñas azules del que había terminado su vida con cianuro, en la cicatriz en la cara interior del muslo derecho de una mujer, en las manchas rojizas dejadas por sogas en los cuellos de doncellas estranguladas, en los cabellos todavía enredados entre los dedos de una mujer que había opuesto resistencia al asesino. Tomadas a poca distancia y desde ángulos inusuales, las fotografías más que revelar escondían las imágenes de la muerte, las protegían. El observador tenía que detenerse en cada placa, mirarla con toda atención para que, en el momento menos pensado, la muerte emergiera entera, puntiaguda y pequeña como un alfiler. El asombro de la visión iba entonces ineludiblemente acompañado de la náusea que causaba el dolor. *¿Así que esto somos? ¿Así que de esta manera termina todo? Sí. Aquí estás ya... tras la lucha impía en que romper al cabo conseguiste la cárcel que al dolor te retenía.* Eso era todo, tal vez. Joaquín buscaba captar el dolor en el instante en que se transformaba en su propia ausencia, en nada. Ésa era la única posibilidad que vislumbraba: todo era dolor, y el resto era el remanso brutal de la muerte. La fotografía era la manera de detener la rueda del dolor del mundo que cada vez giraba a mayor velocidad bajo las luces, sobre estrechos caminos de metal. Era el año de 1900 en la ciudad de México y a Joaquín el nuevo siglo lejos de causarle curiosidad sólo le producía la sonrisa adusta del

condenado. Mientras tanto, su colección de fotografías, como sus noches de verano, siguieron siendo privadas.

—¿Y usted, doctor, qué opina del dolor?

La figura delgada de Joaquín Buitrago se vuelve menos desagradable. Conforme platica y se descubre ante Eduardo Oligochea muchos de sus gestos adquieren significado, razón de ser. Su lentitud, por ejemplo. Su manera de inclinarse sobre las cosas. Los tonos graves de su voz. El fotógrafo ya no es un simple mortal de la época, un morfinómano sin salida. Joaquín no sólo ha logrado despertar la curiosidad ajena, sino también su interés científico. ¿Una neurosis? ¿Un caso de melancolía incurable? ¿Un cuadro de esquizofrenia? El médico quiere saber más, se le nota en los ojos, en su manera de alargar las sesiones de café vespertino con preguntas complejas, preguntas para las que Joaquín rara vez tiene respuestas inmediatas o lineales. Hablar, para Joaquín, es desvariar. Confunde el tiempo de los verbos y los pronombres. Omite fechas. «Él», dice, refiriéndose a sí mismo, describiendo a otro. El pasado lo refiere en tercera persona. Eduardo Oligochea lo escucha en silencio, tratando de organizar el marasmo de las palabras, los cabos sueltos de sus relatos. Toma notas. Debe haber un principio, un conflicto y, al final, una solución, o cuando menos una moraleja. Pronto, sin embargo, se da cuenta que todo es inútil. Joaquín no habla sino al aire.

El médico internista no lo interrumpe. «Soy todo oídos.» Dentro, alineadas en riguroso orden, sus propias emociones se encuentran a salvo. Mudas. No quiere despertarlas. No le interesa compartirlas. Si algo ha aprendido en los manuales de anatomía, a un lado de los camastros inmundos de los hospitales, frente a la pus y ponzoña de la muerte, es a guardar bajo la piel, bien escondido, el pronombre

yo. Las reuniones con Joaquín le son gratas porque se llevan a cabo en tercera persona.

Él.

Mientras la opinión generalizada celebraba la velocidad de los tranvías, el donaire de las bicicletas y los beneficios del alumbrado público, Joaquín se dedicó a criticar las políticas urbanas a las que invariablemente calificaba de inútiles. En un esfuerzo por demostrar lo errado de su pensamiento, sus compañeros de la Academia de San Carlos lo llevaban a caminar entre los fresnos del Paseo de las Cadenas y por la Plaza Mayor. Bajo el cielo azul de la tarde, le señalaban la proporción del diseño de fuentes y jardines, su armonía con el quiosco metálico donde se vendían los boletos de los tranvías, el contraste con los portales populosos al sur y al poniente donde se podían encontrar todas las mercancías imaginadas por el deseo. Luego, caminando aprisa, pasaban frente a los nuevos edificios de hierro y cemento como el Centro Mercantil y el Palacio de Hierro, y en la casa Boker se divertían utilizando los nuevos ascensores. En la Alameda Central se detenían con admiración al lado del Pabellón Morisco, justo frente a la iglesia de Corpus Christi. Amontonados en un carruaje, pasaban luego frente al Club Reforma, que era el Country Club inglés. Por si esto fuera poco, ya cuando empezaba a anochecer y el cansancio les exigía algo de licor, hacían paradas en los tívolis que rodeaban el casco de la ciudad, especialmente el de San Cosme, donde, entre cervezas y cigarrillos, continuaban una discusión que Joaquín siempre perdía.

—Esta ciudad está destinada a no perecer, flaco, convéncete — le decían.

Joaquín, además de terco, tenía fama ya de joven amargado.

En las pocas ocasiones en que Joaquín trató de justificar sus ideas con paseos por la ciudad los invitaba a descubrir su propia

geografía. Los llevaba al hospital Morelos, donde las prostitutas que atendían de noche en casas de citas abigarradas de adornos chinescos y espejos monumentales, rumiaban a solas los efectos de la sífilis y la gonorrea en lechos sin sábanas y cuartos repletos de gritos y vómito. Ahí, el olor de la lenta descomposición de los cuerpos mezclado con la humedad de siglos les hacía arrugar la nariz. Luego pasaban frente a los dormitorios públicos donde por tres o cuatro centavos los indios y los desempleados tendían un petate en el suelo. A veces, si los acompañantes se atrevían, se acercaban a los límites de la colonia la Bolsa en cuyas callejuelas, polvorientas en la temporada de secas y empantanadas en los meses de lluvia, los criminales y los bandidos los miraban con sorna. «¿A qué le tienen miedo, rotitos?» En la plaza de las Vizcaínas, les señalaba las antihigiénicas casitas de «taza y plato» compuestas de dos piezas superpuestas, comunicadas interiormente por una escalera de madera. Todo era gris. El aire pestilente. Cuando había oportunidad iban al barrio de San Lázaro a ver las obras del desagüe que integraban un canal, un túnel y un tajo de salida. Con azoro, observaban las lumbreras que se encendían desde el terreno natural hasta el nivel de la obra, a veces hasta noventa y tres metros bajo tierra, por donde se extraían los materiales excavados y por donde entraba el poco aire que mantenía con vida a cientos de trabajadores. Moviéndose como hormigas en la oscuridad, húmedos de sudor y orina, esos hombres sin rostro cavaban el recto por donde la ciudad expulsaba su excremento, primero por el tajo de Tequixquiac, luego por el río Tula para perderse finalmente, negro y maloliente, en el Golfo de México. Al finalizar, ya cuando la noche les caía encima, Joaquín los llevaba a las pulquerías de barriada o al Café La Joya en la colonia Peralvillo para que se codearan con los matachines y las mujerzuelas del pueblo.

—Se me hace que te estás convirtiendo en anarquista, flaco.

Joaquín les respondía que despreciaba la política. Luego, mirándolos con el mismo azoro con el que ellos habían observado la

ciudad pobre y en ruinas, lo único que él verdaderamente deseaba era entender la conversación de los otros. Sus frases lapidarias. «Esta ciudad está destinada a no perecer.» «Hay que reinventar a la mujer.» «El futuro es una escalera infinita.»

—¿Y usted, doctor, qué opina del porvenir?

Cuando a Eduardo Oligochea le interesa algo aparecen dos arrugas verticales en su entrecejo, con el dedo índice de la mano derecha se acomoda la montura de sus anteojos sobre el tabique de la nariz y, sin notarlo apenas, juguetea con un lápiz entre los dedos. Las horas que pasa frente al fotógrafo le dejan un sabor agri dulce en la boca. A veces, fumando cigarrillos frente a Joaquín, se pregunta sobre el sabor de la morfina. A veces, mientras escucha con atención su intrincada manera de hilar frases y desmenuzar palabras, el doctor hasta llega a cuestionar su propia reticencia ante los usos médicos de la hipnosis y la libre asociación de ideas. A veces, junto a Joaquín, se siente casi a gusto dentro del cuarto desnudo al que pomposamente llama consultorio dentro de La Castañeda. La presencia del fotógrafo lo obliga a poner atención a la luz de las seis de la tarde sobre las paredes blancas. La lluvia de agosto. A veces, al oír las historias del deambular de Joaquín por las entrañas de la noche citadina, no puede evitar pensar en José Asunción Silva, *Y mi sombra por los rayos de la luna proyectada iba sola iba sola iba sola por la estepa solitaria*. Después se ríe. Y después se detiene en seco con la boca abierta. La coherencia de Joaquín lo sorprende. Le recuerda a alguien más. Tiene su nombre en la punta de la lengua. Es una mujer. Se contiene. No tiene caso. Por un instante Eduardo Oligochea se siente tan relajado como un hombre que no necesita prosperar. Dentro de esa ligereza, sin pensarlo dos veces, lo invita a salir del consultorio. Quiere caminar. El reloj de la fachada principal de la institución indica que son las seis treinta y siete de la tarde.

El manicomio tiene veinticinco edificios diseminados en 141,662 metros cuadrados. Dentro, protegidos por altos muros y rejas de hierro, los locos y los castaños proyectan sus sombras sobre lugares apartados del tiempo. El manicomio es una ciudad de juguete. Tiene garitas, calles, enfermerías, cárceles, viviendas. Hay bullicio y riñas, tráfico de cigarrillos y estupefacientes, intentos de suicidio. Hay talleres donde los hombres fabrican ataúdes y alfombras sin agujerarse las manos con clavos y sin cortarse las venas. No reciben sueldo. Las mujeres lavan los uniformes azules hasta dejarlos desteñidos y, en los talleres de costura, hacen rebozos y sarapes, remiendan camisas, sábanas raídas. Hay poetas escribiéndole cartas a Dios; mecánicos, farmacéuticos, policías, ladrones, anarquistas que han renunciado a la violencia. Ocurren historias de amor. Melancolía callada. Clases sociales. Desesperación que se expresa a gritos. El dolor nunca se acaba.

—Costó casi dos millones de pesos, ¿sabía usted eso, Buitrago?

Están parados frente al pabellón de servicios generales, justo al pie de las escaleras, observando las seis ventanas equidistantes del segundo piso como si esperaran ver de repente el perfil de la salvación asomándose tras las cortinas. La monumentalidad del edificio los hace sentirse pequeños, mortales.

—¿Sabía que los zapatistas tomaron el manicomio hace cinco años? —el doctor tiene una sonrisa nueva—. Parece que no se han ido, ¿verdad? Imagínese, este lugar tan lejos de la historia y tan lleno de historia.

Sin verlo, Joaquín piensa en su historia por primera vez, la del doctor. No la conoce. No sabe lo que hay dentro, los años de estudio en la Escuela de Medicina, la creciente fascinación por las imperfecciones del cuerpo y, más tarde, las de la mente. Y no puede comprenderlo. El destino que sueña para sí mismo, el que inventa en cada maldición matutina apenas cruza la puerta de entrada de los pabellones. Eduardo Oligochea le ha dicho apenas nada sobre su pasado o su porvenir. El silencio, sin embargo, no lo incomoda. Lo único en lo que puede pensar cuando está con él, tarde tras

tarde, confesión tras confesión, es en el expediente 6353 y en el camino que tiene que recorrer para llegar a la historia de Matilda.

De regreso a la enfermería pasan por los pabellones para hombres y mujeres cuyas secciones se dividen en pensionistas y no pensionistas, tranquilos y peligrosos, epilépticos e infecciosos. Hay internos cuya condición es indescriptible. Algunos cuerpos se mueven con nerviosismo, chocando contra los muros; otros permanecen inmóviles sobre las bancas de madera observando hacia dentro las planicies púrpuras de la melancolía. Sus ojos hablan con fantasmas sepultados en las paredes, con las voces diáfanas del aire. Los psiquiatras todavía son poetas, hombres subyugados por las profundidades ignotas del alma, quienes, en su tiempo libre, escriben tratados metafísicos y obras de teatro. En sus diagnósticos los adjetivos son tan importantes como los términos científicos. *Intensa* logorrea. *Extrañas* actitudes prolongadas. Alucinación *estrambótica*. *Numerosísimos* delirios. Eduardo Oligochea es distinto. Entre las palabras y el olor, él busca uniformidad, exactitud. Un método científico. Una manera de explicar la vida del cerebro y la conducta de los hombres basada en experimentos llevados a cabo con aparatos en buen estado. Entre los enfoques somáticos y sistematizadores del especialista alemán Emil Kraepelin y los tratamientos psicológicos derivados de los avances en la neurología y el incipiente psicoanálisis, Eduardo Oligochea se inclina por los primeros. Existe algo en los abismos del lenguaje que descubrió Freud que lo seduce y lo saca de sus casillas a la vez. Todavía no sabe exactamente por qué, pero las palabras sueltas, desatadas, siempre le han causado vértigo y nunca confianza. Lo que él desea es compilar minuciosas observaciones clínicas y, al mismo tiempo, analizar partes del cerebro y células nerviosas bajo un microscopio para así poder elaborar conclusiones novedosas, inesperadas. Lo que más desea es tener un laboratorio de psicología experimental equipado con quimógrafos, ergiógrafos y cronógrafos de Hipp, que miden fracciones muy pequeñas de tiempo. Nada de eso existe en su

consultorio de La Castañeda. Aquí, entre las cuatro paredes desnudas donde pasa algunas horas de la tarde platicando con Joaquín, sólo hay frío, el eco lejano de los gritos y los expedientes acumulados en desorden sobre su escritorio. Nada más. A los veinticuatro años Eduardo Oligochea es lo que quiere ser: un profesional sin poesía. Pero se traiciona. No lo puede evitar. La figura desgachada de Matilda se aproxima desde las hortalizas. Viene sonriendo y extendiendo el brazo izquierdo como si se encontraran en una boda campestre, un día de campo en familia.

—¿La ha visto usted antes, Buitrago?

—¿A quién?

—A ella. Matilda Burgos.

Joaquín le responde que sí.

Él.

La primera mujer. Su nombre era Diamantina. Su figura también. Diamantina Vicario. Aún sin poder ver sus piernas tras la oscura falda de merino o sus brazos bajo las mangas largas de la blusa de seda, Joaquín imaginó que su piel tenía el fulgor del sol. Al tocar zarzuelas o piezas de Chopin al piano, el contacto de las yemas de sus dedos y las teclas de marfil desprendía ráfagas de electricidad en el aire. Algo moderno. Su presencia lo conmovía. La ligereza de sus modales perfectos. Sus gafas de aro volado tras los cuales sus ojos cafés estaban alertas. La manera en que arqueaba las cejas en un pasaje especialmente difícil de ejecutar. Su concentración en sí misma. Su convicción. Joaquín no la esperaba. Apareció sin aviso y de igual manera desapareció. Las noches de verano y luego las de invierno se llenaron de su ausencia. Dentro, en una selva antes desconocida y todavía sin explorar, creció la nostalgia.

Antes de verla, Joaquín sólo tenía una vaga idea de lo que era una mujer. Las únicas de las que había estado cerca eran su madre,

la sirvienta de largas trenzas y una que otra prima rechoncha y fea. Pero ellas, más que mujeres, eran familiares: seres asexuados a los que lo unían la coincidencia o la fatalidad.

La conoció en una de las pocas reuniones familiares a las que forzosamente asistía. La concurrencia era la misma. Algunos tíos que le preguntaron qué pensaba hacer ahora que había terminado sus estudios en la Escuela Preparatoria. Algunos médicos amigos de su padre acompañados de esposas e hijos. Algunos licenciados describiendo sus apuestas en el Jockey Club y planeando, al mismo tiempo, el futuro del país. Algunos inversionistas bebiendo limonada. Entre todos ellos, de espaldas a todos ellos, Diamantina tocaba el piano como si estuviera sola. No era una invitada más. La madre de Joaquín, siguiendo los consejos de una amiga cercana cuya hija recibía lecciones particulares de piano con ella, la había contratado para animar la reunión y, de paso, tranquilizar su conciencia con una buena obra de caridad. Apenas hubo terminado la última pieza Joaquín se le aproximó pero, dándose cuenta en el último minuto de que no tenía nada qué decirle, se detuvo. Fue demasiado tarde. Estaba exactamente frente a ella. Su sombra cubriéndolo por completo.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí? —la voz de la mujer no lo decepcionó.

—Toda la vida.

—La próxima vez que nos veamos llámame Diamantina.

Lo hizo. Cuando la volvió a ver la llamó Diamantina como si la conociera de toda la vida. Antes de tocar a las puertas de su casa en el número 35 de la calle de Mesones, Joaquín exploró los alrededores varios días. Quería tener una imagen concreta de lo que la rodeaba. Para poder llegar a ella necesitaba un contexto. Examinó una a una las baldosas frente a su casa. Se introdujo en la farmacia homeopática de junto y observó las botellas uniformes sobre los estantes. El dependiente lo tomó por sorpresa, y tuvo que comprar un remedio para imaginarios dolores de cabeza. Vio de reojo a los hombres sentados sobre los sillones rojos de la

peluquería. El olor a brillantina y agua hirviente le provocó náuseas. Merodeó bajo las arcadas del portal donde estaban instalados algunos comerciantes: se fijó en todo aquello que imaginó de interés a los ojos de Diamantina. Los títeres y muñecas de trapo, los arreos para cabalgaduras y charros, las tarjetas postales y la tinta morada hecha con fuchina alemana, los condumios de cacahuete y las alegrías, los papeles secantes y las maletas de cuero genuino. Joaquín amó la ciudad en esos días. Por primera vez sintió su incesante palpar. Estaba dentro de ella, en su médula. La velocidad que antes le provocaba vértigo ahora le causaba asombro, ligereza. Sus colores y sus ángulos, sus ruidos mecánicos y humanos, sus edificios de cantera y tezontle de pronto adquirieron sentido: todo estaba ahí para adornar la existencia de una mujer con gafas.

Diamantina abrió la puerta. Llevaba puesto un vestido holgado de percal y, sobre éste, un mandil con manchas de pintura verde, amarilla. El cabello que antes había visto recogido en un moño esta vez caía libre sobre sus hombros. Los rizos negros hacían resaltar sus rasgos angulares, la delicadeza de la nariz, la blancura de los dientes. Traía un libro entre las manos.

—¿Quieres oír algo horrible, Joaquín? —sus ojos tras los quevedianos de oro estaban llenos de ironía. Todavía en el rellano de la entrada y sin esperar su respuesta, Diamantina leyó algunos versos de Gutiérrez Nájera con una voz exageradamente grave:

¡Oh mármol! ¡Oh nieve! ¡Oh inmensa blancura
que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
¡Tú estás en la estatua de eterna belleza;
de tu hábito blanco nació la pureza,
al ángel das alas, sudario al mortal!

Cuando terminó los dos soltaron una carcajada fresca, juvenil. Era su primera risa en meses. Ella lo vio directamente a los ojos, lo desnudó.

—Pobre hombre. ¿Qué clases de mujeres conocería? *Tímida virgen*, válgame Dios —en ese momento Joaquín supo que Diamantina nunca le pertenecería.

La casona no sólo era vieja y húmeda sino que también lucía descuidada. Las plantas en el jardín central crecían sin orden y sin armonía alguna. De entre todas, sólo pudo distinguir el olor a yerbabuena, las hojas puntiagudas del epazote y los pétalos maltrechos de algunos geranios rojos y blancos. La salita a la que lo condujo tenía sólo unos cuantos sillones desperdigados en los cuales yacían libros abiertos sobre su lomo, calcetines a medio zurcir y un par de gatos de color gris. El único objeto de valor era un piano de cola en el centro del recinto. Sobre las paredes altas, recubiertas de cal, colgaban cinco enormes retratos al óleo enmarcados en suntuosa madera. Las imágenes de mujeres portando vestidos de terciopelo y seda, sombreros con plumas sombreados de rosa y juegos coordinados de aretes, brazaletes y anillos poco tenían que ver con el entorno desordenado y sombrío.

—Son las esposas y las hijas de los políticos. Es lo que mi padre hace para vivir —dijo ella cuando observó la mirada intrigada de Joaquín. No había nadie más. Ninguna chaperona, nana o sirvienta los vigilaba. Su madre había muerto cuando ella tenía siete años y su padre se encontraba en el taller de pintura donde pasaba más de catorce horas al día. Todavía de pie, separados por un poco más de dos metros, Joaquín imaginó sus propias manos quitándole los anteojos justo antes del amanecer. Diamantina tenía que ser una criatura nocturna y ésa era, seguramente, la última cosa que hacía antes de meterse bajo las mantas. Imaginó la luz de la luna sobre el oro. Oyó su respiración pausada. Diamantina era más menuda de lo que imaginaba, y mayor.

—Nunca pensaste que iba a ser así —afirmaba, no preguntaba, mientras recorría con la mirada las cuatro paredes blancas sin posarse en nada—. Los ricos, Joaquín, carecen de imaginación. Debes hacer algo contra eso. Cuanto antes mejor —no había sarcasmo en su voz.

—Yo creo que tu mundo va a terminarse de un momento a otro —añadió.

—Yo también.

Diamantina lo tomó de la mano y, a través del patio central, lo llevó hacia la cocina. Le ofreció café. Joaquín aceptó. Había un mapa de la república mexicana clavado a la pared de adobe y, sobre el mapa, se diseminaban alfileres de diversos colores. Rojos sobre el centro de Veracruz y el norte de Sonora, blancos sobre Puebla. El brasero de tres hornillas ocupaba casi todo el espacio de la pared de fondo y, sobre dos espeteras equidistantes en el muro contiguo a la derecha, colgaban vasijas de barro, cacerolas de peltre y sartenes de hierro. Entre ellas, sobre un promontorio de piedra, se extendía una tabla para cortar legumbres y otra, acanalada, para escurrir los trastes. Diamantina extrajo agua de la tinaja de barro y la puso a calentar en una tetera. Los dos se sentaron en la mesa rectangular, un metro de distancia entre sus rodillas.

—¿Qué vas a hacer con tu vida? —en sus labios, la pregunta era abierta, la respuesta podía dirigirse a cualquier lado.

—No sé —dijo—, detesto la medicina.

No lo había dicho antes. Joaquín todavía no había sido capaz de comunicarle a su padre que su oficio le daba miedo, asco, exasperación. El interior de los cuerpos lo dejaba impávido. Permanecía callado cuando éste le mostraba con orgullo sus escalpelos y estetoscopios o cuando discurría por horas sobre los beneficios de los programas de estudio de las universidades europeas. Su propia sinceridad frente a una virtual desconocida le disgustó, le dio vergüenza. Se contuvo. No se le ocurrió hacerle la misma pregunta. Diamantina observó su rostro, le gustó. La duda en sus ojos. La delgadez extrema de sus labios pálidos. La punta angulosa de la nariz. Ese deseo por encontrarse en cualquier otro lado excepto ahí, junto a ella, e inmediatamente el deseo contrario. Tomaron el café en silencio, aprisa. Joaquín prometió regresar.

Lo hizo. Esa misma noche. El sonido del piano llegaba hasta la esquina de la calle, ahí daba vuelta y se montaba sobre los rieles

del tranvía. La ventana de la sala donde había estado horas antes todavía estaba iluminada, la tocó con los nudillos.

—Usualmente no permito que me interrumpen, Joaquín —la sonrisa indicaba que haría una excepción. Él traía bajo las ropas la partitura del *Vals del minuto* de Chopin, se la entregó.

—Yo no puedo ofrecerte nada a cambio, ¿lo sabes? —dijo en lugar de darle las gracias.

—Lo sé —colocó dos de sus dedos sobre los labios de la mujer y, a señas, le pidió que siguiera estudiando. Sentado sobre el piso con las piernas cruzadas, Joaquín la observó durante horas. Como antes en el techo de su cuarto, se perdió en su rostro. *Tu rostro Diamantina. Tu rostro que es mi rostro, Diamantina.* El ritual nocturno se repitió varias veces, entre las once de la noche y las cuatro de la mañana, puntual. En una de ellas, sin advertírselo, Joaquín trajo su Eastman y, mientras ella se concentraba en la punta de sus dedos, él tomó varias placas. Años después, cuando las volvió a encontrar en su baúl de latón, la absoluta concentración de Diamantina sobre el teclado lo asombró. Su seriedad le provocó compasión, piedad. Estaba destinada a vivir toda una vida acompañada sólo de sí misma. Ella lo sabía, y él debería haberlo sabido o, al menos, imaginado. Su ceguera había sido tan absoluta que, con el paso del tiempo, sólo llegó a provocarle la risa muda de lo que ya no tiene remedio.

Don Luis Vicario, el padre de Diamantina, trató de advertírselo. Una tarde, sin mayor aviso, lo guió escaleras arriba hasta el cuarto minúsculo y sin ventanas donde yacían en desorden los libros y papeles de su hija. Sus manos rugosas, cubiertas de manchas de pintura, se posaron sobre las cubiertas de los volúmenes como si fueran flores. La habitación olía a musgo. También le dejó ver los retratos a lápiz que le había hecho. Diamantina estaba junto a su piano en todos ellos. La sonrisa de don Luis se cubrió de melancolía.

—Son muchos años de todo esto, Joaquín. Sólo un cataclismo la cambiaría.

Le habló de su terquedad. De las muchas maneras que tenía de salirse siempre con la suya. Le habló del matrimonio efímero de su hija. Dos años. Una muerte inesperada. La viudez temprana. A pesar de que los comentarios parecían ser negativos, la voz del anciano emitía aprobación, admiración casi. Joaquín sintió un súbito deseo de ser viejo ya para poder hablar con la misma ternura, con la misma discreción, sobre Diamantina. Imaginó su vida juntos, sin hijos. Imaginó ser el segundo marido de una mujer.

Joaquín se inscribió a la Academia de San Carlos. Por primera vez en su vida la idea de triunfar lo seducía. Las mañanas que él pasaba mezclando colores y haciendo estudios de perspectiva, Diamantina las ocupaba en preparar el almuerzo, darle de comer a los gatos y salir a enseñar una clase de solfeo y canto en el hospicio de la Beneficencia Pública. Luego, en las tardes, iba a Reforma, a las casonas de la colonia Juárez, para dar dos clases de piano. Cuando todo terminaba, ya de regreso a casa, se detenía a veces en la librería Saldívar, sobre la quinta de Bolívar, para ver novedades y pedírselas prestadas al dueño del local, que, como era amigo de su padre, nunca se las negaba. Los jueves asistía a reuniones en locales cerrados detrás del Palacio Nacional donde los comensales sólo hablaban de política. Rara vez pensaba en Joaquín. Cuando éste llegaba por la noche y tocaba a su puerta siempre la sorprendía. Una aparición. Se acostumbró al milagro. El milagro de olvidarlo primero y recibirlo después como si nunca se hubiera ido. Más tarde vino el milagro de sus cuerpos. Joaquín finalmente pudo quitarle las gafas y colocarlas sobre la mesita de noche antes de tenderse sobre su cama.

Su naturalidad lo deslumbró. Su silencio; las líneas bajo sus ojos, los lunares en la parte posterior de los hombros, los vellos ambarinos de las pantorrillas. Al tocar las vértebras de su espalda, su fragilidad lo hizo temblar. Con los labios sobre sus labios entreabiertos trató de beber el aire que movía rítmicamente su pecho. Se sintió vivo y a punto de morir, y ambas cosas le gustaron. Hubiera deseado retratarla así, con los ojos cerrados y la cabeza

medio hundida en la almohada. Le besó las uñas, aspiró el olor de su cabello, con sus dedos sobre la cara interior de la muñeca izquierda contó las pulsaciones de sus venas. Se puso sus anteojos y, con la vista distorsionada por la graduación de los lentes, observó el mundo. Nada tenía límites: los objetos estaban en continua expansión. La mujer, su primera mujer, dormía.

Una mañana despertó entre las sábanas raídas y lo primero que vio a través de la puerta abierta del ropero fue la falda de merino con que la había conocido. Era su único atuendo. Tenía sólo un par de zapatos y un sobretodo, ambos negros. No había un solo adorno sobre las altas paredes amarillentas de la habitación. Además de la mesita de noche y la cama, el lugar estaba vacío. Un cuarto sin muebles: eso era Diamantina. Los ricos, decía, sustituyen su falta de imaginación con objetos. Y los objetos, también decía, siempre terminan por ser un obstáculo para la imaginación. Entre sus muchas ensoñaciones, una de las más recurrentes consistía en prenderle fuego a un banco. El banco de Londres y México. O a una cárcel, la de Belén. Quería ocasionar un incendio monumental que arrasara con todo para que, después de la destrucción, el mundo empezara a rodar de nuevo. Eso fue lo primero que mencionó al despertar. El fuego. Los dos sonrieron.

—La violencia sólo genera terror, Diamantina —murmuró Joaquín mientras besaba el dorso de sus manos.

—Entonces esto es el terror, Joaquín. Entonces hemos estado viviendo en medio del terror muchos años. ¿No le has visto la cara? —la pasión de su mirada lo asustó. ¿Era este el cataclismo del que don Luis le había hablado? La justicia. Diamantina discurrió sobre la necesidad de justicia hasta que el sol de mediodía le cerró los ojos. Después, sólo en raras ocasiones volvieron a hablar del tema.

Su cuerpo lo amparó. Dentro de ella el equilibrio de luz y sombra era perfecto. A veces, mirándola hablar en contra de la avaricia, la languidez, el despilfarro de los ricos, la corrupción del poder, Joaquín creía estar con otra persona. La concentración era similar pero, al contrario de lo que sucedía cuando tocaba el piano, de sus

palabras emanaba una rabia tan honda como un río. Sus manos, gráciles y exactas sobre las teclas del piano, en esos momentos revoloteaban nerviosas en el espacio poniendo signos de exclamación, acentos, puntos finales a una realidad con la que no estaba de acuerdo. En esas ocasiones, presenciando en silencio sus ademanes, estuvo seguro de que lo que había llevado a Diamantina hacia su cuerpo no era la pasión romántica, sino otra fuerza: la pasión de la salvación. La de él. Ella, que era toda irrealidad, había querido hacerlo virar hacia el mundo, posarlo con toda delicadeza sobre la dureza de los días y la posibilidad del futuro. Y, al menos por un tiempo, lo consiguió. Lo hizo vivir sobre la tierra, en la ciudad.

La felicidad lo desorientaba. En esos días nunca supo exactamente qué hacer o cómo comportarse. Su concentración en Diamantina era total. A veces, sentado a la mesa entre don Luis y su hija, la animosidad de sus conversaciones lo llenaba de angustia. Entre los Vicario cada cifra, cada nombre, cada información tenía que pasar por el embudo del análisis y el cotejo de pruebas. Los dos eran implacables. Los encabezados de *El Imparcial*, el periódico a las órdenes del general Díaz, les provocaban burla, incredulidad. Los rudimentarios volantes de huelgas por venir los llenaban de nuevas preguntas. Joaquín, acostumbrado a los lacónicos comentarios de sus padres a la hora de la cena, se movía nerviosamente sobre su silla a la espera de golpes o gritos y, cuando todo acababa con la imagen de Diamantina sirviendo el café humeante en los pocillos de barro y dejando una caricia distraída sobre los cabellos ralos de su padre, el alivio le producía una incomodidad aún mayor. ¿Esto es la felicidad? Esa misma contradicción de sensaciones estuvo presente en cada paseo que hicieron juntos por la ciudad. La falta de aire y, luego, la saturación de aire, lo dejaba mareado. A su lado, a través de sus ojos, la vida de las calles adquiría el colorido luminoso y grotesco de un circo. Las sonrisas de las mujeres en los puestos de flores se extendían, como las medialunas de las sandías. Los overoles desteñidos de los

obreros parecían cuadros impresionistas en continuo movimiento. Los cirios colgando de las varas en las manos de los vendedores se convertían en los pétalos de una gigantesca flor de cera. Las prostitutas a las puertas de las iglesias sonreían con la bondad de las vírgenes del Renacimiento. Los arrieros y los mendigos tenían la costumbre de ver de reojo. Diamantina regateando en el mercado el precio de las legumbres y los mangos con la habilidad de las matronas de pueblo. Diamantina inclinando levemente la cabeza para saludar de lejos a una alumna de piano como si ella también fuera la hija de un licenciado. Diamantina encendiendo veladoras y haciendo el signo de la cruz sobre su rostro frente a la imagen del Cristo negro. Diamantina tomándolo de la mano entre el gentío de los portales animándolo a avanzar sin saber a ciencia cierta lo que seguiría después. A veces, al registrar sus movimientos entre los hombres y mujeres que asistían a las reuniones de los jueves, perdía el hilo de la conversación por estar desentrañando los súbitos ángulos de su cuerpo cuando se incorporaba para saludar a alguien más. Un abrazo. Un beso fugaz en cada mejilla. Un par de palmadas sobre los hombros. Luego, en lugar de oír los discursos en turno, Joaquín se perdía en el imperceptible movimiento de los dedos de Diamantina alrededor del lóbulo de su oreja derecha, las arrugas que rodeaban sus labios cuando éstos se movían en el estertor de la risa, el roce de su falda de percal cuando pasaba a su lado. *Gordos burgueses. Abajo la dictadura. Vamos hacia la vida.* A toda hora, en todos los lugares, la observaba con avidez, con la prisa y la resignación de quien presiente el final próximo de un encanto.

—Esto es importante, Joaquín. Deja de mirarme así —le susurraba al oído a la mitad de la reunión, visiblemente avergonzada. Entonces, para no molestarla, se dedicaba a observar las llamas de las velas, las temblorosas sombras de los cuerpos recortadas sobre las paredes del local, las banderas rojinegras que hacían las veces de cortinas en las ventanas y adornos en los muros. Había mujeres de cabellos largos que, aun recién bañadas,

dejaban en el aire el aroma del tabaco que enrollaban ágilmente en las fábricas de cigarros durante el día; hombres de discretos trajes oscuros y sombreros de fieltro que se movían, sin embargo, con la cadencia de los obreros. Los más jóvenes fumaban cigarrillos y, mientras seguían con atención la discusión que se iniciara en la mesa principal, metían sus manos en los grandes bolsillos de sus overoles. Los niños correteaban entre las sillas, bajo las mesas, sin hacer caso alguno a los regaños de los mayores. Más que mítines clandestinos, las reuniones tenían desde el inicio la premura y la tensión de una fiesta. Ahí, entre todos ellos, Joaquín la vio tocar la guitarra por primera vez. Y ahí, sobre una tarima endeble hábilmente acondicionada como escenario, la oyó entonar junto a los otros melodías campiranas, himnos nacionales y otros cantos de batalla. Diamantina siempre lo presentó como un amigo de la familia. Alguien muy querido. Joaquín lo era.

La primera mujer. Su nombre era Diamantina Vicario. No pudo conservarla aunque lo deseó, a veces, con toda el alma. No fue por la curiosidad de la juventud, por la esperanza de que el mundo guardara más y mejores sorpresas en el futuro, por la ineptitud de la edad o a las comunes peleas de amantes. Cuando se despidieron sobre las plataformas de la estación central de ferrocarriles, los dos eran buenos amigos. Ella iba rumbo a Veracruz. Llevaba una maleta rectangular llena de apuntes y panfletos y, en el brillo de las gafas, la convicción de que el mundo de Joaquín estaba por llegar a su fin de un momento a otro, de una vez y para siempre. La confianza de la mujer era del tamaño exacto de su soledad de hombre.

—Cultiva la imaginación —le dijo. Lo besó. Joaquín conservó ese beso años enteros. Y con él en los labios, mientras los usaba para seducir a otras mujeres, se dedicó a esperar a la segunda mujer, que es siempre la mujer real, la definitiva. Después, cuando por casualidad leyó sus artículos en *Vésper* o *El Hijo del Ahuizote*, fue ese mismo beso el que se posó sobre las hojas del periódico, y así desapareció para siempre. Diamantina, quien con distraída

paciencia lo preparó para su caída en la realidad nunca lo preparó, sin embargo, para la aparición de Alberta.

—¿Y usted, doctor, qué opinión tiene sobre las historias de amor?

En las tardes de otoño, el rostro de Matilda bajo la sombra de los castaños los hace ver visiones. Son las seis cuarenta y cinco y la luz de los solitarios se mece en el viento con súbitas ondulaciones doradas. A veces, a esa hora, el rostro de Matilda puede ser el de cualquiera. Sólo basta imaginar. El doctor Oligochea extrae su cartera del bolsillo posterior del pantalón. La abre sin ver a Joaquín y, con el brazo cruzando el escritorio, le coloca sobre las manos un retrato. El arrojó de su ademán es inédito.

—Mire, Buitrago. Cecilia Villalpando. Mi prometida —el orgullo de su voz no es fingido.

—Mucho gusto —murmura Joaquín con sus ojos fijos en los de ella. Deben de ser azules. En la mesita de mármol donde ella recarga su codo derecho hay un jarrón de vidrio lleno de azucenas. El encaje zurcido sobre el vestido disimula la ausencia de pechos, la delgadez casi enfermiza del torso. Todo en ella exhibe debilidad, delicadeza, mimos, lecciones de piano. Cecilia es el tipo de mujer que sólo despierta misericordia en la imaginación de Joaquín. El tipo de mujer que le hace exclamar la palabra «pobrecita» automáticamente, casi sin pensar.

—Padece de asma —murmura el doctor mientras busca infructuosamente los ojos de su amigo, tratando de explicar—. Su padre es comerciante de sedas.

Cuando Joaquín levanta la vista, la necesidad de aprobación en los ojos de su confidente lo molesta. De repente éste parece un perro amaestrado o un mozalbete de apenas diecisiete años, ambos con el hocico abierto como si aguardaran palmadas en el lomo o regalos. Esperaba otra historia a cambio de las suyas. Palabras de carne y hueso, huellas de luz, grumos de arena y sangre capaces de hacerlo cerrar los ojos. Esperaba perlas recién extraídas del

fondo del mar, aromáticos pétalos de margaritas todavía prensados entre las hojas amarillentas de un libro a medio leer, un pañuelo bordado con las iniciales de dos nombres. Esperaba una historia pero, como suele sucederle ante los mostradores de los bancos, Joaquín se siente defraudado. Había apostado demasiado. Había dado mucho y de sobra a cambio del expediente 6353. ¿Lo vería alguna vez? El desencanto lo deja mudo, sin ganas de hacer el menor esfuerzo para borrar la mueca de vergüenza, de bochorno, en la cara de Eduardo. Entonces, sin conmiseración alguna, coloca el retrato de Cecilia Villalpando boca abajo sobre la superficie del escritorio. No dice nada. Lo observa. El hombre frente a él, quien hasta ahora había actuado con la superioridad silenciosa de su rango, ya no es el doctor Oligochea, sino Eduardo nada más.

—Como usted dice, Buitrago, Cecilia es la segunda mujer —el nerviosismo de su propia voz lo incomoda casi tanto como el rostro desdeñoso, impenetrable ahora, del hombre que ha pasado meses enteros deshojándose frente a él como si no tuviera otra cosa que hacer.

—Vamos, Eduardo. No te hagas pendejo. Esto ni siquiera es una mujer. Cecilia es tu boleto para entrar por la puerta grande a la colonia Roma —nunca lo había retado. Es la primera vez que le habla de tú. Un mozalbete. Un perro con el hocico abierto. Un hombre que no puede contar siquiera una sola historia de amor digna de una mujer.

—No todas las historias de amor tienen que terminar en tragedia. Y en morfina, Joaquín. ¿Lo sabía? Algunos hombres tenemos la suerte de que la segunda mujer, la definitiva, sí nos ame.

Joaquín le sonríe desde su silla mientras Eduardo se incorpora y, con pasos indecisos, se desliza de un extremo a otro de su escritorio. Recargado sobre el rígido respaldo de madera, con suma lentitud, el fotógrafo enciende un cigarrillo. De repente, sin motivo alguno, su enojo anterior se transforma en conmiseración. No tiene deseos de pelear. No quiere convencer a nadie. El mozalbete no tiene la menor idea de lo que está diciendo.

—Si te hubieran amado, Eduardo, sabrías que nunca es una suerte ser amado por una mujer —Joaquín lo ve caer sobre el asiento mullido de su sillón y llevar la vista hacia el techo como si esperara encontrar el cauce de sus ríos nocturnos. Sin regresarle la mirada, virando el asiento un poco hacia la izquierda para evitar darle la cara, Eduardo vuelve a sacar otro retrato de su cartera. Antes de colocarlo sobre el escritorio lo observa como si le costara trabajo desprenderse de él.

—Su nombre es Mercedes Flores. De Jalapa. Una estudiante de medicina como yo. Una muchacha que, después de hacer el amor por primera vez, tuvo el descaro de decir *I'm your man*. En inglés.

Joaquín había visto frente a su lente los rostros de mujeres justo como ellas querían verse a sí mismas. En la cárcel de Belén había retratado los ojos devastados del asesino que, después de confesar su culpabilidad, se negaba sin embargo a arrepentirse. En la banqueta de la pulquería No Me Olvides había logrado captar el *delirium tremens* de un borracho antes de que éste imprecara por última vez a la vida. En el cuarto de fotos de La Castañeda había captado la sonrisa de *La gioconda* en la cara de Matilda. Como si todo hubiera sido ineludible, él permanecía impávido frente a cada revelación, frente a cada develación. Clic. Cuando Eduardo vuelve lentamente su rostro hacia Joaquín lo hace sin darse cuenta, viendo en realidad más allá. En sus rasgos no hay orgullo ni necesidad ni consuelo. Por un momento Eduardo está una vez más frente a Mercedes, jugando de nueva cuenta el juego íntimo de sus palabras. *I'm your woman. Yes indeed, Eduardo, you are my woman*. Y se ríe después, como lo hacen los hombres marcados para siempre por una mala broma. Entonces, en ese mismo momento, fascinado frente al movimiento casi imperceptible del girasol, lo único que el fotógrafo lamenta es no tener la cámara en su manos para poder fijar una vez más el instante único, irrepetible, en que un hombre cuenta una historia de amor. Por primera vez.

—Si amar es de locos, dejarse amar es aún peor, ¿no es cierto?
—los dos guardan silencio. No hay necesidad de estar de acuerdo.

—Mercedes quería ser la Florencia Nightingale del Partido Liberal Rojo. Escribir acertijos en inglés. Regresar a Edinburgo y quedarse a vivir para siempre en la torre de un castillo. Ser la primera mujer mexicana en correr, y ganar, los cien metros en una Olimpiada. Emular las aventuras de Rimbaud en el norte de África. Mascar tabaco. Recorrer la muralla china en bicicleta. Tener hijos. Y llamarse, mientras tanto, Mercedes Flores de Oligochea. Decía que el nombre tiene buena rima.

La fotografía tiene dobleces en las esquinas. Los años que lleva guardada en el fondo de la cartera de Eduardo han dejado una nublazón blanca sobre la imagen. Por momentos, viéndola de reojo, parece que un velo o un pabellón de transparente seda blanca resguarda el rostro y el cuerpo generoso de Mercedes. No es un retrato de estudio. La fotografía da la impresión de haber sido tomada con premura, a toda prisa, por las manos inexpertas, temblorosas, de un amateur. Mercedes no está posando. Hay excitación en su rostro oscuro, en sus cabellos crespos recogidos con dificultad en una cola de caballo, en sus pómulos anchos de mulata de puerto. Una de sus manos se extiende hacia el cielo como si se despidiera de un fantasma o espantara mosquitos y, de la otra, sobresale una caña de pescar de la cual cuelga una trucha acaso en movimiento. Sus labios gruesos están congelados en las sílabas redondas de un nombre. «Mira, Eduardo.» Atrás de ella, atrás de todo, se extienden las aguas pacíficas de un río. Mercedes parece llena de energía. A pesar del tiempo, su cuerpo todavía da la impresión de que saldrá caminando del retrato de un momento a otro, sin aviso. Más que volverla hermosa, la energía parece provocar locura. Miedo. Mercedes es el tipo de mujer destinada a destruir la reputación profesional de cualquier psiquiatra. De cualquier hombre.

—Mercedes Flores de Oligochea —murmura Joaquín—, el nombre tiene cierta melodía ciertamente. El ritmo de un acordeón.

En Mixcoac, dentro de su consultorio, Eduardo ha dejado de pensar en el éxito, en el futuro. Su rostro se contrae con el placer

que provoca el aire lleno de sal, la luz atroz de un lejano mediodía. Está sonriendo. Luego, de repente, un gemido sordo, involuntario, sale de sus labios. Una bocanada de tiempo saliendo a toda prisa de su organismo como si estuviera infestado.

—¿Cómo se le hace para olvidar a una mujer, Buitrago? —le pregunta. Su voz es, otra vez, la de un jovencito de diecisiete años.

—Me temo que eso, doctor Oligochea, lo sabe usted mejor que yo.

Los dos guardan silencio. Conforme la luz del sol se debilita y la luna menguante se asoma tímidamente por el cielo, se escuchan por los pasillos del manicomio los aullidos de los melancólicos, los golpes inútiles de los peligrosos. Lo que Eduardo recuerda son los accesos de indiscriminada alegría de Mercedes, seguidos por días de llanto, igualmente irrefrenable. «No sé qué hacer con esta tristeza, Eduardo.» Su voz trémula, a punto de quebrarse, todavía lo llena de impotencia. «Soy yo, Mercedes, Eduardo. Todo va a estar bien.» Todavía lo enervan sus ojos rodeados de ojeras y perdidos en lugares que nadie más ve o imagina. Todavía. Entre sus brazos, temblando de frío, Mercedes todavía hace esfuerzos por recordar su propio nombre, sus dos apellidos. Su vida.

—Las primeras mujeres, usted tiene razón Buitrago, sólo se hicieron para nunca tenerlas. Pobre del que se queda con ellas —tan pronto como toma el retrato en sus manos y lo guarda en su cartera sin volver a verlo, su rostro vuelve a ser el mismo que Joaquín conoce. La cara del hombre que observa con disimulada codicia la valla de hierro frente a la residencia de la colonia Roma antes de decidirse a tocar la campanilla de la entrada. La cara del hombre que, después de rozar la mejilla de Cecilia Villalpando, se dedica a actuar como el profesional con futuro brillante y plática ligera con el que el comerciante de sedas se siente tan a gusto que hasta le ofrece una copa de whisky en la biblioteca de la casa para evitar el barullo de las mujeres antes de pasar a la mesa. La cara del hombre que, con disciplina y sin aparente esfuerzo, toma los cubiertos de plata y la copa de vino siguiendo al pie de la letra las

reglas de los manuales de urbanidad. Es una cara viril y mesurada que inspira respeto. Al verla, Joaquín siente que la posibilidad de obtener el expediente de Matilda se aleja para siempre de sus manos. Un hombre con ese rostro nunca accedería a rebajar su rango profesional para discutir el caso de una interna con un pobre diablo. Joaquín tiene que hacer algo más. Tiene que regresar el tiempo, forzarlo a volver a ser el jovencito que había sido un par de minutos antes.

—¿Cuándo supo que ella fue la primera mujer?

—Mucho tiempo después, Buitrago. Cuando me di cuenta de que no volvió a aparecer ninguna como ella —se detiene, duda, se concentra en las grietas del techo, está a punto de sonreír—. No, fue aun después. Hace muy poco de hecho, en el jardín de la casa de los Villalpando. Hace tres días. Sólo lo supe a ciencia cierta hasta que, después de escuchar el relato de aquella tarde de pesca en uno de los brazos del Grijalva, mi prometida me prohibió que volviera a mencionarlo. Yo, por supuesto, no había dicho que Mercedes Flores era, en aquel entonces, mi novia. De hecho, la historia me llegó de repente y toda completa, y me animé a contarla sólo porque los Villalpando se habían enredado en una discusión irracional sobre la ausencia de vida animal en las aguas contaminadas de las vertientes del Golfo. Debe de haber algo de ella en mi voz todavía. Algo pegado a su nombre.

Sin hacer ruido, Joaquín se incorpora y se recarga bajo el marco de la puerta abierta. El cuarto menguante de la luna le sonríe desde lo alto. La noche está intacta. Mientras enciende otro cigarrillo, Joaquín se pregunta cuánto tiempo le tomaría al doctor recuperarse de sus propias palabras. Lo peor que le puede pasar a un hombre como Eduardo Oligochea no es recordar una historia, sino tener la inconsciencia de contarla. ¿Podría verlo a los ojos después?

—Mire qué coincidencia, Buitrago, las primeras mujeres se van y nosotros seguimos varados —Eduardo, todavía dentro de la historia de la primera mujer, no ha tenido tiempo de sentir vergüenza. Tiene diecisiete años. Le pide un cigarrillo. Su mirada está perdida en el

techo, pero ya no está ensoñando. Hay algo en su cabeza. Joaquín reconoce las dos arrugas verticales del entrecejo: interés. El médico está atando cabos. Haciendo conjeturas. Como antes, al estudiar para un examen de anatomía, su concentración es total, el silencio alrededor, definitivo. Los dos se encuentran a oscuras.

—Matilda Burgos, ¿se acuerda de esa interna? —Joaquín asiente con dubitación, temiendo estar al descubierto—. Ella es el prototipo mismo de la primera mujer, Buitrago.

—¿Cómo lo sabes? —la intriga en los ojos de Joaquín es real.

—Mi querido Buitrago, para ser morfinómano tiene usted una falta de imaginación notable —la risa del médico le tensa los músculos y le amarga la saliva dentro de la boca. Teme que el doctor Oligochea lo sepa todo ya. Teme que su cuerpo lo haya traicionado, su voz, la manera en que se inclina al chupar el cigarrillo. Teme que Eduardo no vuelva a tener jamás la candidez de los diecisiete años. Teme, sobre todo, por la pérdida del expediente 6353.

—No nos hagamos tontos, Buitrago. Los dos sobrevivimos una guerra de diez años y no lo hicimos recordando mujeres perdidas, mujeres echadas a perder —le dice.

—Sí.

Por primera vez desde que empezaron a reunirse, Joaquín se siente a gusto en su compañía. Hay algo entre ellos. Una similitud. A pesar de la diferencia de edades, temperamentos, hábitos, futuros, los dos gravitan como ateridas palomillas nocturnas alrededor del foco del pensamiento.

—Por eso la acecha usted, ¿no es cierto? —le pregunta sin observarlo, como al descuido—. Porque ella es el prototipo de la primera mujer.

—No, Eduardo, no es por eso —y no añade más.

Joaquín está esperando una carcajada triunfal en la boca de su adversario. El comentario que no deje lugar a dudas de que el acertijo se ha resuelto, el mecanismo de la bomba desactivado. «Te atrapé, viejo hablador, por fin te atrapé.» Pero lo que Eduardo

Oligochea hace es lo siguiente: en la oscuridad, a tientas, abre los cajones de su escritorio. Con la ayuda de un cerillo, busca entre una pila de carpetas la única que desea encontrar. Todo lo hace en silencio, sin prisa ni anticipación, siguiendo un método que conoce de memoria.

—Aquí está. Es toda suya, Joaquín. Por veinticuatro horas.

Cuando la carpeta pasa de manos los dos evitan verse. Nadie se enterará de lo que está sucediendo. Es un acto ilegal de dos hombres todavía de pie a las orillas de un mismo río. Antes de cruzar la puerta, sin volver el rostro, Joaquín dice:

—Al menos a usted, por suerte, la segunda mujer sí lo quiso.

Un nombre entero. Un lugar de nacimiento. Una fecha. Todas las historias empiezan así: Matilda Burgos. Papantla, Veracruz, 1885. «¿Ha visto a hombres volando como pájaros, Joaquín?» Sólo tenía veinticuatro horas para enterarse del resto.

El esposo de la vainilla

*ni mak'lii cac'xilam
coxo pam'ca qui nacu*
(cada vez que te veo
salta mi corazón)

Goyo Ja

En 1900, cuando Matilda Burgos llegó a la capital del país, el casco de la ciudad terminaba, hacia el norte, en el río del Consulado, y frente a la Beneficencia Española hacia el sur. Los límites por el oriente estaban demarcados por Jamaica, mientras que por el occidente se prolongaban hasta el Bosque de Chapultepec. Las líneas de los tranvías eléctricos unían ya a las amenas villas de Tacubaya, Mixcoac y San Ángel con el ritmo acelerado de la ciudad. Desde las primeras horas de la mañana, la prisa de la gente cambiaba la dirección del aire en las calles, y de noche las luces incandescentes del alumbrado público protegían a los vecinos de colonias acomodadas y las correrías de los transeúntes en perpetuo desvelo. Al empezar el siglo habitaban la ciudad, de acuerdo con el censo general de población, 368,898 capitalinos. Matilda Burgos, a los quince años, se convirtió en la número 368,899.

Con la frente apoyada en el cristal de la ventanilla del tren, Matilda observó la lenta aproximación del animal urbano con una mezcla de terror, asombro y desesperación. Era la primera vez que veía edificios. El pulso aumentó de ritmo en sus muñecas y una súbita marea de sangre en la parte posterior del cerebro le ocasionó

un efímero dolor de cabeza. Sus manos quietas sobre el regazo y su rostro impávido frente al espectáculo de la ciudad, sin embargo, no la traicionaron. Decidió esconder su miedo. Nadie la vería llorar. Se mordió los labios. Mientras el tren reducía la velocidad y el sobresalto cundía entre los pasajeros antes adormilados, su nueva soledad brilló con color púrpura en sus ojos. El recuerdo del aroma de la vainilla llegó de improviso y, de igual manera, la venció. Una lágrima, antes de que se diera cuenta, rodó por su mejilla hasta alcanzar la comisura de la boca.

—Todo va a salir bien, no te preocupes —una voz en tono bajo, mesurado, la sacó abruptamente del ensueño. Con ademanes discretos, intentando evitar que ella sintiera vergüenza, el hombre de tez blanca y nariz aguileña le estaba ofreciendo su pañuelo blanco. Matilda lo aceptó. En una de las esquinas pudo ver las iniciales J.B. bordadas con hilo color café. Le sonrió.

—Gracias, señor —el acento pueblerino que salió de sus palabras venía de lejos. De la infancia. Entonces, entre sus brazos, sobre el marchito pecho masculino, Matilda lloró en la ciudad por primera vez.

El interior de la Biblioteca Nacional está lleno de murmullos apagados, ecos monótonos que chocan y luego desaparecen en la porosidad de las paredes. Joaquín, cuya figura se desliza en las calles, en los bancos y en los comercios con los movimientos de alguien que no acaba de ajustar en la maquinaria de la ciudad, camina por los pasillos del recinto con soltura, serenidad, algo inusitado. En el salón de lectura sólo se escucha el lento paso de las hojas y, a veces, el compás de un par de tacones alejándose sin prisa. Antes de abrir uno de los siete libros que ha acomodado en pila sobre la mesa, Joaquín advierte que la luz del sol matutino forma caprichosas figuras geométricas en el piso. *Papantla*. El fotógrafo desea que esa luz ilumine la historia de la mujer, cada ángulo de su rostro, cada marca que el tiempo haya dejado en las

rodillas, en los ojos. Más que tenerla dentro de sí y a oscuras, Joaquín necesita tenerla alrededor, luminosa. Como siempre, Joaquín necesita un contexto para aproximarse a una mujer. A los cuarenta y nueve años, todavía es un hombre que se enamora como si tuviera todo el tiempo por delante, y nada más que hacer.

Totonacapan. Tajín. Tecolutla. Después de repasar los nombres en silencio, el fotógrafo los escribe sobre los renglones azules de su libreta. Detrás de cada uno, espiándolo sobre el lomo de las letras, los ojos juguetones de Matilda lo miran asombrarse y, luego, contener el sobresalto. Cada información lo aproxima un poco más a ella. *Los totonacas arribaron a la zona del Tajín alrededor del año 800 de nuestra era, tiempo después y por razones que permanecen en el misterio, el área fue abandonada hacia el siglo XII. El territorio del Totonacapan iba desde las riberas del río Cazonas hasta las del río La Antigua e incluía, sobre un costado de la sierra Madre, a Huauchinango, Zacatlán, Tetela, Zacapoaxtla, Tlatanquitepec, Teziutlán, Papantla y Misantla.* Los nombres le sugieren ciénagas remotas, lodazales, paludismo, encarnizadas epidemias pero, poco a poco, a medida que las descripciones de los libros aumentan y la inmensa vegetación llena el espacio con variados tonos de verde, el olor de la miel, la zarzaparrilla, la pimienta, el copal y la vainilla lo transportan a lo que quisiera imaginarse como una parte de paraíso terrenal. En los dibujos de Tierra Caliente, *la gente de razón* aparece montada a caballo y las mulatas a pie, cubiertas con sencillos vestidos blancos, llevan tinajas de barro sobre la cabeza. *La guerra de Independencia estalló pronto en el norte del antiguo Totonacapan y se extendió hasta bien entrada la década de los veintes. Mientras que el dominio militar de la zona no fue estable, se produjeron tomas y retomas de los principales puertos y plazas. En 1812 hubo un asalto insurgente frustrado contra Tuxpan. Al año siguiente los realistas tomaron Tihuatlán, Tepetzintla y Papantla. En 1816 se apoderaron de la importante base de aprovisionamiento insurgente que se encontraba en Boquilla de Piedras. Papantla es atacada de nuevo en 1819. Pedro Vega, Simón de la Cruz y Joaquín*

Aguilar fueron líderes destacados, aunque el caudillo que sobresalió fue Serafín Olarte, quien cohesionó a numerosos contingentes indígenas y mantuvo una denodada defensa, en su bastión de Coyuxquihui, contra las tropas coloniales. Los nombres se amontonan, los nombres no dicen nada. Las fechas son columpios donde Joaquín mece un aburrimiento largo, una expectación llena de urgencia. «¿Cuándo, a qué hora apareces, Matilda?» En las ilustraciones que acompañan a las crónicas y los recuentos históricos, Papantla parece ser un poblado apacible aunque desordenado. Los blancos caseríos, techados con tejamanil o teja, se erigen entre zanjas y elevaciones sin organización aparente. Como en todos lados, en Papantla hay una plaza y, en uno de sus costados, se eleva la torre de la iglesia que alberga las anchas bancas de madera, el órgano descompuesto, el polvo reunido a lo largo de los años. Un hato de cerdos que devora todo a su paso como una plaga milenaria aparece de cuando en cuando por los caminos que de otra manera son pacíficos y transitables. Joaquín lo ve todo y, luego, con la nariz cerca de los libros, contando con todos los dedos de las manos, hace el recuento de las epidemias que diezmaron a la población: cólera morbus en 1833, y viruela en 1830 y 1841. Más tarde anota el número de los comercios: siete tiendas principales de géneros, comestibles y licores, acompañadas de un gran número de tendejones y ventorrillos. Cuando aparece mencionado un español fabricante de puros, Joaquín contiene la respiración, pero al comprobar que su apellido no es Burgos, la deja escapar con desconsuelo. El baile, las peleas de gallos y las partidas de billar son las diversiones favoritas del lugar. Las autoridades y el pueblo de Papantla desconocen absolutamente al gobierno de los Estados Unidos del Norte, reconociendo más que nunca a México cuya suerte compartirán por siempre y ofrecen perecer en su defensa sacrificando sus fortunas, sus familias, y cuanto les es más sagrado, como víctimas de su patriotismo, y sobre sus cadáveres pasarán los enemigos de su nacionalidad e independencia a ocupar las ruinas y escombros que dejarán a su

retaguardia, sólo de este modo sucumbirán. Joaquín no puede contener la risa cuando comprueba que, a pesar del fervor patrio de Don Hilario Pérez y Olazo, las rutas elegidas por las tropas norteamericanas para tomar la capital del país en 1847 dejaron a los papantecos, ya listos y armados hasta los dientes con machetes y fusiles de diverso calibre, fuera de las batallas. Así, con la sonrisa en los labios, la información que busca finalmente llega a su encuentro. En 1857 o 1858, los autores difieren en este detalle: quinientas familias procedentes de Italia arribaron al puerto de Tecolutla. Los colonos llegaron al mando de Juan Montessoro y se internaron por el río hasta Texquitipan, cerca de Agua Dulce, donde se asentaron inicialmente... *estaban muriéndose de hambre y vino un italiano a pedir auxilio al cura, entonces fueron familias de la villa y les llevaron comida y medicina, entre otras cosas curiosas encontraron a un italiano cocinando un zopilote. Cuando un papanteco le dijo que eso no se comía, el italiano respondió: «Tutte ave che vola a la tavola».* Un problema que tenían los italianos eran las niguas porque todos estaban llenos y no sabían qué era eso; hablaban y no se entendían, pero había uno que entendía español y les dijo que se las iban a sacar. Ya todos acarrearón espinas de naranja y cal y empezaron a sacar las bolsitas de niguas y a llenarlas de cal y así les sacaron todas. Algunos italianos fueron capaces de adaptarse a las condiciones de la costa, pero otros, atacados por el paludismo, los insectos y el calor, se dirigieron a Cabezas del Carmen y al interior, a la vecina población de Papantla. El único que entendía español y no era italiano se llamaba Marcos Burgos. Encorvado sobre la mesa como si ésta estuviera a punto de salir corriendo, Joaquín anota los datos a toda prisa. No sabe por qué, no sabe con qué propósito. Su letra, nítida y ordenada en las primeras hojas, llega repleta de temblores y rasgos nerviosos en el último párrafo.

—Lo sabía —exclama con obvia alegría un viejo de barbas blancas en el otro extremo de la mesa—, este maldito gobierno de ateos está llegando a su fin.

Entre sus manos, de cara a Joaquín, el viejo sostiene la primera plana del periódico del día en cuyos encabezados se anuncia una nueva sublevación en el suroeste del país. Los dos sonríen como maniáticos. Éste es, sin lugar a dudas, uno de los mejores días en la vida de Joaquín Buitrago.

Están bajo la sombra de un castaño, se oye el silbido del viento y el aturdido eco de los locos en torno a ellos. Joaquín le pide que cierre los ojos, que tienda las manos. Esperando otro regalo, Matilda obedece las órdenes sin chistar, como una niña. Una madeja de cabellos cruza su cara de izquierda a derecha. En el cielo, las nubes aborregadas de la mañana tienen tintes de gris en los lomos. Sin ser visto, él extrae un frasco minúsculo del bolsillo derecho de su chaqueta y lo coloca sobre sus palmas abiertas. El líquido dentro del cristal tiene el color de la tinta china, del chocolate oscuro.

—Vainilla —murmura Matilda apenas abre los ojos—, es vainilla. La maldita vainilla.

Al sacar el corcho de la boca del frasco, el aroma atraviesa la atmósfera como el filo de una espada. La confusión de sus ojos es tan real que Joaquín tiene que darle la espalda y mirar sus zapatos. Sin ser vista, Matilda se unta unas gotas del líquido tras las orejas y en las muñecas como si fuera perfume. Lo es.

Joaquín la deja hablar.

—La vainilla es una orquídea, ¿lo sabía? *Xanat*. Yo he hablado con ella, conozco todos los secretos de sus vainas. Su voz es de mujer. Sólo de olerla, aun de lejos, puedo distinguir si es cimarrona, mestiza, mansa o de tarro. La mansa es la mejor. Se debe sembrar en los cuartos menguantes de marzo y julio. Debe hacerse así. Se entierran uno o dos bejucos del tamaño de una vara a un lado de los picochos, el cojón de gato, el cocuite, los colorines y se amarran con mucho cuidado a los troncos. La vainilla, aunque se alimenta de su raíz, necesita, como las mujeres, de un árbol sostén para enredarse en él y no morir. Para que se produzca el fruto hay que polinizarla

con un pedazo afilado de bambú. Las manos de la indias, como las de mi abuela María de la Luz, son las mejores para esa tarea. Hay que hacer tres limpiezas anuales. Tres años después, entre el 12 de diciembre y el 2 de febrero, se colectan las vainas todavía verdes. Paul decía que era una planta planifolia y que ni siquiera la de Madagascar se comparaba con la calidad y la fragancia de las flores negras de Papantla. ¡Si alguien pudiera describir el olor de la vainilla! La dulzura de su raíz y el embrutecimiento de su aroma mezclado con copal. Si hubiera palabras. Si pudiera traerla prendida siempre bajo mi falda. Pero una vez separada de los árboles la vainilla también se vuelve amarga, ¿sabía eso? Entonces la flor ya no está en manos de indios, sino bajo la mirada de los beneficiadores y los políticos. Son blancos ellos, mestizos, europeos. Ellos pagan poco a los que vienen cargando la cosecha desde allende los montes o se la roban de noche. Ellos conocen la violencia. Ellos organizan las vainas en enormes tendales en los patios centrales de sus casas para secarlas al sol, orearlas a la sombra y volverlas a secar después. Ellos, siguiendo el sistema de poxcoyón, hacen sudar a la vainilla envuelta en petates y frazadas dentro de los hornos, la seleccionan y la observan por lotes. Las mujeres ya no participan en eso, pero los hombres que lo hacen tienen que tener los ojos, las manos y la nariz bien adiestradas. La vainilla requiere exactitud, perfección. Mi padre era el mejor. Mi padre sabía que una vez seca, había que dejar reposar a la vainilla por lo menos dos meses, y que si ya no había humedad, entonces estaba lista para olearse otros noventa días. Mi padre sabía desenzacatar los bejucos, deshaciéndose de los que estuvieran manchados, rajados, reventados o tiernos, y no había otro como él para organizar la partición. Al supervisar la formación de los mazos de cincuenta vainas negras y casi cristalizadas en el beneficio de don Juventino Guerrero, cuando los trabajadores los envolvían en papel encerado y los empacaban en recipientes de hojalata listos ya para partir en cajas de cedro hacia Europa, mi padre les cantaba una canción de cuna sin importarle la sorna pública. Mi padre estaba

loco. Mi padre, antes de aficionarse al aguardiente chuchiqui y perder hasta la dignidad, cuidaba a la vainilla como se debe cuidar a una mujer. El esposo de la vainilla, eso era mi padre. Santiago Burgos. Pero yo estoy loca, Joaquín, así que no me crea. No me crea nada.

En los libros que consulta Joaquín en la Biblioteca Nacional el chuchiqui se describe como un aguardiente de caña, corteza de chicozapote y trepico de parra capaz de enloquecer a cualquier hombre. *¿A qué sabe, a qué sabe, Santiago?* Santiago Burgos lo bebió por primera vez en 1885, el mismo año en que Matilda nació, una inusual sequía puso en peligro los vainillares de la región y sus padres murieron en la sublevación totonaca que organizó el médico con fama de santo, Antonio Díaz Manfort. *Sabe a lo que sabe la muerte cuando la tienes dentro de la boca, Joaquín. Sabe a golpe. Sabe a encontrarla y a dejarla ir. Sabe a la vida cuando se te acaba, hombre. Sabe a ti y a mí, Joaquín.*

Algunos años antes de que Matilda naciera, los robos de vainas recientemente recolectadas se hicieron más frecuentes y sangrientos. La vida, por lo demás, continuaba con su ritmo acostumbrado, dándoles poco y luego un poco menos.

—Dios nos dará más —decía María de la Luz, quien conocía la paciencia. Pero Dios, en esos días, se volvió sordo o estaba aburrido. Poco después empezaron a llegar ofertas para comprar sus tierras. Ya entonces la gente hablaba del condueñazgo, que era una medida agraria por la cual se pretendía parcelar a diversos municipios de la demarcación, especialmente aquellos en manos de los totonacas. La corrupción, malos manejos y arbitrariedades del proceso caldearon a tal punto los ánimos de los indios de la región que, el 30 de diciembre de 1885, cuando Antonio Díaz Manfort lanzó su manifiesto contestatario, siete mil indígenas lo siguieron en la insurrección. Marcos y María de la Luz Burgos se contaban entre ellos. Los cientocinco guardias nacionales estacionados en Papantla

acabaron con los alzados en menos de cuatro meses. De los dos hijos que tuvieron Marcos y María de la Luz, uno se fue primero a Xalapa y después a la capital para instruirse en el campo de la medicina; sólo Santiago, el menor, se quedó en Papantla, imposibilitado como estuvo desde niño a permanecer lejos de la fragancia de los vainillares.

El rostro de Santiago era, como el de su madre, de tez morena y ojos anchos. Los movimientos nerviosos pero atemperados los había heredado de su padre inmigrante. La testarudez y el temperamento desigual, en cambio, eran de su propia cosecha. Santiago, aún de niño, podía padecer ataques de cólera provocados por cosas nimias e incontrolables: el clima por ejemplo, la inevitabilidad de los lodazales en el tiempo de lluvias, el apabullante sol del verano. Después de la cólera, sin embargo, era casi natural verlo descansar en la hamaca con el rostro apacible. Sus gustos se transformaban con facilidad en obsesiones. El día que aprendió a usar un lápiz en la escuela del municipio, el descubrimiento lo deleitó tanto que pasó días enteros escribiendo cartas y recados a cuanta persona conocía y aun a seres inventados por su imaginación. Pero de la obsesión al olvido no había gran trecho tampoco. Santiago era capaz de pasar semanas, meses enteros, recorriendo palmo a palmo los montes y comarcas aledañas a la villa con el propósito de desenterrar los tesoros de su padre, sólo para no volver a hacerlo nunca más después de dos fracasos. Cuando conoció a Carmen, una mulata recién llegada del puerto en busca de un mejor clima para descansar de una afección tuberculosa, Santiago la asedió con furia, sólo para olvidarse de ella tan pronto logró robarle el primer beso. Al final, la única que pudo retenerlo fue Prudencia Lomas, una mujer algo mayor cuya afición a la poesía en francés y los placeres de la carne hacían que su nombre de pila se prestara al equívoco. Cuando se casó con ella sin la bendición de sus padres, Prudencia ya estaba encinta de Matilda.

El olor de la vainilla lo calmaba siempre. En las tardes de abril, caminando entre los bejucos, pensaba en la eternidad. Mientras

planeaba la resiembra podía ver en la punta de las hojas los rostros sonrientes de los dioses de María de la Luz, la determinación en los ojos del joven Marcos alistándose para zarpar de Puerto de Palos y dejar España y toda su vida anterior en otro lado. La admiración que sentía por ellos era tan sincera que muchas veces parecía amor. El resentimiento y la mediocridad de su propia historia, sin embargo, le ataban el corazón por dentro. Además de la siembra de vainilla, Santiago no era bueno para nada más. Sus ambiciones se centraban en producir la cosecha más cercana a la perfección de Dios. Pero para eso necesitaba las tierras de su padre y los conocimientos ancestrales de María de la Luz. Cuando logró rescatar sus cuerpos del lodo y la sangre de los montes no lloró. Al día siguiente les dio cristiana sepultura en el extremo sur de los vainillares, y de inmediato empezó a blasfemar contra el gobierno y contra Dios. Prudencia, con Matilda entre los brazos, lo vio palear la tierra, y luego presencié el entierro en silencio. La ira de Santiago, esa vez, no fue efímera. Su rabia se apropió de la planicie entera de su corazón y allí se quedó a vivir con él los diez años que le faltaban para encontrar la muerte. El chuchiqui hizo la espera menos densa, un poco menos insoportable. *Sabe a ganas de morirse. Sabe a certeza de morirse, Joaquín. Sabe a filo, a clavo, a fuate, a algo con lo que te golpean. Sabe a lengua cuando la tienes inmóvil entre los dientes.* Lo que Matilda conservó de su padre no fue la ira, sino la amargura con la que vendió sus tierras y con la que se contrató como jornalero en el beneficio de Juventino Guerrero. Lo que siempre recordó de su madre fueron los brazos alrededor de su cuerpo, el latir pausado de su corazón junto a su oído derecho.

—Si hubiera otra América, otro Papantla en algún lugar... —esas fueron las últimas palabras de Santiago Burgos.

Antecedentes familiares, directos, atávicos y colaterales:

Hay o ha habido en su familia algún individuo nervioso, epiléptico, loco, histérico, alcohólico, sifilítico, suicida o vicioso: *Su padre era alcohólico y su madre, aunque no se embriagaba, también tomaba sus copas. Su padre falleció a causa del alcohol y a su madre la asesinaron.*

En los libros Joaquín se siente a salvo. Entre sus hojas hay una catedral de olores donde todo tiene nombre, un túnel de voces donde encuentra huellas, nubes. El orden de las historias lo orienta en las incógnitas del mundo. Cuando nadie lo observa acaricia las cubiertas y, colocando la nariz entre las páginas quebradizas, aspira el olor de la tinta. Si la ciudad fuera una biblioteca él sería feliz. Las imágenes de dibujos y las fotografías hablan con él desde lugares distantes. Siempre hay alguien detrás de todas ellas. Alguien que imagina, estudia el ambiente, manipula la luz y da al final, en el momento menos pensado, el golpe maestro. Una estocada. Su cansancio, su azoro o su vértigo se queda después ahí, plasmado y escondido a la vez, a la espera del segundo golpe, el definitivo. Joaquín nunca ha estado en Papantla, pero se puede mover cada vez con menor dificultad en sus intrincadas callejuelas bordeadas de caseríos blancos, entre los cerdos y las gallinas que entorpecen el tránsito de la gente. Cuando se agota, descansa bajo el arco colonial adyacente a la iglesia o se sienta en las escalinatas del quiosco de la plaza. Si pone atención puede reconocer, entre todas las otras, la sombra de Matilda. Su olor. Hay algo inombrable dentro de ella, algo a su alrededor que lo deja todo en silencio. Joaquín está tomando notas. Con el tiempo ha aprendido a desconfiar de su memoria, de sí mismo.

El Tajín. Matilda pronuncia el nombre con los ojos cerrados. Abre los brazos y da dos, tres vueltas. La falda extendida como un paraguas. La sonrisa en su rostro es de placer. La búsqueda de los tesoros enterrados por su padre había llevado al joven Santiago Burgos hasta la llanura de Coatzintla, cerca de la cuenca de Cazones. Allí, cruzando la selva sobre una mula y con las pantorrillas protegidas con botas altas de cuero, se internó en la cuenca del Tecolutla. Cuando vio la pirámide de los nichos por primera vez, Santiago no supo qué hacer. Tanto él como su mula permanecieron inmóviles. Ya había oído hablar de las ruinas totonacas pero, al estar frente a

ellas, todas las descripciones escuchadas con anterioridad le parecieron pálidas e imperfectas. La belleza de las construcciones le hizo comprender que había cosas en el mundo para las que no había palabras. Entonces un rayo partió el cielo en dos y esparció partículas color púrpura en la atmósfera. La tormenta, cuando llegó, lo forzó a pronunciar entredientes la palabra «Dios».

El fotógrafo lee todos los libros. Las primeras noticias del Tajín llegaron al mundo en 1785. En ese año, la *Gaceta de México* publicó un artículo de apenas un par de columnas firmado por Diego Ruiz, un cabo de ronda de la jurisdicción de Papantla quien, cumpliendo con sus funciones para el Real Estanco de Tabaco, descubrió las ruinas en medio de la selva. Sus descripciones, aunque llenas de visible admiración y engarzadas en grandilocuentes palabras, poco dicen en realidad de la herida intemporal de las piedras totonacas. Años después, en 1804, el padre jesuita Pedro Márquez, ya exiliado en Italia, publicó su obra *Los antiguos monumentos de la arquitectura mexicana* en la cual, corrigiendo las cifras de Diego Ruiz, afirmaba que el templo principal tenía trescientos setenta y seis nichos y no trescientos cuarenta y dos. Además de ir acompañado de detalladas ilustraciones, su relato, erudito y teñido de nostalgia a la vez, intentaba desentrañar el significado calendárico de los nichos, las estelas y los monumentos. De todos los escritos, tal vez ningún otro fue tan significativo para crear la leyenda moderna del Tajín en la imaginación europea como *El ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* del barón Alejandro von Humboldt. En sus palabras la arquitectura del Tajín era perfecta; su belleza, impronunciable; su edad, inmemorial como el mismo misterio. Las noticias de una desconocida civilización perdida y todavía intacta en el centro de la selva veracruzana atrajo la atención de arqueólogos, artistas aburridos ya del mundo moderno, enfebrecidos autodidactas en busca de ancestral sabiduría y todo aquel afectado por la insaciable

sed de lo exótico. De camino a las ruinas, la mayoría de ellos pasaba por Papantla para abastecerse de viandas, pedir direcciones y contratar, si era necesario, algún guía. En mayo de 1892, un pintor francés de ojos alucinados se encontró en la plaza principal con Santiago Burgos quien, embrutecido ya de chuchiqui, le ofreció sus servicios. El francés, exhausto pero perfectamente acicalado en su traje de lana, aceptó la oferta como si se tratara de una bendición.

Antes de partir, Santiago lo llevó a su casa. Allí, entre tragos de aguardiente y con Prudencia sentada en las piernas, en vez de hablarle de las ruinas le describió con minucia la trayectoria de un rayo que, después de caer sobre el pináculo mayor, le había devuelto la creencia en Dios. Cuando Santiago cayó dormido en la mesa, y el tufo del alcohol de días se elevó sobre su cabeza, Prudencia pronunció, primero con timidez y luego con inusual firmeza, las pocas palabras en francés que le quedaron en la memoria de los días en que todavía gozaba de la poesía. El asombro en el rostro enrojecido del pintor fue sincero. Durante los meses que tardó en planear su excursión a tierras americanas se había preparado para la incomodidad del viaje, los días bajo el ardiente sol mexicano, la carencia de alimentos decentes, el primitivismo de los habitantes de la región, pero su imaginación nunca le predijo que en Papantla se encontraría con una mujer morena, cargada ya de tres hijos, recitando de memoria versos en francés.

—*Vous êtes la plus belle des indiennes* —le dijo. Y Prudencia, que se enorgullecía de no llevar sangre indígena en sus venas, aceptó el halago con un nuevo brindis de aguardiente. En ese momento decidió que tanto ella como sus hijos acompañarían a Santiago y al explorador por la selva.

La travesía fue larga e incómoda. La ocurrencia de llevar a su mujer le ganó a Santiago una nueva reputación de loco. Matilda, montada en un caballo por primera vez, seguía la peregrinación de cerca. El sobresalto que le produjo aproximarse a las ruinas que inconscientemente asociaba con la abuela que nunca conoció le

quitaron el hambre y hasta la sed. Cuando divisó la pirámide de los nichos a lo lejos, Matilda, justo como su padre años antes, no supo qué hacer.

Algunas de las placas que Joaquín ve en la biblioteca nacional las tomó en 1897 el fotógrafo alemán Teoberto Maler. Otras, la mayoría, provienen de la serie que Hugo Breheme, otro alemán, tomó en 1905. Joaquín, como si se tratara de los ojos de Matilda, guía su atención hacia los detalles. Más que en la monumental vista general, quiere que ella se fije en los bajorrelieves repletos de una constante repetición de entrelaces, en la decoración de grecas escalonadas compuestos en mosaico de piedra. Cuando ella no sabe qué ver, Joaquín le señala las cornisas, las celdillas, el juego de volúmenes que produce una desconcertante danza de claroscuros en pleno movimiento. «Mira la edad de las piedras, Matilda. Observa la columna esculpida para la deidad de la muerte. Examina la greca Xicalcolihqui en la escalinata central de la pirámide. ¿Sabías que sólo los totonacas supieron esculpir en sus ídolos la sonrisa?»

Matilda subió las escalinatas de la mano de su padre, el pulso de su corazón aflorando a su piel con el sudor. Cuando llegaron a lo alto, Santiago todavía resollando por el esfuerzo, se hincó de rodillas en las piedras, hizo el signo de la cruz en su cara y, olvidándose de la presencia de su hija, destapó una botella más de chuchiqui. Las nubes en ese momento cubrieron la luz del sol. Alrededor, tendida sobre las montañas y las cuencas, la selva guardó todos sus secretos. El silencio, por un momento, fue absoluto. Matilda ya amaba a su padre con desesperanza. Cuando finalmente se acercó a él tratando de descifrar las palabras que salían de sus labios en continuo movimiento, se dio cuenta que su padre no estaba diciendo nada.

Justo como lo quiso Joaquín, Matilda bajó las escalinatas sola, todavía llena de energía, curiosidad. Apartándose de los escalones,

inspeccionó cada uno de los nichos. Con cuidado, como si intentara copiar la piedra en su piel, pasó sus manos sobre los relieves y los entrelazos. Horas más tarde, ya con la luz del crepúsculo a sus espaldas, Matilda regresó a la base de la pirámide. La sorpresa de no ver a su madre la llenó de miedo. Por su imaginación pasaron gigantescos animales desconocidos devorando su cuerpo y, luego, dioses inmateriales llenos de furia que la arrastraban de los cabellos hasta llegar al Golfo. La soledad, por primera vez, la tomó de las manos y le dio un cariz de fingido valor a su rostro. Nadie la vería llorar. Se mordió los labios. Reteniendo el llanto, corrió a toda velocidad entre los corredores de tierra, se montó en las piedras y, cuando no pudo más, se quedó allí para observar el valle.

—Estoy sola —se dijo. El descubrimiento le hizo pensar en la posibilidad de la existencia de diablo. Entonces, sin darse cuenta, empezó a llorar.

Una sombra baja de lo lejos y le ofrece, a través del tiempo, un pañuelo blanco, inmaculado. J.B.

El eco de la risa de su madre disipó de inmediato su soledad. Siguiendo el sonido de puntillas, llegó hasta la base de la columna de la muerte donde Prudencia y el pintor francés se entretenían en el jeroglífico de sus propias caricias. Presa de la alegría, sin medir las consecuencias, Matilda se acercó a ellos a toda prisa. Su madre la recibió con los brazos abiertos, la rodeó con ellos. Junto a su oído derecho, el latir pausado de su corazón le devolvió la paz.

En las cartas que al correr de los años atravesaron el Atlántico desde París hasta la calle Cinco de Mayo en la villa de Papantla, el pintor francés siempre se refirió al Tajín con el tono solemne de una revelación. Prudencia, quien había tenido el desatino de enamorarse a primera vista de un dandy parisino, nunca tuvo el arrojo suficiente para contestar las misivas. El recuerdo de su travesía al Tajín acabó

por diluirse en las alucinaciones producidas por incontables vasos de chuchiqui. En cambio, el cuerpo de Prudencia se acomodó plácidamente entre los recuerdos del pintor francés. Su imagen sonriente y la extraña fragancia de su piel se convirtieron en la mejor metáfora de sus días como explorador en México. Prudencia Lomas de Burgos. Cuando olvidó su rostro, le bastó el nombre para suavizar las aristas de su vejez.

Existen otros recuerdos. Imágenes de alegría desatada. Risas cuyos ecos todavía hacen temblar la piel del tiempo. Días de carnaval. Guaguas. Tocotines. Tamales de camarón con calabaza y atole morado. Guerras de confeti. Hombres volando como pájaros y descendiendo a toda prisa en la explanada de la iglesia. Moros y españoles danzando al compás del tambor y la flauta en un combate simulado. ¿Quién ganará? Matilda describe la topografía de Papantla como la superficie de un papel arrugado. Su casa es un nicho de aves cantoras. El cielo de noche, un tramo de terciopelo negro agujerado de estrellas. *Mi padre. ¿Le conté de mi padre cuando volvió a creer en Dios?*

Santiago Burgos desapareció dos días antes del equinoccio de la primavera de 1900. La última vez que Prudencia lo vio iba vestido de blanco y, en un morral de palma cruzado al pecho, llevaba un par de vainas de vainilla y dos botellas de chuchiqui. La sonrisa en su rostro era la que le conocía desde siempre: franca, despreocupada. El primer día de su ausencia preguntó por él en la cantina acostumbrada, y al no encontrar razón alguna de su paradero, regresó a su casa sin demasiada preocupación. Las malas noticias, estaba convencida, llegaban siempre solas y eran, además, rápidas. El segundo día acicaló a sus hijos para asistir a la celebración en el centro de Papantla. Antes de salir, todavía pensando en Santiago, le dio un traguito a su botella de aguardiente. Lo amaba, como Matilda, con desesperanza. Afuera, el cielo era impecablemente azul. Cuando llegaron, los hombres ya habían plantado el tronco de un

árbol en un hoyo de dos metros que habían cavado en la explanada de la iglesia dos días antes. Entre purificaciones y rezos, habían transportado sobre sus hombros el tronco por toda la villa. En el hoyo colocaron aguardiente, flores, incienso y hasta gallinas. Matilda presenció los preparativos con la indiferencia de alguien acostumbrado al ritual de primavera. Después de permanecer por un rato sobre la punta del palo, cuatro hombres pájaro atados de los pies descendieron, vuelta tras vuelta, hasta aterrizar en el suelo una vez más. Cada hombre representaba un punto cardinal y las trece vueltas los cincuenta y dos años que corresponden al nuevo periodo solar. El quinto hombre, mientras tanto, tocaba música y danzaba en lo alto, para terminar arqueando su cuerpo y contemplar así el sol en su cénit. Los voladores iban apenas en la quinta vuelta cuando, azuzada por un grito de incredulidad de Prudencia, Matilda levantó el rostro intentando discernir la causa de su sorpresa. En la punta del palo, treinta y cinco metros encima de sus cabezas, Santiago Burgos danzaba como loco y, a pleno pulmón, repetía las imprecaciones que la familia y la comunidad papanteca sólo le había escuchado en los momentos más tórridos de su dipsomanía. El gobierno tenía la culpa de todo. El beneficio tenía la culpa de todo. La avaricia tenía la culpa de todo. Las compañías de petróleo tenían la culpa de todo. «¡Todos ustedes son los culpables de la muerte de la vainilla!» Sus gritos se perdían en el aire y, abajo, casi sin poder oírlo, la gente observaba con beneplácito el inesperado espectáculo. Hubo porras. Hubo vivas. Hubo exclamaciones de júbilo desordenado. Y no faltó la beata que, comprendiendo el peligro que corría, empezó a acariciar nerviosamente las cuentas de su rosario. Prudencia apretó la quijada y Matilda, por primera vez, sintió orgullo de ver a su padre muy por encima de las cosas del mundo.

Horas después, cuando a fuerza de súplicas y amenazas Santiago aceptó descender, Prudencia ya había perdido todas esperanzas de verlo envejecer. Su estado era deplorable. Una barba de tres días cubría su rostro desencajado. Manchas de vómito y orines formaban lagos percutidos en su ropa de manta. El olor de

su cuerpo no era de vainilla sino de perdición. Una turba de curiosos, atraída por sus ininterrumpidas imprecaciones contra el poder terreno y divino que dominaba a Papantla, lo rodeó en la plaza. El profesor Donato Márquez Azuara se aproximó discretamente a Prudencia y le surgió que lo llevara de regreso a su casa de inmediato.

—Si no lo mata la congestión alcohólica, lo acabarán los guardias —le dijo. Santiago ya estaba hablando de las cada vez más agresivas incursiones de la compañía Oil Fields en los alrededores de la villa. Después, medio caído en el suelo, Santiago les informó a gritos del proceso por el cual se concentraron ciento treinta mil hectáreas de tierra en sólo siete haciendas. Manuel Zorrilla se había adueñado de la que había sido propiedad de Guadalupe Victoria y poseía treinta y tres mil en Larios y Malpica; Pedro Tremari era dueño de veinte mil hectáreas en Palma Sola, San Miguel y San Lorenzo; Ana María Villegas Ocampo, ocupaba veinticuatro mil en San Miguel del Rincón. Su lista de quejas crecía. «¡Todos ustedes tienen la culpa de la muerte de la vainilla!» El maestro Márquez, que algunos años después, y bajo los auspicios del Club Demócrata Papanteco, se encargó de la dirección del periódico *El Tábano*, «el animal que pica a las bestias», lo sacó cargando en brazos. Ya para entonces Santiago estaba llorando.

El doctor de la villa diagnosticó *delirium tremens* al verlo. Poco había por hacer. Lo único que le quedaba a Prudencia era esperar la misericordia de Dios. Y Dios, como pocas veces a lo largo de la vida de Santiago, se la brindó esta vez. Su respiración después de la medianoche volvió a fluir en paz. Lo que Matilda recuerda de esa velada es el olor. La fragancia dulce de la vainilla mezclada con el tufo agrio de la muerte. Lo que quiere olvidar es que esa noche empezó la historia de su futuro.

Al tanto de la precaria situación de los Burgos y de la propia afición de Prudencia por el alcohol, el maestro Márquez le recomendó que les buscara casa a sus hijos.

—¿Quiénes son los padrinos de la niña mayor?

—No tiene —le contestó. Después de pensarlo un rato recordó el nombre del hermano de Santiago que vivía, según sabía, en la ciudad de México. No lo conocía y, de hecho, no tenía la menor idea de su suerte, pero depositando una vez más su confianza en la misericordia de Dios, autorizó que don Donato hiciera investigaciones y contactos. Mientras Santiago se recuperaba con dificultad y sin empleo, telegramas con escuetas preguntas y respuestas monosilábicas cruzaron una y otra vez la Sierra Madre Occidental. En agosto todo estuvo listo para que Matilda Burgos abandonara Papantla para siempre. Gracias a la generosidad del maestro, Prudencia pudo comprarle un vestido de algodón, un nuevo par de zapatos y dos listones blancos para atar la punta de sus trenzas. La maleta rectangular guardó su mandil, una falda y una blusa de percal, su rebozo, una pequeña biblia con cubiertas de cuero y tres vainas de vainilla —regalo del beneficiador Guerrero. Ya encerrado para siempre en el mundo hermético en el que nunca dejó entrar a nadie, Santiago la miró partir sin expresión en el rostro. Prudencia Lomas le dio la bendición en silencio. De su casa salió de la mano del profesor Márquez; éste la llevó en caballo hasta Teziutlán y ahí tomó el tren con ella hasta llegar a la población de Oriental. De ahí, Matilda tomó el ferrocarril con rumbo a la ciudad de México sólo en compañía de su maleta y su desconcierto.

—¿Ha visto volar hombres como pájaros, Joaquín?

La voz de la bibliotecaria lo hace saltar sobre su silla.

—Se aproxima la hora de cerrar, don Joaquín —en ningún otro sitio, excepto en el cuarto de lectura de la Biblioteca Central, se refieren a él con el uso respetuoso de «don». De tanto verlo merodear los estantes y pasar días enteros hojeando periódicos viejos, la mujer debe imaginarse que es un maestro de la Universidad Nacional o alguno de esos estafalarios intelectuales que publican poemas. Si supiera.

Como desde hace cuatro días a las siete de la tarde, Joaquín cierra su libreta y guarda el lápiz en el bolsillo derecho de su camisa. Luego, después de meter sus papeles en un portafolio de piel oscura, se despide de la bibliotecaria con una ligera inclinación de cabeza. Con su característico paso lento atraviesa la puerta de la entrada y se interna, después, en el tumulto de la ciudad. En lugar de tomar el tranvía hasta Mixcoac, se dirige a la colonia Santa María la Ribera. Hoy no le presta atención al cielo. Hoy avanza con la mirada clavada en las estrías de sus zapatos. La ciudad no existe. El ruido y la velocidad no existen. En el marasmo de su cabeza lo único que existe es la soledad de Matilda Burgos. Su mano derecha juguetea con la llave de su casa dentro del bolsillo del pantalón. No se había vuelto a parar frente a ella desde 1908 pero, de no ser por la voracidad de las enredaderas y el desordenado crecimiento de las plantas en el jardín, la casa con fachada de chalé suizo que se extiende detrás de la valla de hierro sigue en pie y en apariencia es la misma. En el interior, sin embargo, todo es diferente. Los muebles están cubiertos de sábanas blancas como si fueran cadáveres. La humedad ha dejado manchas color de yodo sobre las paredes empapeladas. Los candelabros no tienen bombillas. Las hilerillas de polvo diseminadas sobre el piano dibujan cartografías inmemoriales, dunas, precipicios. Después del deceso de sus padres la casa sólo ha albergado fantasmas sin voz, sin deseos. Ésta es su herencia: una casa de muertos. El lugar es un campo minado, una desolada planicie estéril donde dos ejércitos han jugado a la guerra. ¿Estallarán las bombas latentes? ¿Volverá a crecer la hierba? Hubo una guerra, sí, larga, cruenta. La casa es sólo uno más de sus muchos accidentes. Como cuando era niño, Joaquín avanza a tientas entre la oscuridad de los pasillos. Sube los peldaños de las escaleras y se dirige al que fue su cuarto. Una gotera ha formado un lago sobre los colchones de su cama. El ruido de las ratas corriendo desesperadas de un rincón a otro lo obliga a caminar con cuidado. Aún sin poder observar la casa de Santa María la Ribera detalladamente, Joaquín sabe que se parece mucho al cuarto que

habita en La Castañeda. El olor a salitre y el deterioro son los mismos. «Te lo dije, papá, vamos a acabar igual a fin de cuentas.» La luz de una luciérnaga lo obliga a pestañear. Joaquín podría tomar posesión del recinto en cualquier minuto si quisiera. Tan pronto como, de acuerdo a los dictados en el testamento de su padre, un certificado médico compruebe que ya no hay morfina corriendo en las venas de su cuerpo. Tan pronto como se case y tenga a bien creer en el futuro del país y tire a la basura su vieja Eastman.

Justo como ha hecho los tres días anteriores, Joaquín enciende con el mismo cerillo, un cigarro y una lamparita de petróleo. Luego, sin quitar las sábanas del sofá de su recámara, se sienta sobre el asiento mullido de un tren. El sonido del silbato le duele en algún lugar del cuerpo. Está a punto de partir. Todo está a punto de ocurrir. Joaquín sabe, ahora, que ya no podrá regresar jamás.

La muchacha a su lado apoya la frente en la ventanilla y, aunque tiene los ojos abiertos, no ve nada. Las manos están inmóviles sobre su regazo, los tobillos cruzados, sin coquetería. La fotografía de una estatua. Viéndola de reojo mientras finge leer las hojas del periódico, el corazón se sobresalta. Su forma de mirar y el aroma de sus trenzas le traen a la mente la palabra *naturaleza*. Hay algo en ella, algo incierto y afilado como el destello de una navaja asida por la mano de un asesino bajo la luz de la luna. Su voluntad es más fuerte que su miedo, más fuerte que su edad. Nadie la verá llorar. Se muerde los labios. Joaquín, de repente, desea con toda el alma que lo haga. Joaquín quiere que Matilda descanse. «Todo va salir bien, no te preocupes.» Quiere que Matilda se vuelva dócil y flexible como un bejuco. «Yo te cuidaré todos los días. Te protegeré del mundo.» Joaquín quiere transformarse en un pichoco, un cocuite, para que el tallo de Matilda se enrede alrededor de su tronco y no se marchite. «Yo velaré tu sueño. Te ayudaré a escapar.» Joaquín quiere ser el esposo de la vainilla.

En la estación, de pie junto a la maleta, Matilda observa el reflejo borroso de su cuerpo sobre los mosaicos pulidos. Su niñez todavía está marcada por el ritmo cíclico, predecible, de Papantla: la siembra y la cosecha de la vainilla, las celebraciones de Semana Santa, las meriendas antes de las seis, las borracheras de Santiago Burgos. Ahora, a los quince años, ya en la ciudad, piensa por vez primera en el futuro. Imágenes de animales antediluvianos y monstruos magníficos pasan por su cabeza seguidos de risas y rostros escondidos detrás de velos misteriosos. No tiene dinero y además de su tío, que se llama igual que su abuelo, no conoce a nadie más. La prisa de la gente que camina cerca de ella la intriga. La muerte. La vida. En las historias con las que ha crecido nunca se mencionaron las citas de amor, la puntualidad de los empleos, la velocidad de la ambición.

—¿Matilda? —el individuo que pronuncia su nombre con dubitación lleva los cabellos peinados con brillantina y gafas frente a los ojos. Cuando ella asiente, el hombre le da la mano, sonríe. Un reloj brilla en su muñeca izquierda.

—Soy Marcos Burgos. Tu tío.

—Mucho gusto —las palabras son del maestro Márquez. «Eso es lo que se hace en la ciudad cuando saludas por primera vez a alguien», le había advertido. Ella lo mira directamente a los ojos. Su voluntad es más fuerte que su miedo, siempre lo será.

—Nos vamos a llevar muy bien. Verás. Vamos a hacer de ti una buena ciudadana.

Cuando se alejan, Joaquín los observa desde lejos, atrás del gentío, atrás de todo. Entonces, tiende la mano. Se despide. Cada vez que la tiene cerca su corazón se sobresalta.

La casa está a oscuras. En el techo de la adolescencia de Joaquín hay, además de los viejos ríos y árboles, gente, rostros. Sus

historias se entreveran y se desatan, confluyen y, a veces, chocan a toda prisa. Es una red. Una cosa lleva a la otra y, sin embargo, no hay orden alguno. No hay reglas. Las voces llegan de todos lados y, luego, se van igualmente por todos lados —hacia adentro, a su cabeza, pero también afuera, hacia la ciudad donde se discute la posibilidad de una recesión mundial, el fin del mundo, el advenimiento de una nueva era, otra. Si algo ha aprendido Joaquín es que el misterio se protege a sí mismo con otro misterio. Si algo ha aprendido Joaquín es que las grandes catástrofes ocurren siempre, siempre, en los cuerpos. Sobrevivirá.

—Cada vez que te veo mi corazón se sobresalta —en el sueño está frente a ella, en el interior del manicomio, acompañado de los ruidos de su pabellón. El sobresalto del corazón. Joaquín describe un mero hecho biológico, una función orgánica, un reflejo. Ahora, de regreso del aturdimiento de cinco días en la ciudad, el cansancio es tan patente que no puede pensar siquiera en la posibilidad de seducirla.

—¿De verdad?

Sin voz, con la mirada súbitamente juguetona, ligera, Joaquín asiente.

—Sí, de verdad.

El manicomio, no se había dado cuenta hasta ahora, es su santuario. La guerra perpetua de la ciudad lo cerca entero.

Todo es lenguaje

*They called me mad, and I called them mad,
and damn them, they outvoted me.*

Nathaniel Lee

Adentro. Conmoción en los corredores. Olor a cigarrillos. Gritos de desolación. Eduardo Oligochea coloca un separador entre las hojas de su libro antes de salir de la enfermería. Las voces salen de la celda de Imelda Salazar. ¿Qué dicen? «El mundo se va a acabar. Los platos están llenos de soberbia.» Sus ojos, como la pañoleta de lana con la que se cubre el cabello, son negros. Está de rodillas y, con los brazos abiertos en cruz, mira hacia la ventana imaginaria por donde se cuelan los rayos del sol. Hay terror y esperanza en sus ojos, determinación en las palabras que pronuncia a los oídos del aire. Un súbito olor a azufre la lleva a vomitar y a estremecerse sin control. Su cuerpo se dobla en ángulos increíbles, las manos vacías se enredan con fuerza alrededor de un cuello invisible. La impureza viene de fuera. Es una plaga de hormigas, la caballería de un ejército en plena ofensiva, una tormenta. Satanás. Se esconde en los objetos y, ya dentro, intenta pasar inadvertido y destruir a la humildad. La cadencia de los rezos aumenta, el volumen de su propia voz se vuelve agudo como el grito de los delfines en el mar. Las voces, ¿qué dicen las voces? «Hay que destruir los platos, las ropas, los zapatos, todas las cosas que salen de las fábricas del diablo.» La piel roja del animal se aproxima como una marea, lo cubre todo. Ya está aquí. «*¡Vade retro!*» La mujer tiene los ojos en

blanco, los dedos índices de ambas manos cruzados uno sobre el otro en forma de cruz. Una espuma viscosa resbala por la comisura de sus labios. «Tú no podrás nada contra mí.» Sus gemidos atraviesan el ambiente y como si éste fuera un globo saturado de helio, lo revientan en mil pedazos. Todo está bajo el poder del mal. Todo. No habrá salvación.

Cuando todo se termina ya es de noche. Imelda yace sobre un charco de orines y de lágrimas. Lo único que puede tocar sin verse contaminada de la impureza de la sociedad es la piel sarnosa del perro que, mientras le lame los rasguños de manos, le devuelve la paz.

No. 6140

Imelda Salazar. Tlaltenango, Zacatecas, 1896. Soltera. Maestra. Católica. Constitución débil. Desarrollo rápido y precoz en la infancia, incompleto en la pubertad. El padre fue alcohólico, del resto de la familia no se tiene noticias. Hace seis meses llegó de Zacatecas al Colegio del Santísimo Sacramento con el propósito de profesar. Permaneció allí diez días, se le envió después a San Luis de la Paz, a una sucursal de aquél, en donde permaneció cinco meses. Debido a sus padecimientos no se le admitió y se le mandó de regreso a Zacatecas. En la siguiente población bajó del tren y regresó a San Luis y entonces se le envió a México, ya con un número de extravagancias. Aquí varios médicos la examinaron y la encontraron enajenada. Tiene actitudes prolongadas y se entrega a rezar desordenadamente. Dice que los trastos en los que le sirven su alimento contienen impurezas espirituales (soberbia) y un marcado olor a azufre por lo que arroja los alimentos al suelo y los lame en compañía de un perro para que éste le convide humildad y así contrarrestar aquellas impurezas. Desea llamarse «Chucha». En el dormitorio ha sido sorprendida por la «horrible visión de un monstruo diabólico» al que ahuyenta con la Magnificat. Responde la enferma al interrogatorio correctamente y conserva la memoria y la orientación. Solamente se le encuentran incoherencias y delirios al mencionarle asuntos religiosos. Permanece aislada de los demás internos y se niega a tomar medicinas. Baños semanales de aseo. Come y duerme bien. *Demencia con Psicastenia. Delirio Religioso. Oligofrénicas.*

Adentro. Timidez. Voces apenas audibles. Ojos mirando el suelo «¿Sabes por qué te encuentras aquí?» «Sí.» El cabello negro de Lucrecia Diez de Sollano de Sanciprián cae sobre su espalda como una cascada. Las puntas del rebozo enredadas entre sus dedos. Inmovilidad. Cuando levanta la vista se adivina un desafío en su

mirada. Una espada. Como señora bien educada sólo habla si se lo piden; no hace preguntas, no añade información innecesaria. Detrás del escritorio, Eduardo se mueve inquieto en su silla. Su voz lo desorienta; su rostro le trae a la mente la imagen de un gavilán volando en círculos concéntricos sobre su víctima. La tranquilidad exterior de su cuerpo parece sostenida sobre un frágil andamiaje. Las respuestas a sus primeras preguntas son inmediatas, rápidas. Projectiles. Es obvio que las ha contestado antes, muchas veces. Eduardo no encuentra modo alguno de controlar su prisa, esa actitud de mujer con una larga lista de cosas por hacer durante el día. «Quiere que le cuente la historia de mi vida, ¿verdad?» Una arruga vertical le cruza el entrecejo. «Sí». El sarcasmo de su sonrisa lo desarma. Es todo oídos.

No. 1482

Lucrecia Diez de Sollano de Sanciprián. San Miguel de Allende, Guanajuato, 1874. Casada. Quehaceres domésticos. Católica. Constitución débil.

«Mis padres. Don Vicente Diez de Sollano murió a los 60 años. Mi madre fue Piedad de la Peza y Poza. El señor, mi padre, fue un hombre muy sano, murió de bronquitis capilar aguda. Mi madre, de constitución nerviosa y de muy claro talante, nunca tuvo ataques. Murió de una gripa que le atacó el intestino y el corazón.

»El señor mi esposo se casó a los 20 años. En 10 años que viví con él tuve ocho hijos de los que viven cuatro. Dos se ahorcaron con el cordón y dos nacieron muertos por haber tenido albuminuria. También tuve cuatro abortos por causa de la vida tan difícil que llevaba con el señor mi esposo.

»Yo nací el año 1874. A los seis años tuve escarlatina, después crecí sana y robusta. A los 15 años me vino el periodo sin ningún transtorno. A esa edad me volví nerviosa y me casé a los 17. Me curé de lo nervioso y así estuve cuatro años hasta que, por penas morales y pérdidas físicas, cuando estaba criando a una niña muy robusta, me vino otra vez el estado nervioso de febrero a agosto. Después quedé perfectamente y a los cinco años me dio fiebre puerperal quedándome en estado nervioso agudo que con distracciones y con viajes se me alivió. En ese tiempo se puede decir que usaba de alcoholes por prescripción médica, y tal vez por inconciencia abusaba de ellos.

»En 1899 me vino un ataque de dipsomanía y el doctor Liceaga me convenció ingresara a la Quinta de Tlalpan. Entonces se me produjo este ataque por el cambio de vida moral y físicamente pues el señor mi esposo trajo a una mujer y desde esa época no vivo íntimamente con él y se me reflejaba el vacío del alma en mi parte física. No volví jamás a tomar una sola copa de vino hasta 1901 en que tomé unos cuantos días, ingresé a La Canoa donde estuve durante tres meses, salí, estuve perfectamente hasta

1906 en que por haber tenido trabajos excesivos y penas morales y disgustos espantosos volví a tomar unos días. Entonces volví a La Canoa, y salí y me dio fiebre intestinal y volví a La Canoa donde duré un año y cinco meses. Salí, estuve perfectamente hasta el 29 de septiembre de 1911 en que hice una visita y tomé cognac y pulque, después seguí tomando día y medio, advirtiendo que jamás tengo la costumbre de tomar una sola copa de vino ni de pulque ni cerveza, a excepción de cuando lo nervioso y las penas morales, pérdidas físicas y, sobre todo, el vacío del alma reflejado en la parte física, como he dicho, me lleva a tomar la primera copa, pues yo en pleno uso de mi razón soporto grandes cosas y no me quita el gran dominio que debo tener dada mi difícil situación y mi manera exagerada de sentir y de ser, y me viene el desborde de las pasiones y la excitación más completa.»

Los datos anteriores fueron transcritos por la misma enferma, pudiéndose notar desde luego su claro talento y su facilidad para interpretar por medio de la escritura cuanto piensa. Fuera de sus ataques de dipsomanía, los cuales siempre ha procurado explicar como resultado de sus penas morales, parece una persona normal; pero un estudio más atento hace ver que hay un estado crónico de subexcitación maniaca más psíquica que motriz. No hay día que no tenga nuevas ideas, planes nuevos que llevar a cabo, ya sea para salir del manicomio o para seguir determinada conducta con su esposo al que hace responsable de cuanto le sucede. Cada día hay un nuevo achaque de salud, ya sea un dolor que dura minutos y recorre casi toda una pierna o un brazo, ya sea un vértigo que la deja con un estado de náusea todo el día, ya sea un dolor en el ovario izquierdo, ya una hiperolalidad de tipo intermitente, ya, en fin, una sensación de angustia y malestar porque no ve a sus hijos o porque piensa que no saldrá de este hospital. Estos síntomas hacen pensar en un cuadro histérico que sin duda lo hay, pero que por otra parte son resultado de su excitación psíquica crónica. La hemos visto escribir versos días enteros, y cartas a todos sus parientes diciendo la situación angustiosa en que se encuentra, otras, en fin, se dedica con verdadero ahínco al trabajo manual pero en nada hay continuidad, en nada hay método. Lo que le entusiasma hoy, le desagrada mañana. La enferma se da cuenta exacta de su carácter y procura corregirse; hace el símil de su persona con «un caballo brioso al que se monta con espuelas» y al que es muy difícil domar o parar una vez emprendida la carrera.

La examinamos cuidadosamente y no hemos podido notar sino un dolor que se despierta del lado del ovario izquierdo, lo que hace que se incline nuestro diagnóstico en favor de la histeria. Su sensibilidad al tacto y al dolor es un poco exagerada, lo mismo que los reflejos tendinosos. Fuera de esto no hay nada anormal, no hay rastros de intoxicación alcohólica. Para terminar haré notar que come y duerme bien, y que se encuentra generalmente constipada. Llama la atención la memoria prodigiosa de la enferma, la cual es tanto retrógrada como anterógrada. *Dipsomanía. Fondo de insanidad moral. Pensionista.*

Adentro. Expedientes sobre el escritorio. Telegramas que indagan por el estado de salud de ciertos pensionistas. Órdenes de

defunción. Actas de la sexta demarcación de policía. Las manos de Eduardo Oligochea yacen sobre los papeles amontonados, inertes. Tras sus anteojos la mirada perdida. El aturdimiento de todas las historias se vuelve insoportable ciertas tardes de invierno. En diciembre todo es gris fuera, dentro. A veces, cuando se deja embargar por la desolación y se olvida de los libros, duda de la posibilidad de encontrar los nombres correctos para cada padecimiento. A veces, cuando se cansa de tachar viejos diagnósticos al final de las hojas de los interrogatorios, se pregunta por la mano que a su vez tachará los suyos en el futuro. A veces la tristeza negra de un par de ojos lo obliga a pensar en el «yo».

Eduardo Oligochea. Hijo de Jerónimo y Fuensanta, hermano de Casimiro, Julieta y Ramón. Habitante de un cuarto de soltero en San Ildefonso donde no hay espacio para los recuerdos. Observador. Enamorado de las palabras que designan a las cosas para verlas de lejos y no tocarlas. Niño aplicado en los primeros pupitres de la escuela primaria. Joven de trece años atormentado por el temor de Dios. Estudiante de medicina con beca del gobierno y con ambición. Las voces se le cuelan por todas las hendeduras del cuerpo y ahí se quedan, dentro, corriendo por sus venas, escarbando la médula de los huesos. Y luego las imágenes. Mujeres a medio vestir olisqueándose por los patios. Hombres con los ojos desencajados por el terror. Piltrafas como estatuas en el museo de los ahorcados. A veces la mortandad le da vértigo. A veces no puede más. Para olvidarse de todo piensa en un mar azul, en el futuro que lo espera del otro lado del océano vestido de negro y decorado con medallas de honor sobre el pecho. Ve su nombre impreso en letras doradas sobre las primeras hojas de libros cubiertos con pastas de piel. Ve las manos blancas de Cecilia tocándole la frente, abrazándolo, dejando su aroma de gardenias. Ve las piernas indecisas de su primer hijo dando el primer paso en las entrañas de un país lejano. Y luego ve las manos del segundo hijo. La familia Oligochea Villalpando. Después se ríe, siempre acaba por reírse de sí mismo

cuando está solo y nadie lo observa y nada de lo que hace tiene sentido.

Aprovechando la remesa de cinco dementes que el gobernador del Distrito Norte de la Baja California envía por mi conducto al Manicomio General de esta capital, conseguí de la familia Davis que diera su consentimiento para internar a Santiago del mismo apellido, quien de verdad se encuentra absolutamente enajenado debido al alcohol y la marihuana y es una verdadera carga, molestia y mortificación para su pobre familia que no cuenta con los elementos para mantenerlo en la forma que su condición requiere, con la circunstancia de que tampoco en este lugar ni en sus cercanías se cuenta con el establecimiento apropiado para su reclusión.

Antes de ser transferidos a las nuevas instalaciones del Manicomio General en 1910, los dementes ocuparon un lugar privilegiado en el agitado centro de la ciudad. Las mujeres del Divino Salvador y los hombres del San Hipólito podían escaparse de su encierro y salir a la vía pública donde la sombra de su inestabilidad mental se disimulaba fácilmente entre el ir y venir de los transeúntes apresurados. A veces, desolados por la vida que encontraban en el exterior, volvían por voluntad propia y lloraban a la orilla de las fuentes del jardín central; otras, las más, regresaban de la mano de un policía. Los que lograban permanecer fuera se apostaban a las puertas de las iglesias para pedir cualquier limosna o cargar costales de azúcar en los mercados por unas cuantas tortillas, un par de centavos, hasta que la muerte los sorprendía en las banquetas, en los callejones oscuros del barrio de La Bolsa o a la entrada de las pulquerías. Sus cuerpos macerados, esqueléticos, tatuados por las medias lunas de cicatrices infectadas, envueltos por el olor de una mugre de meses, llenos de palabras a punto de ser dichas y siempre mudas, sólo lograban encontrar el reposo final sobre las asépticas planchas de la morgue, tan solitarios y anónimos en la muerte como lo habían sido en vida. Cuando los ochocientos cuarenta y ocho dementes cruzaron los confines de la ciudad y entraron por primera vez a los edificios construidos en la ex hacienda de Mixcoac, la posibilidad de visitar el exterior se volvió remota. La reclusión, esta vez, era real.

Adentro. Sus gritos y lamentos, sus cartas, sus extravagancias y su suciedad dejaron de asolar los días normales del nuevo siglo y sólo perturbaron de cuando en cuando la paz de los enfermeros, la disciplina de los comisarios y la racionalidad a toda prueba de los médicos internistas. Sus palabras desordenadas, interrumpidas a la mitad por el tartamudeo o alargadas sin descanso en desvaríos alucinados, sin embargo, llamaban a veces al animal de la duda dentro de su cabeza. ¿Y si el mundo exterior en verdad estuviera regido por los designios del diablo? ¿Y si el señor Sanciprián en realidad estuviera tratando de recluir a su mujer y su «exagerada manera de sentir» sólo para poder vivir en paz con su nueva amante? ¿Y si Santiago Davis tuviera razón y el futuro no existiera y el país estuviera a punto de irse directamente al infierno? A veces, ciertas noches de invierno, la vida impasible de los internos es capaz de sacar a Eduardo Oligochea de sus casillas. A veces su propia incertidumbre es tan oscura que sólo puede pensar en el placer momentáneo de fumar un cigarrillo.

Bajo un cielo sin luna, en donde reina el frío, el manicomio es tan pequeño y tan hermético como el interior de una nuez. Eduardo avanza por sus pasillos y sus veredas guiado solamente por su memoria, sin necesidad de linternas o de lámparas. Luego, como lo hace durante las primeras horas de la mañana, recorre el interior de los pabellones tratando de no hacer ruido. Hay mujeres que duermen juntas y abrazadas en el espacio raquítico de los colchones con el rostro pacífico de quienes han encontrado finalmente un remanso de agua. Hay hombres recostados sobre el piso como una soga sin nudos, una sábana. Los catatónicos tienen la mirada perdida en las vigas del techo. Algunos melancólicos están tan débiles y desanimados que sólo con dificultad pueden hacer el esfuerzo de cerrar los ojos y dormir. Los furiosos, ayudados por cloroformo y sedantes, ganan sus propias batallas en el páramo de los sueños y, al menos por unas cuantas horas, logran deshacerse del yelmo de su violencia. Hay cuchicheos. Rezos que no terminan con la luz del día. Centinelas apostados en las esquinas

de los delirios preparándose para la visitación siempre puntual del mal. Las paredes están manchadas por el paso de las ánimas nocturnas, por los fantasmas de yodo de un tiempo circular. Aleteando a toda velocidad bajo los techos, las profecías del fin del mundo sobrevuelan las cabezas impávidas de los internos como una lechuza. Nunca reina la paz. Un cigarrillo, Eduardo sólo desea con toda su alma la bocanada de humo de un cigarrillo. En el pabellón de los pensionistas, alumbrado por la llama de una vela, un estudiante de leyes busca entre los moretones de su antebrazo derecho una vena libre para introducir la aguja y sentir el coletazo de la morfina. Su concentración es tan absoluta que no distingue los pasos del médico internista entre los sonidos informes de la noche. Después de examinarse el brazo por unos minutos finalmente la encuentra. Es apenas una línea azul verdosa, delgada y quebradiza, que cruza la cara interior del brazo. Mientras el émbolo de la jeringuilla de cristal empuja lentamente el líquido dentro de su cuerpo, el alivio lo obliga a levantar el rostro hacia la inmensidad de la nada y, sin esperarlo, se topa con los ojos inexpresivos del doctor Oligochea. El muchacho le sonríe sin interrumpir su maniobra. Una vez terminada la operación, desenrolla su camisa.

—Todo el mundo rompe las reglas, doctor, todo el mundo —le dice mientras se pone los calcetines y anuda las cintas de sus zapatos como si se estuviera acicalando para una fiesta de graduación. Eduardo no tiene ánimos de contradecirlo, sólo lo observa con desapego. Toxicómano. Morfina. 50 centigramos al día. A últimas fechas el manicomio ha sido invadido por una nueva camada de locos. Éstos no son los campesinos muertos de hambre cuyas visiones de indios lanzando flechas entre las nubes, justo a la diestra de Dios, los hacen sentirse miembros de un ejército invencible; ni los jornaleros sin empleo atacados por los hechizos de fuerzas inhumanas que acaban robándoles la voluntad y la razón; ni las aspirantes a monjas atrapadas en las redes inextricables del diablo; ni las provincianas cuya pobreza combinada con su absoluta carencia de sentido moral las ha arrojado a la parálisis progresiva

ocasionada por las últimas etapas de la sífilis. Los toxicómanos forman un grupo aparte. Son, por lo regular, aunque no todos, oficinistas, farmacéuticos, estudiantes de leyes o de medicina. Gente como él. Gente a la que puede ver a los ojos sin conmiseración. Hombres jóvenes de traje, corbata y sombrero de fieltro que llegan de la mano de sus padres o sus tutores con el afán de verlos curados del vicio y el cinismo de las drogas.

—Mi pobre muchacho ya no cree en nada, doctor —decían compungidos—. Ya ni siquiera tiene temor de Dios.

Opio. Cocaína. Marihuana. Morfina. Los muchachos siempre encuentran la forma de proveerse de todas ellas. Eso es lo único que echan de menos o piden del exterior.

—Yo no soy uno de esos que se creen vacas —la súbita locuacidad de su voz pone a Eduardo a la defensiva—. Yo soy una flor.

La broma los hace reír a los dos. Luego, siguiendo de cerca los pasos del muchacho y el perro de Imelda Solórzano, Eduardo sale del pabellón. Un aroma de marihuana cruza la noche fría.

—¿Quiere uno? —tres cigarrillos asoman su filtro por la cajetilla. Son ingleses.

Están en uno de los extremos del manicomio, junto a los muros de cemento que en primavera sirven de sostén a la cascada aromática de las rosas de castilla. Eduardo toma uno de los cigarrillos y, con las manos perfectamente firmes, enciende un cerillo. La luz, desde lejos, se confunde con el paso de una luciérnaga extraviada en el corazón del invierno.

—Mi padre dice que ahora que se terminó la guerra las cosas van a cambiar —el murmullo viene galopando a toda prisa desde los ámbitos frágiles de la morfina—. El pobre cree que el país está destinado a encontrar su propia grandeza. Grandeza. ¿Ha oído esa palabra? Todo mundo la repite en estos tiempos. Nadie se inyecta pero todos desvarían, ¿se había dado cuenta? Yo no lo creo. Yo ni siquiera creo que haya acabado la guerra. Basta con abrir los ojos

para verle las pezuñas afiladas y los dientes blanquísimos todavía sedientos de sangre.

El internista lo escucha en silencio entre bocanadas de humo. El muchacho tiene la ira de la juventud en los labios. La terquedad. Ahora, después de las pláticas con el fotógrafo, Eduardo ha aprendido a distinguir las voces de la morfina. Las oye. Se hunde en ellas como en una noria olvidada y regresa luego a la superficie con la sorpresa de haber encontrado agua fresca. Acompaña sus estelas como si se tratara de papalotes y desde ellas observa las grandes distancias que los separan del mundo exterior. Luego, se interna en su propia maraña. Piensa en Mercedes y no en Cecilia. Y más tarde en Joaquín. Si el muchacho no tuviera dieciocho, veinte años, sino cuarenta y nueve, sabría lo que todos saben: la guerra nunca termina. El estado de sitio de la realidad es eterno. En la vida hay dolor y, más allá, sólo se extiende el reino de la muerte. Si el muchacho tuviera cuarenta y nueve años sabría que ciertas verdades se callan por decoro y se guardan después bajo las venas para poder resistir el paso de los días. Si no tuviera dieciocho, el aprendiz de morfinómano tendría que saber que la falta de fe no es un continente recién descubierto por los navegantes ilusos del siglo XX.

—¿Me está escuchando? —le pregunta.

—No. Decías.

—Decía que no creo en el aburrimiento del futuro, que esto — señala los pinchazos escondidos bajo las mangas de su camisa— es lo único que puede salvarme de los sueños absurdos de los generales y los presidentes. Decía que gente como usted, doctor, van a llevar el país directamente a la ruina.

En la noche, alrededor, sólo el sonido de la tierra en rotación. Un leve rechinido.

Adentro. Manotazos sin control. Maldiciones en voz alta desgarrando gargantas y cartílagos. Ruido de faldas deshilachadas

a mordiscos. Lucha de cuerpos. Cuando los enfermeros logran colocar a Roma Camarena frente al lente de la cámara, las puntas de sus cabellos lacios se curvan hacia arriba y su rostro muestra una sonrisa matizada por el sarcasmo. En sus ojos claros y redondos se pasea una victoria, un triunfo personal. Después de la intermitencia del flash, el sobresalto regresa. Aprovechando la distracción momentánea de los enfermeros, la mujer emprende la carrera alrededor de los troncos de los castaños. Por momentos parece que juega a las escondidas, feliz. Por momentos parece tener solamente siete años. Sus pies apenas si alcanzan a rozar la hierba seca. «Mi marido. Toda la culpa es del cerdo de mi marido.» La camisa de fuerza logra contener los movimientos de su cuerpo, pero no los de su cabeza. «¿Qué hizo su marido?» «Me hizo guaje. El desgraciado. El cochino.» Eduardo, tratando de evitar la brisa maloliente de su saliva, se aleja de ella. Un metro. Dos. Toma notas. «Sí, sé escribir. Le gustan las putas, ¿sabe? El hijo de su chingada madre sólo puede con putas.» Sin poder mover los brazos, la mujer se contenta con lanzar escupitajos y blasfemias. La agitación huele a pan de maíz, a sudor diluido en agua de azahar, a humores de mujer en celo. En su piel enrojecida no hay paz ni arrepentimiento, sólo el coletazo de un coraje que viene del interior, del bajo vientre y de más adentro. La rabia recorre su cuerpo con marcas de fuego, saltan las venas en el cuello y escapa después, derrotada, en las lágrimas que acompañan al acceso desentonado de las carcajadas. «¿Mis padres? Las putas lo vuelven loco. A todos les gustan los chiqueros.» Entre pregunta y pregunta el internista logra rescatar los datos que le hacen falta. Antes de retirarse puede ver un guiño juguetón en el ojo izquierdo de la mujer. «Quieres metérmela, ¿verdad, güerito?» Después, con la desazón reflejada en la palidez de los labios, se dirige a su consultorio, enrolla una hoja de papel revolución en la máquina de escribir y se dispone a elaborar su reporte. Hay días en los que lo menos interesante son los pormenores de la vida íntima de los internos. Hay días como hoy, alejados del mundo, en que daría cualquier cosa por una charla, por

una conversación humana. Hay días en que casi echa de menos a Joaquín Buitrago.

No. 1473

Roma Camarena. Uriangato, Guanajuato, 1867. Casada. Quehaceres domésticos. Católica. Constitución mediana. Sabe leer y escribir.

Está según ella enferma de celos porque su marido le ha faltado muchas veces. Cuando ingresó a este pabellón venía en estado de excitación física y psíquica muy intensa. No estaba quieta ni un momento, se movía en todas direcciones, corría, bailaba, saltaba. Tanto de día como de noche cantaba, pasando de la alegría a la tristeza con la misma facilidad que del buen humor a la cólera implacable. Su delirio era polimorfo, destacándose con más claridad la idea de que el marido la había hecho guaje, y que ella, a su vez, lo había engañado para vengarse de él. Tenía un delirio de ideas por asociación. No podía fijar por mucho tiempo la atención; el juicio y el razonamiento no eran normales. Parecía que iba a razonar con acierto cuando se interponía otra idea distinta al asunto que se trataba, dando por resultado una confusión terrible. Presentaba alucinaciones del oído y de la vista, su lenguaje era soez, su afectividad no existía. Era necesario tener constante cuidado con ella, pues tan pronto como veía personas del sexo contrario se excitaba notoriamente.

Así duró dos meses, después de los cuales ha comenzado a mostrar mejoría. Duerme bien, su excitación física y psíquica han disminuido tanto que puede decirse que ya no existe; le quedó sólo el resentimiento hacia su esposo al que no le perdona las faltas que según ella le ha cometido. *Locura intermitente. Violento celosa. Acceso Maniaco. Libre e indigente.*

Adentro. Hay vocablos por los que Eduardo Oligochea siente especial predilección. El adjetivo implacable, por ejemplo; las sílabas de la palabra delirio que, pronunciadas una tras otra, le recuerdan las perlas artificiales de un collar. También le gusta el sonido del acento sobre la e en el adjetivo hebefrénica, la sobriedad rotunda de la palabra etiología. Hay ciertos términos que, en cambio, lo hacen sonreír con una arrogancia difícil de ocultar: los diagnósticos de *imbecilidad, psicosis masturbatoria, susto, locura razonada*, entre otros. Cada vez que los encuentra al final de los interrogatorios coloca signos de interrogación entre ellos, y luego de descartarlos, añade una nueva terminología con su pluma fuente. *Toxicomanía, histeria, esquizofrenia*. Ésos son los nuevos nombres para quienes han perdido el deseo por la vida. Una de las

debilidades del doctor Oligochea es el orden. Tanto en su escritorio como dentro de su cabeza los objetos y las palabras se mueven con ritmos metódicos, siguiendo patrones rigurosos pero nimbados de armonía. Aun cuando Eduardo Oligochea camina sin dirección en la ciudad o dentro del manicomio, sus pasos tienen el aire de saber exactamente hacia dónde se dirige. Lo mismo ocurre con sus ideas.

Los expedientes. Hay muchos casos de epilepsia, alcoholismo y neurosífilis, cuya irrevocabilidad biológica no deja dudas. Pero hay otros, muchos más, cuyos síntomas anómalos y únicos se prestan a la tentación de las nuevas clasificaciones y a la lucubración científica de los expertos. En manos del doctor Oligochea, condiciones descritas como accesos de locura moral en mujeres pervertidas o jovencitas desobedientes de finales de siglo se transforman, dependiendo de la agudeza de los síntomas, en casos de histeria o principios de esquizofrenia que a su vez corresponden, junto con los delirios, las neurosis y las psicosis, a la plétora de enfermedades constitucionales. En claro contraste con la toxicomanía y los problemas relacionados con la menstruación, que son padecimientos mentales adquiridos. Dentro de los nuevos apartados, el retraso mental y la así llamada idiocia caen bajo el título de las enfermedades mentales en evolución. La verborrea incomprensible de los mayores de cincuenta años se convierte en demencia senil, un evidente ejemplo de las enfermedades mentales de involución. Los cuatro grandes grupos dentro de los cuales Eduardo acomoda a sus enfermos corresponden a la clasificación de Levi-Valensi, pero también cuenta con otras que aún se discuten. Los acuerdos son todavía mínimos. Ya desde 1917, mientras otros argüían la viabilidad de la nueva constitución y el peligro rampante de la reciente ley de relaciones familiares que autorizaba el divorcio y ponía en peligro la base misma de la familia, un grupo misterioso de médicos se reunía al margen de los grandes foros públicos para poner en orden el lenguaje de la psiquiatría. El doctor Agustín Torres, director del manicomio, había aceptado la clasificación elaborada en 1909 por el psiquiatra alemán Emil Kraepelin en la

cual las enfermedades mentales aparecen ligadas a lesiones físicas precisas y no a sufrimientos de ese concepto denominado alma. Pero, a pesar de reconocer el gran avance en la formulación de una etiología científica, Torres siempre favoreció la carta de Tanzi, porque ésta incluía mayor diversidad de padecimientos. Después de leer los artículos con sumo cuidado y de sopesar los pros y contras de las diversas clasificaciones, Eduardo ha mostrado cierta predilección por las escalinatas verbales de Levi-Valensi. Hay algo en su manera de crear apartados y subapartados que coincide con su propio plan arquitectónico mental. La simetría tal vez. La claridad.

La uniformidad de criterios que proponen las clasificaciones lo hacen respirar con alivio. Eduardo puede pasar horas enteras cotejando datos sin cansarse. Abre libros y cuadernos llenos de notas tomadas en clase y, después, repasa las descripciones de los expedientes. Todo es lenguaje. Los maestros con los que empezó a explorar el laberinto de la mente hablan un idioma, y los enfermos recluidos dentro de los muros de La Castañeda, otro diferente. Su tarea es traducirlos, para encontrar los puentes invisibles que van de uno a otro, y cruzarlos. El proceso además de lento es también peligroso. Hay zonas empantanadas donde se puede hundir sin notarlo apenas, áreas resbaladizas sobre las que puede trastabillar y romperse la cabeza. Para poder vivir dentro hora tras hora, cinco días a la semana, Eduardo Oligochea tiene que aprender a evadir el remolino de las palabras, su temblor, sus saltos de grillo sobre las hojas de la realidad. Una mano es una mano. Una jeringa es una jeringa. La tautología es la reina de su corazón, la única.

Los escasos momentos en que el médico internista cae de bruces sobre el lenguaje ocurre cuando se encuentra solo, en sueños, y más recientemente sólo en la compañía de Joaquín Buitrago. En esas ocasiones su desconocimiento del nuevo terreno y su consecuente falta de precaución lo ayudan a evitar accidentes, fracturas, pero también lo inoculan de angustia. El sueño que más lo inquieta tiene que ver con palabras equívocas. Apenas cierra los párpados la sonrisa abierta de Mercedes rompe la oscuridad en dos.

—*I'm your man* —dice después de hacer el amor por primera vez —. *You're my woman*, Eduardo.

Más tarde, después de un silencio afilado y blanco como la luz, el rostro de Cecilia lo mira desde la luna de un espejo mientras cepilla con parsimonia su largo cabello cenizo claro.

—Yo soy lo que tú nunca podrás ser, Eduardo —le dice. La cadencia de la voz, sin embargo, no es de la ciudad de México; viene de la costa. Es entonces cuando Eduardo se percata de que, bajo la segunda mujer, se esconde la misma promesa dolorosa de la primera. Al despertar, aún mareado por la modorra del sueño, sale de la habitación a toda prisa y, ya fuera, vuelve la cara al cielo.

—Yo nunca quise ser como tú, Mercedes —el susurro se dirige a las nubes.

—También en eso te equivocas, Eduardo.

Para describir a Mercedes en su corazón siempre utiliza sus vocablos favoritos. La palabra implacable como sustantivo, por ejemplo.

Adentro. Voces pausadas. Ecos del pasado. Las manos de Mariano García descansan en su regazo, morenas, callosas. Bajo su sombrero de paja el cabello está pintado de canas.

—De la tierra no tengo nada, doctor, pero arriba tengo el sol, el aire, lo tengo todo, justo como Él me lo dio. Usted tampoco me cree, ¿verdad doctor? —Eduardo guarda silencio—. Por eso vine aquí la primera vez, precisamente ésa es mi historia; la que nadie me cree. Donde trabajaba había guerra y me persiguieron los villistas y los carrancistas sin motivo. Entre los que andan jugando y tirando fuego hay cristianos y mexicanos, ayer vi a un árabe, en el aire, en el espacio, donde vuelan las bombas. No me he muerto con las balas porque mi Padre es eterno y me dijo que yo también he de ser eterno —calla por un momento y, aguzando el oído, detecta el vendaval de aire que azota los finales de enero—. Hay un aire como una inyección que lo limpia todo, hasta el cuerpo de la mujer.

—¿Cuál aire?

—Es el aire que lo limpia todo.

Eduardo toma notas al compás de la voz del anciano. Su presencia, tan mínima sobre la silla, tan ascética, se cubre de fragilidad y de grietas. Por momentos, mientras el viejo deshoja palabras, puede sentir la arena de sus huesos desmoronándose sobre el piso y, más tarde, revoloteando en desorden entre las madejas ruidosas del aire. Hay algo en su voz, en su manera de encorvar los hombros, que le recuerda a su propio abuelo. Si no estuvieran en el manicomio sus historias podrían pasar por charlas de ancianos inventando el pasado mientras los niños se reúnen alrededor del fuego.

—Ahora tengo cincuenta y tres años, y mi Padre me dice que tengo quince de ir encarnando en mi cuerpo. Mi Padre también me ha dicho que me falta un año para tomar mujer, cuerpo a cuerpo, por ahora me consuelo como se consolaba san José.

—¿Desde cuando le habla su Padre del cielo?

—Desde que se ha usado el cinematógrafo. Pero mi Padre Dios es el que me habla a mí.

—¿Le dice algo más?

—No me lo va a creer —duda—. Es horrible.

—Soy todo oídos.

—Dice que la muerte seguirá corriendo por los llanos y que habrá sangre en plazas y jardines. Dice que ese dinero que trae en la bolsa va a valer cada vez menos y luego nada. Dice que la ciudad crecerá tanto que no va a haber espacio para ella sobre la tierra. Dice que los indios que andan jugando allá arriba en el espacio bajarán un día, a principios de año, y traerán con ellos el aire que todo lo limpia.

—Pero eso todos lo sabemos, don Mariano.

—Es que mi Padre Dios habla también con otros. Hasta con usted, doctor. ¿Lo ha escuchado?

—¿Y cuándo va a suceder todo eso?

—Justo antes de que se termine el mundo, doctor.

Mariano García, Polotitlán, México, 1857. Hojalatero. Casado. Católico. Constitución robusta. Desarrollo normal durante la niñez.

Su acompañante refiere que hoy en la mañana le dio un puñetazo al general Tejada en Amecameca. No cree estar enfermo. Dice que platica con El Rey de los Cielos y sólo recibe órdenes de Él (razón por la cual no se deja examinar), que necesita que lo pongan inmediatamente en libertad. Cuando habla con Dios se hinca. Ideas delirantes de grandeza, alucinaciones contradictorias e incoherentes. La memoria es anormal, al parecer tiene la afectividad disminuida. Al conversar presenta temblor en los labios y en los párpados. *Parálisis general progresiva*.

Cumplida la orden de la administración se registró el cuarto de Mariano García. Se recogieron cuatro cajas de diferentes tamaños que contenían entre otras cosas, dos navajas de rasurar grandes, como cincuenta hojas usadas para máquina estilo «Guillet», un formón, unas tijeras grandes de hojalatero, un martillo y un sinnúmero de fierros de diferentes tamaños. Se interrogó al enfermero el porqué se le había permitido al asilado tener esos fierros y disponer de un cuarto solo, a lo que contestó que como apenas tenía unos cuantos días en el pabellón no había tenido tiempo de darse cuenta de lo que había en aquel cuarto, y además que el enfermo de referencia, por las noticias que tenía, no había recibido tratamiento alguno en los últimos 2 años. En vista de lo expresado se mandó llamar al enfermo y dijo que tenía doce años de estar en el manicomio, que lo trajeron por andar de mendigo, y que no obstante que no estaba loco, lo habían tenido en el pabellón de neurosífilis. Que en vista de que no se había sentido enfermo no se había dejado practicar ningún tratamiento y que los fierros los había adquirido poco a poco. Como el administrador juzgara anormal lo declarado por García, se le pidió al médico de guardia, doctor Eduardo Oligochea, que practicara un examen somero para saber si tenía o no perturbaciones mentales que justificaran su estancia. El doctor Oligochea declaró por escrito que «el enfermo estaba en condiciones de volver al medio familiar y social, por lo que pedía su alta». Con el informe anterior se justifica que este individuo ha estado indebidamente en este hospital por un largo periodo de tiempo. Con esto se da por terminada la presente. Firmas al calce.

Adentro. La mente de Eduardo. Después de un rápido desarrollo a finales del siglo XIX, la psiquiatría no volvió a acaparar la atención de los especialistas mexicanos sino hasta los últimos años de la segunda década del siglo XX. La guerra los distrajo, la falta de agua, paz, alimentos. Mientras los generales ensayaban nuevas estrategias para acabar con el enemigo y los triunfadores nuevas alegorías para ejercer el poder, la locura pasó tan inadvertida como

un mendigo en el centro de la ciudad en llamas. Luego, cuando hubo que volver a pensar en el futuro del país, en la formación de nuevos ciudadanos, los locos y los vagos regresaron sin dificultad alguna a los aposentos de las discusiones intelectuales, los salones de clase y la política. Las imágenes de sus rostros desencajados, el olor de su ropa sucia y el abismo de sus vidas se convirtieron en materia de amena conversación entre legos y especialistas. Bastaba una mención del futuro de la ciudad, del futuro del país, para dejar crecer a voluntad las sombras de los desarraigados en su imaginación en blanco. Su peligro les producía terror y placer a la par. El terror de verse amenazados y el placer de saberse distintos. Eduardo Oligochea, sin embargo, evitaba hablar de sus enfermos. Su silencio no obedecía a la discreción esperada de los médicos, sino al orgullo académico que le impedía rebajar los conocimientos adquiridos durante largos años de estudio en charlas sin consecuencia a las que usualmente se refería como chismes de lavadero. Las únicas ocasiones en que se permitía poner al descubierto los padecimientos de los internos a su cargo en el manicomio era en foros académicos, con páginas escritas y frente a un público versado en el tema. Hasta conocer a Matilda Burgos, Eduardo pocas veces había discutido, y mucho menos mostrado el contenido de sus expedientes. Hasta conocer a Joaquín.

No. 6353

Matilda Burgos L. Papantla, Veracruz, 1885. Sin profesión. Soltera. Católica. Constitución regular. Desarrollo precoz durante la niñez. Padre alcohólico y madre asesinada. Chancros sifilíticos. Bubas. Placas en el labio inferior. Eterismo. Prueba de Wasserman negativa.

La interna es sarcástica y grosera. Habla demasiado. Hace discursos incoherentes e interminables acerca de su pasado. Se describe a sí misma como a una mujer hermosa y educada, la reina de ciertos congales y numerosas orgías. Dice que trabajaba como artista en la compañía del Teatro Fábregas y en la ópera de Bonesi. Sufre de una imaginación excéntrica y tiene una tendencia clara a inventar historias que nunca se cansa de contar. Pasa de un asunto a otro sin parar. Proclividad a usar términos rebuscados a los cuales pretende dar otro significado. Explica su encierro como consecuencia de la venganza de un grupo de soldados que pidieron sus favores sexuales en la calle. Debido al odio que siente por los soldados se negó y así fue como

la mandaron a la cárcel. Logorrea. Muestra exceso de movilidad. Sentido afectivo disminuido. Anomalía de su sentido moral.

Locura moral. Libre e indigente. Tranquilas. Primera sección.

—Pensé que ya nos había abandonado, don Joaquín. ¿Qué se había hecho? —el tono reservado, ligero, de su voz difícilmente oculta su sincera curiosidad. Hay un mundo en algún lugar de la ciudad, lejos del manicomio, del que Eduardo no sabe nada. Un mundo privado que sólo le pertenece a Joaquín Buitrago. Las confesiones nunca son exhaustivas, nunca completas. En los edificios del lenguaje siempre hay pasillos sin luz, escaleras imprevistas, sótanos escondidos detrás de puertas cerradas cuyas llaves se pierden en los bolsillos agujerados del único dueño, el soberano rey de los significados. Pero ahí, frente a él, extrañado y dolido al mismo tiempo, Eduardo se da cuenta por primera vez de que esos lugares secretos no están ocultos como objetos voluminosos bajo una manta, sino que están expuestos al mundo, protegidos únicamente por su transparencia. Joaquín no le había ocultado nada, pero Eduardo todavía no sabe ver.

—Asuntos personales, Eduardo, nada de importancia —después de dudarlo por unos instantes, el fotógrafo decide pararse frente a su interlocutor—, pero ya estoy de vuelta.

Silencio. Inmovilidad. *Asuntos personales*. Los dos hombres están frente a frente, el ruido interminable de los locos a su alrededor los envuelve sin tocarlos. *Nada de importancia*. Eduardo se hunde en el espacio sin palabras donde se encuentran, se está ahogando. No sabe qué decir. Quiere saber. Cree tener el derecho de saber, pero mientras se va convenciendo de que Joaquín no hablará más, su desconcierto aumenta; tiene la sensación de haber sido burlado. ¿Quién es este hombre ahora?

—Matilda sigue contando las historias de siempre —murmura como al descuido, buscando el tono exacto de su complicidad anterior. Joaquín lo observa con los ojos apagados y, sin contestar, dirige luego la mirada hacia un rincón. Enciende un cigarrillo. Vuelve a verlo. Una sombra de antipatía le cruza el rostro.

—Tal vez son las únicas historias que tú sabes oír, Eduardo.

A las diez de la mañana, dentro del manicomio, las palabras del fotógrafo salen al aire con la arrogancia de las balas. «¿Lo único que yo sé oír?» La pregunta sale de su corazón a través de las arterias y regresa con el flujo de las venas. A pesar de su tranquilidad exterior, partes de su cuerpo se estremecen sin control y sin pausa. Las emociones que hasta ahora había logrado mantener en orden sobre los estantes de su cabeza empiezan a agitarse. El ruido de un frasco que se quiebra. Siente rabia. Tiene ganas de escuchar una explicación.

—¿De qué me está hablando, Buitrago? ¿Es que no leyó su expediente? Vea. Chancros sifilíticos. Bubas. Placas en el labio inferior. Consumo de éter. ¿Y no ha notado su logorrea al hablar? Ésa es su historia. La única historia. La historia real y no su romanticismo trasnochado, Joaquín. No es que yo no sepa oír, lo que pasa es que usted está oyendo voces que no existen.

—La prueba de Wasserman salió negativa.

—Cierto. Pero todos los síntomas de Matilda indican demencia. La verborrea, el sobresalto, el exceso de movilidad, la anomalía de su sentido moral. No me vaya a decir que cree en la veracidad de sus historias. ¿Una mujer como ésa trabajando en el Teatro Fábregas, en la ópera de Bonesi? No. Imposible. ¿De qué me está hablando, Buitrago?

—De nada, Eduardo. En realidad no te estoy hablando de nada
—antes de darle la espalda, todavía con indecisión, Joaquín añade
—: como todos ellos.

El sonido de sus zapatos sobre las baldosas se pierde entre los ruidos del manicomio. Sobre la espalda encorvada del viejo hay una carga invisible, un animal mitológico que, abrazado a su cuello, le susurra secretos al oído. Eduardo lo ve alejarse como quien observa a la distancia un barco en alta mar. Luego, todavía inmóvil, desde su faro, advierte las manos extendidas de Matilda Burgos cuando divisa las velas extendidas de Joaquín Buitrago. El encuentro de sus figuras lo hace temblar. Dentro, en el interior de sus cartílagos y sus

órganos, en el amontonamiento de latidos y de líquidos, bajo las uñas, en las raíces de sus cabellos, Eduardo siente el espasmo de la incredulidad y el fastidio que siempre lo lleva de regreso a la estabilidad de los libros. Una mano es una mano. Un escritorio es un escritorio. Un cuarto vacío es un cuarto vacío. Pero Eduardo está pensando en otro lugar.

—¿Y usted, doctor, qué opinión tiene sobre las historias de amor?

—¿Qué piensa del futuro, doctor?

—¿Y usted, Eduardo, sabe cuáles son los límites del dolor?

Al amanecer, observando la escarcha en las ramas desnudas de los castaños con una taza de café humeante entre las manos, Eduardo Oligochea piensa que el invierno no conoce la compasión. La luz del sol todavía es tímida como el color blanco. Sobre los campos congelados, cubiertos por una sábana transparente de hielo, hay un hombre que camina descalzo. Por un instante, Eduardo está a punto de salir corriendo para llevar al interno de regreso a su pabellón. Sabe que puede detenerlo, sabe que puede guiarlo hacia el interior y prevenir así un seguro ataque de pulmonía. Seguramente el hombre ni siquiera es capaz de diferenciar la hora del día, la temperatura de la atmósfera, las sensaciones de su cuerpo, sus emociones. Pero luego, cuando el loco vuelve el rostro, Eduardo no puede evitar el asombro. Está dentro, atrapado en su propia planicie desierta en la que el ruido de los locos sustituye la ausencia de su propia voz. Está adentro, escuchando un murmullo. «Yo soy lo que tú nunca podrás ser, Eduardo.» Un carruaje sin riendas, alguien destinado a morir sin dejar huellas, alguien que se ha doblegado ante el olvido o ha elegido voluntariamente el descanso. En ese momento, con los ojos cerrados y una sonrisa apenas dibujada en los labios, Eduardo Oligochea recuerda que Sigmund Freud escribió la *Interpretación de los Sueños* justo en el año 1900.

Las buenas costumbres

Sin luz no hay higiene, ni moralidad pública, ni policía, ni seguridad posibles. La luz espanta al ladrón, modera al intemperante, refrena al vicioso e influye no sólo en el bien parecer, sino también en el desarrollo de las buenas costumbres. Lo primero que hizo el creador fue alumbrar el caos como único medio de organizarlo.

Rafael Arizpe,
El alumbrado público, 1900.

—Prometiste contarme cómo se convierte uno en una loca, ¿recuerdas?

—Sí —Matilda le ha respondido lo mismo en más de una ocasión, pero hoy en lugar de sonreír sin ganas, entornar los ojos y jugar con las hebras de su cabello entre los labios, se detiene frente a él mirándolo sin expresión alguna en el rostro y con los brazos inmóviles a ambos costados de su cuerpo—. Pero no ahora, por la noche.

—¿Dónde?

—Allá. Por la noche —la mirada se dirige primero a la habitación de Joaquín y después se pierde en el horizonte ventoso. Luego sólo queda el silencio.

Esperándola sin saber a ciencia cierta si vendrá, Joaquín observa su cuarto con aprehensión. A medida que pasan los minutos, las horas, los techos parecen más bajos que de costumbre,

los ángulos de las esquinas crecen y decrecen hasta formar figuras asimétricas, la luz que despide la lámpara de petróleo se pierde en la oscuridad. El aroma de los últimos días de invierno se diluye en el aire. Joaquín, de repente, no puede respirar. Está sentado sobre el baúl de sus tesoros, reconociendo poco a poco la sensación que lo ata al piso y le clava las palmas de las manos con clavos. Es la esperanza. La fragilidad de la esperanza, la burla siempre inminente de la esperanza, la crucifixión puntual de la esperanza. Por momentos, cuando logra olvidarse de sí mismo, Joaquín tiene la certeza de que Matilda llegará. Luego, casi inmediatamente, cuando una ráfaga de aire lo hace temblar, se da cuenta de que su esqueleto es débil, que su envoltura de piel poco lo puede proteger contra la intemperie de la humanidad. Joaquín no puede albergar a ninguna mujer ya. En la pared derecha de su habitación los perros rojos de la melancolía guardan silencio. Un cigarrillo a medio consumir cuelga de sus labios. En la sonrisa que se dibuja en su rostro no hay alegría sino piedad. Joaquín es un hombre que conoce la debilidad. *Matilda*. Su nombre vuela en su mente como una palomilla alrededor de un foco. La luz. La esperanza. ¿Valdrá la pena? Esperará. Cuando Matilda cruza el umbral de su puerta en silencio, Joaquín encuentra de inmediato la respuesta. Sí. En algún lugar del mundo debe de haber un animal saltando de improviso ante las rejas de su jaula en ese momento. Sí. Ávido, sin medir las consecuencias una vez más, Joaquín la deja entrar. Es imposible ver los ojos de Matilda bajo el cielo sin luna, sin estrellas. Es imposible acercarse a su cuerpo. Es imposible dejar de oír su voz súbitamente tersa, inolora e insabora como el agua.

La ciudad de México. En un principio no echa de menos nada. La velocidad de los acontecimientos no deja tiempo alguno para la nostalgia. El presente se vuelve absoluto. El pasado no existe. Sus días empiezan en el interior de un cuarto amplio de techos altos y paredes blancas cuyo olor a naftalina y cloro sugiere pulcritud,

orden. Matilda duerme en una cama estrecha con cabecera de hierro y colchones cubiertos con mantas de algodón. Los únicos objetos en la habitación son el noyero y el ropero donde guarda sus pocas pertenencias personales. Una maleta vacía, una biblia de hojas casi transparentes y tres vainas secas, sin olor. Hay un crucifijo de madera sobre la cabecera. Entre todas las novedades que llenan sus días, Matilda siente una especial predilección por los mosaicos verdes que cubren el piso de la casa de su tío Marcos. Lo primero que hace por la mañana, justo después de despertar, es poner las plantas desnudas de sus pies sobre la tersa superficie. El frío que se le clava como agujas largas a través de la piel le ayuda a recordar que su cuerpo ya no vive en Papantla. Aquí, por primera vez, usa ropa especial para dormir de noche y, como si todos los días fueran de fiesta, se ve obligada a usar zapatos y a colocar los listones blancos en el extremo de sus dos trenzas. Matilda sonríe frente al espejo. Su gesto es de desconfianza y diversión. *Así que ésta soy yo.* Antes de salir de su habitación tiene que tender la cama y asegurarse de que todo esté en su lugar, intacto y ordenado como en una sala de museo. Después, dominada por la ansiedad, se acopla a los hábitos domésticos de los Burgos con la mente en blanco.

Para llegar a la cocina tiene que atravesar el patio que separa su cuarto de la casa principal. Camina con cuidado, evitando resbalones imprevistos sobre las baldosas recién regadas. Todavía no sabe el nombre de los pájaros que la saludan desde las siete jaulas que cuelgan de las paredes. Tampoco sabe el nombre de las flores blancas que delimitan los confines del jardín con capullos. Ya sabe de memoria, sin embargo, el nombre de la mujer que la espera en febril actividad alrededor de la mesa rectangular de la cocina. Es la tía Rosaura. La blancura de sus dientes le da miedo. La soledad de sus ojos rodeados de largas pestañas negras le provoca algo parecido a la lástima. Su cabello cobrizo recogido en una coleta tras la nuca la hace pensar en las bridas de un caballo. Cuando se aproxima a ella, al observar sus movimientos bien coordinados y la

concentración de su rostro, Matilda tiene la certeza de que su tía es una mujer que no conoce el placer del descanso. Tan pronto se ven se dan los buenos días y, sin transición, Rosaura le señala con la mirada el mandil de cuadros que cuelga del perchero.

—Es para que no te ensucies la ropa, Matilda —las dos sonrían.

La cocina huele a zumo de naranja y papaya recién cortada, a melón. Sin esperar órdenes, Matilda se dispone a cortar las tajadas de fruta en cubos pequeños que su tía vierte en platones de color azul. Las dos trabajan en sincronía silenciosa, sin mirarse. Matilda y Rosaura no se hacen preguntas sobre su pasado, sus gustos, sus quehaceres. Las dos se tratan con amable precaución, con el tacto de mujeres desconocidas que no quieren dejar de serlo. A su alrededor, yendo de un lado a otro con la laboriosidad de una abeja, la sirvienta Jacinta se hace cargo de la limpieza. Además del canto de los siete pájaros enjaulados y el golpeteo de los cuchillos sobre las tablas de madera no se escuchan otros ruidos en la casa. Marcos y Rosaura Burgos no tienen hijos y, ya en la mesa del comedor, sólo comparten pocas palabras. Alguna alusión al clima, un par de comentarios sobre los peligros que se viven en la ciudad o la creciente carestía de la vida. Nada más. La educación de Matilda empieza así, en el silencio. Hay ruidos de tenedores chocando contra la porcelana de los platos, eructos apenas disimulados detrás de servilletas de lino blanco, el leve rechinado de una silla. Matilda, con las manos bajo el mantel, empieza a tronarse los dedos sin darse cuenta. El aburrimiento interminable del desayuno la pone nerviosa. Tiene que esperar. Tiene que comportarse. No se puede quejar.

—Las manecillas de un reloj, ¿las ha visto bien, Joaquín?

Dentro de la casa de los Burgos el tiempo se mide por un reloj con un péndulo de cobre. Las campanadas se escuchan cada vez que la manecilla grande apunta hacia el techo y la manecilla pequeña alcanza otro de los números de la carátula bajo el cristal.

Hay doce. Matilda pronto se da cuenta de que las tajadas triangulares que marcan las horas en el reloj de caja que domina la sala tienen nombres específicos, invariables. Una buena ciudadana, una muchacha decente, una mujer de buenas costumbres tiene que empezar por aprender los nombres exactos de las horas. Está la hora de levantarse, a las cinco de la mañana. La hora de asearse y tender la cama. La hora de preparar el desayuno. La hora de sentarse a la mesa y esperar a que el tío Marcos consuma el jugo de naranja, la ensalada de frutas y el café negro, humeante. La hora de recoger la mesa, sacudir el mantel y arreglar las sillas. La hora de tomar una canasta y seguir a la tía Rosaura de camino al mercado. La hora de preparar la comida y esperar a que el tío Marcos regrese de su oficina en el hospital. La hora de dormir la siesta. La hora de bordar manteles o remendar faldas al lado de su tía en silencio. La hora de escuchar lecciones de urbanidad e higiene. La hora de aprender las vocales. La hora de preparar la cena. La hora de rezar. La hora de dormir. La hora de empezar todo otro vez, sin cambio alguno, acompasadamente. Las cinco de la mañana. Las horas. La repetición, al inicio, casi le pasa inadvertida. El orden le ayuda a organizar el vértigo de novedades de su vida en la capital. Luego, conforme pasan los días persiguiéndose la cola sin alcanzar nunca, aparecen sin aviso los segundos negros, los segundos sin sentido en que el mundo desaparece. Los segundos sin nombre. De tanto pasar el tiempo no pasa y la atmósfera no huele a nada. En esos momentos lo único que Matilda tiene en la mano son sus diez nudillos. *Mis huesos*. Los acaricia. Los desgrana. Solamente el sonido de sus huesos chocando entre sí tiene el poder de asimilar poco a poco el ritmo sincopado de la ciudad. Poco a poco. La realidad.

—¿Dónde está?

—Aquí.

Joaquín Buitrago tiende su mano derecha y un pinchazo de electricidad lo deja inmóvil al encontrar la de Matilda en medio de la oscuridad.

—Todo es mentira, Joaquín, ¿lo sabe?

—Sí.

—No recuerdo nada en realidad —murmura—, a veces una se vuelve loca de esto, de no poder recordar, ¿verdad?

Joaquín le responde que sí, y al hacerlo se libra de su mano de inmediato. Él lo sabe bien. Él sabe perfectamente bien lo que es tener una laguna en la cabeza, bajo la piel, en la larga médula de todos los huesos. Él sabe de esos lugares solos donde nada tiene nombre y el aire se vuelve repentinamente escaso. Él conoce la asfixia. Él lleva ya doce años sin poder respirar. Ésta es la primera noche en que Matilda, violando todas las normas de la institución, duerme en el cuarto de Joaquín. Arrullada por sus propias palabras, sin proponérselo, Matilda lo ha dejado solo otra vez, abandonado en su catre con los ojos abiertos y sin poder ver nada. ¿Soñará? ¿Habrá sueños más allá de la razón? La mujer está profundamente dormida. Presa del insomnio, sin pesar alguno, Joaquín se sienta en una orilla del catre y la observa. Es difícil distinguir su rostro entre el océano vasto de sus cabellos. Es difícil imaginar su cuerpo bajo los pliegues desordenados de su falda de percal, sus pies dentro de los botines negros. La respiración que entra y sale acompasadamente por su boca medio abierta no huele a vainilla, no huele a nada. Mirándola dormir en la penumbra, Joaquín sólo puede pensar en la serenidad de las sogas, la inmovilidad inquietante de las dagas o de las pistolas justo antes de dar alcance a su presa. La sensación de peligro lo mantiene alerta. Una súbita ola de adrenalina lo obliga a incorporarse, encender un cigarrillo y dar pasos nerviosos en torno al catre. Son las tres quince de la madrugada y allí, en el cuerpo confiado de la mujer, hay algo pulsando sin destreza, sin dirección. El pasado. El futuro. La ve. Pocas cosas lo han subyugado tanto como ver dormir a una mujer en paz.

—Cualquier mujer puede hacer el amor, Joaquín. Bastan dos palabras, algunos billetes, promesas, mentiras. Las que pueden dormir al lado de un hombre despierto, ésas son las difíciles de encontrar, cariño —es la voz de Alberta, su voz somnolienta a punto de caer rendida y, sin embargo, siempre despierta.

—Diga el nombre de una calle, Joaquín, y le dibujo un mapa de la ciudad.

Matilda se aventura por primera vez por los mercados de la ciudad tras las faldas de la tía Rosaura. Tan pronto como el tío Marcos se incorpora de su silla y da las gracias por el desayuno antes de partir a su oficina, las mujeres se preparan para su diaria visita al mercado. Matilda aguarda ese momento con disimulada ansiedad. Ninguno de sus ademanes al recoger los platos, acomodar las sillas y alisarse la blusa la delata. Ningún gesto la traiciona. Una vez sobre las banquetas, sin embargo, sus ojos se vuelven ansiosos. En desorden, con la voracidad de los autodidactas, sus ojos se abren más para captarlo todo. Cada ventana, cada cornisa, cada nube, todos los colores, cada hombre y cada mujer que pasa a su lado dejan huellas indelebles en su memoria. «Lo recuerdo todo, absolutamente todo, Joaquín.» Nada se le escapa, nada. La visión de Matilda a los quince años es absoluta y, como el presente, total.

A los días de febrero los recorre un viento incesante.

Joaquín ya no se pregunta lo que busca en Matilda Burgos. Ahora lo único que le interesa es saber a ciencia cierta lo que ha encontrado en ella. Sus escasas horas de sueño son ligeras, gastadas a toda prisa como si temiera estar perdiendo el tiempo. Hay premura en los movimientos de su cuerpo, reflejos. Apenas se despierta, Joaquín estira el brazo bajo su catre para alcanzar la libreta de gruesas cubiertas negras donde noche a noche transcribe

algunas sombras de la vida de Matilda. Su afección mental. Su condición. Son apuntes escritos a toda velocidad, garabatos sin puntuación, frases entrecortadas y fragmentos organizados sin método alguno que sólo él será capaz de entender después. Taquigrafía sentimental. Las notas le devuelven la vida en la mañana, cierto sobresalto que creía totalmente perdido. En 1908, cuando Joaquín fotografió a Matilda por primera vez, nunca se imaginó que algún día la volvería a ver; nunca se imaginó que la vida de Matilda llegaría a ser la clave de su propia vida. «¿Qué pasó entonces, Matilda? ¿Qué nos pasó?» Aún las preguntas alcanzan a sorprenderlo. Luego, sin transición, se incorpora, sumerge el rostro en la palangana llena de agua fría y, sin secarse, cruza el umbral de la puerta para sentir el viento frío de la mañana. Está temblando. Es el plural: «¿Qué nos pasó, Matilda?» El manicomio está saturado de gritos y ninguno de ellos es la respuesta deseada.

LECCIONES DE HIGIENE DE MARCOS BURGOS

1. Lavarse las manos antes y después de comer, antes y después de usar el inodoro, antes y después de dormir.
2. Mantenerse continuamente ocupado para preservar la higiene mental. La ociosidad es la madre de todos los vicios.
3. Tomar grandes cantidades de agua hervida para ayudar a la digestión y prevenir eventuales deshidrataciones. Esto especialmente en los meses de sequía.
4. Evitar corsés y cualquier ropa ajustada que pueda dificultar la circulación sanguínea.
5. Evitar el uso de cosméticos y de perfumes. Los primeros dañan la piel y los segundos causan neurastenia y otras malformaciones nerviosas.
6. Dormir un mínimo de seis y un máximo de ocho horas al día.
7. Procurar bañarse hasta tres veces al día durante los periodos menstruales. Durante esos días es necesario evitar cualquier

esfuerzo físico e intelectual que pueda ocasionar disfunciones en el sistema nervioso. Esto se recomienda especialmente a las señoritas cuya fragilidad mental es proclive a los exabruptos y las manías.

8. La frase que Matilda nunca olvidará: «Las mujeres decentes se bañan todos los días antes de la seis de la mañana, siempre».

Cuando Marcos Burgos llegó a la ciudad de México conservó el apellido pero se deshizo de todo lo demás. El proceso fue casi inmediato y, además, natural. Cuando aprendió a leer y a escribir había deseado tan ardientemente no ser lo que era que, una vez fuera de Papantla, se dedicó con todo ahínco y disciplina a edificarse de nuevo. No se inventó un nuevo pasado porque carecía de la imaginación para tal tarea, pero optó por ocultarlo con silencio y, cuando éste no funcionaba, hizo uso de las evasivas. Empleando medias verdades a su favor, mencionaba, por ejemplo, que era hijo de inmigrantes españoles a los que la suerte y las circunstancias habían obligado a convertirse en procesadores de vainilla en Veracruz. Nunca dijo, sin embargo, que su padre había escogido como mujer a una india de la región, que había crecido en una casa con pisos de tierra o que antes de llegar a la capital sólo había calzado zapatos en días de fiesta. Su seriedad, la limpieza de su ropa y, sobre todo, la inteligencia de sus ojos aceitunados tras las gafas hacían creíble cualquiera de sus parcas historias. En sus años de estudiante en la Escuela de Medicina hizo fama de hombre de pocas palabras. Como todos los que quieren triunfar sobre su pasado, Marcos desarrolló una fe ciega en las posibilidades abiertas del futuro, en el progreso de la nación. A ese proyecto le dedicó la mayor parte de sus energías y casi la totalidad de sus escritos. El título de la tesis con la que se graduó de médico en 1890 fue «La ciudad de México ante los ojos de la Higiene». La relevancia del tema, su análisis lleno de estadísticas y la confianza de sus maestros, le aseguraron poco después un puesto estable y algo honroso en el hospital de San Andrés.

La ciudad de México lo cautivó de inmediato. Le gustaron los edificios y los palacios, el aire enrarecido de las tierras altas y la diversidad física de los transeúntes en las vías públicas. En la capital del país, además, Marcos Burgos podía ser anónimo. Y, al menos al comienzo, carecer de nombre fue su bendición más preciada. Ahí no había ruinas que lo asediaran, ni familia alguna que lo reclamara. Nadie lo reconocía en las calles y su rostro, solo entre los demás, le perteneció finalmente sólo a él. En ese lugar Marcos Burgos le dio rienda suelta a su voluntad. Lo primero que hizo fue planear un horario. De ese momento en adelante se levantaría a las cinco de la mañana y, después de asearse, repasaría las lecciones del día. Con los libros entre las manos tomaría café. A las seis treinta saldría con rumbo a la escuela y no regresaría hasta las dos treinta. Después, caminaría siete cuabras hasta llegar a la farmacia de San Juan de Dios donde, aprovechando sus conocimientos médicos, dispensaría jarabes y ungüentos en medidas exactas. A las ocho de la noche estaría de regreso en la pensión para tomar apresurado un chocolate y encerrarse de nueva cuenta en su habitación. Marcos observaba el cielo y disfrutaba los días de sol, pero durante los primeros cuatro años que pasó en la ciudad evitó con toda eficacia cualquier placer que pudiera alejarlo de su objetivo, el triunfo. No visitó parques ni iglesias, evitó ir al teatro o reunirse con compañeros en los tívolis de moda, no escribió cartas ni persiguió mujeres, y tampoco se dejó perseguir por ellas. Delgado, protegido con suéteres de lana desteñida en el invierno o con la misma camisa de algodón en el verano, con los cabellos cenizos untados con brillantina y los anteojos con aros de oro, Marcos daba la apariencia de tener cuarenta a sus dieciocho años. La gente que lo veía esconder la cabeza en las páginas de libros prestados o poner una atención desmedida a los profesores en clase o a los enfermos en la farmacia nunca recordaban su pobreza sino su determinación. Para describir a Marcos Burgos todos usaban el futuro. Siempre fue más fácil adivinar a dónde llegaría que saber quién era.

Antes de tener un nombre, Marcos no fue nadie. A la dueña de la casa de huéspedes donde alquilaba una habitación le bastaba saber que era un estudiante. Los maestros solamente ponían atención a sus calificaciones y la promesa viva de su talento en ciernes. La curiosidad de los compañeros de clase se satisfacía con anécdotas apresuradas y súbitos cambios de conversación. Marcos logró atenuar su acento costeño en un par de meses. Después de observar detalladamente a sus maestros, no sólo imitó su manera de vestir sino que además pudo desarrollar la misma ingravidez de movimientos y la mesura pacífica de sus miradas. Pronto, todos olvidaron que era de Veracruz y, de la misma manera, todos estuvieron de acuerdo en su brillante futuro. La presencia de Marcos, la seguridad en sí mismo, infundía respeto. A pesar de tener una apariencia afable, tranquila, pocos se acercaron para cultivar su amistad. A su alrededor había un cierto distanciamiento precavido, una pared invisible de suficiencia que lo separaba de los demás. Marcos aplazó el tiempo de buscar esposa. Cuando lo hizo, justo después de poner el punto final a su tesis, desechó los amoríos furtivos y las pasiones enfermizas. A Rosaura la conoció en casa de uno de sus maestros más queridos. Era la hija menor. A los veinticuatro años y con muy pocos atributos físicos era, sin lugar a dudas, una solterona. La tristeza de sus ojos se debía a los muchos años de espera y su voz tintineaba como el ruido de cántaros vacíos chocando unos con otros. Mientras sus hermanas y amigas planeaban noviazgos y bodas, Rosaura se sentaba en una de las esquinas de la biblioteca a leer novelas rusas y en las tardes, frente al piano, ensayaba melodías clásicas. Cuando Marcos pidió permiso para cortejarla, la familia entera se lo agradeció. La paz de Rosaura, su buena educación y, sobre todo, su desenfadado interés en el sexo, sentaron las bases de un matrimonio más lleno de amistad y compañerismo que de amor. Marcos siempre estuvo satisfecho con su elección.

En el hospital atendió a toda clase de enfermos. Su práctica médica entre los pobres de la ciudad confirmó sus teorías: todas las

patologías estaban directamente relacionadas con la falta de higiene tanto física como mental del populacho. Si el régimen en verdad creía en el orden y el progreso, sostenía, tendría que empezar por hacer de la higiene no un derecho sino un deber ciudadano. El diseño de la ciudad tendría que estar en manos de médicos y no de arquitectos con ideas europeizantes y nada prácticas. Los médicos, y no los políticos, tendrían que dictar estrictas legislaciones urbanas. Sus ponencias en foros académicos y sus artículos publicados en La Escuela de Medicina pronto llamarían la atención de los burócratas del Consejo Superior de Salubridad y, en especial, de Eduardo Liceaga. Bastó un encuentro y las recomendaciones de tres maestros para que, en menos de dos meses, pasara a formar parte del Consejo en los últimos años del siglo XIX. Los telegramas desesperados del profesor Donato Márquez llegaron cuando estaba saturado de trabajo y en el pináculo de su carrera. Marcos pudo haber pasado por alto todos los mensajes de Papantla pero no lo hizo. Si los contestó, sin embargo, no fue por nostalgia y menos por arrepentimiento. Lo que pensó una noche en que encontró a Rosaura adormilada y sola en los sillones de la sala todavía con la costura entre las manos fue que a su mujer le hacía falta compañía. Luego, a medida que los mensajes le descubrieron la terrible situación de su sobrina, pensó que con Matilda podría poner en práctica todas sus teorías. En 1900, Marcos Burgos todavía creía que la influencia civilizadora de la higiene podría convertir en un buen ciudadano hasta al más primitivo de los seres humanos.

El libro que más influyó en la visión social de Marcos Burgos fue escrito por un amigo suyo, el licenciado Julio Guerrero. Antes de su publicación en 1901, él ya había tenido numerosas oportunidades de leer los borradores de *La génesis del crimen en México. Ensayo de psiquiatría social*, que terminó por imprimir la Viuda de Charles Bouret. Como Marcos, Julio Guerrero creía que una serie de atavismos culturales propios de las clases bajas estaban

entorpeciendo el progreso y la eventual gloria de la nación. La falta de higiene y hábitos de trabajo, la inestabilidad de sus familias, la promiscuidad de sus mujeres, el desmedido gusto por el alcohol y otros vicios, y hasta la costumbre de comer alimentos demasiado picantes hacían de este grupo una amenaza real para el país. La consecuencia extrema, pero natural, de estos atavismos se verificaba en los criminales, los alcohólicos, las prostitutas y los dementes. Más que producto de la evolución, cuya teoría general había desarrollado admirablemente Charles Darwin, ellos constituían la prueba más fehaciente de la involución. La genética de estos individuos no apuntaba hacia el futuro, sino al pasado. Todos ellos eran salvajes, primitivos obtusos y tercos a medias disfrazados cuyos instintos criminales ponían en peligro a sus semejantes y, por ende, a la nación entera. Después de morosas observaciones en el hospital San Andrés, Marcos Burgos llegó a identificar signos contundentes de esta tendencia biológica entre sus pacientes. En los cuerpos malheridos de accidentados, homicidas y ladrones que llegaban a sus manos existían estigmas recurrentes: mandíbulas y orejas grandes, frentes estrechas, piel oscura, cráneos pequeños con suturas simples, mayor agudeza visual y menor sensibilidad al dolor. Todos sus datos confirmaban la teoría de la antropología criminal que, desde 1870, había puesto en boga el médico italiano Cesare Lombroso. De hecho, uno de sus numerosos orgullos profesionales era que, antes de que Lombroso lo hiciera público en el Congreso de Antropología Criminal de 1886, él había constatado ya que un gran número de prostitutas a su cuidado tenían el pulgar muy separado del resto de los dedos de los pies. El pie prensil, como se conocía en términos zoológicos, era con toda certeza un atavismo físico que ponía a su dueña en lugar más cercano a los monos que a los seres evolucionados.

Julio Guerrero, sin embargo, estaba convencido de que ciertas manipulaciones del ambiente social podrían, si no borrar, por lo menos atenuar o suavizar las malformaciones de la biología. La estrategia económica establecida por el presidente Díaz era, a sus

ojos, la más adecuada para limitar la peligrosa influencia de la gente atávica. Las industrias, afirmaba, requerirían y producirían a la vez buenos ciudadanos, hombres responsables capaces de sostener a sus familias, así como también buenas amas de casa, mujeres decentes. El único problema que habría que superar era el de los salarios. Mientras la paga promedio de un trabajador en la ciudad de México continuara siendo de treinta y siete centavos, el futuro pendería de un hilo muy delgado. Ilustrado, progresista y pragmático, Marcos Burgos también creía que mientras una laja de jabón constituyera el veinticinco por ciento del salario de un obrero, la higiene física del populacho no mejoraría. Otros, por el contrario, no eran tan benevolentes ni tan optimistas. El periodista y poeta Manuel Gutiérrez Nájera tenía otras soluciones en mente. «Es preferible —escribía— ver al corrupto sucumbir que dejar morir al bueno y apto. Tal vez los criminales están enfermos, pero a los que sufren de enfermedades contagiosas se les debe aislar. A los que tengan la posibilidad de procrear niños enfermos se les deben negar los placeres del matrimonio y la paternidad. No pondremos en riesgo nuestras vidas y no vamos a apoyar el exterminio de la raza humana sólo para proteger a los débiles y los peligrosos.» Tanto Marcos como Julio Guerrero leían su columna «Plato del día» en *El Universal* con desconfianza. Primeramente por su lenguaje incendiario, más propio de arribistas que de verdaderos científicos. En segundo lugar porque el poeta, seguramente debido a su propio desorden vital, olvidaba incluir evidencias concretas, estadísticas y gráficas, para validar sus hipótesis. Y, en tercer lugar, por las consecuencias irracionales y francamente imprácticas de sus escritos. Aunque los doctores apoyaban ciertas estrategias de forzado aislamiento social, pensaban que si en lugar de proveer vías institucionales para mejorar las conductas desviadas de los léperos, se les encerraba a todos, el país entero se tendría que convertir en una cárcel. Y no había mejor lugar para propagar el crimen, la promiscuidad y las conductas antisociales que esos lugares. Castigar era importante, pero más lo era corregir. Julio Guerrero y

Marcos Burgos discutían estos y otros documentos en sus bibliotecas llenas de luz vespertina, entre sorbos de coñac. Para ellos los bohemios, como denominaban a los poetas, eran tan peligrosos como los mismos pobres. Sin ambiciones en mente, viviendo a deshoras y dominados por un temperamento típicamente pasional, estos hombres no hacían más que reproducir, y a veces incrementar, el desorden físico, mental y emocional de las clases bajas, de donde seguramente provenían. La única diferencia era que sabían escribir, y que periódicos como *El Universal* o *El Imparcial* tenían el mal juicio de publicar sus escritos. Para muestra bastaba cualquiera de esos poemas exagerados, teñidos de pasiones malsanas e influencias extranjerizantes. La solución al problema social ciertamente se confiaba al asilamiento. Más y mejores cárceles, orfanatos, manicomios y hospitales eran sin duda necesarios para delimitar la esfera de influencia de los viciosos. Pero esto era únicamente el inicio. Sin la instauración de colegios disciplinados, programas de higiene e instrucción para el trabajo, la reforma de la sociedad sería imposible.

—Corregir, Julio, corregir después de castigar, sólo así lograremos transformar este marasmo —al anochecer, cuando se despedían después de haber editado escritos y arreglado el mundo, los amigos tenían la costumbre de darse un abrazo ruidoso. La convicción de tener entre las manos el método para crear un país fuerte y civilizado los llenaba de orgullo.

Marcos se dedicó a instruir y cuidar a su sobrina como si se tratara de una cruzada tanto personal como profesional. Lo hizo con firmeza, evitando cuidadosamente los mimos y los sentimentalismos. Lo hizo sin tregua, planeando sus estrategias como si se encontrara en una guerra. Matilda pronto se convirtió en la personificación misma del enemigo al que, más que derrotar, había que subyugar, convencer, domesticar. Como todos los léperos, Matilda tenía en contra su propio legado genético, pero en los albores del siglo el doctor Burgos todavía estaba convencido de que un ambiente adecuado, regido por la disciplina, la higiene y la

educación, podía, si no cambiar drásticamente, al menos pulir las aristas más afiladas de su naturaleza maligna. Guiado por su propia experiencia y poniéndose de ejemplo a sí mismo, Marcos creía poseer el secreto para dominar al destino impuesto por la biología y la realidad entera. Al ir por ella a la estación de ferrocarriles tenía en mente escribir un artículo contando en detalle su proeza. La lentitud del proceso y su propia carga de trabajo no lo dejaron siquiera escribir la primera oración de su texto.

—¿Le conté de mi vida entre doctores, Joaquín?

Matilda conoció a Columba Rivera un viernes, entre la hora de la siesta y la hora de remendar calcetines. Lo recuerda porque ese día la tía Rosaura se veía distinta. La soledad de sus ojos era la misma pero el ligero rubor que se había puesto en los pómulos le daban la apariencia de una rosa, algo a punto de nacer o de marchitarse. Matilda nunca se había imaginado que la tía Rosaura pudiera ser frágil. Con el vestido azul con el que llegó de Papantla y los listones de color nácar en los extremos de las trenzas, Matilda se dispuso a seguirlos sin preguntar siquiera a qué se debía el súbito cambio en el horario cotidiano. Antes de salir de casa, justo mientras se retocaba el sombrero frente al espejo, el tío Marcos le avisó que le habían conseguido un pequeño trabajo. «La ociosidad es la madre de todos los vicios.»

—Es algo sencillo, algo que puedes hacer con facilidad durante el día y que te permitirá regresar a dormir aquí en la noche. Además, vas a ganar algo de dinero.

Columba era, como el tío Marcos, médico. La segunda en el país. Una mujer soltera y de cuarenta y tres años. Ella misma abrió la puerta, y mientras se quitaba a toda prisa un delantal con flores, los guió hasta la sala donde los esperaba una jarra de chocolate humeante y un plato lleno de pan dulce sobre la mesa de centro. La casa de Columba era fría y también estaba oscura. Apenas sentada en la orilla de uno de los sillones, con la espalda erguida y los

tobillos cruzados, Matilda observó cada centímetro del cuerpo de Columba. Bajo los encajes de su blusa blanca abotonada perfectamente hasta el cuello se adivinaban un par de senos generosos, flácidos. Su piel blanca tenía la pátina ambarina de los pétalos a punto de marchitarse. Y sus cabellos claros, salpicados de canas y recogidos en un chongo tras la nuca, parecían opacos. Lo que verdaderamente impresionó a Matilda fue su rostro. La suavidad de las facciones primero y, de inmediato, el contraste de la gafas que cubrían sus ojos cafés, casi verdes, saltones.

—¿Nunca habías visto a una mujer con lentes? —le preguntó entre molesta y divertida.

—No —respondió Matilda casi en un murmullo, bajando la vista.

Mientras los otros se ponían de acuerdo sobre su sueldo, sus nuevas responsabilidades y sus nuevos horarios como si ella no se encontrara presente, Matilda se dedicó a servir el chocolate y repartir servilletas tal como lo hacía en casa de los Burgos. Columba festejó sus buenos modales. Media hora después ella misma los guió nuevamente por los pasillos de la casa para familiarizar a Matilda con su nuevo entorno y también para calmar cualquier aprehensión que su condición de mujer sola, sin marido, le pudiera causar a Marcos Burgos. Él había sido muy claro al respecto. Si dejaba trabajar a Matilda no era porque la muchacha necesitara dinero, si así hubiera sido la habrían enviado a una de las fábricas de tabaco o alguna tienda de abarrotes del centro. Lo que a él le interesaba era que su sobrina adquiriera la disciplina del trabajo en un ambiente seguro, sin riesgos, para así disminuir dentro de lo posible su terrible legado genético. El tío Marcos estaba convencido de que, además de la higiene, el trabajo era un agente civilizador y que recibir un salario a cambio de los servicios prestados, por más simbólico que éste fuera, fomentaba la responsabilidad en los individuos. El tío Marcos también creía que mandar a las mujeres a la escuela era una pérdida de tiempo y una mala inversión; pero esto, por respeto a Columba, no lo dijo. La educación no sólo amedrentaba el innato sentido de abnegación y sacrificio, las

mejores virtudes femeninas, sino que también producía legiones de mujeres arrogantes e inútiles que, naturalmente, nunca conseguían marido. El resultado más atroz, tal como podían verlo en esos días, eran esas marimachos, esas aberraciones de la naturaleza que, dañadas mentalmente por su condición, se empeñaban en caminar solas por la calle y exigir su derecho al voto. Marcos Burgos tenía la firme convicción de que lo mejor que le podía pasar a Matilda era aprender a llevar un casa y adquirir ciertos conocimientos básicos de primeros auxilios haciéndose cargo de un enfermo. Columba añadió al trato, más por disculpar lo raquítico del salario propuesto que por gusto propio, clases personales de gramática por la tarde y, además, lecciones de solfeo y de piano. A los 16 años, sin haber visitado todavía el centro de la ciudad o sus parques, Matilda se convirtió en el ama de llaves, sirvienta, enfermera y dama de compañía de la doctora Columba Rivera.

Marcos Burgos, tras un minucioso examen, aprobó aquella casa. Los cuartos estaban en orden y limpios. El portón de la entrada era alto y tenía cerraduras firmes. Las cortinas que protegían la estancia de la luz del sol también impedían la mirada lasciva de los vagabundos o los cocheros. Columba les mostró la cocina, el comedor en el que sobresalía una larga mesa de madera, rectangular. Cruzaron el jardín sin flores, y luego un cuarto lleno de libros y otro vacío donde se encontraba el piano. Al final, llegaron a la recámara donde yacía la enferma, la madre de Columba. Su madre la había apoyado en sus estudios y había quedado hemipléjica después de un derrame cerebral. La primera reacción de Matilda fue de miedo. La anciana estaba dormida pero su ojo izquierdo estaba abierto, invidente. Los cabellos ralos, grises, apenas cubrían la piel rojiza del cráneo. Su tez amarilla, cruzada de arrugas, parecía sin vida.

—Tócala —la conminaron.

Matilda se aproximó lentamente hacia el lecho de la enferma. Tres pasos, cuatro. Dudó. Una vez junto a ella tuvo que forzarse a extender su mano derecha y posarla sobre la mano izquierda de la

anciana. En ese momento, sin esperarlo, los dedos huesudos de la mujer la asieron con firmeza. Trató de zafarse pero todo resultó imposible. La cadena de su destino acababa de tomarla para siempre. Matilda pensó que era el yugo de la muerte, el grillete de la infelicidad.

—Mira, Matilda —murmuró Columba—, le caes bien. La sonrisa que cubrió su rostro era de alivio.

Los años que Matilda trabajó para Columba y su madre pasaron volando. «*¿Cómo se mide el tiempo, Joaquín?*» Casi sin darse cuenta, Matilda aprendió a bañar a la inválida, mantener un hogar en perfecto orden y regatear en los mercados con firmeza pero no sin coquetería. Su rutina pronto adquirió la perfección de un reloj. Su rostro se transformó. Las trenzas que habían caído sobre sus hombros desde antes de tener memoria dieron lugar a un chongo apretado tras la nuca. Sus manos aprendieron a tocar los objetos del mundo sin prisa alguna, con eficiencia. Las carcajadas de las alegrías súbitas fueron substituidas por una sonrisa domesticada e invariable, dulce. Su cuerpo perdió la capacidad de emanar olores. Matilda olvidó Papantla no por voluntad sino por distracción. Cuando el tío Marcos vio sus ojos una mañana de invierno de 1904 se sintió satisfecho de su obra. Las pupilas que alguna vez miraron con asombro y temor confundidos, caían ahora con precaución sobre todas las cosas. Entonces supo con certeza que la ciencia y la disciplina habían finalmente derrotado a los fantasmas étlicos que destrozaron las vidas de Santiago y Prudencia Burgos.

Esos mismos ojos descubrieron en la oscuridad de su cuarto el cuerpo herido de Cástulo, Cástulo Rodríguez, una noche primaveral de 1905. El nombre, por sí solo, hace temblar su voz. El nombre hace que su voz se desvanezca poco a poco hasta el silencio.

—¿Quién es Cástulo, Matilda, quién?

—Cástulo Rodríguez es el azote de los patrones, la rabia de los desamparados. Yo. Tú. Cualquiera.

Son las 10:15. Matilda empuja la puerta de su cuarto con la rodilla y, al mismo tiempo, desbarata el chongo apelmazado de sus cabellos. Muchas veces a estas horas repasa mentalmente el copretérito, el antefuturo. Otras, tararea los compases de una pieza de Mozart mientras organiza sus actividades para el día siguiente. Hay que comprar arroz, adquirir más vendas y yodo en la farmacia, cambiar la vajilla. Ya dentro, mientras le da vuelta a la llave en la cerradura, piensa en su buena suerte y en ese momento, casi de inmediato, se da cuenta del olor. Es un olor agridulce que se clava en la nariz y llena toda la atmósfera. Sin moverse, sin emoción alguna en el cuerpo, fija la vista en los rincones de la habitación y, después de unos minutos, logra distinguir un bulto tembloroso a los pies de su cama. En la oscuridad la sangre es aún más negra, su olor más penetrante. Debería gritar pero no lo hace, debería correr a la puerta y pedir auxilio pero en lugar de eso se aproxima y roza su frente con el dorso de la mano. Tiene fiebre. Cuando el hombre finalmente abre los ojos la luz de sus pupilas ilumina el ambiente. Son de súplica, miedo, fatiga. Pero en el centro mismo del iris, hay temeridad también, imprudencia. Sin pronunciar palabra, el hombre tiende los brazos y Matilda, inclinada sobre él, dentro de su abrazo, oye los latidos sin pensar absolutamente en nada, sin sentir. Enredados entre sus cabellos sudorosos hay pétalos rosas de la flor del durazno. Es el inicio de la primavera y el hombre debió de haber saltado el muro trasero para llegar a su habitación.

—Éste no es un cuarto de sirvienta —es lo único que el hombre atina a decir antes de caer en la inconciencia.

—No —murmura Matilda recorriendo con la vista el cuarto en penumbra cuando él ya no puede escucharla.

Justo como lo hace con su enferma, Matilda sube el cuerpo a la cama, lo desnuda con destreza y con lienzos de agua fría limpia sus brazos, las axilas, sus piernas, el sexo, el torso. El cuerpo es tan delgado que aun en la oscuridad puede distinguir sin dificultad las

costillas en el pecho. Cuando logra tenderlo de costado para limpiar su espalda descubre el orificio junto al omóplato izquierdo por donde sigue manando la sangre agri dulce del miedo. Sin pensarlo, Matilda va a toda prisa a la cocina y esteriliza un par de cuchillos, luego se dirige a la biblioteca para extraer un libro de anatomía. Ya en el cuarto enciende la lamparita de petróleo y coloca un paño de cloroformo sobre la nariz y la boca del hombre. Siguiendo de cerca las indicaciones del libro, hace una incisión vertical sobre la herida cuidándose únicamente de no perforar el pulmón. Un centímetro apenas, casi dos. Cuando toca la punta de la bala con el cuchillo, sostiene la herida abierta con la mano izquierda y, con la derecha, la extrae con un par de pinzas. Luego, con la misma rapidez y firmeza, desinfecta la piel con alcohol y, con retazos de sus sábanas blancas, lo venda. Hasta que termina, hasta que ve su delantal cubierto de sangre y el cuerpo indefenso del hombre sobre la cama, se echa a llorar. No sabe lo que ha hecho, no sabe de dónde sacó las fuerzas y la temeridad, lo único que comprende mientras un temblor incontrolable domina su cuerpo es que la vida de ese hombre está en sus manos.

El llanto, como todos los movimientos durante la operación, no es suyo. El llanto viene de otro lugar. Hay una distancia, un ancho río entre el llanto y ella misma, cuyas aguas cristalinas no puede cruzar. Impotente frente al desorden de sus sensaciones, Matilda se queda quieta, observándolo. Entonces, dándose cuenta de que hay un hombre desnudo en su cama, cubre su cuerpo con las mantas y comienza a rezar. Matilda Burgos ha actuado fuera de la ley.

Al amanecer, cuando recoge la ropa del herido e intenta doblarla, descubre la nota: «Mi nonvre es Castulo Rodríguez y el gobierno tiene toda la culpa de lo que me paze. Soy el asote de los patrones y la ravia de los desanparados. Si tienes corason unete a la lucha contra la dictadura.»

Las faltas de ortografía la hacen sonreír. Su nombre también. Ahora más que nunca está convencida de que hizo lo correcto. Su tío Marcos nunca habría socorrido a un militante contra el régimen y

tampoco lo habría hecho la señora Columba. La ciencia médica, después de todo, tiene sus límites. La compasión no debe alcanzar a cualquiera. Antes de cerrar su cuarto con llave, Matilda acaricia sus cabellos negros y, al hacerlo, su juventud la sorprende. Cástulo Rodríguez no debe de contar con más de dieciocho años. Al salir, lo primero que nota en el cielo gris de marzo es un agujero informe entre las nubes por donde es posible ver el color azul.

—¿No es extraño, Joaquín, que uno no recuerde muchos años y, luego, que uno no pueda olvidar los detalles de un solo momento?

Cástulo duerme horas, días enteros, tres. Su respiración acompasada sólo es interrumpida de cuando en cuando por gemidos de dolor, palabras dichas a medias o partidas en dos. Vidrios en el suelo, ecos. A veces, al limpiar las gotas de fiebre sobre su rostro, el muchacho parece estar a punto de sonreír. Matilda lo examina detalladamente en la oscuridad como si se tratara de un objeto propio, una posesión. Su cuerpo es lampiño como el de un recién nacido. No hay vellos en el pecho, brazos o piernas. El vello púbico parece pelusa, dulce de algodón, cabello de ángel. Hay cicatrices angulares en sus rodillas y muslos, tatuajes azules en la cara anterior de los antebrazos. El dibujo de dos gatos. Sus manos son desproporcionadamente grandes y arrugadas como pisos de madera mil veces trapeados con agua. Una ciruela pasa. Viendo sus brazos largos, los músculos firmes de la piernas, es fácil imaginarlo escapando, corriendo a toda prisa, saltando muros. Nadie le daría alcance. Matilda limpia la herida dos veces al día y, para evitar el dolor, le inyecta pequeñas dosis de morfina. Todo esto lo ha aprendido durante las conversaciones del tío Marcos y las lecciones distraídas de Columba. Cuando las noches de fiebre dan paso a un duermevela pacífico, Matilda sabe con certeza que Cástulo sobrevivirá. Lo único que le resta hacer ahora es esperar.

La tía Rosaura había dejado de inspeccionar su cuarto después del primer año. Los siguientes cuatro de comportamiento regular y

predecible no le hacen temer visitas súbitas o intromisiones familiares inadvertidas. Desde que Matilda gana un salario escoge las telas de sus faldas, la calidad de sus zapatos, su hora de dormir. Con Cástulo allí, sin embargo, toma precauciones adicionales que nadie nota. Al entrar o salir siempre cierra la puerta con llave. Lo hace para protegerse a sí misma, pero sobre todo para protegerlo a él. Hay algo en la delicadeza de sus facciones, algo en las pulsaciones de la sangre en sus muñecas, algo sobre la palabra corazón mal escrita en su nota que la llevan a confiar en él. Aun sin hablar, aun sin saber cuál es el crimen o los crímenes que cometió, Matilda siente que conoce más al muchacho que a su tío Marcos. Su vida es ahora su responsabilidad. Durante los tres días en que se decidirá el destino de Cástulo, Matilda camina por los pasillos todavía sintiendo su abrazo.

El abrazo de Prudencia Lomas. Años antes.

Matilda sigue su rutina acostumbrada pero la urgencia la traiciona. En tres días le suceden más accidentes que en los últimos cinco años. Dos vasos rotos en la casa de sus tíos, el dobladillo mal levantado en una falda de seda de Columba, agua que por tanto hervir desaparece en la estufa. En esos días Matilda empieza a chocar con las sillas, las puertas, las ventanas. El paisaje que había resultado natural, imperecedero a sus ojos, ahora lo encuentra alterado, oblicuo. De repente aparecen rincones que no había notado antes, telarañas, manchas del color del yodo en los techos, copas agrietadas. La tarde en que se detiene a observar su rostro en el espejo se da cuenta de que está tratando de ver la realidad con ojos ajenos. «Éste no es un cuarto de sirvienta.» Los ojos de Cástulo son microscopios que agigantan las imperfecciones de la casa, los desequilibrios de la ciudad entera, la injusticia. Con esa visión asimétrica, sin embargo, Matilda se siente a gusto, relajada. Su cuerpo no tiene que conservar la compostura, sus manos pueden volar. Cuando escucha el ruido del tercer vaso hecho añicos a sus pies, Matilda sonríe sin saber por qué.

—Debes de andar de enamorada —murmura Columba al ver la marca ambarina de la plancha sobre una de sus blusas blancas—. Cuídate, Matilda, eso es lo peor que le puede pasar a una mujer.

Su voz, como la de Rosaura, tiene el sonido de cántaros vacíos chocando unos con otros. Matilda, por primera vez, siente lástima. Tantos años de estudio, tantos libros, y tal vez ningún abrazo. Tal vez ningún latido hasta sus oídos transformando el ritmo del mundo. Columba no es responsable de ninguna de las vidas que ha salvado. Las prostitutas que atiende en el Hospital Morelos le provocan asco. Al examinar sus rostros ajados por el vicio y abrir sus sexos infectados de bubas y chancros lo único que Columba puede ver es su piel lozana y perfecta, el inmaculado color rosa de su propio sexo. La doctora Rivera necesita a sus pacientes tanto como ellas requieren de sus cuidados. Columba sólo puede confirmar el valor de su propia vida frente a la infección de los otros cuerpos. La sífilis siempre acaba por darle la razón.

—Tú eres una muchacha decente, Matilda. No lo olvides. Lo único que nosotras tenemos son nuestras buenas costumbres.

En la noche, reclinada sobre el cuerpo indefenso de Cástulo, Matilda le hace preguntas en voz baja. «¿De dónde vienes? ¿Quién te perseguía? ¿Qué hiciste, Cástulo?» Lo hace sólo por hablar, sin esperar respuesta alguna en realidad. En las novelas que Matilda ha leído en la casa de Columba los héroes son siempre hombres. Ágiles de mente y cuerpo, logran vencer todos los obstáculos para rescatar a las heroínas en el último momento. Un tren en marcha. Un pozo cubierto de hojas secas. La lujuria desmedida de un abuelo. La cárcel. La locura. Frente a la fragilidad de Cástulo, Matilda puede cambiar los argumentos. En las horas nocturnas que pasa a su lado su imaginación se lanza al aire como una cometa. No tiene miedo. Ella lo salvará de todo peligro. Ella descubrirá la conjura que lo mantiene preso. Ella logrará capturar y castigar al enemigo. Antes de tender su cuerpo sobre el piso, antes de caer dormida, Matilda piensa que Columba está equivocada, que todos lo están. Además de las buenas costumbres, ella tiene algo más.

Fuerza, por ejemplo. La inteligencia suficiente para dar el golpe definitivo. Matilda se apega a Cástulo como el detective que ha dado por casualidad con la prueba irrefutable que demuestra la inocencia del inculpado injustamente. Matilda es inocente. Cástulo es la posibilidad de su venganza.

En la tercera noche, cuando Cástulo logra levantar los párpados con dificultad, la luz de sus ojos ilumina la atmósfera cerrada.

—Gracias —murmura apenas—, gracias por todo.

Señala el vendaje, la cama, el cuarto entero. Matilda le sonríe, asintiendo. Luego, sale a toda prisa del cuarto y regresa con un plato de sopa caliente. El olor a pollo y col y zanahorias hervidas impregna el aire. Cástulo sonríe también. Su mejor comida en años. La debilidad de su organismo es atroz. Después de la cuarta cucharada sus ojos vuelven a cerrarse. Ha sido suficiente.

—Avísale a Tina —susurra con voz trémula, usando su última bocanada de aire. Dile que estoy bien.

—¿Dónde?

—Mesones, Mesones 35.

Después todo es silencio y oscuridad.

La respiración de Joaquín se detiene en seco. Hay sucesos que no puede olvidar, calles que permanecerán en su memoria para siempre. Agujeros luminosos. Diamantina Vicario. Un ataque súbito de nervios lo hace tartamudear. Mesones 35. Sin importarle la presencia de Matilda y sin disculparse, Joaquín busca su jeringuilla y, con una liga, se ata el antebrazo. Su piel es flácida y amarilla y, bajo ella, apenas se vislumbra una telaraña de venas descoloridas. Sus movimientos son apresurados y certeros a la vez. Durante el efecto de la morfina las coincidencias son menos aparentes y más ajenas. La coincidencia. Su calma después del pinchazo es tan imprevista como la inquietud anterior. Cincuenta miligramos. Ya sentado en cuclillas en la esquina de su cuarto la conmina a continuar con el relato de su vida. Enciende un cigarrillo. Aspira el

humo. Quiere oír la historia. Quiere verlas. Juntas. Mientras la voz de Matilda sigue cayendo pausada y neutra sobre la habitación a oscuras, Joaquín efectivamente logra verlas.

En la pantalla de sus paredes aparece la imagen de Matilda caminando de la casa de los Burgos a la casa de Columba. Es un sábado lleno de viento y de polvo. Son las ocho de la mañana. El cielo, a lo lejos, es azul. Matilda abre el portón de nuevo y sale a la calle con una canasta vacía entre las manos. Sin volver la vista atrás, va con rumbo al mercado pero se dirige a otro lugar. Se ha puesto una falda azul marino, una blusa blanca y, sobre ella, su mejor rebozo gris. En lugar de su chongo acostumbrado se ha vuelto a tejer el par de trenzas negras que ahora le caen sobre los pechos. Cuando los remolinos de la calle levantan su falda se pueden ver sus botines negros. Matilda parece una maestra de colegio. Nunca ha estado en la calle de Mesones y, para llegar a la casa indicada, tiene que detenerse varias veces a recibir indicaciones. Después de la peluquería. A un lado de la botica. Cuando finalmente da con ella, toca el portón con firmeza. Espera. La melodía de un piano se cuela por la ventana, bajo las puertas. Es el vals del minuto de Chopin. Joaquín lo reconoce. Ante la ausencia de respuesta alguna se dirige a la ventana y golpea levemente los cristales. Dos, tres veces. Desde el interior, un rostro de mujer se vuelve a verla sin quitar los dedos del teclado. La interroga con los ojos. Fastidio. Matilda levanta la mano izquierda dándole a entender que no se trata de una equivocación, que la busca precisamente a ella. Por toda respuesta, la mujer le indica que regrese al portón.

—¿Es usted la señorita Tina? —le pregunta en cuanto la ve aparecer por la apertura de la puerta. Dimantina Vicario asiente en silencio, sin decidirse a soltar la aldaba, sin dejarla asomarse al interior.

—Traigo un mensaje de Cástulo Rodríguez.

Una sonrisa sin premeditación se dibuja en el rostro de la mujer. El recelo anterior se esfuma en el acto. Viendo hacia ambos lados de la calle, recuperando un poco la compostura, la invita a pasar.

—¿Te siguió alguien? —Matilda no sabe qué responder.

Las dos están a un lado del jardín donde sigue creciendo desordenadamente la yerbabuena y el epazote. Inmóviles, sin saber a ciencia cierta lo que hay que decir, las dos mujeres se miden tratando de establecer el límite de la confianza, la posibilidad de la traición. Joaquín las observa con la lupa de la morfina en la mirada. Ahí están los cabellos largos salpicados de canas de su primera mujer. Arrugas de preocupación y de alegría consumida de prisa cruzan su cara. Joaquín tiende sus manos, las yemas de sus dedos rozan con ternura la piel perdida. Tras de las gafas sus ojos inquietos, de ratón oscuro, tienen la misma determinación, la misma inteligencia que lo espantaba. Diamantina debe tener casi cuarenta años. No tiene hijos. A su lado no hay nada. Frente a ella, igualmente pasmada, está la otra mujer, a quien apenas logra reconocer uniendo trazos casi difuminados. La muchacha de veinte años está todavía indecisa entre usar la mesurada formalidad de su casa o el asombro que se le cuelga entre las faldas. Matilda todavía carece de personalidad. ¿Cuántas vidas las separan? Joaquín está inmóvil también, observándolas con una sonrisa de idiota, fija.

—Cástulo está bien, en mi casa —le informa con tacto—. Llegó herido pero se está recuperando.

—¿Quién lo atiende?

—Yo misma.

Diamantina, exhalando un suspiro de alivio, le da las gracias. La invita a tomar una taza de café y, a su vez, se presenta. Mientras la sigue a la cocina, Matilda se da cuenta de que Diamantina, en lugar de llevar faldas, trae puesto un overol. Las arrugas alrededor de los ojos son causadas únicamente por su manera de reír.

Hay ciertas conversaciones que sólo pueden llevarse a cabo en silencio. Matilda y Diamantina se miran de soslayo esa mañana de marzo, con interés y cautela a la vez. Lo que se percibe entre ellas es la tibieza de sus cuerpos, y los intrincados gestos femeninos que iluminan los objetos. Complicidad. Sus manos se han posado sobre la misma piel de chocolate y tabaco de Cástulo y, al tocar su cabello,

ambas se han sorprendido por su juventud. La cercanía que comparten allí, sobre la mesa, es inédita. Una fotografía sin revelar. Lo que Matilda piensa mientras toma la taza de café y la detiene justo frente a su boca es que haría cualquier cosa por volver a oír la música del piano, por volver a verla inclinada sobre el teclado como si el mundo hubiera desaparecido y no quedara nadie sino el aire y ella misma sobre la tierra. Lo que la impresiona es su falta absoluta de vanidad. Diamantina se conduce como si su cuerpo fuera etéreo. Sus ropas descuidadas, sus cabellos mal peinados, los movimientos de sus manos y piernas no están para agradar a nadie o para respetar las reglas. Diamantina es la segunda mujer con gafas que ve Matilda, pero a diferencia de Columba, es hermosa, casi bella, graciosa, llena de vida. Una brisa entra por la puerta abierta y las hace sonreír sin causa. Para Diamantina, Matilda es un rompecabezas a medio reconstruir. Lo que hace al verla es robarle algunas piezas para que después, cuando se haya ido, pueda completarlo.

—Cástulo se recuperará pronto —le dice al despedirse.

—Lo sé, Matilda.

Joaquín fija esa última imagen en la retina. Luego cierra los ojos y siente la punzada del viejo alfiler oxidado bajo las uñas. Es el dolor.

Dos días más tarde, Cástulo abandona el cuarto. Lo hace de la misma manera en que llegó: de noche, dejando a su paso el olor agridulce de su sangre. Sin avisar. Cástulo Rodríguez. Pronto hasta su nombre se convierte en un producto de la imaginación. Después de su partida, Matilda se dedica a limpiar su habitación con toda conciencia. En las novelas que lee en casa de Columba los desenlaces son diferentes. Al final, ya todo resuelto, los héroes se vuelven eternos en un abrazo, un beso. Música de orquesta al fondo. Estrellas. Mientras lava las paredes y echa baldes de agua fría sobre el piso, Matilda escudriña todos los rincones para borrar

cualquier rastro de su ausencia. *Tabula rasa*. Luego, repite su nombre una y otra vez para dejarlo limpio también, liso y suave. Al final, al final de todo, nunca hay nada, nada. Su reacción ante la ausencia de Cástulo la desconcierta. Todavía con las emociones desordenadas y las manos enrojecidas, cambia las sábanas de la cama, sacude los cobertores, las almohadas. Entonces descubre la nota. Es su letra. Todo lo que Matilda sabe de la confianza lo aprende en esos días. «Gracias por todo esto. Pronto volveras a saver de nosotros. C.R.»

Hay personas que crecen en la ausencia. En los meses que siguieron a su partida, Matilda cree cada minuto en la promesa de Cástulo. Sabe muy poco de ellos, casi nada, pero de cualquier manera se deja abrigar por sus recuerdos. Deben de existir, deben de estar en algún lado. Hay rumores que pasan de boca en boca y que logran transminarse por los muros que protegen la vida de los Burgos. Trenes cargados de esclavos rumbo a Valle Nacional. Manos de indios yaquis colgando de una vara en poder del gobernador de Sonora. Hospitales llenos de podredumbre. Masacres cotidianas. Matilda, sin embargo, continúa con su rutina diaria. Entre el trabajo agotador de sus dos casas, lo único que le queda es el refugio silencioso de su cuarto. Su soledad llena de fantasmas, historias sin contar, palabras rotas como vidrios. Ciertas noches confunde el ruido de los tlacuaches con los pasos de Cástulo. Ciertas mañanas está a punto de ir a buscar a a la señora Tina de nuevo, pero sus obligaciones la atan. La ansiedad que respira en los mercados, entre la gente de la calle, la llena de temor. Ciertas tardes, el viento le trae a los oídos una melodía sin nombre. En la ciudad, de repente, sólo encuentra interrogaciones.

Desde el día en que fue a la calle de Mesones, Matilda se ha acostumbrado a dar pequeños paseos por la ciudad cuando va a comprar víveres. Al principio son sólo un par de cuadras que recorre con aprehensión, volviéndose a todos lados, con temor de que la reconozcan. Luego, a medida que se acopla al anonimato urbano, toma derroteros un poco más osados. Guiándose por los pasos de

otros transeúntes, Matilda visita las avenidas aledañas a la Plaza Mayor. La distribución de diferentes oficios en cada calle la llena de asombro. Hay cuadras donde sólo se compra papel, otras donde profesionales de traje negro se dedican a tomar fotografías. Hay zapateros, pequeños talleres donde se curte la piel, sastrerías con letreros rojos y faltas de ortografía. *Le ofreseamos lo mejor*. Matilda siente especial predilección por los expendios de telas. Aun sin llevar el dinero suficiente para adquirirlas, se adentra en La Parisina solamente para acariciar las sedas, para posar sus manos sobre los rollos de merino, la sutil transparencia de la organza, los encajes. A veces, cuidándose de no ser vista, coloca la tela sobre sus mejillas, la nariz. Su olor la embriaga. Los colores la hacen soñar en un mundo aún más colorido. Lo que desea sobre todas las cosas en esos momentos es un pabellón con destellos amarillos. Las mismas ensoñaciones la acometen frente a los aparadores de las joyerías y algo similar le ocurre ante los betunes blancos de las pastelerías. Su placer aún no sabe de jerarquías. En el gozo de su libertad a solas, sin embargo, siempre hay un espacio para buscar, de manera distraída, el rostro de Cástulo, el overol azul de Diamantina entre el gentío.

A veces se hinca frente a los altares de la catedral para pedir por ellos. Envuelta por el olor del copal, con las llamas de las velas reflejadas en los ojos, Matilda recuerda sus nombres en secreto. Su expectación crece día con día. A veces cree que todo es inútil, que el encuentro se producirá en el momento menos propicio, cuando ella ya no lo esté esperando. Nunca, sin embargo, ha dudado que sucederá. Esa certeza transforma su vida entera en una serie de signos animados sólo por su voluntad. Las palomas le envían mensajes mientras camina. Las nubes, los cielos azules, ciertos zapatos de niño. De todos ellos, el evento que nunca olvidará sucede en la fuente de la plaza de Santo Domingo. Matilda se sentó en la orilla, con el torso vuelto a la derecha para poder observar el agua. Nubes blancas flotan en ella. Mientras sueña con el mar, la silueta temblorosa de otro rostro aparece en la superficie. Es la cara

desfigurada de una anciana, con el cabello rapado, a medias cubierto con un rebozo negro. Los ojos profundos y negros como túneles. Fija sobre su reflejo, sin cambiar de posición, Matilda la ve mover los labios y los brazos.

—Vas a encontrar todo lo que buscas —profetiza—, y luego vas a acabar como todas éstas.

Cuando termina, las dos mujeres sonrían como si ambas hubieran escuchado un chiste. Matilda, entonces, se vuelve a verla. La risa sin dientes de la vieja la llena de temor. Tiene costras de mugre sobre los brazos descubiertos y un par de llagas ulceradas en las pantorrillas apenas ocultas por los jirones de una falda. En el morral que le cruza el pecho hay restos de comida; en el costal de tule que cuelga de su hombro izquierdo se dejan ver cabezas y piernas de porcelana color de rosa, mechones de cabello artificial, muñecas rotas. La mujer, sin duda, se había referido a ellas. Cuando Matilda se aleja a toda prisa de la anciana no se dibuja ninguna sonrisa, sólo terror. El futuro en el que nunca había pensado le ha rozado los cabellos, y la hace perder el rumbo a su casa.

Perdida, dominando el temor, «nadie me verá llorar, nadie», Matilda da vuelta en las esquinas sin saber a ciencia cierta dónde se encuentra. Entonces, sin darse cuenta, está en el centro de una turba enloquecida. Algunas mujeres entran en grupo, con firmeza y nerviosismo a la vez, a una casa de empeño. Los que esperan fuera aplauden y lanzan alaridos. El alboroto que le ensordece los oídos también le devuelve algo de paz. Entre el calor de sus cuerpos, Matilda no se siente amenazada sino protegida. Su cara es como la de los demás. Piel oscura, frentes estrechas, mandíbulas y orejas grandes. Involución. Pronto, una ola de energía la hace saltar y levantar los brazos junto con todos los demás. Las mujeres han abierto los ventanales del segundo piso y, desde el balcón, arrojan sábanas, candelabros, vajillas, disfraces y monedas a la manifestación colectiva. El motín es una fiesta. Lo único que atrae la atención de Matilda es una mandolina que, pasando de mano en

mano, termina rota en el suelo. De todos modos va en su busca y cuando ya está a punto de asirla alguien más se le adelanta.

—Esto no te va servir de nada ya, Matilda —es la voz de Cástulo, su voz de mandarina. Ahí están sus cabellos oscuros, su cuerpo duro y escuálido, su abrazo. Al sentir sus propios latidos, mientras aspira el olor a tabaco de su cuerpo, Matilda se da cuenta de que nunca se ha separado de él, que nadie puede escapar de los abrazos.

En la ciudad de México hay trece fábricas textiles y más de cinco mil operarios trabajan en ellas. La Magdalena, La Santa Teresa, La Alpina, La Hormiga y La Abeja se encuentran en la villa de San Ángel y cuentan, entre todas, con tres mil cuatrocientos trabajadores. En ellas, pagan sólo cincuenta centavos diarios a niños y mujeres. Las más grandes, en pleno centro de la capital, son las de San Ildefonso y San Antonio Abad. Esta última cuenta con mil setecientos trabajadores a su servicio y un capital de tres y medio millones de pesos. El salario promedio es de setenta centavos. Los electricistas, los tranviarios y los trabajadores de la telefónica Ericsson ganan, dependiendo de sus capacidades, hasta dos cincuenta pesos al día. La situación es diferente en las cigarreras, donde la mayoría de los trabajadores son mujeres. Los dos mil operarios de la fábrica El Buen Tono producen cinco mil quinientos millones de cigarrillos al año. Con un capital de seis y medio millones de pesos, las ventas producen cinco millones de ganancias anuales. El salario de un obrero difícilmente rebasa los cincuenta centavos diarios. Cástulo Rodríguez recuerda con precisión cada cifra, cada número, y mientras hace una pausa para encender un cigarrillo, vuelve su rostro a la gente reunida en torno a la mesa para deleitarse con su prodigiosa memoria y la información recién recibida.

—Esto, como podrán ver, es toda una injusticia —su voz es firme y, a diferencia de su ortografía, no tiene fallas—, y eso sin contar

que hay otros que, como Matilda aquí presente, apenas ganan veinte centavos diarios en la esclavitud más acérrima.

La Causa. Los siete hombres y cuatro mujeres reunidos en Mesones 35 para escuchar los informes de Cástulo se refieren a todo lo que hacen, a todo lo que dicen, a todo lo que sienten como la causa. La gran Causa. Dos de ellos saben leer y escribir bien como la señora Tina; todos los demás, sin embargo, firman sus notas con dedos entintados. Todos hablan bien, todos tienen más allá de la voz, de la lengua, el látigo que eriza la piel y atrae simpatías. Para uno de ellos, al menos, el español es una segunda lengua. Como antes en el motín de la casa de empeños, Matilda se siente protegida, ligera, llena de emoción, pero cuando la tratan de convencer de que el tío Marcos es un agente del capitalismo, un asqueroso cerdo miembro de la burguesía, no puede evitar el desacuerdo. Ella lo ha visto trabajar de sol a sol y abrir las puertas de su casa durante la noche para atender a niños enfermos. Ella ha estado presente cuando desinfecta heridas y compone huesos con todo cuidado. Ella había vivido en su casa, allí donde aprendió a leer, a escribir, a escuchar música y a comportarse como toda una señorita.

—¿Y tu libertad? —le preguntan.

—Mi libertad son ustedes —su respuesta arranca vítores y aplausos. Diamantina está ya tocando el piano de nuevo.

En los meses que pasan juntos no se cuentan la historia de sus vidas. El pasado no existe, el presente es efímero, sólo el futuro es firme y vasto. Usando medias verdades a su favor, Matilda menciona que nació en Papantla, que es la hija de un hombre que perdió sus tierras y su dignidad debido al alcohol y a la saña del beneficiador Juventino Guerrero. Lo demás lo cubre de silencio, y cuando éste no basta, lo disfraza con evasivas. Matilda rara vez describe su vida en la casa de los Burgos. No menciona que tiene suficiente jabón para bañarse a diario, que en el ropero de su

habitación hay dos pares de zapatos, tres rebozos, vestidos de algodón, sombreros. Ni siquiera en los momentos más íntimos, en los momentos en que yace desnuda al lado del cuerpo de Cástulo, se atreve a desatar el nudo de sus silencios. El esfuerzo, muchas veces, la deja confundida. «¿Quién es Matilda Burgos? Matilda Burgos soy yo.» El pronombre, como muchas otras cosas, cada vez tiene menos firmeza, un poco más de desazón.

Cástulo la visita de noche. Justo como la primera vez, salta el muro trasero y, usando las ramas de los árboles de durazno como escalera, logra llegar a la habitación sin despertar sospechas. Su romance con la sobrina del médico le produce dolores de conciencia, pero también un gozo casi perverso. El placer de la cercanía va entretejido desde el inicio con el gusto de estar cometiendo un acto ilegal justo bajo las narices del enemigo. Un robo. Allí, en los cuartos traseros del mundo que quiere cambiar, casi dentro de él pero irremediablemente fuera, Cástulo deja volar su necesidad. Su cercanía, también desde el inicio, está marcada por los murmullos, la temeridad. Alumbrados por la llama quebradiza de la lamparita de petróleo, los dos pasan las primeras noches susurrando historias sin consecuencias, las huellas del futuro. Unos centímetros separan sus rodillas. Sin la luz del sol, lejos de las vías públicas, su cortejo es transparente, unívoco. Matilda, olvidando los consejos de Columba, se desteje las trenzas y se desabotona la blusa. El cuerpo de Cástulo está impregnado del olor a tabaco que le dejan sus doce horas frente a las máquinas de la fábrica del Buen Tono: cinco mil quinientos millones de cigarrillos al año. Hay manchas de nicotina entre el dedo índice y medio de su mano derecha. Una luna verdosa, amarilla. Desnudo parece aún más joven, frágil. Los huesos de las clavículas y las costillas parecen dunas apenas dibujadas sobre el desierto de su pecho. Un abrazo. La respiración creciendo sin tiempo. Sus movimientos sobre la cama son mínimos y también son pocos los gemidos. Con los ojos abiertos, espiándose el uno al otro sonríen en silencio. Confianza. Acaban de vislumbrar las orillas de una península, el continente

entero todavía está más allá, escondido tras la bruma, imperecedero.

—¿Qué día es hoy?

—Martes —el susurro deja cosquillas en su oído izquierdo—, febrero de 1906.

—Siempre tan clara, Matilda. Lo recordaré —dice antes de cerrar los ojos y entrar, pacífico, en la cueva del sueño—, después.

Cástulo es un hombre para el que dormir no es un placer, sino una interrupción. Una molestia. El temblor de sus párpados sugiere que sus ojos están cerrados a la fuerza; que aún así, distendido sobre el lecho con un brazo alrededor de la cintura de Matilda, está listo para salir corriendo y desaparecer entre las calles. Hay persecuciones que nunca terminan. Deberes. Observando su sueño agitado, nervioso, Matilda trata de cruzar la distancia que va de sus emociones a ella misma. El río es ancho y las aguas frías. Todo sobre su cabeza es blanco. Ya con el agua hasta las pantorrillas, Matilda duda y, luego, sin pensarlo, regresa a su propia orilla. A lo lejos puede vislumbrar el cuerpo de Cástulo flotando, en llamas, río abajo. Antes del amanecer, mientras se pone los pantalones y se calza los zapatos a toda prisa, le pregunta algo. Quiere saber qué puede hacer por ella. Es la única manera que encuentra para rastrear sus carencias, para volverse necesario, útil.

—Quiero volver a oír el piano de la señora Tina —dice—, tocar con ella.

Su respuesta le da risa. Lo deja inmóvil. Viéndola tender la cama, vestirse y tejer sus trenzas sin dirigirle la mirada, Cástulo se da cuenta de que hay lugares dentro de Matilda a los que nunca podrá entrar. Puertas cerradas. El descubrimiento no le causa pesar sino alivio. Entre hombre y mujer ciertas lejanías provocan dicha. Al despedirse no menciona cuándo volverá. O si lo hará. Las calles de febrero están cubiertas de escarcha.

En los meses que pasan juntos hay prisa siempre, ausencias furtivas, mentiras dichas sin parpadear y sin asomo alguno de vergüenza. Matilda, quien nunca le ha pedido nada al tío Marcos, hoy le pide que la deje tomar lecciones de piano. La sorpresa en sus ojos es de gratificación, de triunfo. La respuesta, sin embargo, tarda cuatro días en llegar. Primero tiene que entrevistar a la maestra, inspeccionar su casa, sopesar los costos. Diamantina Vicario. Mesones 35. Ahí, frente a ella, Marcos Burgos toma la única decisión de la que se arrepentirá en su vida. A pesar de las sospechas que le causa la ausencia de muebles en la sala de su casa, el desorden del jardín, Marcos se deja seducir y convencer por la palabra caridad, la palabra civilización.

—La música —dice Diamantina—, es el producto más sublime de la civilización. Además, usted me haría una caridad. Mis mejores estudiantes, las hijas de los Mina, usted las conocerá, se han ido de viaje y, como comprenderá, mi situación económica se ha visto drásticamente mermada.

Marcos es un hombre a quien los adverbios bien dichos siempre lo afectan. «Drásticamente.» El desarrollo del talento artístico de su sobrina es una prioridad y, además, las pruebas demuestran que la música logra sublimar hasta los instintos más salvajes de los animales primitivos. Evolución.

La primera pieza que tocan juntas es el Himno Nacional.

En las reuniones de los miércoles y viernes, de cuatro de la tarde a siete de la noche, siempre hay más de dos personas. En la casa de Diamantina siempre hay movimiento. Hombres y mujeres entran con cifras alarmantes en la boca, noticias de nuevos atropellos, papeletas con letras negras y rojas. El periódico que les deja manchas negras en las yemas de los dedos no es *El Universal* o *El Imparcial*, sino *El Hijo del Ahuizote* donde, bajo el nombre de Tina Vica, Diamantina publica comentarios críticos y bromas contra don Porfirio. Los esqueletos juguetones de Posada los hacen reír. La

palabra huelga es una llave maestra en sus labios, todo lo abre y todo lo cierra. Por sus continuos viajes dentro y fuera de la ciudad de México, Matilda se da cuenta de que sólo los muy ricos o los muy pobres viajan en su país. Unos por placer y, los últimos, por necesidad. Luego están los otros que, como sus nuevos amigos, lo hacen por la causa. A veces Diamantina introduce papeletas y panfletos en su maleta negra y desaparece por días, dos, un fin de semana. Cástulo, sin maleta, hace lo mismo. Ninguno le avisa, ninguno le informa cuándo llegarán. O si lo harán.

En esos días el nombre que le dan a Matilda es «La Dama». «La damita». Ella organiza los periódicos tirados por la casa, los botes de pintura, los lápices. Ella prepara café y, juntando tazas diferentes, lo sirve en una charola de vidrio. Ella es quien finalmente corta la hierba del jardín y poda los geranios. Debido a sus cuidados, ayudada de cortinas viejas que extrae sin permiso de la casa de sus tíos, bulbos de crisantemos blancos, cloro y jabón, la casa de Mesones 35 se transforma en un lugar desconocido.

—¿Quieres casarte conmigo, Matilda? —le pregunta Diamantina entre risas mientras inspecciona el piano sin polvo, la cocina impecable, el cuarto que ha convertido en estudio acomodando los libros sobre tablas y ladrillos. Matilda, quien nunca había pensado en la posibilidad, se sonroja sin pensarlo.

—No tienes que hacer todo esto, lo sabes, ¿verdad? El cuarto que debes limpiar está detrás de tus ojos, dentro de tu cabeza. Las mujeres deben entrar al cielo con libros, con música, no con escobas y trapos viejos, damita. Ponte lista.

Cuando Tina Vica desaparece, Matilda echa de menos su risa de cascabeles, sus pasos largos sobre las baldosas, sus manos volando sobre las teclas de marfil del piano. Su ironía. Hay un lugar bajo su piel que, a fuerza de admiración, lleva grabado en letras azules el nombre de Diamantina. Un tatuaje interior. Dos corazones. Tres.

En los meses que pasan juntos hay un agujero perenne entre las nubes por donde se asoma el cielo azul de la ciudad de México. Copiando las costumbres de la burguesía, van a Chapultepec en bicicleta y, las mujeres al menos, se ponen los *bloomers* que inevitablemente atraen las miradas oblicuas de los transeúntes provocando, a veces, accidentes ridículos. Durante la Semana Santa, sin embargo, construyen monigotes de cartón piedra con las figuras grotescas de don Porfirio, de José Yves Limantour y, junto con los otros, las queman entre la algarabía de las celebraciones de san Judas. Los trabajadores del Teatro Renacimiento o del Hidalgo los dejan entrar por la puerta trasera en noches de ópera, conciertos. Los ladrones les venden licores importados a menos de la mitad del precio. Anís. El dueño de la librería Saldívar les sigue prestando libros nuevos, tratados de política y poesía. En la calle, al caminar, juegan a ser un triángulo isósceles en movimiento. En esos días los tres viven en las fronteras del mundo de la riqueza que los asquea y los seduce a la vez. La felicidad consiste en pasarse los brazos sobre los hombros y saber que están a salvo juntos. La felicidad consiste en besarse por placer. En las tardes de lluvia no usan paraguas. Viven satisfechos sin dinero, sin otro plan futuro más que cambiarlo todo. Incómodos y expectantes ante los avatares del progreso, se pasean por la ciudad. Las sorpresas son muchas. Los suspiros de regocijo aun más. Cuando caminan bajo las lámparas incandescentes del alumbrado público, Cástulo pregunta en voz alta si alguien le ha escrito ya una oda a Thomas Alva Edison. Las redes del drenaje, la tubería que conduce el agua hasta los lavaderos, el teléfono y los tranvías se convierten en las manifestaciones más recónditas de Dios. Lo que más le gusta hacer a Cástulo en sus pocos días libres es tomar el tren hasta San Ángel y caminar entre las textileras. Más que los palacios y los monumentos de la ciudad, más aún que el cinematógrafo y la calzada de La Reforma, él admira la sobriedad geométrica de las

fábricas, las torres de humo, la electricidad. Naturaleza dominada. Artificio. Voluntad. Dentro, los brazos se mueven al compás de las máquinas, todo al unísono. Dentro hay una armonía casi militar que le hace pensar en las posibilidades ilimitadas del trabajo, la organización. Cástulo pronuncia la palabra futuro con la misma vehemencia, la misma fe cerrada y dura del tío Marcos.

—La diferencia, damita —la interrumpe Cástulo, molesto—, es que yo creo que los frutos del trabajo tienen que quedar en nuestras manos. Nosotros podemos hacernos de todo esto; sólo nosotros, los que sabemos, los que trabajamos, podemos llevar el país hacia adelante. Hacia el porvenir.

Los meses que pasan juntos tienen un final. Junio de 1906. Las noticias de Cananea en los periódicos. Estadísticas parcas de muertos a manos de extranjeros y de la guardia nacional. Disparos a quemarropa. Con la masacre y la derrota en la Green Cananea Consolidated Copper Company se acaba la ironía de Diamantina. En el verano se refugia dentro, en un lugar muy solo y oscuro donde sólo se oye caer la lluvia, una melodía de Bach. Ni siquiera las discusiones airadas en la cámara de diputados la animan. Cástulo insiste en que es sólo el inicio, pero Diamantina por primera vez teme ver la cara del enemigo. Luego, en octubre, con la cara grave, cerrada ya por la seriedad que no la abandonará jamás, toma un tren con rumbo a Veracruz. Río Blanco. No permite que ni Cástulo ni Matilda la despidan en la estación.

¿Por qué elige a Joaquín? Ya no existe nadie que pueda darle la respuesta.

Joaquín vuelve a decirle adiós otra vez en el andén lleno de gente, antes, mucho antes de todo. *Cultiva la imaginación*. Un beso ligero en los labios. Los amantes se despiden sin saber cuándo volverán a encontrarse.

Por primera vez desde que escucha sus palabras, Joaquín le pide a Matilda que guarde silencio. Una mancha de aceite se

extiende en la laguna de su cabeza que, al contacto con la luz del sol, emite reflejos morados. No quiere presenciar el final.

El plan liberal de 1906 exigía una jornada de trabajo de ocho horas, el derecho a huelga. Además de elecciones democráticas, también exigía la restitución de tierras a las comunidades indígenas. Al enterarse del manifiesto, Marcos Burgos pensó que habían perdido la razón. Un caso de locura colectiva. Con ello se convenció de que ni la disciplina ni la higiene bastaban para mitigar los instintos irracionales de los primitivos con los que compartía todo un país. En ese mismo año adquirió su primer Ford. Matilda empezó a moverse por los pasillos de la casa como un fantasma. Perdió peso. La ausencia manchó su cara. El 7 de enero de 1907 llegaron las noticias de Río Blanco. Dimantina Vicario no regresó. La Gran Causa. Cadáveres en exhibición. Marcos Burgos aplaudió las medidas drásticas empleadas por el presidente Díaz para proteger el futuro, las buenas costumbres, la soberanía de la nación. Frente al espejo de su cuarto, Matilda cortó sus trenzas en dos. Luego, sin despedirse, abandonó la casa. Lo único que se llevó consigo fueron sus tres vainas de vainilla ya secas, sin olor. El sustantivo que Marcos utilizó para describir las acciones de su sobrina fue el de ingratitud pero, sabiendo que ésa era su derrota personal, nunca lo hizo en público.

—Matilda no puede seguir durmiendo en su cuarto, don Joaquín. Bien sabe usted que está prohibido —la voz del doctor Oligochea suena contenida pero triunfante—. Este lugar tiene sus reglas. Piénselo bien. Le puede costar su trabajo, el mío.

Joaquín no le contesta nada y evita verlo a los ojos mientras enciende un cigarrillo. Lleva diecinueve días imaginando sin error la reacción del doctor. Su enojo primero, y luego la calculada

amenaza, el reto. Eduardo Oligochea es un hombre que pocas veces deja pasar una oportunidad de ejercer su poder.

—No vale la pena arriesgar su trabajo por ella, don Joaquín. Es lo único que usted tiene después de todo y la pobre mujer está loca. Deje de hacer el ridículo. ¿Cree que nadie se da cuenta?

—No se preocupe, doctor.

Los pasos que llevan a Joaquín hacia su cuarto tienen la fragilidad del que ha sido herido dos veces por el mismo error.

La siguiente vez que ve a Matilda en las hortalizas del manicomio tiende su brazo como si se encontrara en un paseo campestre, en la fila de un cine.

—Te quiero preguntar algo —le dice—. ¿Te dijo alguna vez Cástulo quién lo iba persiguiendo la noche en que llegó a tu cuarto?

Matilda sonríe. La luz del sol en sus cabellos como una corona etérea.

—Sí —le toma las manos, acaricia su cabello—, dijo que fue el azar. Nada más.

Es el 21 de marzo de 1921. Y todo está en su lugar.

«La Diablesa»

Ésta es la historia que Matilda recuerda en el tren que los lleva desde Mixcoac a la ciudad de México. Fuera. Es de mañana, y por la ventanilla, el paisaje parece iluminado por una luz irreal. El cielo sin nubes es de color azul, límpido. Joaquín le ha tomado una de sus manos y la sujeta como si se tratara de un ancla. Su rostro todavía no sabe qué hacer con la alegría. Matilda no lo ve. En la ventanilla que los protege de la intemperie hay reflejos, imágenes fragmentarias, colores sobrepuestos en el bastidor de un tiempo estático, irremediable. Ésta es la historia que Matilda se cuenta a sí misma en silencio mientras los dos dejan el manicomio en el olvido. Hay lugares a los que sólo podrán entrar por puertas distintas, palabras que no compartirán con nadie.

—¿Estás soñando? —le pregunta Joaquín.

—Sí.

El ruido de monedas que caen dentro de la alcancía: la sombra de un papalote sobre la arena: las burbujas del agua a punto de ebullición: los sonidos desiguales de la clave Morse en las oficinas de telégrafos: dos mujeres se ríen juntas. Sus ecos. Matilda está dentro de ellos.

En 1903, el escritor y diplomático mexicano Federico Gamboa publicó *Santa*, su novela más vendida. Basada en experiencias de su vida y utilizando los recursos del naturalismo literario, Gamboa describió con detalle la caída en la concupiscencia de una

muchacha de Chimalistac cuyo nombre por sí solo, a decir de doña Elvira, la dueña de la casa de citas, le aseguraría ganancias enormes. La novela pronto ganó fama de atrevida, y los hombres letrados de clase media pagaron con gusto por la historia para verse reflejados en sus páginas y lavar su corazón con un perdón tardío. Diamantina Vicario, en cambio, pudo leerla gratis, gracias a los préstamos del dueño de la librería Saldívar, y su única reacción fue la risa. La moralina de la historia y su lenguaje tremendista la obligaban a ponerse de pie en medio de la lectura y a vociferar, con las manos en alto, contra el autor.

—Este hombre es un idiota —decía a quien la quisiera escuchar en la salita de Mesones—, ¡mira que poner a hablar en francés al fantasma de la estúpida de Santa en el prefacio!

Cuando, años más tarde, Matilda Burgos tuvo oportunidad de leer la novela no sólo le dio la razón a Diamantina sino que también se indignó. Para entonces su nombre de guerra era ya el de «La Diablesa».

Una mujer regularmente vestida, un hombre desconocido. De todas las obsesiones que emergieron a finales de siglo, sólo las prostitutas alcanzaron la calidad de leyenda. Los poetas las compadecieron y las celebraron por igual. Los escultores tallaron el mármol y la madera con ellas en mente. Los pintores las inmortalizaron. Los médicos y los licenciados crearon el primer reglamento de prostitución para defenderse de su peligro y establecer las reglas del juego de los cuerpos. Hubo muchos en contra. Otros a favor. Las discusiones se llevaron a cabo en el foro de las revistas médicas, en la muda oscuridad de los memoranda y los pasillos estrechos de los palacios de justicia. Un fervor antes desconocido llenó cada ámbito. Los hombres de buena posición, padres de familia y profesionistas de reconocido prestigio que desde el principio estuvieron en contra de la tácita aceptación de la prostitución presente en el reglamento, aducían que éste terminaría provocando incontrolables epidemias

de sífilis. Admitir el ejercicio de la prostitución, además, conduciría a hombres y mujeres a la ruina. A los primeros por legitimar su degeneración moral, y a las segundas por no aceptar un trabajo honrado. La salud pública, el crecimiento de la nación y la mera posibilidad de la sobrevivencia de la humanidad dependían de la erradicación del oficio más antiguo sobre la tierra. Su única alternativa para evitar el contagio, tanto físico como moral, consistía en perseguir la prostitución como un crimen contra las buenas costumbres y la salud de la nación. El doctor Manuel Alfaro, artífice de la nueva legislación, usó los mismos argumentos para promover, en cambio, la tolerancia social. La prostitución, en sus escritos, se planteó como un mal necesario. Reconociendo que las autoridades estaban totalmente incapacitadas para erradicar el vicio, proponía pragmáticamente que se regulara para evitar males mayores como el contagio de enfermedades venéreas, la deshonor familiar, las disputas conyugales y hasta la sodomía. Así, las prostitutas se convirtieron en públicas si vivían en casa de citas; o aisladas, cuando desarrollaban su trabajo en casas de citas. Después de inscribirse en el registro oficial y pasar por un examen médico, las matronas pagarían a las autoridades cuotas de ocho, cinco y tres pesos mensuales por cada pupila de primera, segunda y tercera clase, respectivamente. Las aisladas, por su parte, aportarían cuotas de diez, cinco y dos pesos de acuerdo, igualmente, con su clase. Una vez registrada, la pupila recibía su libreta oficial en la cual, además de su nombre, número de identificación y la certificación médica, se incluía su fotografía. Si los médicos de la Inspección de Sanidad descubrían indicios de enfermedad, la pupila era enviada al hospital Morelos antes de liberar su libreta. Los agentes de policía se hacían cargo de todo lo demás. Ellos eran los que, después de espiar a las parejas clandestinas que entraban a hoteles de paso, empezaban sus reportes con la fórmula consabida: «Una mujer regularmente vestida, un hombre desconocido». Ellos conducían los procesos burocráticos y también estaban a cargo de proteger a como diera lugar la salud y el orden públicos.

El primer reglamento, sin embargo, fue un fracaso y llevó a la promulgación de nuevas leyes en 1871, y después en 1889. La causa del desorden y la corrupción recayó en una sola figura: las insométicas. Estas prostitutas clandestinas que ejercían su oficio sin registro previo y sin pagar las cuotas prescritas, trabajaban por lo regular en burdeles sin licencia oficial o en hoteles como el Bazar, el Refugio y San Agustín, en donde los agentes de la policía, gracias a módicas sumas, no acudían. La fama agresiva y altanera de las insométicas sólo igualaba su reputación de astucia. Muchas veces acudían a bailes públicos y hasta diversiones campestres sin que los policías las detectaran. Muchas, también, ejercían su profesión en las calles o junto a las puertas de las iglesias ayudadas por disfraces. A finales de 1907, cuando Matilda hizo de la prostitución su oficio, sólo las muy atolondradas o francamente estúpidas, como Santa, acudían al registro y pasaban por la humillación del examen médico.

Si las prostitutas no son perseguidas, si no ignoran que las autoridades las castigan con mano suave cuando se profugan, entonces, ¿para qué inscribirse en el registro?, es más cómodo y más económico no sujetarse, no soportar impuesto alguno, no exponerse a la retención en el hospital y, por último, no tener superiores a quienes obedecer.

Doctor Manuel Alfaro,
jefe de la Inspección de Sanidad

Después de abandonar la casa de su tío, Matilda Burgos caminó por la ciudad sin rumbo y sin memoria, las tres vainas de vainilla entre sus dedos dentro de los bolsillos de la falda. La soledad de un aire sin Diamantina la asfixiaba. «Ponte lista.» La algarabía de su voz la

hacía volver la cabeza de improviso en las esquinas. Apenas comprobaba que no había nadie se echaba a correr hasta que la falta de aire y el cansancio le doblaban las rodillas. Durmió en plazas, bajo los pórticos de las puertas traseras de las iglesias. Nadie la vio llorar. La ciudad que había sido un animal vigoroso, de repente perdió todo su brío. Matilda guardó silencio. Cástulo la encontró una mañana sentada frente al piano de Diamantina, inmóvil, con la mirada perdida. Pronunció su nombre y al no recibir respuesta alguna se aproximó a ella, la abrazó. Una estatua. Lejos de transmitirle su tibieza, Matilda lo contagió de frío. Tembló. Una cáscara de pintura blanca se desprendió del techo y cayó sobre su cabeza. Matilda, quien siempre había estado atenta a la limpieza, ni siquiera hizo un esfuerzo por retirarla. Entonces, repitiendo su nombre sin darse cuenta, Cástulo la cargó, y después de subir las escaleras, la depositó en la cama de Diamantina sin poder disimular su urgencia. Lo único que Matilda hizo fue tronarse los dedos. Cástulo trajo una palangana de agua fría y, tal como ella lo había hecho meses antes, enjuagó un trapo y se dedicó a limpiar su cuerpo con cuidado y temor como si se tratara de un objeto quebradizo y de mucho valor. Desnuda, con los ojos abiertos, Matilda no opuso ninguna resistencia. Cástulo tiró a la basura sus enaguas manchadas de excremento y orina. Luego desinfectó con yodo los rasguños, enrojecidos unos y vueltos costra otros, en sus piernas, en sus brazos, su cuello y mejillas. El cuerpo de Matilda parecía un terreno cruzado por zanjas recién abiertas. Con un cepillo logró extraer las costras que traía bajo las uñas. Lavó sus cabellos desiguales, curó las estrías abiertas de sus labios y, sin pudor alguno, con una destreza aprendida en el acto, borró las costras guindas que la menstruación había dejado en la cara interior de los muslos. Cuando terminó, Matilda dormía ya, y él encendió un cigarrillo. La inmovilidad absoluta de la mujer lo hizo maldecir una vez más a don Porfirio.

Matilda despertó dos días después como si nada hubiera pasado. El cielo azul del amanecer iluminó su rostro. Cástulo estaba

dormido sobre una silla con el cuerpo doblado y la colilla de un cigarrillo todavía entre el dedo índice y medio de la mano derecha. Antes de incorporarse recorrió el cuarto con la mirada. Por más que lo buscó no encontró rastro alguno de Diamantina en la habitación. Su ropero estaba vacío, las mantas que la habían cubierto no guardaron su olor.

—Cástulo —lo llamó—, tengo frío, necesito ropa.

Sorprendido por su voz, sin atinar a responder, Cástulo despertó de inmediato, salió corriendo del cuarto y regresó con una falda de flores y una blusa blanca. Una sopa de col todavía humeante se balanceaba en una de sus manos.

—¿Qué pasó?

—No sé —el hermetismo de Matilda fue absoluto.

Así, la ausencia de Diamantina fue toda suya. Coleccionó sus recuerdos y, uno a uno, los colocó en un lugar recóndito. Después cerró la puerta y le puso el candado del silencio. «Nadie me verá llorar. Nunca.» Más que el dolor mismo, Matilda temía la compasión ajena. Desde tiempo antes y sin saber había decidido vivir todas sus pérdidas a solas, sin la intromisión de nadie, a veces ni de sí misma.

Solos los dos, se convirtieron en puntos extremos de una línea recta y no se volvieron a tocar. Los días en que fueron un triángulo isósceles quedaron para siempre en el pasado.

—Extraño a Diamantina —dijo Cástulo la última tarde que pasaron juntos en la casa abandonada.

—Yo también —murmuró Matilda, pronunciando por primera vez algunas palabras después de varios días. Luego se vieron a los ojos y los encontraron vacíos. La luz vespertina dejaba resplandores dorados en sus cabezas.

Cástulo, aunque lo quiso, no pudo hacerse cargo de Matilda. Vivía a salto de mata, corriendo unos pasos más adelante de su propia muerte día tras día. Sin tregua. Porque la quería le propuso que fuera a vivir a casa de sus parientes, en San Mateo Atenco, y cuando Matilda declinó su oferta, la invitó a trabajar con ellos. Sabía

leer y escribir, sabía curar enfermos y amenizar reuniones con las teclas de un piano.

—Matilda, tú puedes ser útil a la causa —le dijo. Por toda respuesta la mujer le sonrió en silencio. No podía hacerlo, y tampoco podía darle explicaciones al respecto. Lo último que se le ocurrió recomendarle fue que buscara trabajo en las textileras o en la cigarrera de la Ciudadela. Matilda le prometió que así lo haría y, antes de despedirse de él, también le aseguró que iba a sobrevivir.

—Quiero darte algo —sacó de uno de sus bolsillos una fotografía de Diamantina y la puso en sus manos. La imagen era vieja. «Tengo cara de pendeja porque estoy pensando en ti, mi chamaquito rojo. Tina.» Al leer la dedicatoria Matilda sonrió levemente. Diamantina siempre mintió con una facilidad deliciosa. Su rostro en la fotografía estaba concentrado en sus manos sobre el piano, nada más. El resto era negro, incluyendo su amor por Cástulo, el placer de su sexo. En la esquina inferior derecha del retrato estaban, pequeñísimas, las iniciales J.B. Antes de despedirlo, lo abrazó. El latido de su corazón en los oídos.

—Volverás a saber de mí —le aseguró.

—Lo sé.

Matilda y Cástulo nunca hablaron de amor.

Al día siguiente se dirigió a Balderas y poco después consiguió un empleo como operaria en una de las líneas de producción de la cigarrera El Buen Tono: treinta y cinco centavos al día, doce horas diarias. El olor a tabaco siempre le trajo el recuerdo de Cástulo. Durante los primeros días hacía esfuerzos por fijar los rasgos de su cara mientras realizaba mecánicamente su trabajo, pero conforme pasó el tiempo los olvidó por completo. Justo como la primera vez que descubrió su ausencia en su cuarto de la casa de los Burgos, Cástulo Rodríguez se convirtió sólo en un nombre, un producto más de su imaginación. En la cigarrera, Matilda se volvió sociable por primera vez. Más que un súbito cambio de temperamento, su

transformación estuvo ligada desde el inicio con la necesidad. Para sobrevivir en la ciudad de México a los veintidós años, una muchacha sola dependía de la bondad ajena y de la caridad. Matilda, además, se veía tan flaca y desvalida con el cabello atusado y su sonrisa discreta, que su presencia suscitaba buenos sentimientos. Las mujeres de la fábrica le tomaron aprecio. Una de ellas le alquiló un catre en un rincón de su cuarto de vecindad y otra, al descubrir que sabía escribir, la invitó a compartir sus tortillas y frijoles a cambio de una docena de cartas de amor.

Matilda se adaptó a su nueva situación rápidamente y con buen humor. Ni la señora Esther Quintana y sus dos hijos, con quienes vivía, ni ninguna otra de las muchachas del Buen Tono la oyeron quejarse jamás. A pesar del compañerismo y la pobreza compartida, sin embargo, había cosas, actitudes, que llamaron su atención. Diferencias. Matilda daba los buenos días y se aseaba a diario antes de las seis de la mañana aunque no hubiera jabón. Cuando los hijos de Esther se enfermaban sabía perfectamente qué remedio debían tomar, y en las ocasiones en que regresaban con las rodillas ensangrentadas del mercado donde cargaban bultos por un par de centavos, los curaba con mano firme y eficaz. Algunas noches, especialmente los domingos, apartaba una media hora para leerles las noticias de los periódicos que se encontraba tirados por la calle, y cuando logró rescatar una pizarra de un montón de basura, los enseñaba a dibujar las vocales y a unirlas unas tras otras hasta formar palabras con un pedazo de tiza. Esther, viuda a los veinticuatro años, con el rostro ajado y sin dos dientes, la veía acomodar sus pocas pertenencias y sembrar geranios en botecitos de estaño. No podía imaginar, por más que lo intentaba, qué era lo que movía a Matilda a tratar de embellecer un lugar que se resistía a cualquier belleza. Pronto, los vecinos empezaron a presentarse a deshoras en su vivienda con niños afiebrados en los brazos, maridos en pleno *delirium tremens* y nueras con fracturas. Matilda, tal como había visto hacerlo al tío Marcos, les tocaba la frente, les tomaba el pulso y, a falta de estetoscopio, acercaba su oído al

pecho. Luego, sabiendo que las medicinas de patente estaban fuera de su alcance, les recomendaba tés, ungüentos o simple fe en Dios entre sonrisas y palabras alentadoras. Algunas veces, cuando la condición de los enfermos no tenía remedio, les sugería ir a los hospitales o consultar a un médico profesional, pero para ellos esos lugares eran más de perdición que de salud y los doctores tenían reputación de policías. En una ocasión llegó a prestar ayuda a una mujer en trabajo de parto en su cocina. Como agradecimiento, sus pacientes le regalaban lajitas de jabón, bolsitas llenas de granos de café traídos de sus tierras en provincia, azúcar, hilaza de colores, extracto de rosas hecho en casa. Todo lo compartía con Esther y sus dos hijos, quienes, como los demás, la llamaban «la doctorcita.»

Lo único que Matilda no quiso hacer durante ese tiempo fue hablar de su vida. Cuando las trabajadoras se ponían a charlar sobre sus cortejos, sus embarazos y abandonos, Matilda guardaba silencio, parpadeando. Los relatos, muchas veces, le causaban pesar. A ella nadie le conocía un hombre enamorado o un pariente. La muchacha parecía salida de la nada. Sin historia, vacía como una página en blanco, Matilda sólo era conocida por su buen temple, su buena letra, sus conocimientos de medicina. «La doctorcita.» Le gustaba eso, dejar de ser, caminar en el anonimato de las calles, sin despertar sospechas. En los cumpleaños o las fiestas organizadas para la Virgen de Guadalupe, ella era la invitada desconocida. Entre tablajeros y operarios, cargadores, curtidores y aguadores, la risa de fiesta era de libertad. Por unas cuantas horas se olvidaban del horario, de sus quejas, de los milagros que le pedían a Dios. En la atmósfera saturada por el humo de los cigarrillos Buen Tono y el aroma del alcohol barato se respiraba sobresalto, la urgencia de apresurar el gozo, la compañía. En la algarabía de esas reuniones se iniciaban cortejos mudos que después se convertían en noviazgos y luego, con el tiempo, en matrimonios que no pasaban por las oficinas del registro civil o los atrios de las iglesias. Las mujeres jóvenes usaban aretes y, con rodajas de betabel, acentuaban el color de sus pómulos. Los

hombres se movían entre ellas con timidez, tanteando la aceptación o el rechazo antes de dar la cara. La felicidad de Matilda consistía en compartir su vida con la clase de gente de la cual le había hablado Diamantina. Su gente. Era fácil imaginarla ahí, moviéndose entre los niños y los hombres como si se tratara de su familia, haciendo preguntas acerca de sus sueldos, las condiciones de trabajo. Era fácil oír el estertor de su risa, el ruido de su falda al pasar cerca de las sillas. Para Matilda era sencillo vivir dentro de la ceremonia transparente de una muerte en esos días.

—Si sigues así vas a terminar de monja o algo peor —le comentó Esther una noche, mientras remendaba una falda—, necesitas un hombre, Matilda, alguien que cuide de ti. No puedes andar por la vida así, sola, tú y tu alma como huérfana. Yo no te voy a durar siempre.

—No, doña Esther, yo no necesito a nadie —en su respuesta no había arrogancia sino suficiencia, la seguridad de haber encontrado el primer nicho permanente, invariable, en su vida.

Entre las operarias de la cigarrera no eran raras las enfermedades súbitas y las muertes imprevistas. Las largas horas de trabajo en que se mantenían de pie ocasionaban venas varicosas, dolores crónicos de espalda. El ambiente cerrado de la fábrica les producía con mucha frecuencia afecciones pulmonares sin remedio. Y afuera, durante los meses de seca, las acechaba el fantasma del tifo. Los embarazos las dejaban flacas como una fruta chupada, y la pérdida de sangre durante los abortos las volvía anémicas. Las mortificaciones morales también dejaban su huella. Algunas sufrían de tics faciales y accesos incontrolables de llanto, mientras que otras eran presas del tartamudeo y de la melancolía. Los abandonos y las infidelidades masculinas les despertaban con facilidad los deseos homicidas. Además, estaban los despidos, siempre sorprendidos e inexplicados. Bastaba la mala voluntad de un supervisor o el rumor de que alguna de ellas tenía amigos anarquistas. A Matilda la despidieron por abandonar sus tareas el día que tuvo que llevar a Esther al hospital. La mujer se desmayó

sobre su máquina y, luego, su cuerpo se sacudió por convulsiones. Cuando despertó, los labios dormidos no le permitieron hablar y tampoco pudo mover la mitad del cuerpo. Con la ayuda de sus hijos la llevó hasta el hospital central y, ahí, los doctores la desahuciaron. De sobrevivir, Esther quedaría paralítica y sin rastro alguno de razón. La muerte sólo tardó una semana en llegar.

En la ciudad de México, doce por ciento de las mujeres entre quince y treinta años de edad eran o habían sido prostitutas alguna vez en su vida. Muchas eran huérfanas y solteras, aunque las había también viudas, casadas y con hijos. Habían sido sirvientas, costureras, lavanderas, operarias y vendedoras ambulantes, cuyos salarios difícilmente rebasaban los veinticinco centavos diarios. De las que tenían a bien responder las preguntas en el registro, la mitad aducía que lo hacían obligadas por la pobreza, y la otra mitad que las mandaba el vicio; cierta propensión personal al oficio. La historia que Matilda decidió contar a sus compañeras de trabajo tuvo que ver con la deshonra de un amor furtivo. Mintiendo con destreza, relató su seducción a manos de un estudiante de leyes y, con los ojos humedecidos, contó en detalle su cruel abandono y la consabida expulsión de la casa paterna. Todas habían relatado la misma historia desde que Santa la hiciera famosa y todas habían comprobado su eficacia. A los hombres que les pagaban por sus servicios se les ablandaba el corazón y la cartera. La historia, además, los dejaba convencidos de que fornicar había sido en realidad una obra de caridad. Así tanto los hombres como sus ramera salvaban, por partes iguales, la moral.

Los ovarios y el útero son centros de acción que se reflejan en el cerebro de la mujer y que pueden determinar enfermedades terribles y pasiones hasta ahora desconocidas.

Manuel Guillén,

*Algunas reflexiones sobre la higiene
de la mujer durante su pubertad*

Matilda empezó ejerciendo como aislada de primera clase en casas de citas sin licencia. Trabajaba por la noche, y al amanecer regresaba a la vecindad de Balderas, después de quitarse el maquillaje y cambiar de ropas. Los hijos de Esther se abstuvieron de hacerle preguntas y los vecinos, al tanto de sus obvias correrías, la miraban con tristeza y comprensión. Desempleada y con dos hijos ajenos que mantener, Matilda había tomado la única decisión posible. Justo como había pasado entre las cigarreras, las muchachas del hotel San Andrés le tomaron aprecio. La enseñaron a pintarse los ojos y la boca, a tomar precauciones con policías y ladrones, y a sentarse en baños de vinagre después de cada cliente para evitar infecciones. Matilda, por primera vez, empezó a fumar y a tomar bebidas alcohólicas, pero con moderación. Los clientes eran oficinistas, empleados, soldados, burócratas, estudiantes y políticos. Hubo hombres que, de tan borrachos, pagaban sólo para quedar dormidos encima de ella. Había quienes, apenas entraban al cuarto y sin desvestirla del todo, la colocaban boca abajo sobre el peinador, le levantaban las faldas y la penetraban de pie con movimientos apresurados. Hubo los que, antes de desvestirse, la inquirieron en detalle sobre su historial médico. Y los que, después de acabar, le besaron los pezones como si fueran duraznos. Algunos hombres le pagaron de más por una *felación* y otros por que les metiera tres dedos en el ano. Algunos, también por más dinero, la pusieron a gatas y, apretándole los senos, le separaban las piernas y se montaban sobre ella. Los imaginativos le pedían arabescos. Muy pocos preferían que ella se les colocara encima. La gran mayoría se conformaban con que abriera las piernas y los dejara pujar dos, tres veces, antes de eyacular sin gracia y con prisa. Los únicos que Matilda no soportaba era a los que querían conversar.

—Tus secretos al confesionario —les decía, y se ponía en el acto a trabajar. Sus modos cortantes con los clientes y sus generosos malabarismos eróticos pronto le ganaron cierta reputación. El apodo de «La Diablesa», como todo nombre de guerra, lo ganó después, precisamente en la guerra.

A pesar de las extorsiones que los dueños de los burdeles hacían llegar puntualmente a los agentes de policía de la Inspección de Sanidad, las redadas eran frecuentes. Los desmanes que motivaban la presencia de los agentes policiacos generalmente los provocaban los borrachos, que en días de pago se creían dueños si no de la tierra, por lo menos de los cuerpos de las ramera. Un sábado de octubre el San Andrés se llenó de estudiantes de medicina. La mayoría de las mujeres los rehuía por las exiguas carteras, pero no faltaba la que, pensando en el futuro de un médico, se hacía ilusiones de conseguir cliente de por vida. El problema empezó cuando un muchacho con el rostro lleno de espinillas y gruesas gafas con marcos de carey salió de su habitación a medio vestir, quejándose a gritos. La muchacha a la que le había pagado por media hora de sexo le estaba negando sus servicios. El dueño de la casa subió a averiguar lo que pasaba y un par de muchachas, entre ellas Matilda, lo siguió de cerca. Desnuda pero ya de pie, con la cara enrojecida por la rabia y unas venillas azules cruzando la piel blanca de su frente, la mujer dejó en claro que el muchacho estaba tratando de pasarse de listo.

—Quiere que se la mame, que me le monte y que me ponga a gatas por el mismo precio —dijo indignada, yéndose sobre el muchacho a golpes. El dueño intentó detenerla sin éxito alguno y, pronto, sus amigos y las ramera se enfrascaron en una batalla campal entre botellas rotas, gritos y manotazos. Cuando los dos agentes de la Inspección llegaron, se deshicieron de los estudiantes de inmediato y se dispusieron a llevarse a la prostituta presa, quien, a pesar de encontrarse desnuda y despeinada, todavía llevaba alrededor del cuello un collarcito de diamantes falsos. Fue entonces cuando Matilda se opuso y, usando la misma voz elocuente que oyó

muchas veces en la salita de Mesones, les propinó un discurso improvisado sobre la justicia, sus derechos laborales y la falta de compasión. Las carcajadas de uno de los agentes sacaron a la muchacha desnuda de sus casillas, y con la fuerza que provoca la adrenalina, tomó una silla y se la rompió en la cabeza. El segundo agente sacó una pistola y encañonó a la muchacha. Las otras, mientras tanto, se armaron de botellas.

—Si lo haces —dijo Matilda ya envalentonada—, todas te matamos aquí y luego te levantamos un acta en el ministerio público por homicidio.

Las palabras de Matilda ayudaron a incrementar el temor que ya invadía a los policías. Era la primera vez que se enfrentaban a un prostíbulo en franca rebelión. Cuando finalmente optaron por irse, la muchacha desnuda se colgó del cuello de Matilda. Su cabello sudoroso, claro, olía a gardenias.

—Pero si parecías el mismísimo diablo, Matilda —comentaron las otras mientras encendían cigarrillos y llenaban vasos con cerveza todavía presas del sobresalto.

—Querrás decir una diabla —terció otra.

—Déjenlo en la diablesa —concluyó Matilda. Su triunfo sobre los estudiantes primero y los dos agentes después, la llenó de orgullo y de ahí nació su leyenda. Mientras tanto no dejó de abrazar el cuerpo desnudo, blanco, de la muchacha a quien su afición por el collar de falsas gemas le había ganado el apodo de «La Diamantina». Matilda habría hecho cualquier cosa por volver a pronunciar su nombre otra vez. El nombre. En la madrugada sola, sin clientes ya, las dos durmieron en la misma cama, las piernas enredadas como trenzas.

«La Gaditana» no tuvo la misma suerte. En la novela de Federico Gamboa, Santa sólo fue capaz de comprender las insinuaciones nada sutiles de la Gaditana a través de las explicaciones que le dio, entre todos los hombres, un pianista ciego. Así, gracias a la atinada intervención masculina, Santa llegó a descifrar el contenido erótico de los vientres juntos durante las lecciones de baile y los besos que «La Gaditana» dejaba en su ropa

todavía tibia. Entonces, naturalmente, Santa reaccionó con asco. Cuando «La Diablesa» y «La Diamantina» leyeron el pasaje juntas, no sólo no pudieron evitar las carcajadas sino que además hicieron el amor sobre las páginas del libro. ¡Ay, pobre embajador Gamboa, tan cosmopolita y tan falto de imaginación!

Matilda repitió el nombre de su amante en todo momento, a la menor provocación. Al tenerla desnuda a su lado contó con detenimiento las vértebras de su columna y, espiando su sueño, se acercó a su boca para beberse los fantasmas que ponían en movimiento su pecho. Una mujer. Su presencia, como su nombre, daba brillo a todo lo que la rodeaba. Con ella al lado, hasta el cuartito de paredes amarillas y escaso mobiliario parecía una verdadera habitación. Las sábanas eran más suaves, la cama más mullida, y sus cuerpos sólo suyos. Una isla de color blanco. Matilda la abrazó. Los vellos claros sobre su vientre repentinamente agrandados por la cercanía del ojo. «La Diamantina» dormía sin temer nada, sin parpadear. Su confianza era infinita. En la mañana, Matilda lavó sus tobillos y desenredó los rizos claros de sus cabellos. Luego, la untó con perfume de gardenias y le colocó los fondos y el vestido. Ya listas para salir, Matilda le avisó que irían a la municipalidad para levantar una denuncia en contra de los agentes de la Inspección de Sanidad. «La Diamantina», aunque sorprendida, no escondió su sobresalto y se encaminó a la calle con la cabeza en alto de mano de «La Diablesa». Matilda Burgos había encontrado a su igual.

Gracias a las rencillas entre las autoridades del Distrito Federal y las autoridades de la Inspección de Sanidad, la demanda de dos rebeldes se registró en los libros oficiales bajo el número 151423. Ligia Morales, alias «La Diamantina», se quejó oficialmente del exceso de fuerza utilizada por el agente Gregorio Uribe cuando éste, de manera ilegal, trató de llevársela presa. Como prueba, incluía un certificado médico donde constaba una fractura de brazo, rasguños y un ataque de nervios. Al agente se le llamó a declarar. Tímido, usando una reverencia excesiva y con las manos inmóviles sobre

las piernas, Gregorio Uribe aprovechó la ocasión para decir, primero, que las insométicas de la ciudad no sólo eran cada vez más numerosas sino también más arrogantes y groseras. Las pausas en su voz denotaban rabia, humillación. A sabiendas de que el gobierno del distrito las dejaría libres con la simple promesa de su regeneración, éstas faltaban al respeto a los agentes de la Inspección de Sanidad utilizando el lenguaje vulgar propio de su oficio y, a últimas fechas, también haciendo acopio de su fuerza física. Para ejemplo bastaba lo que ocurrió en el hotel San Andrés, a donde Gregorio Uribe había acudido como representante de la ley, debido a una trifulca colectiva propia también de esos lupanares. De acuerdo con su declaración, cuando se disponía a llevarse a la apodada «La Diamantina» a la Inspección de Sanidad, ésta había proferido insultos y amenazas, junto con la otra presente, «La Diablesa». Temiendo cometer un error grave que le pudiera costar su empleo, el agente simplemente reportó el incidente y abandonó el lugar. Por lo demás, adujo que el certificado médico que presentaba la demandante era totalmente falso y que la denuncia no era más que una de las numerosas calumnias organizadas por las prostitutas para denigrar no sólo a los agentes sino también a la Inspección Sanitaria, haciéndose pasar por víctimas en lugar de lo que realmente eran, mujeres fuera de la ley, criminales perdidas. Aunque después de examinar las pruebas las autoridades del Distrito decidieron eximir de cargos al agente, también decidieron dejar libre a «La Diamantina». Lo primero era esperado, pero lo último se convirtió en motivo de celebración entre las ramerías del San Andrés y de otras casas de citas, aledañas al lugar.

«La Diablesa» y «La Diamantina» se acostumbraron a recorrer la ciudad durante su tiempo libre, bajo la luz del sol. Apenas se despertaban escogían faldas y blusas sencillas, rebozos grises, peinetas de carey y, ya acicaladas, cruzaban la puerta del lugar como si no pensaran regresar jamás. Primero se dirigían al mercado a comprar víveres para los hijos de Esther, y después de dejarlos en el cuarto de vecindad, hacían planes para la jornada. A veces iban a

Chapultepec y se recostaban de espaldas sobre el pasto para descubrir figuras míticas y humanas en las altas nubes blancas. A veces se contentaban con caminar por las calles del centro admirando los anuncios de colores y sus cuerpos reflejados en los aparadores de los comercios. «La Diamantina» tenía una debilidad por los escaparates de las joyerías. Inmóvil, con los ojos y la boca abiertos, observaba los zafiros, los rubíes y las esmeraldas como si fueran hijos largamente perdidos a los que acabara de encontrar. Los suspiros que le arrancaban los destellos de los diamantes tras los cristales sólo eran comparables a los que le provocaba el sexo bien hecho en la cama de «La Diablesa». Matilda, conteniendo la risa, tenía que jalarla del brazo para poder seguir con el paseo. Otras veces caminaban sobre la banqueta de la Reforma y contemplaban con admiración los carruajes que pasaban por la calle. Al menos una vez visitaron el Museo de Historia Natural y observaron los insectos, los fósiles y las piedras en exhibición como si fueran estudiantes de medicina o científicas en ciernes. «La Diamantina» se aburrió. Tampoco puso mucha atención a las monumentales esculturas de indios sin sonrisa que se encontraban en el Museo Nacional de la Artillería. Cuando las dos descubrieron que su lugar preferido era la plaza de Santo Domingo se dieron un abrazo junto a la fuente y luego entraron a la iglesia para darle las gracias a Dios. A Matilda le gustaba tener una compinche, pero más le gustaba su nueva libertad. Fuera de la cárcel de los Burgos y fuera también de la salita de Mesones, de la vecindad de Balderas, las calles se convirtieron en su única casa y el cielo azul de la ciudad de México en su único techo. Así descubrió su verdadera patria.

Algunas tardes, antes de empezar a trabajar, cuando las mujeres se reunían en la sala, alrededor del piano, en espera de clientes, Matilda y Ligia ensayaban pasos de baile al ritmo de la música. Pronto la práctica que inició como juego adquirió los matices de una puesta en escena. Ligia se ponía una túnica de seda blanca a través de la cual se vislumbraba su cuerpo desnudo y, descalza, con

diminutas rosas de castilla entre los cabellos, recorría la habitación con pasos largos y los brazos extendidos como si buscara algo, alguien, detrás del aire. Matilda, desnuda también, pero con una túnica color púrpura, irrumpía después en la habitación con movimientos bruscos y dando vueltas sobre uno de sus pies, como si fuera un trompo. Los compases de la música, en ese momento, arreciaban hasta casi perder la armonía. Al final la túnica púrpura lograba cubrir por completo el cuerpo caído, flexionado en forma de feto al ras del piso, de la túnica blanca. Ligia propuso nombrar a la pieza *El abrazo de la Sífilis*, pero Matilda optó por un título más genérico: *Enfermedad*. Algunos de los clientes, especialmente aquellos con ínfulas de poeta o de artista, empezaron a llegar más temprano a la casa de paso. Uno de ellos, un hombre flaco con un cigarrillo permanentemente encendido en los labios y manos huesudas, les ofreció una noche sus servicios de pintor sin costo alguno, a cambio de servicios igualmente gratuitos, y las muchachas aceptaron.

Santos Trujillo admiró desde un principio su osadía y su talento. La primera tarde que se reunieron aprobó su elección de vestuario y también la extraña pero sugerente danza que habían elegido representar. Lo que tendrían que cambiar desde un inicio, sin embargo, era el título.

—El nombre de *Enfermedad* además de mórbido no atraería la atención de nadie, Ligia. ¿Por qué no lo cambian por el de *Las Ninfas* y el de *Las Odaliscas*? —ante cada sugerencia, «La Diamantina» se introducía el dedo índice en la boca abierta indicando que le producía asco.

—Pero Ligia, ese tipo de nombres siempre pone calientes a los hombres —les dijo tratando de convencerlas.

—¿Y quién te dijo que esto lo hacemos para los hombres, Santos? Si quieren venir que vengan, y que se vengán también de paso, pero todo esto es para las muchachas, ¿entiendes?

Además de la pieza *Enfermedad*, Ligia y Matilda también montaron *Cárcel*, *Hospital*, *Neurastenia* y *Reglamento*. Cuando

Santos les suplicó que al menos usaran adjetivos o un segundo nombre, como por ejemplo *Delirio*, Matilda le informó que en nada de lo que ellas hicieran aparecería un vocablo tan ridículo.

—Esa palabra debería borrarse de los diccionarios —y dio por terminada la discusión.

En todo lo demás fueron más flexibles. Aceptaron las luces de colores que Santos incluyó en el espectáculo, y también estuvieron de acuerdo en combinar la música del piano en vivo con melodías salidas del fonógrafo. Por razones que nunca llegaron a explicar, las dos sentían una debilidad particular por los oboes. Santos también añadió cuadros de enormes dimensiones pintados por su mano. Plasmadas con brochazos agresivos de colores eléctricos y con los dibujos de rostros francamente desfigurados que sólo podían vislumbrarse a la distancia, sus pinturas más íntimas y menos logradas se ajustaron perfectamente al espectáculo. Para divertirse, «La Diamantina» quiso representar una parodia de Santa y se salió con la suya. Mientras que ella misma se hizo cargo de transformar a la provinciana estúpida en una dama con alas de dragón, Matilda se convirtió en un hombre de frac cuya inocencia e ignorancia del bajo mundo le ganaron el apelativo de «El Menso». Ninguna de sus piezas produjo más risas y más aplausos entre la concurrencia, y fue gracias a ella que consiguieron trabajo en La Modernidad.

El dueño de la casa de citas, un aristócrata venido a menos cuya única debilidad consistía en vestirse de mujer, fue a verlas una noche por invitación expresa de Santos Trujillo. Su frac negro, el rizo que se había untado con gomina sobre la frente, su monóculo, sus labios de un rojo encendido y la boquilla que usaba para fumar cigarrillos dorados llamaron la atención de la gente. El olor del lugar y la vulgaridad del mobiliario le disgustaron tanto que estuvo a punto de irse antes de presenciar el espectáculo pero, apenas aparecieron las mujeres y se presentaron ante el público pronunciando sus nombres de guerra con altivez, la madame Porfiria, como se hacía llamar, quedó fascinado. De inmediato, sin dejarlas de ver, empezó a hacer cálculos sobre sus posibles ganancias. Cuando terminaron,

Santos las mandó llamar y, en lugar de irse a las piezas de arriba con algún cliente, se fueron colgadas de los brazos del amigo estrafalario al que les acababan de presentar. Al cruzar la puerta del sitio, supieron a ciencia cierta que no regresarían jamás. Las luces de la ciudad volvieron a brillar, dejando circunferencias amarillas sobre las banquetas. Lunas llenas. Los pasos solitarios de la media noche impregnaron sus cuerpos de ecos y un sabor a sal. Besos como caminatas. Pies juntos. Porfiria las invitó a tomar champaña.

La Modernidad era una casa anodina, localizada por el rumbo de El Salto del Agua. Nada en su fachada tradicional sugería que dentro de sus paredes de cantera y detrás de sus balcones de hierro forjado se viviera en otro mundo. La sala de estar, cuyo centro de atención era un piano de cola, tenía amplios mosaicos de mármol blancos y negros, intercalados. Los cortinajes que caían como cascada del techo eran de terciopelo azul. En las paredes altas se adivinaban los trazos de cuerpos entrelazados y desnudos. Más que dibujos sobre los muros eran apenas unas cuantas líneas que, cruzando la pintura de las paredes como si fueran puntadas de costura, adquirirían forma si se les veía de lejos. Además de los cuadros de Santos Trujillo, la casa exhibía algunos dibujos de Julio Ruelas, en los que sátiros, ninfas y jóvenes del mismo sexo, participaban en orgías. Una copia de su cuadro La Domadora ocupaba un sitio especial sobre el piano. Como las muchachas del lugar, la mujer desnuda, ataviada únicamente con sombrero y medias negras hasta la rodilla, fustigaba a un cerdo que, además de llevar a un mono sobre el lomo, sólo podía recorrer el círculo de tierra marcado alrededor de ella. ¡La eterna lucha de los sexos! Los bocetos de los cristos andróginos de Ángel Zárraga colgaban sobre las paredes de la escalera. También había una copia en mármol de la Malgré-tout, la escultura con la que Jesús Contreras había ganado un premio mayor en la Feria Mundial celebrada en París en 1900. No faltaban, sin embargo, penachos con plumas de pavorreal, estatuillas de sospechosa ascendencia maya y bajorrelieves con la figura de Cuauhtémoc que, combinados con las luces del lugar,

daban a la atmósfera un exotismo muy de moda. Las habitaciones de las muchachas de planta se encontraban en el segundo piso, como era la costumbre. Matilda y Ligia trataron de ocultar sus expresiones de asombro cuando vieron los cortinajes de seda, los candelabros de cristal cortado, los espejos empotrados en marcos dorados y la exuberancia de los adornos chinescos, pero no pudieron. Como niñas, comenzaron a tocar los objetos con manos temblorosas y acercaron las narices a los ramos de nardos para saber si eran reales. Porfiria sonrió, satisfecha.

—Cada una tendrá su cuarto; pero si quieren dormir juntas a mí no me importa.

Matilda y Ligia siguieron haciendo presentaciones cuyos nombres en francés, inglés o náhuatl reflejaban la influencia de La Modernidad. Ninguna, sin embargo, logró superar el éxito de su parodia de Santa. Matilda, a quien el frac con que representaba a «El Menso» le quedaba bien, decidió cortarse el cabello para parecerse más a su personaje. De pantalones oscuros siempre y sin joya o perfume alguno sobre el cuerpo, «La Diablesa» empezó a tener fama de andrógina. Ligia, por su parte, combinó su amor por los brillantes con túnicas de estilo prehispánico para crearse una personalidad exótica y vanguardista a la vez. Entre las dos, y gracias a la propaganda que tanto Santos como Porfiria diseminaron estratégicamente entre los círculos selectos de la ciudad, las ganancias de La Modernidad se duplicaron. A partir de las diez de la noche empezaban a llegar los burócratas de alto rango siempre en busca de algo para combatir el aburrimiento cotidiano; los inversionistas extranjeros con deseos genuinos de probar algo realmente mexicano; los directores de teatro; los poetas hartos de largas noches solitarias y cisnes blancos; las vedetes de moda; los arquitectos recién llegados de París; los generales con ánimos de algo tan fuerte como una batalla; los pintores de renombre aficionados al éter; los matrimonios de clase pudiente, dominados por el deseo de transgredir las normas. Todos aplaudían por igual. Todos, a partir de las diez de la noche, sentían que eran parte de

otra sociedad. Refinados y atrevidos, elegantes pero de criterio amplio, todos se sentían libres, locuaces casi, fuera del corsé que les había impuesto la paz social. Al terminar la función, saludaban a Porfiria y luego, con unas copas de champaña entre los dedos, se dedicaban a lucir tan modernos como sus cuerpos y el color de su piel se los permitían. Las conversaciones en francés eran comunes y también lo eran los cigarrillos de hachís, las lengüetas de opio y los narguiles para fumar marihuana. Mientras tanto, los interesados en el sexo elegían mujer y desaparecían por las escaleras. Matilda y Ligia desde el inicio llamaron la atención de las parejas. Algunas pagaban por presenciar un cuadro lésbico y otras, las menos, acudían para participar en una orgía casi íntima, familiar. Tampoco faltaban los hombres que se decidían por los que, como Porfiria misma, se vestían de mujer sin serlo. La Modernidad era un lugar lleno de pasillos donde ningún deseo estaba prohibido.

¡La eterna y cruel historia de los sexos en su alternativo e inevitable acercamiento y alejamiento, que se aproximan con el beso, la caricia y la promesa, para separarse poco a poco con la ingratitud, el despecho y el llanto!...

Federico Gamboa, *Santa*

Tanto Ligia como Matilda se aficionaron pronto a los buenos vinos, los tabacos importados y los narguiles en que se fumaba marihuana. Antes de ponerse a trabajar en algún nuevo proyecto tomaban café negro de Veracruz y aspiraban el humo agridulce del enervante. Luego, ocupando toda la sala de estar, probaban nuevas melodías en el fonógrafo y desarrollaban libretos cada vez más eróticos y más atrevidos. Porfiria, en los raros días en que se levantaba antes de las dos de la tarde, se sentaba en uno de los sillones y las

acompañaba aspirando de cuando en cuando las sales que guardaba en una cajita de nácar. Si tenía los ánimos suficientes, hasta se ponía a bailar con las pupilas con su bata chinesca y las piernas sin rasurar. Cuando amanecían con la mente en blanco, en cambio, ni siquiera intentaban levantarse. En su lugar, le daban un par de chupadas al narguile y se quedaban en la cama entre arrumacos dulces e historias que contaban en voz muy baja. Diamantina. Matilda repetía su nombre cada que su amante dejaba escapar algunas lágrimas al relatarle su vida. Ligia, que se había convertido en una verdadera hija de la alegría y una princesa de la noche, no había tenido una infancia feliz. Los recuerdos eran muchos y se le atoraban en la boca por la falta de saliva que provocaba la marihuana. Para solucionar el problema y para azuzarla a continuar, Matilda se levantaba a traer champaña. Sin orden, en una secuencia cuya lógica le pertenecía sólo a ella, sus experiencias aparecían y desaparecían a voluntad hasta formar un *collage* caprichoso, un laberinto sin puertas o un caleidoscopio. Ligia describía días sin alimento y luego, sin transición, los manotazos que, de nalgadas, se transformaban luego en masturbaciones silenciosas que le provocaban orgasmos húmedos sobre las rodillas de su padre. Ligia podía pasarse horas describiendo el color y la textura de la bacinica que guardaba bajo su cama de niña, y apenas unos segundos en mencionar los atardeceres en que soñaba con el fin del mundo. Ligia también le contó sobre sus días en el orfanato para niñas al que fue a parar después de la muerte de su madre y sobre las tardes en que, después de confesar pecados imaginarios, un cura jovencísimo abría la portezuela del confesionario, la sentaba sobre su regazo con su espalda hacia él, le separaba las piernas y se la metía a toda prisa y sin tener que moverse. Muchas veces al relatar las historias sexuales a las que era afecta en realidad, Ligia terminaba abriendo las piernas de Matilda e introduciéndole los dedos en la vagina húmeda. Luego, presa de un frenesí que tendía a aumentar con los días, se tendía sobre la cama boca abajo y le rogaba a Matilda que la besara o que le metiera algo. Ella,

repitiendo un nombre una y otra vez, «Diamantina, Diamantina», obedecía. Una mañana en que decidieron seguir a solas sin correr las cortinas, Ligia le contó lo que, por la seriedad de su voz, parecía ser la última clave para descifrar su vida. Era la historia de una seducción a manos de un telegrafista cuya traición y ulterior abandono habían dado al traste con su corazón. Matilda la escuchaba con ojos contritos cuando la carcajada de Ligia la hizo parar en seco, encolerizada.

—El cuento sigue siendo tan efectivo como siempre, ¿verdad, «Diablesa»?

Ligia tuvo que conseguir una caja entera de habaneros para obtener su perdón.

Justo como la primera Diamantina, la segunda mentía con facilidad. La diferencia consistía en que las mentiras de Ligia eran oscuras, más producto de la maquinación que de la imaginación. Matilda nunca pudo desentrañar su pasado. Antes de ella, la vida de Ligia se extendía como un palimpsesto en cuyo centro no había nada y, después de ella, sólo se podía ver su figura caminando por un valle con mucha luz pero sin plantas. «Diamantina» cambió la historia de su vida en no menos de siete ocasiones. El orfanato se transformaba en casa de vecindad, ésta en cuarto trasero de casa rica y éste a su vez en salón de clases donde un francés recién llegado de la Costa de Marfil le enseñaba a pronunciar extraños sonidos guturales. A veces su pasado era insoportable, otras un paraíso de pureza al que añoraba regresar. Su padre había sido ladrón, sastre, cura en desgracia, profesor de matemáticas y poeta. Su madre, además de lavandera, había profesado la religión evangelista, viajado a los Estados Unidos y muerto con las joyas de la familia sobre el cuerpo. A veces, mirándola actuar o reír entre los clientes, Matilda se imaginaba que Ligia era una casa llena de escaleras que no conducían a ningún lugar. Al asomarse por las ventanas sólo se veía el vacío azul de la esterilidad. Matilda la quiso como había querido a su padre, con desesperanza. Muchas veces se acercó a sus labios esperando encontrar sabiduría y, justo como

aquel día en que hizo lo mismo con su padre en el pináculo de una pirámide, descubrió que no decía nada. Las palabras se habían vuelto vocablos sin razón, sonidos que, una vez articulados, se confundían con el aire.

El espectáculo de sus bailes lo devoró todo y se convirtió en su única realidad. Dentro y fuera de ellos, Ligia posaba en todo momento. Moviendo los ojos y las manos con la perfección estudiada de un reloj, o la delicadeza de un maniquí, Ligia se comportaba como si los ojos de los demás fueran aparadores o espejos. Lo único que lograba arrancarle un brillo real eran los diamantes, esta vez reales, que colgaban de sus orejas y su cuello. «La Diamantina». Matilda continuó pronunciando su nombre como si fuera un talismán, su única salvación pero, como es común cuando una palabra se repite muchas veces, con el tiempo perdió su significado y poder. Después lo siguió haciendo con ese objetivo. Algún día el nombre no atraería recuerdo alguno; algún día, al oírlo de otros labios, tendría que recapacitar uno o dos segundos antes de relacionarlo con algo real; algún día, al pronunciarlo, únicamente sentiría frío. El día en que mirando los ojos de Ligia descubrió a alguien más en ellos se echó a reír. Era un hombre de tez morena y modales atrevidos, un comerciante de licores con cierta debilidad por las apuestas. Asistía a las carreras de caballos en el Jockey Club y a las peleas de boxeo en la planta alta de la casa de los azulejos, donde, más que perder o ganar dinero, le gustaba sentir el golpe de adrenalina que lo sacaba de su rutina. Lo mismo le pasó con Ligia. La cortejó con piedras de colores y paseos en caballo por la Marquesa, con vestidos de seda y boletos para el teatro Arbeu, con noches de sexo desenfrenado y la vaga promesa de salir de la ciudad.

—Éste es «El Jaraméño», ¿verdad? —le preguntó Matilda mientras la veía doblando vestidos y colocando sus cajitas de joyas en una maleta. Más que de rabia, su voz estaba llena de ironía.

—Pues es el sueño de toda puta, ¿no? Tú deberías hacer lo mismo. La Modernidad no va a durar toda la vida.

—El cuento sigue siendo tan efectivo como siempre Ligia, pero acuérdate del final. «El Jarameño» termina despreciando a Santa y la pobre mujer acaba en una sala de operaciones acompañada de un pianista ciego —le contestó.

—Tú, «Diablesita», no crees en el amor —le dijo con voz melosa mientras le acaraba el mentón.

Cuando la vio bajar las escaleras y cruzar la sala donde habían representado tantas veces la parodia de Santa, Matilda sólo pudo repetir su nombre una y otra vez hasta que, sin llorar, se convirtió en un producto más de su imaginación. Porfiria le pasó los brazos sobre sus hombros y le acarició el cabello. Luego trató de animarla con música de fonógrafo, chistes tontos y el whisky que guardaba para ocasiones especiales.

—Siempre pasa lo mismo, si lo he de saber yo —las dos estaban echadas sobre el mismo sillón, abrazadas y observando el techo—, te digo que la verdadera dictadura es la de la pareja de hombre y mujer. Con el pretexto de los hijos acaban echándonos a un lado como si la infección fuera nuestra.

Matilda le dio la razón y luego se incorporó. Entonces hizo algo que no se había atrevido a hacer en mucho tiempo. Se sentó al piano y, tímidamente primero y totalmente absorta después, tocó la primera pieza que había ensayado junto a las manos de «Diamantina». Los acordes del Himno Nacional sonaban tan tristes que parecía que el país entero estaba perdido. La guerra había terminado y Matilda se encontraba, como siempre, en el campo de los vencidos.

—Deberías llorar —murmuró Porfiria sin atreverse a verla.

—¿Te habías dado cuenta de que todas las equivocaciones empiezan por un nombre? —le dijo por toda respuesta. Después se puso a tocar una zarzuela. Y después siguió el silencio. Al final no quedó nada.

—¿Cómo se convierte uno en un fotógrafo de putas?

La pregunta surgió precisamente de la nada, de la diversión y el atrevimiento que acompañan siempre a la nada. En los ojos asustados del hombre, Matilda vio por primera vez el reflejo del dolor, el de él, el suyo propio, el de todos. Era un alfiler enmohecido, una cama cubierta por un pabellón amarillo, un lugar cuya única razón de ser era no compartirlo. Las pupilas de Joaquín Buitrago se empequeñecieron y cerraron sus puertas. De eso se trataba todo: ver sin ser visto. A eso se le llamaba soledad. Matilda, a quien nada había conmovido después de la partida de la segunda Diamantina, se conmovió. Bastaba ver su cuerpo para saber que había pasado por un cataclismo. El hombre era un perdedor y, como ella, un miembro más de la legión de los derrotados.

—Una vez, hace muchos años, tú me tomaste una fotografía —las palabras fueron apenas murmuradas cerca de su oído derecho. Un secreto dicho en un tren. Una revelación.

—Lo sé —le dice Joaquín con los ojos abiertos, recorriendo las líneas de su cuello como si fueran guijarros.

En la estación de ferrocarriles los dos se mueven al unísono, despacio. Tomados de la mano, sin volver la vista atrás, se alejan de los grupos que se dan la bienvenida con algarabía; de parejas consumidas en un abrazo. Matilda había tenido quince años la primera vez que trató de ver el reflejo de su cuerpo sobre los mismos mosaicos.

—Todo va a salir bien —le dice el fotógrafo. Después siguen caminando en silencio por las calles de la ciudad. Un par de ancianos. Los autos en movimiento son en realidad más hermosos que la victoria alada de Samotracia.

Un mapa

Su nombre es Paul Kamàck. Su afición son las causas perdidas. Matilda lo sabe de inmediato al verle los ojos pequeños, hundidos, azules. Y lo confirma al desenvolver el paquete que le ha depositado en las manos justo después de presentarse, quitarse el sombrero y ofrecerle disculpas por el atrevimiento. Es un lienzo de seda púrpura.

—La vi hace días en La Parisina —le explica sin dejar de mirar el nacimiento del cabello sobre la frente—, me pareció que a usted le gusta esto. Seis metros.

Lo que siempre recordará de él es la facilidad con la que menciona cifras y fechas, números. Su manera concentrada de observar. En esos días Matilda no sabe que la posibilidad de vivir dentro de un nombre vacío le ha dejado destellos en los ojos y una suavidad inusual en el cuerpo. Al verla pasar envuelta en su universo particular, los hombres de la calle la encuentran hermosa, inasible. Paul Kamàck es uno de ellos. Un extranjero.

—¿Es una historia de amor? —el eco de su voz se pierde en la casa a oscuras.

—Sí —la respuesta también.

La loca y el morfinómano están tendidos sobre los sillones de la sala. Las sábanas blancas que han protegido los muebles por años enteros yacen en el suelo, amontonadas, como una isla blanca con montañas.

—No me gustan las historias de amor.

—A mí tampoco.

Las palabras cruzan la atmósfera como lechuzas. El batir de alas.

Matilda menciona que le hubiera gustado conocer a Paul Kamàck años atrás. Antes. En otro lugar. La historia habría sido distinta. Había una vez. Érase que se era. ¿Cómo empezar? Paul podía transformar pulgadas en centímetros con una facilidad tremenda. Grados fahrenheit en centígrados. Libras en kilos. Pies en metros. En esos días encontrarse con un ingeniero de los Estados Unidos no era difícil. Había cientos trazando mapas, identificando minas, planeando el tendido de los rieles, construyendo fábricas. Se les reconocía por los trajes austeros y la manera de observar los objetos. A diferencia de los médicos, tenían las manos rugosas y la piel curtida. Eran exploradores en un paisaje extraño; los aventureros que modificaban la superficie de la tierra; los hombres con la habilidad de cambiar de lugar el horizonte. Matilda lo llamó Pablo desde un inicio y olvidó su apellido.

Paul Kamàck se interesó en México por primera vez cuando, siendo todavía estudiante, asistió a la Exposición Colombina de Chicago en 1893. Lo que logró captar su interés no fue el exotismo calculado de los materiales, sino las estadísticas que presentaban al país como un perenne cuerno de la abundancia. Eso era lo suyo. Además de invitaciones abiertas a la inmigración anglosajona, había cuadros que describían los vastos recursos naturales en espera de inversionistas, los incrementos en la producción textil y los avances en el terreno de la higiene. Los magos del progreso que estaban a cargo de la representación de México también tuvieron el buen tino de incluir cartas geográficas, mineras e hidrológicas del país. Paul no le prestó demasiada atención a la información que describía la cantidad y calidad de los monumentos y edificios públicos de la capital y también pasó por alto todo lo referente a los artistas e intelectuales de la época. En cambio, examinó con cuidado las diversas áreas climatológicas, las redes fluviales y los sistemas de

comunicación, especialmente lo relacionado con los telégrafos y las vías férreas. Luego, ya fuera de la feria, se dedicó a investigar el tipo y la cantidad de inversionistas que se beneficiaban ya de la riqueza del país. Cuando encontró entre ellos nombres tan conocidos como el de los Rockefeller o los Guggenheim, la palabra México adquirió un lugar especial. Un altar.

Como Matilda, Pablo llegó por primera vez a la estación central de ferrocarriles de la ciudad de México en 1900. Pero no lo hizo por Veracruz, sino desde Laredo. Era también su primera visita a un país extranjero. Además de sus conocimientos de ingeniería, su fascinación por los puentes y una fe ilimitada en las posibilidades del progreso, Pablo no trajo nada más consigo. Años atrás, sus padres húngaros habían arribado a Boston sin nada más que una esperanza en la mano y, al cabo de sólo una generación y ya establecidos en Chicago, contaban con un profesionista en la familia. No veía por qué no ocurriría lo mismo en México.

Aunque intentó ser objetivo y no hacer comparaciones ingratas, nada de lo que veía podía medirse con las obras de ingeniería que habían transformado las zonas urbanas de Chicago o de Nueva York. En ningún lado vio nada parecido al puente de suspensión diseñado por James Eads que cruzaba el Mississippi y se convirtió en el símbolo mismo de Saint Louis; nada como el puente de Brooklyn que, gracias a la inversión de la familia Roebling, se tendía sobre el río del Este y llegaba a Manhattan. En México tampoco había arquitectos como Louis Sullivan y Williams LeBaron Jenney, creadores de rascacielos como los que habían empezado a erigirse en Chicago desde el gran incendio de 1871. Lejos de desilusionarlo, estos descubrimientos aumentaron su confianza en la posibilidad de obtener ganancias rápidas en México. Sin demasiado dinero, pero cuidando las apariencias, se hospedó en el hotel Regis, justo en el corazón de la ciudad, y como buen inmigrante se presentó en diversas oficinas sin invitación ni contactos, mostrando únicamente su tarjeta de presentación: Paul Kamàck, ingeniero. Las letras simétricas eran de color negro.

Escudriñó las obras de drenaje y evaluó la calidad de los edificios. Con libreta en mano, copió bocetos y anotó fechas importantes. Pasó mañanas enteras en la Sociedad Mexicana de Historia Natural leyendo artículos, y lo mismo hizo en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Ahí fue donde, por primera vez, tuvo noticias del Real de Minas de Nuestra Señora de la Purísima Concepción de Guadalupe de los Álamos de los Catorce. La nota que llamó su atención describía un conflicto entre los hombres de ciencia de la ciudad de México debido a la partición de un meteorito que había sido encontrado en la zona. Su nombre era La Descubridora. Una tierra llena de mineral. Después de sonreír ante el hallazgo, analizó con cuidado un reporte minero que apareció en el *Boletín de la Sociedad* en 1872. Lo firmaba el ingeniero José María Gómez del Campo y llevaba el título de «Noticia Minera del estado de San Luis Potosí. Catorce». Por él se enteró que en el lugar había seis vetas trabajadas, las cuales conformaban cuarenta minas; La Purísima era la más importante. La formación de las vetas era de plata nativa en láminas, pegaduras, chapas, filamentos, fieltros, nudosa, dendrítica, ceniza azul y polvorilla. Las ganancias económicas eran exorbitantes. En noventa y seis años de continua explotación la producción total se estimó en 163,360,552 pesos. Los dueños de la minas, además, no residían en los minerales sino en poblaciones cercanas, y contrataban ingenieros. La emoción que sintió en el cuerpo era como electricidad. Con ahínco y mano firme copió los datos y, una vez terminada la tarea, salió a caminar sin rumbo. Necesitaba licor para ordenar sus pensamientos y calmar su sobresalto. Esa noche asistió al Gran Teatro Nacional, donde escuchó el concierto del pianista polaco Ignaz Paderewski. Su interpretación del *impromptu* de Schubert y la *bereceuse* de Chopin no hicieron más que incrementar su fe en el progreso del país. En su propio progreso.

En México, como no le hubiera ocurrido en Chicago, sus cabellos rubios y su título de ingeniero le facilitaron la entrada en casas aristocráticas y ciertos círculos de profesionistas en pleno ascenso.

Las hijas casaderas de abogados, médicos y comerciantes lo miraban con ojos esperanzados mientras que sus padres, después de evaluar sus modales y su futuro, le ofrecían copas de whisky importado y celebraban su español pensando en los beneficios de la mezcla racial. Además de inglés, Pablo había crecido hablando húngaro, el italiano lo había aprendido entre las familias inmigrantes con las que compartió barrio y el español lo dominó en los cursos que tomó después de la Feria de 1893. Pablo, sin embargo, sólo tenía ojos para su propio futuro. Las señoritas de sociedad a las que invitó a la ópera le parecieron sosas e incultas, débiles, pálidas. Sus esqueletos parecían estar apenas detenidos por hilachos y sus pieles cubiertas de talco tenían un dudoso color blanco. En sus manos lisas y suaves no había huella alguna de trabajo. En el tren que, después de dos meses de estancia en la capital lo llevó de regreso a Laredo, no había ninguna mujer mexicana a su lado.

Antes de salir del país, se apeó en la estación de Vanegas. El paisaje árido, lleno de plantas cuyos nombres le eran desconocidos, le pareció el paraíso mismo. En el aire seco que le arremolinaba los cabellos podía oler el aroma de la plata que se escondía a muchos metros bajo tierra. La Purísima. La Filosofal. El Socavón del Cochino. La Santa Edwige. Los nombres de las minas lo hacían soñar. Pablo decidió caminar los doce kilómetros que lo separaban de Real a pesar de que la población ya contaba con su propia estación desde 1888 y que la línea Potrero-Cedral se encontraba en servicio. Además de ver, quería tantear la superficie con sus propios pies, con su cuerpo entero. Una luna llena. Nunca antes había estado en una zona semidesértica y la vastedad del lugar bañada por un sol alto y contundente le llenó la cabeza de imágenes. Se llevó su mochila de explorador, una brújula y un par de limones para saciar la sed. A pesar de que su futuro lo traía a Real, se olvidó de él durante el trayecto. El tiempo se detuvo. Como si estuviera dentro de una pecera, oyó su propia respiración y el camino estruendoso de la sangre que salía de su corazón y le irrigaba todas las venas. Las actividades de su cuerpo lo distrajeron. Quiso hacer el amor con

la mismísima tierra. Cuando por fin llegó a Real de Catorce con los ojos cansados y la ropa llena de polvo, supo que durante la caminata había encontrado su propio destino. Él moriría aquí, sus huesos se conservarían intactos dentro de una cueva. Lo único que le faltaba era hallar a la mujer que le daría el último abrazo antes de cerrar los ojos y descansar finalmente en paz.

En dos días Pablo Kamàck pudo recabar toda la información que necesitaba. Además de caminar por el pueblo y visitar las iglesias, la plaza de toros, el hospital y las casonas de la avenida Independencia, entre las cuales la del número 1003 era una verdadera mansión, visitó los archivos del palacio municipal. Real de Catorce se encontraba, escribió en su libreta, a cincuenta y ocho leguas al norte de la capital del estado, a los veintitrés grados, treinta y tres minutos y veinte segundos de latitud norte y a un grado, diecisiete minutos y cuarenta segundos de longitud oeste del meridiano de México; a dos mil novecientos noventa y dos varas sobre el nivel del mar y a setecientos noventa sobre el valle de Matehuala. Debido a la altura, el clima era frío. La ciudad se dividía en cuatro cuarteles y en los siguientes barrios: Charquillas, Venadito, Puerto del Palillo, Hediondilla, Tierra-Blanca, Camposanto y las Tuzas. Los puentes de regular construcción eran: el de la Purísima, de Tierra-Blanca, de San José, de la Hedionadilla y de Guadalupe. Entre las familias a las que había que conocer estaban los Coghlan y los de la Maza y, de paso, a don Vicente Irizar Aróstegui quien, por hacerse cargo de algunos negocios de ésta última, devengaba un sueldo de cinco mil pesos anuales. Estaba ya a punto de irse cuando un secretario de la municipalidad le acercó un par de escritos a la mesa donde copiaba notas a gran velocidad. Era el «Mapa Geognóstico de las Pertenencias de la Compañía Restauradora» escrito por David Coghlan y el «Mapa Minero y Geológico del Distrito de Catorce, estado de San Luis Potosí, 1885» del mismo autor. Los documentos le cortaron la respiración y, justo como había sentido en la sala de la Sociedad de Geografía, un latigazo de electricidad le recorrió la espalda. Además de los

puentes, no había otra cosa en el mundo que Pablo adorara tanto como los mapas bien diseñados donde toda la realidad era medida y reducida a escala. En silencio, copió su contenido en una hoja blanca.

Ésta es la historia que se escribe sobre las líneas de un mapa de Real.

Paul regresó a Catorce una vez más en el verano de 1902 y, después, en el otoño de 1905, volvió a visitar la ciudad de México. En Real conoció a don Francisco M. Coghlan quien, después de una breve charla, lo aceptó como huésped en su mansión de la avenida Independencia. Esa generosidad era inusual. Lo que más le gustó al viejo minero no fueron los conocimientos de los que hacía gala en sus pláticas de sobremesa, ni el cúmulo de noticias tecnológicas que traía del extranjero, ni siquiera la determinación que tenía de triunfar y volverse rico. Lo que lo convenció a abrirle las puertas de su casa, ofrecerle su amistad y un empleo fueron otras razones. Su energía primero y, sobre todo, el destello acerado que el desierto le daba a sus ojos. Lo reconoció de inmediato. Ése había sido el brillo que permaneció invariable en los ojos de su padre cuando, desde 1885, se había hecho cargo de la Negociación Minera de Santa Ana. A pesar de no ser su propietario, David Coghlan se dedicó con ahínco, con testarudez y con una fe que sólo era comparable a la que le tenía a Dios, a mejorar las condiciones de la mina y a corregir los errores de su desempeño. En los primeros cuatro años no sólo niveló perfectamente los pisos, abrió nuevos caminos e introdujo las vías férreas para extraer la carga mineral a bajo costo, sino que también consiguió atraer un capital de cuatrocientos mil pesos. Luego, en los siguientes seis años, instaló la planta eléctrica en Santa Ana cuando ni siquiera en los Estados Unidos había más de dos malacates movidos por electricidad. También instaló bombas de vapor Dow con capacidad de llevar el agua a mil pies de altura y a dos mil litros por segundo. Bajo su firme dirección, la Santa Ana se

convirtió en una de las minas más ricas de la nación. Las ganancias fueron tantas que no sólo enriquecieron a sus dueños, la familia de la Maza, sino que hasta le alcanzaron para hacerse de un capital bastante decoroso. El dinero acumulado lo llenaba de orgullo, pero ninguna sensación era más definitiva y más abundante que la alegría. Simple, entera, pacífica. Sólo pensar que había luchado cuerpo a cuerpo, cara a cara, contra una naturaleza arisca y hostil, lo hacía sonreír. La había cortejado con ingenio, la había doblegado poco a poco con trabajo, vapor y electricidad; y al final, cuando la Santa Ana le abrió sus entrañas generosas, el triunfo fue como juegos de artificio. En 1895, cuando el presidente Díaz y una comitiva formada por los ministros Romero Rubio, Fernández Leal y González Cosío, visitaron las minas, los juegos de artificio habían sido reales. David Coghlan amaba al desierto porque era su contrincante más sagaz. Cuando Pablo se decidió a contarle a don Francisco la historia de la primera caminata que lo llevó desde Vanegas hasta Catorce, lo hizo con una voz grave y cristalina, con los ademanes discretos de quien confiesa una revelación. Entonces, sonriendo, el viejo supo que no se había equivocado. Kamàck, como su padre antes y como él mismo, moriría aquí. Feliz. En medio del desierto. Sin nada más que un viejo mapa entre las manos. Sus ojos eran los de un hombre enamorado.

Paul, sin embargo, no pudo quedarse. Su destino, si existía, tendría que esperar.

En 1905 en lugar de dirigirse a Laredo, tomó un vapor en Nueva Orleans y llegó al puerto de Veracruz. El cansancio y la gripa lo obligaron a quedarse unos días en la ciudad de México que, a él, entre otras cosas, le parecía ostentosa y poco atractiva. Venía, además, vacío, sin meta alguna en la cabeza. Su mujer y su único hijo habían muerto durante el trabajo de parto y si se había decidido a regresar a Catorce era menos por los afanes de conseguir fortuna y más por el paisaje lunar ante el que alguna vez se había rendido. El dolor había sido insoportable y de lo único que tenía ganas era de morir. No se imaginaba otra manera de descansar. A los que se

molestaron en oírlo, les dijo que iba en busca de su destino. Los pocos que lo vieron embarcarse con una maleta llena de libros y otra saturada de aparatos científicos supieron que no lo verían regresar nunca más. Paul iba de regreso a su nación, la verdadera.

La enfermedad lo obligó a desempacar sus maletas y a pasar tardes enteras sentado, observando a la muchedumbre a través de las ventanas sucias de su casa de huéspedes. A veces, sin otra cosa que hacer, hojeaba libros de diseño o trazaba dibujos de puentes en papeletas blancas. La mayoría del tiempo lo pasaba observando el mapa de México elaborado por el general Carlos Pacheco y los numerosos bocetos del geógrafo Antonio García Cubas. Sus ojos, en esos momentos, parecían estar mirando el cuerpo de una mujer. Algunas veces, cuando el humor y su energía se lo permitían, salía a dar paseos cortos con su bastón y su sombrero. En las calles había vagabundos, obreros regresando de sus trabajos, estudiantes fumando cigarrillos y caminando en grupo, algún licenciado apresurado. Pocos llamaban su atención. La primera vez que la vio, Matilda iba cargando una pesada canasta llena de frutas y otras mercancías. Sus pasos rápidos y la ligereza con la que avanzaba lo hicieron pensar que se trataba de una mujer fuerte, acostumbrada a trabajar. Por eso la siguió hasta la plaza de Santo Domingo donde ella se sentó en el borde de la fuente. Luego la vio correr a toda prisa y sin rumbo fijo. Nunca habría recordado su rostro de no ser porque, detenida en medio de un motín frente a una casa de empeño, la mujer dejó pasar los alimentos y las joyas y optó por hacerse de una mandolina rota y sin cuerdas. Tonta. Momentos después, la vio abrazar a alguien. Y fue ahí, en ese abrazo, que su rostro se hizo eterno. La cercanía era absoluta. El hombre y la mujer estaban, de repente, en otro lugar. El hermetismo del abrazo le provocó envidia y anhelo. La fuerza de sus emociones lo obligaron a bajar la vista y a regresar el camino andado. Su destino estaba en la luna y le pertenecía sólo a él y a nadie más.

La segunda vez que la vio ya la había olvidado. Pasaba enfrente de los aparadores de La Parisina y le pareció graciosa la figura de

una mujer acariciando los rollos de seda como si se tratara de un cuerpo. Se detuvo. Entró a la tienda y preguntó por el costo de la organza y la tafeta mientras la observaba de reojo. Cuando un empleado se dirigió a ella por su nombre y le pidió que saliera del lugar con amabilidad pero con igual firmeza, se dio cuenta que la actividad no era inusual. Fue entonces que reconoció el rostro. La mujer de los abrazos tenía una debilidad especial por la seda. Las dos piezas del rompecabezas se volvieron tres con su nombre. Matilda. Matilda Burgos. No fue sino hasta tres días después que compró los seis metros de la tela pero entonces, por más que la buscó entre las callejuelas de la ciudad, no volvió a encontrarla.

Los tres años que pasó en Real antes de decidirse a regresar a la ciudad de México los consumió trabajando bajo la tierra. Luchó contra lo inevitable porque sólo allí podía reconocerse un rostro humano. A pesar de que Francisco Coghlan había muerto en 1903 debido a una atrofia hepática, él se instaló en el mismo cuarto frío que años atrás le habían asignado en la mansión de Independencia. Pocos lo oyeron hablar y nadie le conoció risa alguna en ese tiempo. Con la fuerza unívoca de los que lo han perdido todo en la vida, Pablo no tuvo otro objetivo en mente que volver a extraer la plata de las minas. Sin otro amigo que los fantasmas de don Francisco y del padre de éste, trazador de mapas, entabló una guerra a muerte contra la naturaleza. La naturaleza, esta vez, se armó de agallas. La mina de Dolores lo trató como una mujer arisca y caprichosa. Paul la cortejó con toda su sabiduría de ingeniero. Abrió nuevos socavones y comidos, utilizó las viejas bombas de vapor y malacates animados por la electricidad. Hizo contactos con la Sociedad Mutualista Vidal Cervantes. Pero todo tuvo que detenerse por falta de capital. Real de Catorce se convirtió en unos cuantos años en la irrelidad. La mayoría de los operarios decidieron buscar mejor suerte en el norte, en las minas de Coahuila y Arizona, y la población se redujo a un grupo informe de testarudos esperanzados mezclados con aquellos a los que no les quedaba esperanza alguna. Ni siquiera la de partir. Cuando en 1908, sin familia ni prospectos ni alegría, decidió tomar

el Laredo-Mexico en la estación de Vanegas, todavía lo animaba la descabellada idea de encontrar entre los negociantes de México uno que quisiera aportarle algo de capital. Mientras dejaba atrás el valle de Matehuala supo que el amor que sentía por ese paisaje era el sentimiento más fuerte de su vida. El único. Ni su esposa ni su hijo muertos, ni la ingeniería y ni siquiera sus anhelos de amasar una fortuna propia eran tan definitivos como el deseo de volver a ver a Real como lo había visto la primera vez. Tenía entonces cuarenta años y tres de no tocar mujer.

Sabía que no encontraría a nadie dispuesto a compartir su capital, sabía que la plusvalía del comercio era mucha comparada a lo que podía sacar de las minas, sabía todo lo que había que saber, pero la esperanza es un animal con ganas de beber siempre.

Lo que no sabía era que la volvería a ver. Recordó su nombre de inmediato, como si nunca lo hubiera olvidado. A sus pasos largos y su esqueleto de fuertes huesos se le añadía ahora un halo de vacío, un par de ojos oscuros que sólo miraban hacia adentro. Matilda caminaba por la ciudad como si se encontrara ya en el desierto. Esta vez la siguió de lejos hasta que la vio entrar por las puertas de La Modernidad. La observó durante días. Luego, después de comprar por segunda vez los seis metros de seda púrpura, la abordó en la calle.

—La vi hace días en La Parisina —le dijo sin dejar de observar el nacimiento del cabello sobre su frente—, pensé que esto le gustaría. Seis metros.

—A ti te gustan las causas perdidas —aseveró la mujer sin dejar de sonreír.

—Sí.

—A mí también.

Pero la historia de amor no empieza ahí.

Tuvieron que pasar días de sol y noches sin luna.

El azoro y la desconfianza tuvieron que pasar.

La lluvia.

Las ganas de salir corriendo.

El futuro. El pasado. Y lo que está justo en medio de ellos.

Para llegar al abrazo tuvieron que pasar ellos mismos.

Paul Kamàck abre la puerta de La Modernidad. Dentro, bajo luces de color azul, el cuerpo de Matilda se contorsiona durante el espectáculo que se llama *Inmensidad*. Los aplausos y las luces súbitamente alertas interrumpen su concentración. Está a punto de quererla ya. Después, al final, cuando ya no queda nada sobre el escenario, decide ir hacia él todavía cubierta de maquillaje y de halagos. El perdedor. De la mano, lo lleva entre la gente hasta el punto donde se encuentra Porfiria, bajo el cuadro de *La domadora*. Los ojos de Pablo sonríen. Está a punto de quererlo ya.

—¿Así que después de todo el cuento sigue siendo tan efectivo como siempre, Diablecita?

Sin entender, Paul extiende su mano.

—Supongo que éste es otro «Jarameño» —dice Porfiria sin dejar de reír.

En el cuarto, Paul observa la manera en que Matilda se desabotona el vestido como si se tratara de una tecnología inédita. No la ayuda. Luego ve como se desabrocha los zapatos. Las medias caen poco a poco, volviéndose un rollito de color negro bajo sus manos. De repente, Pablo es otra vez el niño que observa azorado las manos de su padre componiendo títeres rotos, cortando pedazos de madera, empujando el martillo sobre la cabeza de los clavos. Todavía en fondos, se acerca a él. Sus senos son generosos, su sonrisa también. Su cintura debe medir sesenta y cuatro centímetros. La curva de sus caderas tiene un ángulo de setenta grados. Debe calzar zapatos del número cuatro. El triángulo negro que cubre su pubis es equilátero. La tibieza de la aproximación. Matilda le quita el saco de lana y el chaleco, luego baja el cierre del pantalón. Paul se deja hacer. Entonces, sin advertirlo, una hoja de papel amarillenta cae de uno de sus bolsillos.

—Es un mapa —le dice, queriendo arrebatarlo.

Matilda desdobra la hoja y la coloca en el centro de la cama, arrodillada sobre la colcha como una niña. Hay apenas veinte, diez

centímetros entre ellos. Su cara está dorada por el sol del valle de Matehuala, por el temor de estar presenciando un milagro. Matilda vuelve el rostro y lo dice, lo dice sólo por decirlo.

—Aquí es donde voy a vivir yo contigo, ¿verdad?

El abrazo que precede al amor, en el que el amor culmina, es tibio como una brisa, oscuro como una mina. Una fotografía.

—No sigas.

En el vagón del tren, Pablo habla del valle de Matehuala como si le perteneciera. Su querencia. A través de la ventanilla le señala la fila zigzagueante de la gobernadora, las flores de las biznagas, amarillas, rojas; las espinas del garambullo. Hay cactus largos como sacerdotes y árboles de nopal justo como los que pintó José María Velasco. Pitayas. Guayule.

—El aire —le dice—, el aire es de color azul. El horizonte una línea que corta el corazón en dos. Un halcón.

Cuando llegan a San Luis Potosí le pide que no lo vea, no vale la pena. En ese lugar un hombre y una mujer sólo se pueden dar abrazos tristes, le asegura, abrazos que se desdicen. Abrazos que no son abrazos. En la estación de Vanegas le suplica que camine doce kilómetros con él a la orilla de los rieles. Un ritual. Si lo hubiera conocido antes, en otro lugar, Matilda no recordaría el nombre que recuerda mientras avanza entre las hojas afiladas de la gobernadora y las piedrecillas que alguna vez le pertenecieron al mar. A veces, cuando se vuelve a verlo desearía con toda el alma encontrar el rostro de Diamantina, la primera. Una melodía de Bach. En el desierto, el tiempo se detiene y las emociones se confunden. ¿Hace cuánto que no la ve? ¿Hace cuánto que quiere verla? Paul Kamàck. Su nombre le produce la primera ternura real de su vida. Lo único que él le pide justo antes de entrar a las callecitas entrecortadas de Real es que nunca le dé un hijo. Matilda acepta.

El amor no se puede contar. El amor es inicuo. Está hecho de gestos anodinos y costumbres difíciles de cambiar. El amor es los

años que pasan uno tras otro sin variar. En el desierto, el amor es una planicie donde no crece nada, una mina que escupe plata de cuando en cuando, un párroco que se muere, la falta de agua. El amor es lo que hay bajo la lengua cuando se seca y a un lado de los pasos cuando no se oyen. El amor es un sauce a orillas del cementerio de Venado y las ruinas abiertas del edificio del Diezmo a un lado del Palacio Municipal. El amor es una tonadilla, apenas una canción.

El Mineral de Catorce
es digno de compasión
pues que ahora se encuentra
en tan fatal situación.
Al pasar por Potrero
me preguntan dónde vas
me voy a buscar trabajo
al mineral de la Paz.

Día tras día, Matilda y Pablo vieron partir a familias enteras. Sólo se dieron cuenta de que había una revolución cuando empezaron los saqueos de la maquinaria, el desmantelamiento silencioso de las bombas de vapor y los malacates. Después, todo se volvió silencio. Los únicos que no dejaron de venir fueron los peregrinos en busca de los milagros de San Francisco del Real de Catorce. Trabajo. Salud. Paz. Y agua, sobre todo agua. Gracias a ellos se mantuvieron en funcionamiento los trenes de Santa Ana. Luego estaban los otros, los huicholes en su recolección anual de peyote durante los meses de invierno, pero éstos ni ferrocarriles necesitaban. Los mineros y los comerciantes que otrora amasaron cuantiosas fortunas en Catorce no dejaron una sola fundación, ni un convento, ni obra pública, ni una fuente, ni arte. A su paso sólo quedó la tierra agujereada y el fantasma de dientes cariados de la técnica.

Los esperanzados recordaban. Los desesperanzados sólo querían olvidar. Cuando Catorce había sido el centro del mundo las celebraciones eran fastuosas. En 1901, cuando se inauguró el túnel de Ogarrío que unía el mineral de Catorce con Potrero y Refugio, una muchedumbre contenta se congregó a celebrar las proezas de la ingeniería sin saber que, después, ya no habría más. Los dos mil doscientos setenta metros excavados bajo la tierra no los condujeron al futuro sino a la oscuridad. El teatro Lavín había servido de escenario para obras cuyos personajes, tales como la Opinión, la Justicia y las Mejoras Materiales, arrancaban el aplauso público. Cuando hubo vida en Catorce, cuando luchar por un aumento de salario o mejores condiciones de trabajo tenía sentido, hasta se llevaron a cabo huelgas como la que paró la producción de la Concepción en 1900 y que ocasionó la clausura de las cantinas del pueblo. La gente se enteraba de noticias en *El Eco de Catorce* y la *Opinión Pública*, en *La Voz del Pueblo* y la *Palanca*, en 1909 el último intento de mantener contacto con el mundo había sido *El Catarro*. Ahora sólo quedaba la tierra seca y un cielo sin nubes. Ni cómo enterarse que fuera, en el país entero, todo estaba igual. A Pablo Kamàck y a Matilda Burgos les bastaba con eso. En las ruinas de Real los dos pudieron por fin descansar.

Pablo habla poco y, cuando lo hace, sólo menciona los nombres de las minas. Ana. Edwige. Concepción. En el desierto el lenguaje se vuelve tenue como la memoria. La vastedad inunda el pecho y no deja lugar para más. Matilda, en esos años, aprende todas las estrategias del silencio. En el invierno, como los huicholes, van por la tierra buscando las flores del híkuri. Los nueve alcaloides del peyote los transportan a todos los lugares y, después, sólo a este lugar. Pablo camina por los puentes que ha construido en su imaginación durante años. Ahí, sobre las aguas del río Tuxpan, entre las poblaciones de Tampico y Tuxpan, hay una estructura de acero que resiste los embates del tiempo y los huracanes. Otra

estructura muy parecida, simple, pero monumental, se extiende también sobre las aguas del Grijalva. La construcción empieza en ambas orillas y, con el paso del tiempo, los estribos y los entrepaños de cemento terminan juntándose en el centro. El candado del progreso. Un grupo de ingenieros y otro más grande de trabajadores observan la lenta transformación del horizonte. Después, durante la inauguración, los fuegos artificiales, los pintores bajo las arcadas y los fotógrafos embelesados ante la geometría del espacio son todos auténticos. Una vez terminada su misión, Pablo siempre regresa a las minas de Catorce. En las entrañas de la Santa Ana pasa por el departamento donde se encuentran las cuatro calderas, los depósitos de agua y de carbón, el malacate y el tiro con su castillo y poleas, todos en perfecto estado. Las paredes son de mampostería y los techos de hierro. Está a ciento cincuenta y seis metros bajo tierra. Sigue avanzando, bajando, llega al departamento de bombas donde ve funcionar a las perforadoras de aire comprimido. Está a trescientos seis metros bajo tierra. Hay ruidos de motores y de dínamos entre los minerales y el crujir sosegado de sus propios pasos. El milagro de la tecnología le corta la respiración. El milagro de la tierra abierta. Sube. Asciende. Regresa. Luego aparecen las raíces de la gobernadora y más tarde la luz del sol. Una coralillo dibuja dunas diminutas sobre la tierra suelta. A su lado sólo quedan las huellas de sus pasos.

Matilda, en cambio, no ve nada. Bajo la influencia del peyote no ve nada. Además del cielo azul no ve nada más. Está dentro de los ojos de Paul Kamàck.

Tiene tres cicatrices en la pierna derecha y una en forma de media luna en la pantorrilla izquierda. Hay dos lunares oscuros sobre cada una de sus clavículas. Al sonreír, dos hoyuelos asimétricos se le forman en las mejillas. El vello que le cubre brazos, pecho, piernas y espalda es dorado. Duerme sobre su brazo izquierdo. Tiene los pies fríos. No le interesa saber nada más.

—No sigas.

Los forasteros llegaron durante el invierno con cámaras fotográficas y botas altas. Eran dos hombres. Montaron un campamento a unos cien metros de la estación de ferrocarril con permiso del presidente municipal. En la noche se sentaban alrededor de una fogata y durante el día exploraban todos los alrededores. Tan pronto llegaron, empezaron a tomar notas y a trazar dibujos en libretas de hojas blancas y pasta azul. Traían ollas de peltre en las que calentaban café y lajas de jabón con las que se bañaban detrás de los matorrales. Entre ellos y con dificultad repetían la palabra Wirikúta y la palabra Tsinurita. Tenían los ojos sedientos de maravillas. Cuando llegó la procesión se unieron a ella y, confundidos entre los cuerpos de los huicholes, hicieron placas y transcribieron canciones. «Qué bonitas colinas, qué bonitas colinas, tan verdes aquí donde estamos. Ahora ni siquiera siento, ni siquiera siento que quiero irme a mi rancho. Porque todos somos, todos somos los niños, todos somos los hijos de una flor de brillantes colores, de una encendida flor. Y aquí no hay nadie que lamente lo que somos.» Cuando descubrieron entre todos a Paul y Matilda Kamàck los invitaron a su campamento. Querían oír historias, leyendas, cuentos de aparecidos. Querían llenarse los oídos de maravillas. Uno era fotógrafo y el otro un ingeniero convertido en antropólogo de oficio. Los dos estaban al servicio del Ministerio de Educación y tenían la tarea de descubrir el continente del pasado y fincar en su centro la bandera de la revolución. Fue a través de ellos que Matilda y Pablo se enteraron de los nuevos aires que animaban a la nación. Cuando los profesionistas partieran se llevaron sobre las mulas el sueño intemporal de Real de Catorce. A partir de entonces no habría ningún refugio. Ya nada tendría salvación.

Aquí no hay nadie que lamente lo que somos.

Pablo está agotado. Ya no tiene fuerzas para encontrar otro lugar. Por días enteros planea con todo detalle su propio final. Primero se dirige a Venado, y luego cuando no encuentra la dinamita, decide ir hasta Matehuala con tal de no volver a ver el perfil de San Luis Potosí. Todo lo hace a pie, vapuleado por ráfagas. Cuando regresa, su piel la cubren tintes marrón, su cabello está amarillo. Los ojos se han vuelto grises, casi blancos. Sin color. Son las tres de la tarde. Alrededor de la mesa donde han compartido sorbos de silencio y té de perejil, carne de víbora y tunas espinadas, lo único que puede pedirle es perdón. La dejará absolutamente sola y sin corazón.

—Me voy a morir, Matilda —murmura. Ella lo oye sin parpadear y sin ningún otro movimiento. Distancia. Luego, las palabras se desvanecen poco a poco. Lo único que puede escuchar mientras observa sus labios en movimiento es su propia respiración entrando y saliendo entre sus labios, el sosegado latir de las venas y el rechinar de los dientes blancos. Una y otra vez, los ruidos automáticos de su cuerpo como martillazos. Una y otra vez. Está dentro de una pecera, lejos, en otro lugar. Ahí los colores son más brillantes, el viento más tibio, y no existe el pesar.

—Me voy a matar, Matilda.

Cuando lo ve incorporarse de la silla, ella se queda sentada. Después, la figura masculina cruza el umbral de la puerta y, desde allí, la mujer ve cómo su cuerpo avanza y se empequeñece en la distancia. Más tarde sólo puede avizorar su sombrero tras las lomas y luego ya no ve nada. El cielo sobre Catorce es azul cobalto. Cuando escucha los ecos lejanos de la explosión hay tres estrellas sobre su cabeza. Detrás, donde no puede verla, la circunferencia de la luna llena es anaranjada.

La mañana siguiente.

Matilda se mete a su casa y la observa como si nunca lo hubiera hecho antes. Las paredes son de adobe, los pisos de tierra. Sobre la

estufa de leña hay una lamparita de petróleo con una llama encendida. En el fondo de una palangana de estaño se tienden dos platos, un jarrón, una cazuela, todos de barro. Todos con sobras de comida en sus orillas. La única mesa del lugar es cuadrada, de madera vieja. La cama es un colchón de paja cubierto con sábanas de algodón. Sobre el lado derecho de la cabecera está la fotografía de un puente, aguas oscuras corren bajo la estructura de metal, y atrás se extienden las cúpulas puntiagudas de los edificios. Paul Kamàck. Matilda dobla los mantones que cuelgan de los clavos, las camisas, el rebozo gris. Todo lo acomoda organizadamente, con calma, dentro de las maletas de piel. El aire que entra y sale de su boca es sosegado. Sin pensarlo, siguiendo el ritmo de su cuerpo, riega los pisos con petróleo y, desde la puerta, arroja un cerillo encendido. Las llamaradas que observa sentada sobre una roca la hacen sonreír. Lo único que ha conservado entre las manos es la seda púrpura, seis metros. Tarda tres días enteros en desenredar los hilos uno a uno y dejarlos entretrejerse luego entre las madejas de aire. Azul.

Fuera: desierto: dentro. La diferencia es nula.

Cuando Matilda vuelve en sí es abril de 1918 y su nombre completo, su nombre, sigue siendo Matilda Burgos. Los ruidos que se cuelan por las ventanas del hospital donde se encuentra son de ciudad. Los reconoce por la velocidad. Una mujer vestida de blanco le informa que está en un convento de San Luis Potosí. Luego vienen las preguntas. Las respuestas. En voz baja, insegura, Matilda menciona que vivió diez años en una casa de adobe por la fracción de Camposanto. Alguien toma apuntes. Luego, cuando asegura que su esposo era un ingeniero hijo de húngaros de apellido Kamàck, sus interlocutores levantan la vista y, mirándose entre ellos, esbozan discretas sonrisas.

—En Camposanto no ha vivido nadie desde antes de la revolución —le dicen—. En los censos no aparece ninguna familia

Kamàck —añaden.

Por toda respuesta Matilda se incorpora sobre la cama y les pide que la ayuden a llegar a la ciudad de México. Quiere irse lo antes posible, no quiere ver el perfil de San Luis. Se los suplica.

—¿Quién es el presidente de la república?

—No sé —contesta después de buscar la respuesta infructuosamente.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro —contesta sin atinar.

—¿Cuántos son dos más dos?

—Cuatro —esa respuesta le otorga su libertad.

En el tren de regreso a la capital lo único que oye es el eco de la explosión; lo único que ve a través de las ventanillas son las llamaradas tras las cuales desapareció su vida. Lo único que toca es el mapa de Real sobre el que, hace muchos años, un hombre sin rostro y sin voz le hizo una promesa que ya olvidó.

—Nadie me creyó. Lo dije tantas veces y nadie me creyó. Cuando llegué a la ciudad de México dije que venía del desierto y nadie, ni una sola alma, me creyó.

—Yo te creo.

La respuesta les da risa a los dos. ¡Como si hubiera alguien a quien le importara lo que cree o deja de creer Joaquín Buitrago! Aquí, en esta casa llena de sábanas y de oscuridad no hay nadie que lamente lo que son, lo que fueron, lo que llegarán a ser.

—La llamaradas, Joaquín. ¿Ha visto una casa en llamas?

Por toda respuesta Joaquín se acerca a ella y, titubeante, la invita a apoyar la cara en su pecho marchito. Otro abrazo.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Un método sin puertas

Matilda Burgos y Joaquín Buitrago se han perdido todas las grandes ocasiones históricas. Cuando la revolución estalló, ella estaba dentro de un amor hecho de biznagas y aire azul, y él en la duermevela desigual de la morfina. Ninguno se enteró de la fecha en que Pascual Orozco tomó Ciudad Juárez, ni del día exacto en que el presidente Díaz salió exiliado en el *Ypiranga* rumbo a París, en sus labios estaba la frase profética «ya desencadenaron al tigre, a ver si pueden domarlo». Ninguno de los dos formó parte de la muchedumbre que festejó la entrada de Francisco I. Madero en la ciudad de México, y ninguna de las balas de la Decena Trágica los hirió. Nunca vieron a Victoriano Huerta en cantina alguna y, aunque oyeron los rumores y presenciaron el desorden, no se molestaron en leer los periódicos con la noticias de la invasión norteamericana. Cuando Emiliano Zapata y Francisco Villa se ofrecieron la silla presidencial el uno al otro, respetuosamente, haciendo gala de buenos modales, Matilda estaba absorta viendo las burbujas del agua en punto de ebullición en una olla de barro, y Joaquín sólo usaba su cabeza para recrear el fantasma cruel de Alberta. Ninguno de los dos vio los camiones repletos de muebles de quienes se iban para siempre, ni tampoco presenciaron el desmantelamiento de las casonas de La Reforma. Ninguno se enfermó de tifo ni trató de buscar alimentos en los puestos de socorro que el gobierno constitucionalista había organizado por la ciudad. Los días en que los generales, los profesionistas y todos los hombres importantes del país se reunieron en Querétaro para redactar una nueva

constitución, Matilda los pasó examinando una bomba de vapor oxidada al lado de Pablo, mientras que Joaquín estaba en el pabellón común de un hospital debido a la falta de enervante. En todo ese tiempo, el fotógrafo nunca salió en busca de Adelitas o de masacres, en su lugar se dedicó a tomar placas de ausencias. Una silla cuyas arrugas en el asiento indicaban que alguien se acababa de levantar. Una taza de café con las huellas oscuras, estriadas, del carmín de unos labios. Un columpio vacío pero en movimiento. Las páginas de un libro a medio abrir. Un cigarrillo encendido. Para Matilda, en cambio, la revolución se redujo a dos forasteros recopilando datos. Un suicidio. La falta de sonidos. Los dos anduvieron siempre en las orillas de la historia, siempre a punto de resbalar y caer fuera de su embrujo y siempre, sin embargo, dentro. Muy dentro.

En 1921, al caminar por la ciudad, las cosas no son muy distintas para ellos. Saben el nombre del presidente, y recuerdan que es manco. Saben que hay grupos de jóvenes maestros en algunos rincones del país propagando lecciones de gramática e higiene. Matilda sabe que hay anarquistas en la capital y en otros centros industriales tratando de formar sindicatos. Cástulo. La palabra justicia está de moda, la palabra igualdad, la palabra progreso. Hace un año asesinaron a Zapata y pronto acribillarán a Villa no sobre el caballo que lo hizo famoso sino dentro de un automóvil negro en las afueras de Parral. La gente escucha la canción *Varita de nardo*. Tomados de la mano, avanzando tentativamente sin dirección alguna en realidad, Matilda y Joaquín son dos notas que desafinan en el concierto de la nueva ciudad; juntos sólo se concentran en otras cosas. Ésta es la joyería donde Diamantina, la segunda, daba suspiros de placer frente a las esmeraldas. Esta puerta que ahora alberga un comercio de zapatos fue la que ambos abrieron alguna vez para dejarse deslumbrar por la falta de artificio de una mujer con lentes. Ésta es la fuente donde Matilda oyó la voz de su destino por primera vez. Ahí estaba la morgue donde Joaquín se encargó de develar los primeros rostros de la muerte. En esa casa adornada

con un festón Matilda vivió siete años bajo las reglas de un hombre al que jamás conoció y una mujer cuyo nombre no recuerda. Descansen en paz. Aquí está La Parisina. Ese lugar que ahora se llama Progreso alguna vez llevó el nombre de La Modernidad. En el mapa de su ciudad sentimental los monumentos son transparentes y la escala desigual. A Matilda y Joaquín no les gusta llorar.

Lo que ellos hacen en esos días es arreglar la casa de Santa María la Ribera. Ya se deshicieron de todas las sábanas fantasmales y ahora limpian los pisos, los techos manchados con lagunas color yodo y las esquinas llenas de telarañas con escobas, plumeros y trapeadores llenos de jabón. Cuarto por cuarto. Joaquín ha logrado conectar el servicio de electricidad y, con manos inexpertas. Matilda ha remendado las cortinas viejas y se ha hecho cargo del jardín. Poco a poco la casa se ha vuelto un lugar habitable una vez más. Pero todo es distinto. Por acuerdo mutuo han cargado los colchones con olor a humedad y musgo y se los le han regalado al ropavejero junto con la cristalería, las vajillas de porcelana, los cubiertos de plata y los tapetes persas. De todos los muebles sólo han conservado una mesa rectangular de caoba, dos sillas y un sillón, y todo lo demás lo han ido cortando como leña.

—Sale un Luis XV. ¿Nogal o cedro esta noche, Matilda? —le pregunta Joaquín con los ojos afiebrados. Sus actividades les producen excitación. Hay días enteros en que sólo son un par de niños, una pareja de termitas destruyendo todo a su alrededor con alegría. Los gritos con los que se comunican de cuarto a cuarto, o las carcajadas que les producen ciertos objetos, un cuadro con el rostro blanquecino de Porfirio Díaz, por ejemplo, mantienen en alerta a los vecinos. Lo único que no han tocado son los libros de la biblioteca, el piano y los cortinajes oscuros que los protegen del exterior. Al anochecer, alumbrados por las llamaradas de la chimenea, se recuestan uno al lado del otro con la ropa puesta e intercambian las palabras que les hacen daño. Aunque se abrazan y se acurrucan con desenfado, su tacto no es sexual. Las caricias sobre el cabello o los besos en sus frentes y mejillas llevan el halo

de la familiaridad. El agotamiento les deja ojeras y la piel reseca, pero no les produce sueño. El amanecer los sorprende despiertos y es entonces cuando, siguiendo el horario de Joaquín, los dos pueden por fin dormir. En paz.

En la casa vacía y limpia, el eco de sus voces parece una oración continua. Las palabras de una religión. Joaquín y Matilda nunca ensayan caricias de amor.

El día en que el dinero que obtuvo por sus estudios fotográficos se agota, Joaquín se baña a cubetadas con agua fría y se pone su único traje negro. Entre los papeles que su padre dejó revueltos en los cajones del escritorio encuentra el testamento y la dirección del abogado de la familia. Fuera, sin avisarle a Matilda, renta un coche para que lo lleve hasta las calles del centro. El despacho está en el tercer piso de un edificio en la calle de Bolívar. Arturo Loayza. Las letras doradas en la puerta, el ruido de los teléfonos y los tacones febriles de la secretaria casi le ocasionan un dolor de cabeza. Al verlo, la sorpresa en los ojos de un licenciado joven y relamido es sincera, casi natural. Joaquín es un hombre antiguo, un hombre sobre el que se han contado demasiadas historias alarmantes entre los conocidos; un hombre al que todos creían muerto o desaparecido.

—Perdone la sorpresa, señor Buitrago, pero usted comprenderá. No hemos tenido noticias de usted en años. Muchos años. Además, se presentó sin avisar. Necesito tiempo para analizar los documentos y ver qué podemos hacer por usted.

Además de la casa de Santa María hay cuentas de banco, propiedades en Cuernavaca, terrenos que se han convertido en parte del barrio de la Condesa, inversiones en fábricas textiles y los documentos que atestiguan la posesión de una farmacia. Joaquín sabe que, para obtenerlos, solamente necesita un certificado médico. La maldita morfina. El único doctor que conoce es Eduardo Oligochea. Mientras aguarda, se acerca a la ventana y, al observar el ir y venir de los automóviles sobre las calles estrechas, lo acomete un ataque de nostalgia. ¿Cuándo cambió todo esto? La luz

del sol pasa diluida entre las nubes y luego, ya sucia, cae sobre las calles, desfallecida. Islotes sin color. Un azul casi gris impide ver la cara vieja del cielo.

—Como usted sabe, mi padre, que en paz descanse, llevó todos los asuntos del suyo. Todo parece estar en regla. Si le parece, discutimos lo que haya que discutir tomándonos una copa en La Ópera —los ojos del muchacho tienen un ligero tinte verdoso; su voz, el apresuramiento estudiado de la ambición—. Todo corre por mi cuenta.

Además de un buen negocio en puerta, lo que motiva al licenciado es una sincera curiosidad. Deben de tener los mismos años, son hijos de familias parecidas. Los recuerdos de Joaquín se reducen a un par fiestas, alguna reunión campestre donde su figura delgada y hosca se difumina con facilidad. Luego, mientras lo observa de reojo en su recorrido por Bolívar, se le vienen sucesos a la memoria. Uno en particular. Hay música de Liszt en el piano, ruido de copas que chocan y discretos cuchicheos cuando Joaquín se acerca a la pianista sin ver a nadie más. «Llámame Diamantina». Todo mundo la oyó. El atrevimiento de la mujer originó una que otra risa nerviosa y más de un carraspeo. Era una maestrita sin nombre cuyas gafas y falda percutida de tafeta había suscitado la crítica descarnada de algunas mujeres. «Una descarada». «La hija de un pintor de brocha gorda.» Alguien que miró a Joaquín de arriba abajo, con arrogancia y desdén, como si perteneciera a su misma clase. La mujer que lo alejó de la medicina. El rostro reconcentrado que aparecía en las primeras fotografías que intentó destruir su madre. Su perdición. Arturo Loayza tiene una especial debilidad por los hombres que se consumen por la pasión de una mujer. Quiere saber. Quiere saber lo que se siente. En su vida holgada con esposa y tres hijos, casa en la colonia Roma y despacho en el centro, las únicas actividades que hacen correr la adrenalina son las corridas de toros, una partida de póquer, un juego de fútbol. El dinero. Fuera de eso, sus rutinas lo dominan, las preocupaciones ante las eventuales enfermedades de sus hijos, el ligero aburrimiento de una

cama compartida con la misma mujer por ya más de diez años ininterrumpidos. Joaquín, de repente, es su otro espejo. La superficie bruñida en la que algunas veces, sobre todo las interminables tardes de los domingos, quisiera verse. Quiere saber.

—Es mucho dinero —le dice—, casi una fortuna. ¿Lo sabe?

—Lo sé.

Joaquín está totalmente fuera de lugar dentro de La Ópera. Le molestan los mullidos asientos, los techos con detalles rococó y los meseros de traje negro. La manera en que lo llaman, don Arturo. El súbito respeto que adquiere nada más por sentarse a su mesa. Su nerviosismo sólo empieza a ceder con el primer trago de whisky. ¡Si alguien le pudiera traer una jeringa en la bandeja! Acostumbrado a la voz baja de Matilda, a la sola vastedad de todos los cuartos en los que ha vivido, los ruidos y el exceso de mobiliario se clavan en sus sentidos como dardos. Arturo está demasiado cerca. Puede oler el perfume de lavanda que despide su cuello y ver además la perfección exquisita de sus manos blancas. Dos grilletes dorados: la banda matrimonial en la mano izquierda, el anillo de profesionista en la derecha. Hay un hilo café visible en una orilla de la solapa de su saco.

—Mi padre le tenía mucho aprecio a su familia. Yo era apenas un chamaco cuando ocurrió el accidente. Lo lamentamos tanto. Pero no lo vimos en el funeral —la pausa es voluntaria. Con el paso del tiempo el licenciado Loayza ha aprendido a hacer preguntas con tacto.

—No, no estuve ahí.

El licor que aligera la cabeza de Arturo, no hace más que afinar las estrategias de protección a las que está acostumbrado Joaquín. Cada una de sus frases contiene al final un punto y aparte. Un nuevo párrafo. La vuelta de la última hoja de un libro. No hay nada más que hablar.

—Tengo entendido que se dedicó a la fotografía, Joaquín.

—Sí. A la fotografía.

Arturo no está acostumbrado a los monosílabos. En sus reuniones es difícil detener el soliloquio de los hombres que, una vez mareados, describen sus triunfos, sus conquistas y el prolongado camino de su futuro sin pensar en nadie más. Pero su silencio, lejos de ahuyentar la curiosidad, la aumenta. Arturo ha leído demasiada poesía en sus escasos ratos de ocio. El rostro demacrado y los cabellos largos de Joaquín le ocasionan algo parecido a la envidia. El fotógrafo lo sabe. Con el paso del tiempo se ha acostumbrado al desprecio ajeno, pero también, sobre todo después de sus pláticas con el doctor Oligochea, está al tanto de que algunos detalles de su vida pueden alimentar la imaginación de ciertos hombres de éxito. Lo único que tiene que hacer es evitar los incidentes más vergonzosos. Sus relatos no deben incluir vómitos, ropas llenas de excremento, número de pinchazos, sueños en charcos de orina. Las alusiones a la morfina deben ir acompañadas de palabras entre espirituales y modernistas. Frases como «la pérdida de los valores tradicionales», o «esta fría demencia industrial», le aseguran de inmediato la compasión y la complicidad de sus interlocutores. El desencanto está en boga. Mencionarlo es un rasgo de inteligencia, el sello de un espíritu refinado. Sin él, los otros no podrían justificar el progreso. El suyo propio. Entre ciertos hombres de éxito los perdedores son hermosos y, además, indispensables en los vericuetos de la vida moderna.

—Lo que vamos a necesitar, y no me lo tome a mal, es un certificado médico. Es una cláusula del testamento.

—Se lo traeré en unos días —le asegura.

—Así que se ha curado de su adicción —dice titubeante—, perdone que lo mencione pero esas son las palabras exactas que se usan en el documento, curarse de su adicción.

—Sí, don Arturo. Morfina. Pero todo está ahora en orden. Todo. Los dos sonríen.

—El país ahora necesita artistas. Sin ustedes la gloria se nos iría sin alma, sin substancia. Tal vez uno de estos días me pueda

mostrar sus fotografías y hasta podamos hacer algo al respecto por usted. Si me lo permite, por supuesto.

Cuando Joaquín se despide lo hace con delicadeza, con precaución. Luego, ya en la calle, no puede evitar la carcajada. Los artistas. El ruido constante de una explosión en medio del desierto no le deja oír el sonido de su propia garganta. «Lo que podemos hacer por usted.»

Yo te cuidaré día tras día. Yo te protegeré del mundo. Yo te ayudaré a escapar.

Joaquín encuentra a Matilda sentada ante el piano vertical con la mirada ausente y las manos inmóviles sobre las teclas de marfil. Dos gotas de fiebre caen sobre su frente. La tensión de su cuerpo sólo es visible en la vena yugular. El vacío de sus ojos se vuelve a llenar de súbito con su llegada. Cuando grita su nombre la alegría viene de otro lugar. Joaquín. Los abrazos a los que se han acostumbrado los protegen de la realidad. Un muro. Sólo en su abrazo, oyendo el latir del corazón bajo su blusa, Joaquín puede contener el temblor de las rodillas y las ganas de vomitar. El exterior siempre lo apabulla, lo hiere. Luego sale corriendo a su antiguo cuarto.

Esta vez, antes de irse, le avisa a Matilda de su partida. No sabe cuánto durará. Tiene muchos asuntos por arreglar, documentos, certificados. Su única posibilidad de ayudar a Matilda depende ahora de buena voluntad, o de la ambición, de Eduardo Oligochea. En su camino a Mixcoac repasa las frases de súplica, los ruegos, los ligeros ademanes de la amenaza. Al final sólo se encomienda al azar. Y el azar, por única vez, le enseña su mejor cara. El doctor Oligochea pasa por uno de sus días más aburridos. Los pabellones llenos de mujeres desnudas y hombres paralíticos no le ocasionan más que cansancio, hastío. Las pláticas con los comisarios o los

enfermeros le dan lástima. Nadie tiene historias que contar. Nadie puede sacarlo de su ensimismamiento. Cuando logra vislumbrar la figura de Joaquín atravesando los patios, aproximándose a él, el suspiro que se le escapa de los labios es de alivio. Dentro del manicomio Joaquín es racional. Sintiéndose a salvo, invadido de paz, el fotógrafo lo saluda como si nunca se hubiera ido. El griterío de la institución retumba en sus oídos con los acordes de la música, una marcha triunfal.

—Sabía que regresaría, Buitrago.

—Ya lo ve.

Están dentro de la enfermería, en el diminuto cubículo que los dos insisten en llamar consultorio y ahora lleva el nombre de «sección de cirugía». Los lugares son los mismos. Eduardo está detrás del escritorio, Joaquín en la orilla de una silla de madera, tenso. Ninguno de los dos menciona el nombre de Matilda Burgos. Con sus acostumbrados desvaríos, Joaquín desgaja poco a poco el motivo de su regreso. Describe su casa, las cantidades de dinero, la farmacia. Ante cada revelación, las arrugas verticales del entrecejo del médico se hacen más pronunciadas. Su sorpresa es genuina. Hay cosas que su imaginación es incapaz de fabricar por sí misma. La historia de Joaquín, la que él quería escuchar desde el inicio, con un principio, un medio y un fin, ahora emerge con una naturalidad pasmosa, sintética. El fotógrafo de locos es hijo de un médico de antiguo renombre, casi un maestro. Asistió a la Academia de San Carlos después de conocer a Diamantina Vicario. Estuvo en Roma de 1897 a 1900. Formó parte del grupo que se congregaba alrededor de Agustín Casasola. De repente, todo parece embonar. Sus modales. Los movimientos delicados de su cuerpo. El aire de aristócrata venido a menos. El vocabulario con el que seduce a extraños. Piezas del rompecabezas. Una jugada de ajedrez. Le está ofreciendo la mitad de todo lo que poseerá a cambio de un certificado donde quede escrito que no hay una sola traza de morfina en su organismo.

—Pero si usted no se ha alejado del vicio, Joaquín.

—Por eso necesito tu firma, Eduardo.

Es el negocio de su vida, la oportunidad que se le ha negado siempre. Con menos de la mitad de lo que le ofrece, él podría cruzar el Atlántico y tomar cursos con el mismísimo Emil Kreapelin en Alemania. Después, ya de regreso, no tendría que casarse con Cecilia Villapando. No más domingos en familia discutiendo la calidad del agua del río Grijalva. Ninguna sorna más de parte del comerciante de sedas. La respetabilidad, por fin. El triunfo. Los hombres en busca del progreso siempre son los más fáciles de sobornar. De inmediato sabe que firmará, pero también sabe que lo hará esperar. Su reputación está en juego, su orgullo y, sobre todo, el ejercicio del poder, su propio poder. Deben firmar papeles ante notario y lo quiere volver a ver.

—En una semana o dos tendré algún tiempo libre —le dice—. Yo le llevaré el documento personalmente a su casa.

Joaquín aprovecha su regreso para llevarse el baúl de latón donde guarda todas las cosas de su vida. Fotografías. Todo lo demás se queda en su lugar. La estufilla de dos hornillas, el catre endeble, la olla de peltre donde preparaba su emulsión de almendras. Sobre el paisaje umbroso, en las paredes de adobe, hay un nuevo color. Es el tono ambarino de la esperanza. Su crucifixión.

Cada vez que regresa de la ciudad Joaquín no puede respirar. La palidez de su piel se acentúa y su cuerpo parece una sogá a punto de reventar. El esfuerzo deshace los nudos que lleva dentro. Uno a uno. Temblando, con el rostro lleno de un sudor agrio, Joaquín avanza sin poder dominar los movimientos de sus piernas, sus manos. Un san Sebastián herido por las flechas de la realidad. Un títere sin hilos. Dentro del abrazo de Matilda, oyendo los ruidos de su cuerpo, regresa la calma. Poco a poco. Luego sube a su cuarto y se ata el antebrazo con la cinta de un zapato. La maniobra es veloz, eficaz. Su cuerpo está sombreado por moretones como nubes, crepúsculos sobre la piel de un horizonte particular. Cuando la morfina puede correr finalmente por sus venas el universo se vuelve a organizar. Paz.

El único lugar de la casa en que Joaquín se inyecta es su antiguo cuarto, el lugar de su adolescencia. Cuando los nudos vuelven a estar apretados dentro de su cuerpo, se recuesta sobre el piso y observa las grietas del techo. Los árboles y los ríos continúan ahí, los rostros, las redes de luz. Río de la Pasión. Tagus. Amazonas. Corozos. Subines. Olivos. Diamantina, Alberta, Eduardo Oligochea, Matilda. Una cosa lleva a la otra, un nombre al siguiente. Con la misma lámpara que usó para encontrar la vena, ahora proyecta un cilindro amarillo en el techo. Busca el centro de todo, el nudo primigenio que mantiene a todas las otras sogas en su lugar, pero no lo encuentra. La estructura es caprichosa y obedece sólo a sus propias reglas. No hay principio, no hay final. Un pantano lleno de huesos.

Matilda se entretiene viendo las fotografías con la espalda recargada sobre los ventanales del recibidor. La luz del sol hace arabescos en su cabello suelto y le deja un tono rosado en los labios. Las placas son retablos íntimos en algún lugar aislado de la sociedad, de la naturaleza y de los cuerpos. Matilda los ve pero no los comprende. A pesar de las conversaciones nocturnas y de los abrazos, hay ciertos límites que nunca cruzan durante las horas del día. La distancia, sin embargo, no es incómoda sino natural. Va pegada a sus cuerpos, a sus ojos, a la manera en que se mueven entre distraídos y tímidos por los cuartos de la casa. Matilda no hace comentario alguno sobre las fotografías pero después de verlas lo observa con más pasmo que curiosidad. Reconocimiento. Identificación.

—Joaquín, tiene que hablarme —Matilda alumbra su rostro con la lámpara y le muestra la fotografía de Diamantina que trae en sus manos. Al verla, una sonrisa se queda esculpida en los labios del fotógrafo.

—La gran causa —murmura—, el vendaval. La primera mujer.

El ruido de una gota de agua en algún lugar de la casa, en clave Morse. Todo lo demás sigue inmóvil.

—¿Tú también quieres saber lo que se siente, Matilda?

Sentada a su lado, jugando con las hebras de humo que despiden su cigarrillo, Matilda se olvida de contestar.

—La extraño —murmura.

—Yo también.

—Tiene que hablarme, Joaquín —repite en voz baja, tratando de convencerlo.

—Pero si fuiste tú la que prometió contarme una historia muy larga, ¿te acuerdas?

—Tenemos todo el tiempo por delante —dice la loca. Los dos sonríen y el silencio se acomoda entre sus cuerpos.

El nombre de Alberta tarda en llegar pero, cuando llega, Joaquín entrecierra los ojos como si estuviera bajo la luz directa del sol. Son las 10 de la noche. Matilda juega con las imágenes impresas en papel como si se trataran de una baraja, el juego de la lotería. Corre y se va. Eso es Alberta. La dama de cabello corto y castaño. Una estola sobre los hombros y entre sus labios una boquilla. La campana que observa a lo lejos en la torre de un convento con paredes húmedas y amarillas. La araña que muere bajo la suela de su zapato azul. Las jaras que cruzan su abdomen blanco, plano, como una versión todavía más femenina de san Sebastián. El cántaro que se balancea en su cabeza como si fuera una india del trópico. La pera de sus caderas desnudas sobre una mesa. La mano que cubre su pubis para protegerlo de la mirada ajena. El diablo en sus ojos cafés, hondos, impredecibles. El borracho junto al cual se sienta en una banqueta desconocida. La luna que acaricia su cuerpo mientras éste flota sobre las aguas de un río negro. El sol incandescente de su sexo. El corazón todavía vivo, todavía sangrante, que sostiene sobre las palmas abiertas como si se tratara de un juguete. El valiente que se atreve a seguirla por las calles de Roma sin volver la vista atrás. Su figura, detrás de la cámara, nunca aparece. Joaquín, quien se divierte colocando

pie-drecillas imaginarias sobre un tablero infinito, no puede ganar. Corre y se va. Se fue.

Están a la orilla de un río y Alberta acaba de decirle que, de querer, puede morir-se en paz. Sus gestos no son de abandono sino de exasperación. Hay manotazos como mariposas, gritos que rasgan gargantas, oídos.

—Si quieres convertirte en un fotógrafo famoso en tu tierra, déjame en paz —murmura con los dientes apretados. Joaquín la está abandonando. Le ha dicho que hay preseas esperándolo, becas, viajes a los Estados Unidos, libros con su nombre impreso en letras garigoleadas, exposiciones. No lo puede echar todo por la borda a causa de una mujer.

—Ni siquiera por ti, Alberta —le dice. Le ha dicho que lo único que necesita para ser feliz es una lente, un cuarto oscuro, los productos químicos que develan imágenes inéditas frente a los ojos del mundo. Le ha dicho que ronca, que en la noche tiene la costumbre de tirar de las sábanas, que nunca llegaría a una cita puntualmente. Le ha dicho que hay móvil en su vida, grande, unívoco.

—Mandaré por ti —murmura—. Después.

Y la obrera romana que lo ha guiado por callecitas escondidas, cantinas con olor a vino agrio y atardeceres sin fin, enciende un cerillo y lo coloca bajo la palma de su mano.

—Maldigo el día en que te conocí, Joaquín Buitrago. Maldigo a tu padre y a tu madre, a los hijos que no tendrás, a las mujeres que tengan la mala suerte de dormir a tu lado. Maldigo tu casa, las calles por las que camines de noche y de día, los cielos que te nublen la cabeza. Tú nunca triunfarás. Maldigo tus ojos que no saben ver. Esta quemadura te la debo a ti, Joaquín. Esta quemadura te va a doler el resto de tus días.

A un metro de ella, observándola sin atreverse decir nada, él se concentra en el fluir del agua, el cielo, la noche, el infinito. La llama del cerillo es una luciérnaga en la oscuridad. Joaquín recoge sus

botas, su chaqueta, su sombrero y, dándole la espalda, piensa que él no se deja consumir por la pasión de una mujer.

Joaquín observa sus manos agrietadas, sonrío.

—No hay ninguna marca, ¿te das cuenta? —su voz es baja, casi inaudible, irónica.

—Continúa —sólo esa palabra, nada más.

Alberta. Joaquín pronuncia su nombre siempre por primera vez. Una rata saliendo de su boca. Está sentada en la orilla de la cama, la luz del amanecer cae por las vértebras de su espalda. Cuando él despierta estira el brazo todavía con los ojos cerrados. La mano pasa una y otra vez por las arrugas de las sábanas, despacio. Sólo abre los ojos hasta que logra alcanzar el cuerpo, la porosidad de su piel suave bajo sus dedos.

—Nuestra primera pelea, Joaquín —dice Alberta con una ligereza inusitada. Los dos sonrían sin ganas. Sobre ella, cubriendo las palmas heridas bajo las suyas, sus cuerpos se entrelazan en silencio. Las cuatro manos juntas, inmóviles, justo sobre la cabeza.

—Ahora no te podré olvidar, Alberta —dice Joaquín en tono de sordo reproche, el tono de alguien que ha cometido un error mortal.

Un domingo. Hay pasos de niños apresurados sobre las baldosas desiguales de la calle. Saludos de hombres. El rechinado de una bicicleta.

—Lo sé —festeja la mujer. Joaquín había regresado por ella a las orillas del río, sentimental. Había limpiado sus pies desnudos con el agua fría del río y luego los había secado con su chaqueta. Todo en silencio. Con ella entre los brazos, abrazada a su cuello, había caminado horas, cuatro, cinco, en plena oscuridad. El cuerpo diminuto de la mujer es una pluma sin peso, una hoja seca apenas. Encuentra una casa. Toca la puerta. Miente. Todo al mismo tiempo. Todo sin dejarla salir del espacio de sus brazos. «Mi esposa está enferma. Morirá.» Sobre el lecho de la madrugada separa sus rodillas y, colocando su cuerpo entre ellas, penetra su sexo una y

otra vez, con prisa, rabia. Las gotas de fiebre que empapan los cabellos cortos de Alberta son todas reales. Saben a lodo, a sal. Joaquín no se detiene.

—No te voy a echar de menos —repite con la voz de alguien que lucha contra sí mismo. En el vapor que lo trajo de regreso a México no repitió otra frase. No se acordó de ninguna otra palabra.

Matilda sostiene ahora la lámpara sobre los muslos de Joaquín, sus pantorrillas. Una cinta de zapato en una de sus manos, de la otra una jeringuilla. El pinchazo es perfecto, una estocada sin dolor. Conforme el émbolo se hunde, las arrugas en el rostro de Joaquín se distienden. Es joven otra vez, un muchacho de veintiocho años. Va bajando las escaleras de la casa de Santa María a toda prisa, de dos en dos. Son las 8 de la mañana, abril. Su padre los espera en el recibidor.

—¿Conociste a una mujer llamada Alberta Mascardelli?

El gajo de una mandarina en los labios, la respiración de repente detenida. Conociste. Hay un telegrama abierto, un sobre color blanco, y una sonrisa de triunfo iluminando el rostro del doctor, el maestro.

—Sí.

—Entonces esto es para ti. Llegó hace tres días.

«No te voy a echar de menos.» *¿No te pasa, Matilda, que cuanto más te repites que olvidarás, menos olvidas? Un reflejo de la lógica, supongo. Algo automático.* Saca el telegrama del sobre abierto.

«Alberta Mascardelli murió ayer. Lo maldigo y maldigo a toda su familia.»

Joaquín sonríe. Una vieja tradición familiar seguramente: maldecir. Luego abre la carta. Una fotografía. La palma de la mano derecha de Alberta sobre una sábana, en el centro una vieja cicatriz. Abajo de todo, la leyenda. «Esta quemadura te la debo a ti.» Es su letra. La imagen en blanco y negro está borrosa, fuera de foco. En lugar del contraste perfecto, todo lo domina un gris incómodo e

incierto. Dentro de la cabeza de Joaquín sólo tres frases: «Graflex. Bromuro de plata. Un trabajo mediocre».

—¿Cuándo llegará el día en que te fijas en una mujer que valga la pena y no en estas locas, Joaquín? —es la voz de su madre.

Un drama sentimental en 1908.

En Estados Unidos, Henry Ford acaba de introducir al mercado el modelo T y, en París, Claude Debussy incluye el «Golliwog's Cake Walk» en su pieza *El rincón de los niños*. Ecos del jazz de Nueva Orelans. Ludwig Wittgenstein acaba de inscribirse en la universidad de Manchester. Joaquín cruza las calles de la ciudad de México con la prisa de quien no se dirige a ningún lugar. *Lo que quiero en estos momentos, Matilda, es volver a respirar. Quiero que el mundo vuelva a tener la superficie tersa de un lago inmóvil. Quiero que las cosas dejen de dar vueltas a mi alrededor. Todo debe tener un orden y yo quiero ese orden. 1, 2, 3, 4, 5, 6, ad infinitum. Como la noche en que la encontré tendida en las orillas lodosas del río, quiero levantar su nombre y llevarlo entre mis brazos como una pluma, una hoja seca. El alcohol marea, el alcohol es social y siempre hace hablar y por eso, en su lugar, busco la llave que me permita cerrar el candado donde he depositado su nombre. La morfina es dulce, la morfina es solitaria. Todo está otra vez en su lugar. Paz.*

La luz de la lámpara cae directamente sobre su cara. Adentro, en el fondo de sus ojos abiertos, la llama de un cerillo encendido nunca se apaga. El incendio del tiempo. La única quemazón.

—¿Y eso es todo? Ya antes hubo hombres que abandonaron a mujeres, y los seguirá habiendo, Joaquín. No es para tanto —le dice.

Dos meses después llega la segunda carta. Otra fotografía. La cara de Alberta aparece entre los pliegues de una almohada y, sobre ella, cortando la nariz, el horizonte de un hombro cubre todo el resto de la imagen. Los ojos de la mujer están entreabiertos, a su alrededor gestos de dolor o de placer. «¿Me estás echando de

menos ya?» Son de placer. Joaquín no tiene tiempo de pensar. Se lleva la mano a la bragueta y, con la mano cerrada, trata de reproducir la vagina húmeda de Alberta. El semen cae sobre sus cabellos cortos, la frente, la boca, la espalda del hombre que, ensordecido por los gemidos de la mujer, moviéndose a un ritmo enfebrecido sobre ella, no se da cuenta del momento en que el botón de la cámara se suelta. Sin notar la respiración agitada del fotógrafo que se esconde detrás de las cortinas, el hombre continúa. Tres hombres han alcanzado el placer a tiempos distintos, en lugares distintos, pero sobre la misma piel. «No te voy a echar de menos.»

Los sobres llegan a intervalos desiguales durante meses. Cada imagen supera a la anterior en técnica y en atrevimiento. El pubis de Alberta. Alberta entre cuerpos de mujeres desnudas. Dedos masculinos dentro de los labios de Alberta. Alberta apoyada en la pared, con la falda sobre las rodillas flexionadas y el sexo a plena luz. Alberta con las manos perdidas entre el ángulo de sus propias piernas. Después, el cuerpo de Alberta es sustituido por otros cuerpos. Su apellido, entonces, empieza a aparecer en el borde inferior derecho de todos los retratos. Mascardelli. *En esos días lo que más amé de ella fue su inteligencia, la crueldad de su inteligencia. Si hubiera mandado cartas de amor y súplicas por escrito habría acabado por olvidarla en un par de años, su recuerdo disminuido por la misma intensidad de sus ruegos. Pero lo que ella me mandaba desde Roma eran mis propios ojos. Mis ojos viéndola, espiando sus rincones luminosos. Mis ojos mirando la técnica impecable de su triunfo, la planicie inmensa de mi derrota. Amo su pornografía, la falta absoluta de dulzura, la carencia de misericordia. Ten piedad de nosotros, Alberta, por lo que más quieras. Todas sus fotografías terminan cubiertas de semen dentro de bolsas de papel en una esquina del baúl de latón. Luego, cuando ya me ha acostumbrado a esperarlas, las cartas dejan de llegar. Sin aviso. Y entonces, hasta entonces, empiezo a echarla de menos. Oigo su voz, platico con ella, la persigo bajo los puentes romanos en las*

plazas de la ciudad de México, y cuando me dice adiós, extendiendo el brazo desde lejos, la cicatriz en la palma de la mano parece una bendición: «Esta quemadura te dolerá por el resto de tus días, Alberta. Dios así lo quiera.»

Los hombres que añoran a una mujer consumen más energía en ese acto que en cualquier otra cosa que hagan durante el día. Sus rostros amanecen agotados, los músculos que tienen que soportar el peso de los grilletes alrededor de los tobillos están permanentemente tensos. No hay descanso alguno, nunca hay paz. Los calambres de la necesidad atosigan las manos y los muslos. Y esa bola de acero que es la ansiedad termina por doblegar la espalda. *«Sí, te estoy echando de menos ya. ¿Estás contenta? ¿Cuándo termina todo esto?» Todo esto sólo se acaba en los paréntesis de la morfina. Ahí, en el contexto estable y delimitado de una inyección, puedo enfrentar a Alberta. Hablo con ella a gritos en la ribera del mundo y, luego, convencido de que estoy haciendo lo debido, le doy la espalda. Nunca regreso. Ninguna debilidad sentimental me obliga a cargarla en mis brazos. Ella triunfará. Siempre lo hará. Si las mujeres esconden toda la luz del mundo bajo el regazo, entonces es preferible que el universo se mantenga a oscuras, Matilda. Estoy convencido de esto.*

La luz del sol los distrae al mismo tiempo. Es un amanecer lívido y estruendoso a la vez. Bajo su manto, todavía con la ropa puesta, los dos se recuestan sobre el piso y duermen abrazados. Sin darse cuenta.

Eduardo Oligochea llega un sábado a las tres de la tarde con el certificado médico en las manos. Su firma al calce del documento es pequeña y sin adornos. Sobre su cabeza, en el reflejo de sus gafas doradas, está su propia humillación a un lado de la luz húmeda de julio. Matilda y Joaquín lo han esperado semanas enteras y, mientras tanto, han preparado su bienvenida con todo cuidado. Con los adelantos de dinero que les hace llegar Arturo Loayza han

comprado máscaras y maquillaje, papel de china y un fonógrafo, copal. Lo demás lo gastan en sal, jabón, verduras de mercado, flores. Su elección de mercancías es caprichosa, más producto del placer que de la necesidad o de los hábitos saludables. A diferencia de los días secos de la primavera en que se entretenían destruyendo cosas, deshaciéndose de ellas, ahora se divierten creando un mundo a su gusto, un lugar en el que puedan entrar como una mano entra en un guante a la medida. Todas las fotografías de Joaquín están prendidas a las paredes con tachuelas. Mujeres y ausencias se reparten de manera desigual en la sala y la biblioteca, la cocina y el baño. Las imágenes de Diamantina engrandecen el piano. La pornografía de Alberta decora la entrada de la casa. Matilda ha fabricado hileras de flores con el papel de china para adornar los cuartos comunes de la casa. Pedazos de seda cubren las lámparas para cambiar los tonos de la atmósfera. En el fonógrafo hay música de fox-trot, conciertos de Paderewski grabados en Inglaterra. Cuando ven llegar a su primer visitante, Matilda corre al antiguo cuarto de Joaquín y se pone su traje negro. Una camisa blanca cubre sus senos flácidos y sus cabellos se esconden bajo un sombrero de fieltro. La parodia de Santa durante el estreno.

—Lo estábamos esperando —el saludo de Joaquín tiene un toque de inocencia y otro de perversión. Antes de abrirle la puerta de la casa, le pide el certificado médico. Entonces, una vez que éste se encuentra en sus manos, le permite pasar.

Matilda está sentada en una silla con el respaldo entre las piernas. De sus labios color granada encendido cuelga una pipa seria. Mientras Joaquín desaparece, Matilda le ofrece la única bebida de la casa. Whisky. Eduardo acepta.

—Estas mujeres, siempre las tenemos que esperar, ¿no es cierto, doctor?

Antes de dejarlo responder, Matilda empieza a quejarse de la violencia de la revolución, del peligro de estar dominados por un gobierno de ateos y de la calidad del agua del río Grijalva. En el

rostro de Eduardo aparece una mueca, el reconocimiento, la imposibilidad de reaccionar ante su burla. Cuando Joaquín aparece ataviado con una túnica de organza que deja entrever sus piernas flacas y el sexo colgando entre las piernas, Eduardo Oligochea da un brinco.

—Es que estamos muy locos, doctor —dice Matilda mientras le da cuerda al fonógrafo y extiende sus brazos para empezar a bailar con Joaquín. Sus pasos son grotescos, la manera en que se besan también.

—¿No vas a tomar notas, Eduardo? —le pregunta el fotógrafo—. Somos todo un caso.

En lugar de incorporarse y salir indignado de la casa, Eduardo da ligeros sorbos y los observa cuando una sonrisa se asoma.

—He visto cosas peores —los reta.

—Pero nunca ha participado en ellas —dice Matilda—. Apuesto tres besos.

—Doblo la apuesta —intercede Joaquín después de mesarse el mentón y caminar alrededor de la silla del doctor. Eduardo, por toda respuesta, dirige la mirada a las fotografías que rodean el piano.

—Muy conmovedor, Joaquín. Una pianista anarquista. ¿1896 o 1901? ¿después, quizás? —al observar las miradas súbitamente entristecidas de los dos travestidos inmóviles añade—: Hice mi tarea, muchachos. De usted no encontré nada, Matilda. Siempre es más difícil, deben de estar de acuerdo, rastrear la vida de las mujeres. Al fin y al cabo no importa mucho. Se enamoran y se dejan morir, eso es todo. Pero de usted, Joaquín, de usted ha hablado medio mundo.

El fotógrafo lo mira con desaliento, intrigado a medias y a medias amodorrado.

—¿De mí? ¿Gente hablando de mí? —le pregunta.

—No sabe cuántos recuerdan la reunión en que conoció a la Vicario —menciona Eduardo con voz firme, juguetona—. No sabe cuántos recuerdan la promesa de su talento, Joaquín, y su caída —añade.

Su voz es más ligera que el aire, más certera que un dardo incrustado en el blanco. La fiesta de disfraces se ha convertido en un funeral. Al hablar, Eduardo se acerca al piano y extrae su cartera de la parte posterior del pantalón de casimir inglés. Luego, coloca una fotografía entre las otras sobre el instrumento. Es una panorámica fuera de foco donde se amontonan una serie de cadáveres desnudos. Un círculo rojo rodea la cabeza ensangrentada de una mujer.

—No es Río Blanco en enero de 1907. Es la morgue municipal en diciembre de 1906. Diamantina Vicario nunca pudo salir de la ciudad. Nadie le puede ganar a la razón, Buitrago. Ni siquiera la primera mujer.

Matilda toma la imagen entre sus manos y la toca como si sus dedos pudieran comprobar la verdad. «Tiene que hablarme, Joaquín.» La crucifixión de la esperanza, la burla siempre puntual de la esperanza. Joaquín se recarga distraídamente sobre las teclas del piano y, en medio de un estruendo al que nadie presta atención, no hace otra cosa más que ver los ojos de Eduardo Oligochea.

—Tanto le pesa recibir mi dinero, Eduardo.

—Tanto y más, Joaquín. Mucho más —guarda silencio por unos momentos y después se vuelve a verlos—. Estoy esperando mis seis besos.

Hay cosas de Matilda que lo divierten. Su nerviosismo sobre todo. El ruido de su falda cuando pasa cerca de él. La manera en que su mirada se pierde por causas para él desconocidas. ¿Qué es lo que ella ve? ¿Cómo? Con el paso de los días se acostumbra a sus cambios de humor, a las marejadas súbitas de su energía: los días exaltados, seguidos de cerca por los días entristecidos. Hay horas en que Matilda es incapaz de permanecer sentada sin hacer nada. Presa de una actividad febril, limpia los pisos, remienda cortinas o se pone a ensayar pasos de baile dictados por su imaginación. Habla sin cesar y las palabras se atropellan detrás de los dientes.

Se ríe a carcajadas. Y luego, sin aviso, sin razón aparente, hay días enteros en que no cambia de posición. Joaquín la alimenta, lava de cuando en cuando su ropa y calienta el agua para el té o el café. Sólo él sale a la ciudad. Poco a poco, dentro del silencio de la casa sin muebles, él se está convirtiendo en el esposo de la vainilla.

—Al cielo no se entra con la escoba entre las manos —le dice—, ponte listo.

La mayoría de sus frases lo desconciertan. Tiene la sensación de haberlas escuchado, y olvidado, casi en el mismo momento. Todo en el pasado. En este momento. Siempre. Cuando cierra los ojos y trata de fijar su rostro en los párpados, siempre hay algo que no acaba de embonar. Un guiño. Las uñas rotas. La carcajada. El rictus de seriedad. Matilda no es uniforme. Matilda es difícil de recordar. Luego abre los ojos y la busca por todos los cuartos de la casa vacía como si la mujer hubiera logrado escapar. Entonces ella lo recibe con la noticia de que su día favorito es el jueves y las tres de la tarde la hora que más detesta. A ninguna de las frases las sigue una explicación.

Cuando Arturo Loayza se presenta a su puerta sin avisar, los dos están en un sueño letárgico. Avanzando con cuidado sobre la pasarela del jardín, y luego entre los pasillos interiores, el abogado deambula por la casa en contenido silencio. Le gustan los borbotones de luz que alumbran las paredes y los pisos, y el olor a cloro que sugiere limpieza en el ambiente, pulcritud, cuidado. En sus ensueños poéticos, él habita un recinto similar, sin muebles, sin gente; un lugar diseñado para el solitario quehacer del pensamiento. La creación. Más que llamar su atención, las fotografías que cubren las paredes le hieren la mirada. Las imaginaba distintas o no las imaginaba en absoluto. Las mujeres desnudas en poses sugerentes que ha visto en otros retratos son verdaderamente diferentes. Estas mujeres están pasadas de moda y parecen, además, de verdad. No es difícil vislumbrar tristeza o rencor en las pupilas abiertas, necesidad. Luego vienen las fotografías de objetos alrededor de los cuales la humanidad es sólo una ausencia. Las huellas humanas

son disímbolas pero fáciles de reconocer. ¿Quién no ha soñado frente a una taza de porcelana tatuada con las huellas del lápiz labial de una mujer? Arturo Loayza lo ha hecho en innumerables ocasiones. En los parques, los columpios recién abandonados pero todavía en movimiento también han seducido su imaginación. Las fotografías le producen una excitación temerosa, el presagio de una revelación. ¿Es esto lo que puede ocasionar la pasión por una mujer? El mundo que Joaquín exhibe en retratos bicolores ha sido arrasado miles de veces por el ángel siempre veloz del progreso; por grupos de hombres que, como él, actúan a sabiendas de que hacen lo debido, pero no por eso dejan de recordar. ¿Hubo alguna vez un mundo distinto? En las imágenes de Joaquín todos los objetos del progreso son pequeños. Los tornillos, zapatos, microscopios, alfileres, platos, colillas, estetoscopios, bardas, botones y ojales que componen su universo aparecen apartados de su entorno, en encuadres impredecibles. Los objetos son intemporales, pero no tienen sentido.

—No busque la belleza en ellas porque no la va a encontrar, licenciado —la voz de Joaquín lo sacude. El fotógrafo viene de la biblioteca donde ha dormido con Matilda bajo el escritorio. La disculpa del abogado se atora en sus labios. Un niño atrapado en falta.

—¿Quiere oír algo interesante? —no espera la respuesta—: «Por ti el estar enfermo es estar sano; no son para ti todos los cuentos que en la remota infancia divierten al mortal; porque hueles mejor que la fragancia de encantados jardines soñolientos...»

—¿López Velarde? —la sonrisa de los dos hombres es cordial.

—Llámeme Arturo, por favor, señor Buitrago. Al fin y al cabo nuestras familias se conocen de muchos años.

—Mi nombre es Joaquín, Arturo, no lo olvide —le contesta el fotógrafo con una amabilidad inaudita. Los dos se observan con una delicadeza casi femenina, un cuidado que sólo están acostumbrados a practicar frente a las mujeres.

—¿Son todas sus fotografías? —le pregunta Arturo tratando de interrumpir o disfrazar el minucioso estudio que realizan el uno del otro. Su mirada se dirige a las paredes llenas de imágenes en blanco y negro con avidez y melancolía confundidas.

—No, Arturo. He hecho muchas más.

—¿Dónde están?

—Donde deben estar —dice el fotógrafo—, perdidas.

Arturo Loayza no le cree y le brinda un par de palmadas sobre el hombro derecho.

—Si yo hubiera hecho este trabajo estoy seguro que ya sería famoso —murmura mientras atraviesa el cuarto y examina con sumo cuidado otras imágenes.

—Si tú hubieras hecho este trabajo, Arturo, estoy seguro que estarías tan maldito como yo —declara Joaquín y luego sin transición, sin dar tiempo a comentarios o gestos añade—: ¿Se te antoja un café negro bien cargado? —Arturo Loayza le responde que sí todavía preso del asombro.

Cuando Matilda Burgos se les une en la sala, el fotógrafo la presenta como su esposa. La sorpresa de sus dos interlocutores no lo hace dudar ni retractarse. Los ojos abatidos y la piel amarillenta de Matilda indican que se encuentra en uno de los días entristecidos. Ante sus miradas inquisitivas y amorosas, Matilda añora más que nunca vivir en un universo sin ojos, un lugar donde lo único importante sean las historias relatadas de noche. El silencio. Las miradas masculinas la han perseguido toda la vida. Con deseo o con exhaustividad, animadas por la lujuria o por el afán científico, los ojos de los hombres han visto, medido y evaluado su cuerpo primero, y después su mente, hasta el hartazgo. En la luz húmeda de julio, lo único que desea es volverse invisible. Su sueño es pasar inadvertida. Por eso no dice en voz alta lo que está pensando: «Yo no soy la esposa de nadie, Joaquín».

Alrededor de la mesa, mientras los hombres leen documentos, discuten cifras y se ponen de acuerdo sobre el monto de las rentas mensuales, Matilda se va a otro lugar. Está a la orilla del desierto a

donde ha ido para estar sola. Sola al lado de Paul Kamàck. Su figura rompe el horizonte con pasos firmes pero lentos, un sombrero de paja en su cabeza, el aire agita su cabello. Y el silencio. Ninguna mirada los persigue, ningún grito los asusta, ninguna ambición los desvela. Son los años más felices de su vida, los años pacíficos en que no tiene que dar respuestas. Pablo sigue soñando con puentes y minas, indeciso entre mirar el mundo desde arriba o mirarlo desde abajo. Mientras tanto le basta el calor de su piel, su presencia, la sombra vertical de su cuerpo que, vista de reojo, es la manecilla de la brújula que lo orienta en el desierto. Matilda continúa acurrucada en sus ojos, dentro y fuera el mismo color: azul cielo. Los cuadros de su regocijo son muchos. Pablo se aproxima al cuarto de adobe con los binoculares al cuello. Pablo emerge de las entrañas de una mina con los cabellos polvorientos y la mirada llena de maravillas. Pablo tirado sobre la tierra, mirando el cielo por la noche, contando estrellas. Pablo describe en detalle la vida de George H. Corliss, cuyo taller en Providence produjo 481 máquinas de vapor entre 1847 y 1862. Pablo cuenta el número exacto de espinas en una hoja de nopal. Pablo dibuja sobre la tierra suelta. Pablo se deja vendar un brazo con pedazos de tela usada después de su único accidente. Pablo masca palabras con peyote, exultante. El cuerpo desnudo de Pablo tendido a su lado con todas las cicatrices a la vista. Una historia de amor. Sobre todas las cosas, el cielo imperturbable. La sequía. *Déjenla ahí, déjenla desatar los cabos de la última tarde y vivir sin consecuencias al aire; dénle tiempo para guardar su nombre, espacio para intentar respirar otra vez. «¿Te dije alguna vez, Pablo, que soy feliz?»* Una explosión. Todo acaba con los ecos de una explosión. Después sólo quedan los sueños provocados por el éter en las calles de la ciudad ajena, su mirada perdida frente a la marquesina del Teatro Fábregas, la música de la ópera de Bonesi a través de las paredes, un grupo de vagos siguiendo sus pasos. Los truenos de una tormenta de verano la traen de regreso a la ciudad. Hay dos hombres junto a ella deletreando cifras como ladrones o comerciantes y, a través de la ventana, una luminosidad saturnina

tiñe de púrpura las madejas húmedas a las cuatro de la tarde. El bochorno precede a la partida del licenciado Loayza, después sólo se quedan ellos dos viendo los primeros goterones solitarios que resbalan en la superficie de las ventanas. Luego, una tormenta de granizo les impide oír lo que dicen.

—Yo te protegeré del mundo. Yo te ayudaré a escapar.

—¿Qué?

—Yo te cuidaré todos los días. Yo...

—Yo no soy la esposa de nadie, Joaquín.

—¿Y usted, licenciado, qué opina del dolor?

Arturo Loayza regresa a intervalos regulares a la casa de Santa María la Ribera. Si le preguntaran por qué seguramente respondería que todo se debe a una deuda familiar, a sus deseos de ayudar al miembro más débil de una familia que siempre estuvo al lado de su padre. Pero nadie le pregunta, nadie sabe que cuando deja su oficina los miércoles a las cuatro de la tarde es para llegar a tiempo a su cita con un fotógrafo fracasado. ¿Por qué? Se lo ha preguntado muchas veces de camino, mientras atraviesa la ciudad en su Ford negro, pero todavía no encuentra la respuesta.

Hay mañanas en que Matilda desayuna sus propias uñas viendo su reflejo en las ventanas. La prisa la domina. Vive con la sensación de que ya no habrá tiempo. ¿Cuántos años le tomará borrar treinta y seis años de vida? Los relatos nunca se terminan, hay cabos sueltos por todos lados, divagaciones que se hacen infinitas. «¿Le conté cuando...? ¿Sabía que...?» «Érase una vez. Érase que se era.» «¿Todavía quiere saber cómo se convierte uno en una loca, Joaquín?»

Si pudiera descansar, si pudiera callar. Las palabras salen a borbotones durante sus días exaltados. No puede contenerlas ni disuadirlas y todas a la vez, la obligan a tartamudear. Algunas frases

quedan inacabadas para siempre, interrumpidas por la marea de otras similares. El soliloquio, de noche, es demencial. Hablar, sin embargo, la ayuda a limpiarse, a borrar las trazas de gis en la pizarra verde del mundo. Pronto no quedará nada. Pronto podrá regresar a su refugio, a ese lugar sin puertas que Eduardo Oligochea denomina locura. Una afección mental. El silencio. Ahí, dentro de la casa de Santa María de la que no se atreve a salir, empieza a soñar con los otros años, el resto, todos los años que le faltan para morir. Deben ser pacíficos y silenciosos; deben seguir el uno al otro sin suceso alguno, sin identidad; deben ser inoloros y tener el sabor del agua. Matilda está construyendo su paraíso. Allí no hay visitantes y a nadie le importa su pasado, su futuro; ahí sólo ella se puede proteger a sí misma. Nadie más. No hay ojos.

En las tardes de otoño la prisa aumenta. Cada vez hay menos cosas que decir. Los detalles todavía abundan, pero no hay trama alguna que los detenga o les dé sentido. El éter, la fachada de un teatro, tres estrellas coronando el cuarto menguante de la luna, la sonrisa de un desconocido, fragmentos de muñecas rotas. Todo es insignificante. Los principios y los finales han quedado atrás. Nada tiene consecuencia. Un reloj de pulsera es un reloj de pulsera. Una túnica de seda es una túnica de seda. El desierto es sólo el desierto. La tautología es la reina de su corazón.

—Ya no tengo ganas de hablar, Joaquín —le dice.

—Así es como uno se vuelve loco, ¿no es cierto?

—Tal vez. Cada quien encuentra su modo —concluye.

La mirada de Joaquín lo sabe antes que su cabeza: Matilda se irá. Alrededor de su cuerpo hay una distancia transparente que no podrá cruzar jamás. La separación no está hecha de temor sino de altivez, fuerza. Como la ocasión en que la fotografió en el manicomio por primera vez, Matilda sigue estando en su lugar, poniendo banderas negras en los límites de su territorio, abriendo y cerrando puertas con toda conciencia, sin resignación. La atracción y el rechazo de Joaquín son simultáneos. La humillación y el alivio también. La loca lo mira inquisidora, sin bondad. ¿Qué se había

imaginado Joaquín? Una esposa. Una mujer salvada de su propio descenso a fuerza de compañía. Un amor estéril, sin cuerpos, que durara cien años. El agradecimiento sobre todo. Sí. La sonrisa temprana de su gratitud al poder disfrutar del mundo de la razón en una casa llena de luz. «Yo no soy la esposa de nadie, Joaquín.» El movimiento abrupto de un girasol. La decisión había sido tomada muchos años antes y ni siquiera un cataclismo la cambiaría.

En diciembre, cuando Matilda decide salir por primera vez de la casa de Santa María, hay papeletas pegadas en las paredes del primer cuadro de la ciudad. «La vida es un método sin puertas que llueve a intervalos.» *¿Lo sabías, Joaquín?* Los anuncios de los cigarrillos del Buen Tono S. A. han descartado para siempre los dibujos de mujeres afrancesadas y ahora incluyen la figura de un indio con plumas y collares degustando un ancho cigarrillo con los ojos cerrados. «Por el humo de este tabaco se reconoce que se trata de cigarrillos de Buen Tono. Los aztecas se deleitaban con el exquisito tabaco mexicano, que es el mismo que ahora emplea el Buen Tono en sus famosos cigarrillos.» Los rasgos de Matilda y su tono de piel están de moda. El Ministro de Educación Pública está pensando ya en la raza cósmica. Joaquín Buitrago se reúne con desconocidos en el Café de Nadie, la mejor metáfora para un país.

Déjame en paz.

—Tú no eres el esposo de la vainilla —le dice—. Nadie me puede proteger; nadie puede velar mi sueño. Yo sola hallaré la forma de escapar, Joaquín. Nadie me salvará. ¿No se da cuenta?

Las palabras de Matilda se deslizan, redondas, por las pasarelas de su mente atraídas por la fuerza de gravedad. La gravedad. Lo está dejando absolutamente solo con sus fotografías. Una lente, un cuarto lleno de químicos, el proceso de revelado. Lo que él necesita para ser feliz. Se lo dice literalmente:

—Esto es lo que usted necesita para ser feliz —su voz se dirige hacia todos los objetos que lo rodean.

El orgullo le impide llorar. Su desnudez absurda de hombre sentimental le da vergüenza. El ruido de los coches le recuerda que está en la ciudad.

—Debes saber que te he amado, Matilda.

En los ojos de la mujer sólo hay voluntad.

—Lo sé —las palabras como piedras.

El mundo está cambiando vertiginosamente del otro lado de las ventanas. La velocidad marea, da náuseas y esperanzas al mismo tiempo, vértigo. El siglo XX.

—Lo sé —murmura—. Tú querías a una loca en tu casa para que la casa fuera distinta.

Su aplomo lo está sacando de sus casillas; la arrogancia de saber lo que él buscaba, lo que él quería. Sería mejor que le permitiera sentir pesar o remordimiento, rabia, desazón, cualquier emoción conocida, pero las palabras de Matilda sólo le producen desconcierto, la certeza de no saber. ¿Para qué lo forzó a escudriñar las imágenes veladas de su vida? ¿Para qué lo siguió dócilmente hasta la casa de Santa María? Las palabras iban a unirlos para siempre, las historias iban a descubrir todos los códigos secretos. Después iba a quedar sólo la confianza, la permanencia. La unión. Tal vez hasta la alegría.

—Yo vine a tu casa para saber si me había equivocado; para saber si las cosas hubieran podido ser distintas —le dice mirándolo a los ojos.

Un experimento, el último.

—Déjame descansar. Quiero descansar. Nada más.

Su voluntad.

Ahora, después de la partida, Joaquín Buitrago manda traer muebles y se deshace de las cortinas. «Ser feliz.» Quiere luz y aire, las imágenes de una vida normal. Quiere otra oportunidad, encontrar otro lugar en el mundo. Una nueva era. Al observar la red informe que cubre su techo, Joaquín sabe que sobrevivirá. En ese

momento un cosquilleo repentino recorre su columna vertebral y lo obliga a incorporarse. Es la prisa. El reconocimiento lo hace sonreír. Todavía no hay nada que pueda hacer con la alegría.

—Déjame guardar silencio.

—Déjame vivir en el desierto, cerca del cansancio de Paul Kamàck.

Vivir en la vida real del mundo

Es necesario exaltar en todos los tonos estridentes de nuestro diapasón propagandista, la belleza actualista de las máquinas, de los puentes gímnicos recientemente extendidos sobre vertientes de músculos de acero, el humo de las fábricas, las emociones cubistas de los grandes trasatlánticos con humeantes chimeneas rojo y negro, anclados horoscópicamente —Ruiz Huidobro— junto a los muelles efervescentes y congestionados, el régimen industrialista de las grandes ciudades palpitantes, las blusas azules de los obreros explosivos en esta hora emocionante y conmovida; toda esta belleza del siglo...

Manuel Maples Arce, *Actual* número 1,
Hoja de Vanguardia, diciembre 1921.

Altagracia Flores de Elizalde cree que una pistola cuesta treinta mil pesos y una hacienda sólo cincuenta. *Imaginación excéntrica*. Ama de casa en Aguascalientes.

Esperanza Garduño cree que todo empezó con el abandono de su esposo y una conspiración familiar, pero también está convencida de que la pérdida de la razón y de la mitad del paladar se debe a la brujería y al socialismo.

Pedro Santa Ana le escribe cartas a Plutarco Elías Calles para criticar la anarquía gubernamental que domina la nación. Entre cada una le escribe también poemas al diablo y a Dios.

Cada vez que visitan a Cresencia Gómez la ataca el pavor ante los malos espíritus.

Everardo Ponce perdió su voluntad en los telares de una fábrica de la cárcel de Belén.

Cirila Esquivel conversa por horas con seres invisibles a quienes reconoce por sus voces. Está preocupada con la idea de reconciliar todo para que una vez que la paz exista pueda reinar con tranquilidad. Los talismanes que fabrica con pedazos de su bata azul los distribuye entre los otros asilados cada martes.

Rafael Mexica, apodado «El Loco», mató a su compadre frente a la pulquería No Me Olvides. No recuerda nada, porque desafortunadamente, cuando se embriagaba perdía la conciencia, la razón.

Teresa Olivares tiene mal carácter y cierta proclividad a los placeres degenerados. Además, sale sola a la calle y no respeta a nadie. Dos amantes.

Guadalupe Quintana escribe apasionadas cartas de amor.

Juan Nepomuceno Acosta se inyecta cincuenta gramos de heroína al día. Estudiante de Leyes.

Margarita Vázquez muestra un amor excesivo por otra asilada. Juntas son un caso de locura.

Carmelo Buendía vive en el centro de un cosmos con olor a trementina. Él es una estrella.

A Cándida Barajas le rompieron el cuerpo cuando tenía trece años. Desde entonces trabaja entre saltimbanquis y acróbatas en un circo itinerante. Repite versos de Amado Nervo.

Eros Alessi es el color azul en una paleta de acuarelas.

Cástulo Rodríguez cree que el mundo, alguna vez, será distinto. Extrae pedazos de tela roja de lugares impredecibles y habla constantemente del día en que explotarán las bombas. Un primero de enero. El alba de la revolución.

Matilda Burgos los ve morir, uno tras otro, durante los veintiocho años que permanece en el manicomio La Castañeda. Dice que todo empezó una noche de julio cuando un grupo de soldados le atajó el paso en la calle. Iba saliendo de trabajar del Teatro Fábregas y, envuelta todavía en una nube de éter, se negó a hacerles favores sexuales. Los soldados la mandaron a la cárcel y ahí un médico le diagnosticó inestabilidad mental. Después no menciona nada más. En veintiocho años ningún suceso la perturba y nada la hace llorar. Con el tiempo ha aprendido a reírse de todo.

Departamento de Sarapes y de Rebozos.

Estudio Psico-patológico de la enferma Matilda Burgos del pabellón de tranquilas, primera sección.

Esta enferma observa buena conducta. Le gusta trabajar, es dedicada y tiene buen carácter. La enferma habla mucho, ésta es su excitación.

Mixcoac, D.F. Manicomio General Junio 30, 1935.

La profesora

Magdalena O. viuda de Álvarez.

Con el tiempo ha empezado a escribir y ha dejado de escribir.

Mixcoac. Agosto 30 de 1932. Oficios diplomáticos.

Congreso-de-Diputados.-Con-el-debido-respeto-judicial-en-lo-general-y-por-asuntos-judiciales-extranjeros-tanto-diplomáticos-como-de-guerras-marinas-y-corresponsales-de-guerras-terrestres-como ya hay conocimiento-los señores diplomáticos que vienen a sentar-sus gobiernos y sus naciones los mismos que-ya tienen conocimiento-con los buques de guerra y marina como con algunos-cuarteles-de Veracruz-tocante a las gentes-sospechosas-malas-promotoras de guerras-mundiales-pues-doy-conocimiento-judicial-diplomático-Yo, Matilda Burgos L.-para-reuniones de-compañías y colonias-extranjeras.-Mientras para que todas esas personas industriosas-sanas-pensadoras-puedan-con-su-poder-sano-inteligente-echar-campaña-a-la-gente-mala-mexicana-ratera-de-derecha-izquierda-y perniciosa-de mal origen-para la milicia extranjera-y mexicana-y para-todo-lo demás-sano y supremo. Pues en este-manicomio-tranquilas de primer-piso-hay médicos algunos muy sospechosos-rateros-promotores para muertes-de presidentes de repúblicas, de marqueses-anarquistas de verdad-para gobiernos de corona-imperios-y también para-otros-gobiernos-pues es de-gente-fea-mal-hijo-del-país mexicano-es muy ratera-muy-latosa-muy-abusiva de sus derechos-muy habladora-amiga de la mentira.

Mixcoac. Septiembre 26 de 1932 Oficios diplomáticos.

Cámara de diputados. Con el debido-respeto-poniendo-en su conocimiento lo que pasa en el manicomio de La Castañeda con algunas enfermas dementes pero de enfermedades sospechosas-de prostitución de andar-queriéndole oler a las demás enfermas las partes húmedas-y luego se portan-queridas con las camas-y ropa de cama-y no pueden ver al señor Portes Gil-ni a don Adolfo de la Huerta-ni a ningún médico del manicomio de La Castañeda-contestando-yo Matilda Burgos L. y dando-competencia judicialmente-en general que sí se pueden perjudicar-fuertemente sobre algún atentamiento peligroso-sobre las demás enfermas-más serias y-mal educadas para su manera-de poder vivir en la vida real del mundo-y ser pensadoras-para que se eviten-el castigo de la justicia de tribunales,-les contesto yo-una afectuosísima servidora exhibiéndose-el nombre-tras tres más enfermas-no muy peligrosas.-Su más fina amiga-MBL.

Posdata. Las peligrosas-de tranquilas primer piso-son Josefa Santillán, Isabel Alemán viuda de Servín.

Mixcoac. Octubre 2 de 1932.

Oficios diplomáticos y de-guerras y marinas-extranjeras como mexicanas. Con el debido respeto-poniendo en su conocimiento-que en este manicomio de La Castañeda de Mixcoac-hay para que se puedan-levantar en armas-la frontera y cuarteles mexicanos-y ponerse de acuerdo-con las marinas extranjeras-y diplomáticamente-porque entre gente mala-pilla cínica-dizque roja-de contentillo-en lo competente-a la revolución y la pólvora extranjera-no tiene garantías ningún presidente-de ninguna república del mundo-y de ningún monarca-y demás padres de las patrias-lo mismo-que no-hay garantías-para ningún cuartel de-guerras y marinas ídem. Ni para ningunas compañías-en lo general-ni para Bolivia-ni para usted-y ni para ninguna zona del Chaco-ni para ningún parlamento-ni para ningún interino-bueno correcto-pues son los votos de los partidos-que se han disgustado en contra-de los abusos de confianza-que hay entre lo bueno-presente escrito-pues han estado redactando-de la gente pilla chuterina-puerca-asquerosa-secuestradora-anarquista-de verdad-manos rojas prostitutas-como animalitos-asquerosos viles criminales-que al verles la cara tienen cara de bolas de humo-luego provocan espanto-y repugnancia-como unos diablos-demasiado coludos-para todo lo bueno presente. Esa gente-majadera-pilla es promotora de tantas revoluciones-y guerras mundiales-así que no es el clero. Ni lo bueno lo malo-como dicen. Lo bueno es forma y lo malo son mentiras. Pues, señor presidente de-la república señor Abelardo L. Rodríguez-poniendo en su conocimiento-todo esto porque-es un deber de su afectuosísima servidora Matilda Burgos L. Porque sé todo-lo que le pido es mi alta a ud. señor Abelardo Rodríguez-como al señor administrador-director-comisario actual del manicomio de La Castañeda-y como mis

negocios materialmente-son más bien diplomáticos-por muchos motivos serios-estos escritos para remitir-todo en general. Una servidora MBL.

Mixcoac. Febrero 1 de 1933. Oficios diplomáticos.

Con el debido-respeto poniendo-en su conocimiento judicial-yo Matilda Burgos L.-que me encuentro en este manicomio-de la Castañeda desde el año de 1920 hasta la fecha-que estoy en tranquilas del primer piso-que soy perseguida de gente mala anarquista de verdad desde 1900-esa gente mala de contentillo-en lo competente desagrada-en todo y por todo-es la promotora-de las guerras mundiales y revoluciones-también pienso al salir-pasar-diciendo de mis negocios escritos-que se detenían los oficios-diplomáticos por la gente pillacanalla-del manicomio la Castañeda. Que también-pongo-en-su-conocimiento-esto-porque-el clandestinaje-abusa mucho-en todo y por todo-y es gente molesta-así lo que no da que no lo quite-la política es la política-y el anarquismo es el anarquismo-manos rojas en contra de todo-en lo general-hay gentes en este-infeliz manicomio peor-que el anarquista que-hizo esa tontería-de la muerte-de los archiduques.-Primero unos malos-mexicanos roban-y luego algunos malos médicos-del manicomio andan-con porquerías-con las presidencias-reinados-imperios y demás por partidos de poderes supremos-y luego vienen-las guerras mundiales-pues así pasa conmigo-con algunas gentes-que no son competentes-de lo que quiere decir-principios políticos o sea la palabra política-por eso-yo Matilda Burgos L.-pido a-las-diplomacias-averiguaciones-correspondientes-y judiciales. Suplico, Sr. Presidente-me disculpe-saber escribir-pero me explico-lo que corresponda puede Ud. Sr. Presidente-conferenciar con las diplomacias-extranjeras que ya-tienen conocimiento-de todos estos papeles presentes-de estos médicos-los malos y estafadores-perniciosos-que maltratan gente-y que andan de perversos-con todas las cosas en-general. Sin más-Don Pascual Ortiz Rubio suplico-muy atentamente-tanto a usted-como-a las diplomacias-me dispensen-por mal escrito-pero me explico-porque tengo-geografía-elemental-y política. Sin más-una afectuosísima-servidora-yo Matilda Burgos L.

—Te dije que volverías a saber de mí, ¿te acuerdas, Matilda? —son las primeras palabras que Cástulo pronuncia cuando la ve cruzar la puerta. El amante de dieciocho años. No sabe estarse quieto. Sus ojos parpadean sin descanso. La belleza singular de su rostro enardecido sigue siendo la misma.

—Todo va a ser distinto —le dice—. Peor, pero distinto.

Los dos ríen con calma bajo el vaivén de los castaños. Después se callan, no tienen nada más que decir. El silencio es la burla perfecta de la razón.

—Extraño a Diamantina —menciona con la mirada extrañamente inmóvil, entristecida.

—Yo también.

Aire.

Nada más.

Ésta es la única conversación que entra en los recuerdos de Matilda antes de caer. Es un segundo apenas. Un agujero luminoso. Después no hay ya nada más. Derrame cerebral. 7 de Septiembre de 1958. ¿Cómo se ponvierte uno en una loca?

A su lado, no hay nadie que lamente lo que ha sido, lo que es.

Certificado de defunción.

Matilda Burgos.

Papantla, Veracruz, 1885.

Femenino. 73 años, Soltera.

Mexicana. Ninguna religión/

Manicomio General.

7 Septiembre 1958, 4 horas.

Hemorragia cerebral no traumática 10 días.

Hipertensión esencial 5 años.

Esquizofrenia 38 años.

Rosa María Puente Prieto

Cédula 24677 SSA 11098

Bonampak #96 Vertiz Narvarte 23-81-68

México, D.F. 7/9/58

Gustavo Abascal Exp. 6353 Manicomio General.

Déjenme descansar en paz.

Notas finales

Este trabajo está basado en expedientes clínicos, documentos oficiales, diarios y cartas de asilados del Manicomio General, comúnmente conocido como La Castañeda, que se encuentran en el Archivo Histórico de la Secretaría de Salubridad y Asistencia en la ciudad de México. Sin embargo, la historia de Modesta Burgos, cuyo nombre y fotografía son *reales*, es una reconstrucción libre de la imaginación. Los datos históricos sobre el mundo de las calles, el manicomio y otras instituciones de control social en el México porfiriano y en los albores de la post-revolución, provienen de mi tesis de doctorado en historia latinoamericana «The Masters of the Streets. Bodies, Power and Modernity in Mexico, 1876-1930» (Ph. D. dissertation, University of Houston, 1995). Agradezco a los historiadores José Félix Alonso, Margarito Crispín Castellanos y Javier Morales Meneses su valiosa ayuda en el proceso de investigación que se llevó a cabo entre 1993-1994, gracias a una beca del Fondo Murry Miller de la Universidad de Houston. Agradecimientos adicionales para el psiquiatra Ignacio Ruiz, quien generosamente compartió conmigo materiales de difícil acceso y me brindó un panorama crítico de su profesión a principios de siglo en México. Una beca para Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en la rama de novela me permitió dar inicio a este escrito en 1994-1995. El relato de las fotografías de mujeres públicas a que se hace alusión en las páginas 8-14 está inspirado en el libro de Ava Vargas, *La casa de citas* (México, INBA, 1995). El texto en cursivas de la página 29 pertenece a un poema de Manuel Acuña: «Ante un cadáver». La información histórica acerca de Papantla (en cursivas) y la descripción del cultivo de la vainilla que aparecen en el capítulo 3 están basados en su mayoría en el libro

Papantla (México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1987). Los datos sobre la reglamentarización de la prostitución, las actividades de la Inspección de Sanidad y el desarrollo de la ciencia sexual en México, los cuales sirven de base al capítulo 4, pueden encontrarse en mi artículo «Prostitutes, Sexual Crimes and Society in Mexico» (en *The Contested Terrains of Law and Justice in Latin America*, eds. Gilbert Joseph and Carlos Aguirre, de próxima publicación). La información histórica, geográfica y mineral de Real de Catorce que aparece en el capítulo 6 está basada en el libro de Rafael Montejano y Aguiñaga, *Real de Catorce. El Real de Minas de la Purísima Concepción de los Catorce, S.L.P.* (San Luis Potosí: Academia de Historia Potosina A.C., 1986). Agradezco al ingeniero en computación Carlos Coello Coello el dirigir mi atención a los libros de Henry Petroski, *Engineers of Dreams. Great Bridge Builders and the Spanning of America* (New York: Vintage, 1996) y David E. Nye, *American Technological Sublime* (Cambridge: The MIT Press, 1996), los cuales sirvieron para recrear el mundo de la ingeniería a la vuelta del siglo XX. La frase que da título al capítulo 7 es un estridentismo de Manuel Maples Arce tomado de *Actual #1 Hoja de Vanguardia*, diciembre 1921. Los documentos que se transcriben en el capítulo 8 son copia fiel de los escritos de Modesta Burgos L., la enferma que hablaba mucho. Los guiones entre palabras le pertenecen a ella. Agradezco los comentarios de Gustavo Sáinz, Eliseo Alberto Diego, Guillermo Fernández y Jorge Arzate Salgado.



CRISTINA RIVERA GARZA nació en la frontera noreste de México y reside actualmente en San Diego/Tijuana. Es autora de una obra transgénica (novela, cuento, poesía, ensayo), interdisciplinaria (literatura e historia) escrita en su lengua materna (el español) y su lengua madrastra (el inglés). Artículos de su autoría aparecen también en el *Hispanic American Historical Review*, *The Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, entre otras publicaciones en Estados Unidos. Cristina Rivera Garza ha obtenido seis de los premios literarios más reconocidos del país. Entre sus libros se cuentan *La más mía* (poemas, 1998) y *La guerra no importa* (1991). Su novela *Nadie me verá llorar* (Andanzas, 2000; que le valiera el Premio Nacional «José Rubén Romero», el premio Impac-Conarte-ITESM y, en 2001, el Premio Sor Juana Inés de la

Cruz) ha tenido un éxito sin precedentes. Actualmente es profesora asociada de Historia Mexicana en San Diego State University.